

NOE CASADO
SIN RESERVAS



Lectulandia

Instalada en su cómoda rutina, Bea compagina su trabajo como chef de un restaurante con su vida familiar. Aburrida de la monotonía, y pese a que en su trabajo difícilmente apreciarán su creatividad, decide apuntarse a un curso de cocina.

El único hombre que hay en su vida está a punto de cumplir cinco años y ocupa por completo su tiempo libre. No piensa en nadie más, y así van pasando los días, sin esperar nada especial, sin darse cuenta de que su faceta como mujer está quedando relegada al fondo del armario.

Tan resignada cree estar que, cuando se le presenta una oportunidad única para cambiar esa tendencia, no se siente capaz de valorarse como se merece.

Aunque... ¿cómo resistirse a la aventura? Por una vez en la vida, Bea cierra los ojos y se deja llevar, aunque quizá no esté preparada para volver a abrirlos.

Lectulandia

Noe Casado

Sin reservas

Sin reservas - 01

ePub r1.0

Eibisi 07.11.16

Título original: *Sin reservas*

Noe Casado, 2015

Editor digital: Eibisi

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Esta novela quiero dedicársela a mi niña, mi «Pochita», porque sin ella hubiera sido muy difícil, por no decir imposible, meterme en la piel de la protagonista.



Tengo tantas cosas de las que ocuparme que aunque algunos días tuvieran treinta horas, no podría terminar a tiempo.

Voy a llegar tarde, lo sé; como también sé que eso no causará buena impresión. Sin embargo, no he podido salir a tiempo del restaurante y no quiero, bajo ningún concepto, presentarme en el curso de cocina sin haberme dado una buena ducha antes.

Pero un jefe poco colaborador, un comedor hasta los topes y el personal justo no ayudan precisamente. Sin embargo, no voy a dejar que cosas así estropeen mi gran ilusión.

Desde luego, todo lo que aprenda no pienso ponerlo en práctica en su restaurante, porque a buen seguro se quejará por todo. Que si es caro, que si se tarda mucho, que si esto, que si lo otro... No merece la pena echar margaritas a los cerdos.

Allí sólo trabajo, pero soy consciente de que mi creatividad y mis ideas no son apreciadas ni mucho menos aprovechadas, como haría un jefe con vista.

El otro frente abierto es completamente diferente.

Es una personita que me tiene dominada. Hace lo que quiere de mí y, como nos pasa a la mayoría de las madres trabajadoras, me siento culpable por no poder pasar con él todo el tiempo que querría. Dejamos a los niños al cuidado de otros y cuando llegamos a casa estamos tan cansadas que apenas podemos jugar con ellos. O a veces incluso es tan tarde que ya están dormiditos.

He conseguido, a base de chantaje, dejar a mi niño al cuidado de mi hermana María, que por cierto es una bendita; no sé cómo podría arreglármelas sin ella y sin mi madre, pues mi horario laboral es un asco y no me queda más remedio que robarle unas horas si quiero seguir progresando como chef.

El próximo día libre que tenga será por entero para Félix. Lo que viene siendo un CCC de toda la vida: Cena, Cine y Chuches.

Sonrío como una tonta ante el arte de la negociación que ya demuestra con cuatro añitos; si no me ando con cuidado, antes de cumplir los seis monta su primera empresa.

Sé que le consiento demasiado, y por si fuera poco tiene comiendo en su mano a su tita y a su aya, por lo que el muy granuja ha aprendido muy rápido a salirse con la suya. Pero, como todos los niños, en el fondo es un santo, y, aunque corra el riesgo de que se me caiga la baba en público, no puedo imaginar mi vida sin él.

Voy como una loca recién escapada del manicomio por el carril bici. Espero que ningún transeúnte me cruce por delante, pues me lo llevo puesto en el manillar de adorno.

No paro, si lo hago se me echa el tiempo encima.

—¡Mira por dónde vas!

Ni siquiera giro la cabeza al oír las palabras de otro ciclista al que he adelantado de forma poco ortodoxa, y es que yo no salgo a disfrutar de la noche mientras pedaleo.

Consigo dejar medianamente bien sujeta mi bici junto a una farola; sé que el candado es una birria y si quisieran llevársela sólo tendrían que tirar con un poco de fuerza, pero otra vez se me ha olvidado comprar uno decente. Mi bicicleta tampoco es para tirar cohetes, pero de momento es lo que hay. Tengo demasiadas cosas en la cabeza para estas nimiedades.

Miro la hora en el móvil... Genial: mi puntualidad brilla por su ausencia.

Antes de entrar respiro profundamente; tras pedalear como una posesa necesito volver a la normalidad y de paso quitarme los malos rollos vividos durante mi turno en el restaurante.

—Fuera malos rollos... fuera malos rollos... —repito rotando los hombros para descargar tensión.

Este curso de cocina es muy importante para mí, no sólo a nivel profesional sino también personal. Quiero experimentar, conocer otras posibilidades, así que si empiezo a pensar en las salidas de tono de mi jefe me pondré de los nervios y no daré pie con bola. De todas formas a él no pienso ni mencionárselo; no se lo merece.

—Sólo espero que me toque un compañero con ganas de aprender —murmuro.

Confío en no toparme con un montón de gente aburrida y con tiempo libre que se apunta a un bombardeo con tal de tener algo interesante que contar a sus amistades; como últimamente la cocina de vanguardia está de moda, ahí van de cabeza.

Decido pasar al interior con una sonrisa. Causar buena impresión ayuda a empatizar con los que serán mis compañeros y con el profesor. Nada más abrir la puerta me doy cuenta de que soy el foco de atención y la última en aparecer, lo cual deja mi reputación profesional bajo mínimos. Sin embargo, mantengo mi expresión risueña.

—Buenas noches —murmuro con educación y en tono de disculpa.

—Puedes colocarte allí —me indica Juanjo, quien va impartir el curso.

Lo conocí durante una charla a la que asistí antes de matricularme, donde nos dio una explicación de los objetivos y de por qué resultaría interesante, para cualquier chef con ganas de superarse, asistir a sus clases. A mí no me hacía falta que me convenciera, sólo precisaba ahorrar la cantidad que debía abonar e ingeniármelas para poder asistir.

Asiento y aunque sé que terminaré con agujetas faciales, mantengo la sonrisa, aprovechando para mirar a mis compañeros. No quiero sacar conclusiones precipitadas, así que no me dejo guiar por su aspecto.

Desde luego somos un variopinto grupo, ya veremos cómo nos vamos compenetrando a medida que avancen las clases.

—Buenas noches a todos —interviene Juanjo en tono amable, pero se detiene a la

espera de que yo me coloque—. Gracias por asistir.

Pongo un pie delante de otro y me dirijo a donde me indica, junto a un tipo al que miro de reajo. Susurro una disculpa por haber sido la última en llegar y mientras me coloco el mandil blanco le hago una especie de ficha técnica. Edad: treintaero.

—Empecemos —dice el profesor, interrumpiendo así mis tareas poco o nada relacionadas con la cocina.

Sé que me estoy comportando como una cría y que de seguir así se me subirán los colores a lo Heidi; a mi edad, la verdad, estas cosas no deberían pasar, sin embargo me lo noto. Me conozco y sé que a veces me pongo colorada por una estupidez, y me pregunto cómo un tipo así se ha apuntado a clases de cocina.

Vuelvo a mirar de reajo al compañero que me ha tocado en suerte. La verdad es que no tiene pinta de trabajar en la cocina de un restaurante. Quizá sea uno de esos que se aburren, les sobra el dinero y como necesitan algo de que hablar en esas fiestas tan *cool* se apuntan a un curso de cocina... O tal vez se casa dentro de poco y quiere aprender a cocinar, pero para mantener el aire *cool* va a clases de cocina de diseño, porque lo básico no queda bien a la hora de presumir.

Allá cada uno.

«Es mono», me digo a mí misma en silencio y termino sonrojándome como una adolescente ante su primer piropo. Pero lo cierto es que de todos los allí reunidos es con el único que me atrevería a fantasear, pese a que parezca que sólo ha venido a manchar cacharros. No debería importarme —cada uno puede hacer con su tiempo y su dinero lo que le venga en gana—, pero no da el perfil de quien disfruta entre fogones.

De todas formas, si vamos a compartir cuchara de madera —al margen de sus motivaciones, que deben darme igual—, creo que al menos estaría bien saber cómo se llama.

Y como ser educada cuesta muy poco...

—Me llamo Bea —me presento ofreciéndole la mano.

Quizá es un gesto muy frío, pero no he ido allí a hacer amigos y de momento prefiero mantener las distancias.

—Yo soy Max, encantado.

Me devuelve el apretón de manos como si lo estuvieran obligando a ello, de forma rápida, sin apenas fijarse en mí.

De acuerdo, también quiere mantener las distancias. Casi mejor; si me llega a responder algo como «Eh, qué pasa», o algo peor: «Qué bien, me ha tocado con una chica, apruebo seguro»...

Veo que el resto de los asistentes también se comporta de forma seria, y es lógico: es el primer día y no nos conocemos. Supongo que con el paso de los días nos iremos soltando un poco, para que el ambiente sea más distendido.

Intercambio una mirada con Beto y éste me dedica una sonrisa.

Agradezco enormemente que Juanjo haya evitado la típica presentación en plan

«Hola, soy Pepita, tengo taitantos años, soy de a saber dónde y me he apuntado para ampliar mis horizontes culinarios...». Y después eso tan televisivo de: «Me gusta ser sincera. Tengo un defecto: soy exigente y desde niña he querido dedicarme a esto». Y así durante media clase hasta acabar todos. Es un detalle ahorrarnos ese bochornoso momento tan *made in USA*.

Repaso de nuevo a todos los allí presentes. Hmmm, hay de todo un poco... Pero yo no he venido a hacer amiguitos, quiero aprender, así que lo primero es olvidarse del resto y meterme en faena.

Aunque es un poco difícil...

«Bea, tú a lo tuyo», me digo en silencio.

No hay manera.

Y es comprensible.

Todas las mujeres de mi edad, o casi todas, tenemos más o menos las cosas claras, el problema es que yo ando un poco despistada últimamente. ¿Por qué? Muy sencillo: mi vida se ha visto básicamente reducida a conciliar mi trabajo con mi casa y mi hijo, por ese motivo no suelo tener oportunidad de salir de ese bucle. Así que cuando, sin esperarlo, estoy junto a un hombre —por motivos profesionales, pero eso no viene al caso— que me parece atractivo —luego puede ser insufrible aunque ahora eso lo pasaremos por alto—, reacciono como se supone que debo reaccionar: observándolo.

Y no soy la única... Soy consciente de que mi compañero acapara más miradas que el resto de los alumnos, lo cual puede deberse a su impecable aspecto o a que es el tío con más percha de la sala. Lo cierto es que da gusto verlo, estoy codo con codo con él y hasta huele bien; requisito que considero imprescindible en un hombre.

«Pero ¿yo a qué he venido aquí?», me rependo en silencio.

Dejo a un lado mis elucubraciones y me concentro en escuchar las explicaciones que nos va dando Juanjo sobre los objetivos y los puntos importantes que quiere tratar durante el curso.

Agradezco en silencio que la parte teórica dure apenas unos minutos; la verdad es que a estas horas no tengo la cabeza para mucho y aunque hablar de las pautas a seguir sea relevante, yo quiero ir directamente a la parte práctica. En la cocina, la mejor forma de aprender es ir probando, mezclando hasta dar con el punto exacto; de nada sirve leer la receta del mejor chef si no sabes cómo batir unos huevos.

No voy a decirlo en voz alta, pero antes de apuntarme estuve consultando en internet recetas, algunas antiguas, sobre cómo preparar postres que con ingredientes dulces y picantes dieran como resultado sabores increíbles. Cuando he tenido tiempo, he aplicado algunas de esas recetas a mis postres, pero me doy cuenta de que necesito la supervisión de alguien como Juanjo, que canalice de alguna manera mi creatividad o que me aporte algún detalle que puede parecer insignificante pero que al final marca la diferencia.

También es cierto que desde que vi *Chocolat* por primera vez me di cuenta de que era lo que buscaba. Entendí qué quería hacer y después me la he puesto unas mil

veces más. Ver a Juliette Binoche echar cayena en la taza de chocolate para que a la amargada del pueblo gobernado por un reprimido le cambie el carácter, para que una mujer maltratada encuentre una forma de salir adelante, un cura joven no se convierta en viejo antes de tiempo y una madre viuda comprenda mejor a su hijo siempre logra que sonría como una tontorrón; después, como no puede ser de otro modo, quiero ser capaz de hacer cosas así. Bueno, desde luego ayuda mucho que aparezca Johnny Depp y te arregle unos desperfectos para después darle a probar mis recetas dulces, o menos dulces, y que pase lo que tenga que pasar en su barco, atracado en la orilla del río, donde toca la guitarra, bebemos hasta tarde y...

¡Estoy desvariando!

Abandono mis locuras cinéfilas y miro —siempre de reajo, no quiero parecer prepotente— lo que mi compañero tiene entre manos.

Disimulo y de verdad que quiero darle el beneficio de la duda. El hombre pone voluntad, no lo niego, ha hecho anotaciones de los consejos de Juanjo y se lo ve con interés de aprender, pero termino haciendo una mueca ante lo que tengo delante. Eso del bol no es normal.

—¿Qué haces? —le pregunto en voz baja para no molestar al resto de la clase.

Juanjo nos ha pedido, como primer ejercicio, que preparemos un postre aplicando las pautas que nos ha indicado al principio, dando por hecho que es el primer día y queda mucho camino por recorrer. Así podrá evaluar el nivel de cada uno de los participantes y no nos limitaremos a manchar cacerolas a lo tonto, que es lo que parece que está haciendo Max.

—Remover el chocolate —me responde como si fuera tonta y no supiera lo que es remover una masa, de color chocolate, que poco a poco se va solidificando y con la que seguramente podré revocar una pared dentro de dos horas.

De verdad que quiero contenerme, pero no soy capaz.

—Permite que lo dude —murmuro y me doy cuenta de que mi comentario ha sonado un poco altivo.

Él abandona su tarea de albañil para mirarme; está claro que no le gusta ni un pelo mi interrupción, pero trabajamos en equipo.

Me pasa el bol de malas maneras antes de provocarme.

—Pues nada, como te veo tan suelta... —su tono sarcástico no me amedrenta... mira a ver si se te ocurre algo mejor.

Si esto fuera una peli de caballeros ahora mismo me dolería la mejilla por el guantazo que me acabaría de dar, y mi orgullo, ofendido en lo más profundo, exigiría una satisfacción. Así que recojo el guante imaginario —de ser real le atizaría con él para que tuviera la mejilla a juego— y me pongo a trabajar.

Remuevo con más brío la sospechosa masa y me aplico en dejarla comestible.

Agradezco en silencio que mientras me afano por solucionar aquello mi contrincante y compañero de curso se mantenga en silencio, en vez de preguntar cada vez que añado un ingrediente para qué lo hago; al menos cabe suponer que es un tipo

inteligente y sabe aceptar una derrota.

Juanjo se pasa por donde estamos Max y yo y sólo observa, sin interrumpir en ningún momento mi proceso creativo.

Mejor, no quiero distracciones.

Tras unos minutos de trabajo intenso, durante los cuales mi compañero de cocina se limita a esperar sin interrumpir, parece que he conseguido que lo que se prometía una masa indeterminada pase a ser algo comestible.

Lo pruebo y ya que Max ha tenido la delicadeza de no cuestionarme, le acerco la cuchara para que él también compruebe mis esfuerzos.

—Veamos qué delicias habéis preparado —interrumpe el profesor cuando ha recorrido todos los puestos.

Va probando cada uno de los postres y manifestando su opinión, que tengo claro que hay que aceptar sea cual sea. En ningún momento lo oigo hacer comentarios ofensivos y cuando señala algún punto que no le convence lo hace de forma instructiva.

Nos toca y lo veo probar lo que en un primer momento no era nada.

Juanjo nos sonrío y yo asiento.

Se me suben los colores cuando dice que nuestro postre es el más novedoso.

Miro de reojo a Max.

—Ha sido mérito de ella —reconoce, dejándome pasmada.

—Enhorabuena —confirma Juanjo mirándonos a los dos—. Un sabor interesante, sin duda.

—Gracias —murmuro.

El profesor regresa a su puesto y mi compañero decide sacarme aún más los colores.

—Sí, está buenísimo. Enhorabuena. Se merece un premio.

No sé si me está tomando el pelo... Para rematar, mete el dedo, rebaña, se lo lleva a la boca, lo chupa y a mí me va a dar algo.

Hmmm. ¿Eso qué significa exactamente? La verdad es que ha variado notablemente su forma de dirigirse a mí y eso me da qué pensar.

Vale, olvidemos lo de «piensa mal y acertarás» y decidámonos por la opción más sencilla: el postre está de muerte y no le cuesta nada aceptarlo.

Estoy por sugerirle que coja un *tupper* y se lo lleve a casa...

Cuando termina la clase me dirijo a rescatar mi bici y como siempre tengo que maldecir —con vocabulario infantil, ya que no quiero que Félix aprenda palabrotas— porque mi candado no abre a la primera.

—¡Jo... pelines, vaya caca!

Ya lo sé, una mujer hecha y derecha, agachada, con ropa de faena y diciendo «jopelines» es *top ten* en el YouTube, pero no puedo hacer otra cosa hasta que la maldita llave gire y libere la cadena.

Me peleo un par de minutos más y cuando por fin puedo incorporarme me doy

cuenta de que he sido observada, en silencio, por un tipo de portada con una media sonrisa en el rostro.

Estoy segura de que no se descojona a mi costa porque le conviene llevarse bien conmigo dentro del curso, pero que en cuanto desaparezca de su vista se parte el pecho.

Bien, mantengámonos dignas. Siempre y cuando con unos vaqueros y una sudadera de marca —de marca de refrescos— pueda una ser digna.

—No he querido interrumpirte —dice él con cierto tonito. Fijo, éste se está partiendo de risa a mi costa—. Pero si necesitas ayuda...

Niego con la cabeza y por una vez, sin que sirva de precedente, la suerte está de mi lado, la maldita llave gira y puedo desenroscar la cadena de seguridad.

—Gracias, pero ya está. —Le muestro mi proeza todavía agachada, lo cual me da una perspectiva de su altura.

—Buenas noches —se despide indiferente y opto por no mirarlo, no vaya a ser que se vuelva en el último momento y me pille observándolo.

Eso queda muy feo el primer día de clase.

Consigo llegar a casa sin mayor dificultad

Algunos días deberían tener treinta horas o más, pienso mientras me desvisto y busco algo cómodo para tumbarme y perder aunque sean veinte minutos en el sofá. Pero a los cinco minutos me doy cuenta de que: uno, la mesa del salón tiene las revistas desordenadas. Dos, en la pantalla del televisor se distinguen unas sospechosas marcas de dedos, tamaño, así a ojo, de niño de cuatro años, y tres, me da miedo mirar debajo del sofá por si encuentro vida inteligente.



No he dormido bien, ha sido una de esas noches en las que me desvelo sin saber por qué. Lo cierto es que debería haber caído redonda nada más taparme con las sábanas, pues llevaba levantada desde las ocho de la mañana.

—Cinco minutos más —gimo. El deseo de estampar el despertador contra la pared es tentador, pero reprimo las ganas porque sé que mis obligaciones ganan la batalla.

Lo que daría por cogerme unos días y dormir hasta tarde.

El único consuelo es lamentarme mientras arrastro los pies hasta el cuarto de baño y me doy una ducha rápida.

Me tomo un cafecito rápido para que mi cuerpo reaccione y de paso pongo una lavadora, que a este ritmo no voy a tener bragas limpias, y como dice mi hermana: «Hagas lo que hagas, ponte bragas».

Sonrío; María y sus cosas...

Preparo las cosas del cole ahora que la cafeína ha puesto firmes mis biorritmos, por lo que se me activa el modo madre-todoterreno y me muevo por la casa recogiendo una cosa, revisando otra... Compruebo la hora y después voy a la habitación de Félix.

Da penita despertarlo, sin embargo debo hacerlo o llegaremos tarde al colegio. Me acerco despacio hasta su cama y lo acaricio.

Él parece notar mi presencia y se mueve hasta abrir los ojos, entonces vuelve a cerrarlos y se da la vuelta, dándome a entender que pasa de mí.

—Cariño, venga... —Intento que abra los ojos y se hace el remolón, así que no me queda más remedio que recurrir a medidas desesperadas, esas medidas que toda madre guarda para casos de extrema gravedad—. Levanta o... —lo zarandeo levemente y él protesta—, o este fin de semana no podremos ir al cine...

—Eso es trampa —protesta.

Pero consigo mi propósito: Félix se frota los ojos y arrastrando las zapatillas logro que vaya preparándose.

Con la hora pegada al culo lo llevo hasta la puerta del cole y lo achucho; él intenta escurrirse pero yo no se lo permito: es mi niño y no me canso de hacerlo.

Con las prisas sólo he podido tomarme un café deprisa y corriendo, así que mi estómago protesta y me siento en una cafetería a desayunar como es debido antes de pasar por el mercado.

Me tomo mi tiempo aunque, la verdad, es mirar el reloj y sentir ardor de estómago.

—¡Ya era hora, guapa! —me grita Ramón de malas maneras, sin molestarse siquiera en ayudarme con las cosas que traigo.

Niego con la cabeza y me muerdo la lengua.

Ramón, mi jefe, es un tipo con mucha suerte, porque sin tener ni pajolera idea de restauración regenta un restaurante. Eso sí, su máxima es precio y rapidez. Nada de innovación, nada de experimentar.

«Cretino.»

Según su «sabiduría empresarial» no hay que ofrecer cosas nuevas —«raras», según sus propias palabras— a los clientes, porque luego no las pagan. Así que tenemos órdenes estrictas de servir platos a contrarreloj, cocinarlos a ser posible con ingredientes baratos y no perder el tiempo.

Cuando por fin desaparecen de mi vista él y sus gritos, Beto, mi mejor amigo —bueno eso depende del día—, se acerca a mí y tras saludarme me dice:

—Ni puto caso. Por cierto, ¿cuándo quedamos para salir a tomar unas copas? Tengo que presentarte a...

—Ni hablar. Ni una sola cita a ciegas más —le advierto. Sé por dónde va y prefiero cortarlo de raíz, que luego pasa lo que pasa...

La última fue desastrosa no, lo siguiente. El tipo no estaba mal, pero —y es un pero insalvable— no me miró a los ojos ni una sola vez. Se pasó todo el tiempo enseñándome las llaves de su coche, hablándome de los caballos, la potencia, el consumo... Acabé hasta el gorro, hasta creo que olía a gasolina.

Pero si aquello no era suficiente para salir escopeteada, después, sin la menor consideración, abrió la cartera para mostrarme no sólo un fajo de billetes sino los cuatro condones de los que por lo visto pensaba hacer uso aquella misma noche.

La verdad, no sé si lo hizo, pero desde luego yo no le facilité la tarea.

—No seas petarda. Ya ni me molesto en buscarte hombres; total, ninguno parece cumplir los requisitos de su excelencia. —Se está burlando de mí pero me da lo mismo, a él se lo permito—. Esta vez me he ocupado de mí mismo.

Sonrío y me acerco para adoptar un tono confidencial.

—¿Y? Cuenta, cuenta —le insto en tono cotilla, cosa del todo innecesaria, pues a Beto le encanta compartir conmigo sus andanzas. En ocasiones me siento un pelín violenta con tanto detalle, sin embargo poco a poco me voy habituando a las costumbres de mi amigo.

Llegará un momento en el que nada me sorprenda. Eso sí, cuando tengo intención de pasar por su casa siempre lo aviso por teléfono con tiempo suficiente para que pueda recibirme sin que yo tenga que presenciar nada inconveniente para mí, como dice él, mojigata vista. Bueno, para Beto casi todo el mundo es mojigato, pero es que le gusta mucho exagerar.

—He conocido al hombre de mi vida —me dice emocionado, y piensa las palabras antes de añadir—: Bueno, vaaaaale, a lo mejor me dura tres meses, pero hija, si se nos acaba el amor de tanto usarlo pues mejor, que ya sabes lo que me repatea deshacerme de cosas a medio gastar.

No puedo evitar soltar una sonora carcajada con sus ocurrencias. Así es Beto,

siempre dispuesto a animarme el día, a ver el vaso medio lleno y a buscar el amor de su vida.

Ojalá lo encuentre, me digo.

En mi caso esa búsqueda ha quedado aplazada indefinidamente, ya que hay varios factores que ahora requieren mi atención; el primero, como no podía ser de otro modo, es esa personita a la que besuqueo a la menor oportunidad y que desde que vino al mundo me tiene loca perdida.

Mi trabajo, o mejor dicho, mis aspiraciones laborales también me tienen absorbida por completo. Quiero progresar y para ello me temo que las relaciones serias quedan descartadas.

—Quizá tenga algún amigo hetero... —me dice mirándome.

—¡Beto! Olvídate de hacer de Celestina.

—O bisexual... —continúa su proceso reflexivo y me pongo seria.

Como le dé por hablar de emparejamientos me aburre durante todo el servicio de comidas.

—Que lo dejes, o no te hablo en un mes.

Bisexual, dice... pero ¿tan desesperada parezco?

Vale, llevo bastante tiempo sin echar un polvo, pero tampoco creo que se me note.

Claro que el problema aquí es que Beto conoce demasiados detalles de mi vida y juega con ventaja.

Pero tiene cada idea... No sé yo cómo encaja en mis necesidades un tipo bisexual. Yo no voy a rasgarme las vestiduras, pero hay cosas que me echan para atrás.

¿Miedo escénico?

Quizá debería...

No puedo continuar reflexionando ya que oigo la puerta que da acceso a la zona de trabajo y eso sólo significa una cosa.

Ramón entra en la despensa donde Beto y yo nos refugiamos y no hace falta que diga nada, su cara de perro agobiado por las pulgas lo dice todo, así que me lavo las manos, cojo mi mandil y empiezo a seleccionar ingredientes.

Nos metemos en faena preparando el menú del día y poco a poco la cocina se convierte en un campo de batalla. A medida que va llegando el público debemos concentrarnos y dejar el cotilleo.

Hoy, pese a la prohibición expresa de mi jefe, he decidido experimentar.

Sin que Ramón se dé cuenta he añadido un toque diferente a la tarta de chocolate. Si le pido permiso me mandará a freír espárragos, así que yo a lo mío.

Beto arquea una ceja cuando me ve moler guindilla y mezclarla, pero entiende que a un cacao con un ochenta y cinco por ciento de pureza le va de perlas el toque picante.

Espero que Ramón no la pruebe hasta que algún cliente le pregunte, así al menos se relajará y el sermón por haberlo hecho sin pedir permiso será más suave.

De todas formas, con lo mal que están las cosas hoy en día, la competencia feroz

y lo difícil que es atraer clientes nuevos, ¿por qué sigue en sus trece?

Qué poca visión de negocios, por favor.

—Los de la mesa cuatro llevan tiempo esperando el segundo plato; ¿viene o no viene? —Siempre con el maldito soniquete, no cambia.

No me hace falta girar la cabeza para saber que Ramón necesita gritarnos regularmente para sentirse jefe.

—Ahora mismo sale —le dice Beto limpiando el borde de los platos con papel de cocina.

Los agarra de malos modos y se marcha.

—Le va a dar un ataque, está en una edad de riesgo —explica Beto negando con la cabeza.

—Ya sabes cómo es —alego sabiendo que tiene razón; aunque sea un bruto no quiero que le pase nada.

Continuamos con nuestra frenética actividad, entre gritos de Ramón y bromas de Beto, que a todo le saca punta.

Si no fuera por él la que sufriría un ataque sería yo, porque con sus comentarios genera buen rollito y se te pasa el cabreo en un abrir y cerrar de ojos.

Salen las primeras raciones de tarta y mientras espero el veredicto de la audiencia termino de caramelizar la cebolla para añadirla después.

Noto que alguien está pegado a mí.

—¿Qué coño es eso? —pregunta Ramón frunciendo el ceño.

—Cebolla caramelizada, viene de perlas para acompañar la carne. —No debería esforzarme demasiado en darle detalles, pero me ha pillado de buenas.

Intenta procesar mi explicación, pero, como yo me temía, no lo logra, así que replica con su tono impaciente de siempre:

—Se supone que tenemos que dar de comer a la gente.

Mi jefe y sus comentarios sarcásticos.

Ya ni me molesto en explicarle la diferencia entre llenar el estómago y disfrutar de la comida. Para él, que el cliente acabe el plato y pague la cuenta es todo lo que importa.

Nada de ofrecer algo diferente.

La frase «Los experimentos con gaseosa» no la ha dicho hoy todavía, pero calculo que antes de las cuatro cae seguro. Así que niego con la cabeza y me concentro en los fogones, no vaya a ser que se me quemé la salsa.

Más o menos todo ha ido saliendo según lo previsto y por fin puedo sentarme a descansar. Ni zuecos anatómicos ni nada, me duelen las piernas y ni cuatro horas seguidas en el spa podrían ayudarme.

Por suerte nadie se ha quejado sobre mi postre y contemplo orgullosa que las dos bandejas están vacías. Eso quiere decir que ha gustado y que los clientes tienen un buen criterio. Ramón nos informa, antes de marcharnos, de que ha sido un buen servicio y las propinas han estado bien. Es lo más cerca que está de darnos las

gracias, por lo que nos sentimos satisfechos y no le damos más vueltas.

—¿Te apetece que nos vayamos a tomar un cafelito antes de ir a recoger a Félix?

—me propone Beto.

—Vale, pero busquemos un sitio cerca del colegio —le indico pensando en que como lo más seguro es que nos enrollemos, luego no quiero tener que echar a correr para llegar a tiempo.

Nos desprendemos de nuestro atuendo laboral, volvemos a ser personas y para allá que nos vamos.

Pasamos por delante de varios escaparates y no puedo evitar fijarme en algunas cosas. Hace tanto que no me voy de compras...

Básicamente por dos factores; el primero, que queda bien decirlo, es falta de tiempo; el segundo se sobreentiende: falta de presupuesto. Entre el alquiler, las cosas de Félix (él es lo primero y en este punto soy inflexible), los gastos del día a día... mi sueldo se queda en nada, así que de momento diré que no tengo tiempo. Queda mejor.

Beto sabe muy bien cómo ando, así que no dice ni pío cuando me ve delante de un escaparate y no entro en la tienda ni para probarme algo.

El paseo hasta el cole de mi niño nos ha sentado de maravilla. Nos acomodamos con tranquilidad en una cafetería y disfrutamos de un merecido descanso.

Pero Beto y sus ansias emparejadoras vuelven a la carga en cuanto estamos servidos.

—Llega un momento en la vida de toda mujer... No me pongas esa cara, lo que digo es bien cierto. Necesitas desmelenarte, hacer algo de lo que tengas que arrepentirte por la mañana. Algo que contar a tu compañero de trabajo y escandalizarlo un poco.

Pongo los ojos en blanco. Lo quiero un montón pero no comprende que él puede hacer estupideces y arrepentirse.

—Estoy cansado de ser siempre yo quien haga locuras —apostilla con gracia.

Beto no sería el mismo sin sus «locuras», así que su semiprotesta sólo sirve para hacerme reír.

—Yo no puedo, soy una madre responsable. O al menos intento serlo la mayor parte del tiempo.

—A ver, lo que yo te propongo no es que desaparezcas durante quince días y abandones a tu hijo. No te lo perdonaría jamás, adoro a Félix. Lo que te sugiero, pedazo de bruta, es que salgas una noche, te desfogues y eches un polvo, aunque a la mañana siguiente no quieras volver a ver al tipo en cuestión. De eso se trata precisamente.

—Ya —murmuro desconfiando.

—Eso sí, al menos tendrás que hacer un esfuerzo y salir de casa a buscarte un rollo —me suelta con sarcasmo.

—Hasta ahí llego yo solita, gracias —le espeto haciendo una mueca.

Lo cierto es que tiene más razón que un santo. Nadie va ir a la puerta de mi casa,

llamar y ofrecirme media hora, tres cuartos de hora siendo generosa, de desenfreno sexual sin compromisos. Para después despedirse sin más y dejarme dormir.

No, no valgo para eso.

Sólo de pensarlo..., me cuesta una barbaridad arreglarme, vestirme, ponerme el taconazo, pintarme el ojo y soportar conversaciones absurdas, música estridente, empujones y colas para ir al baño.

Y además terminaría cayéndome de sueño. Por no mencionar que haría el ridículo a las primeras de cambio, pues estoy desfasada por completo.

—No me apetece —me disculpo, intentando que me deje tranquila.

—Eso dices siempre.

—Es que con tanta niña mona con vestidito de Bershka no tengo nada que hacer.

—No seas ridícula, por favor. Y no voy a regalarte los oídos. Si dieras una oportunidad a los tipos que te presento...

Su tono acusador me hace reír.

—Por cierto, ¿cómo lo haces tú? Lo de ligar, me refiero. ¿Vas a donde un hombre, te presentas y ya está?

—¿Ves como tienes que salir un poco más con el tito Beto?

Sigue con su tono acusatorio pero sé que me lo va a a contar, porque le encanta dar clases magistrales de ligoteo y relaciones humanas.

—Primero, ni harta de vino salgas con un vestidito de Bershka, que tienes una edad. Segundo, te arreglas y que si bailo un poco, que si tropiezo, que si te miro... ¡Joder, que lleva siendo así desde hace siglos!

—Y tú, bueno... ¿cómo sabes quién juega en tu liga?

Beto me mira entrecerrando los ojos.

—Nunca lo pregunto, la verdad...

Abro los ojos como platos.

—¿Nunca?

—¿Para qué? Yo primero entablo conversación, creo un ambiente de confianza y si luego da la casualidad de que es de los míos, pues estupendo. También hago amigos así, ¿sabes? Prefiero perder un ligue, aunque te sorprenderías de los que niegan la evidencia.

Se ríe y me contagia. Sólo por verlo ligando merecería la pena salir una noche.

—Y cómo no, cuando no son de mi liga los apunto en mi agenda por si alguna «amiga agradecida» necesita un favor.

—¿Tan desesperada me ves? —pregunto con una mueca.

—Veamos... —Adopta su pose de psiquiatra de tercera, toma un sorbo de su café y me mira, evaluándome.

—Ya sé que no soy una top model, ese punto te lo puedes saltar —le digo porque sé lo que soy y lo que no.

—No seas tonta, Bea, por Dios.

—Pues deja de mirarme así —protesto y finjo enfadarme, aunque con Beto parece

misión imposible.

—Escucha, lo primero es mentalizarte.

—Vale, me concentro: «Quiero un amante... quiero un amante...» —murmuro; si hubiera imitado una postura de yoga quedaría mejor.

—¿Quieres tomártelo en serio, por favor?

—Vale, perdona.

—Tienes que intentar relacionarte, te pasas el día del trabajo a casa y viceversa. Como no conozcas a tíos en el autobús... no sé yo cómo piensas ligar.

—Hmmm.

—O aprovecha las circunstancias —añade con retintín.

—Beto, de verdad, ando liada todo el santo día. Ya me contarás...

—Querer es poder, Bea. Eso de entrada. Estoy seguro de que a tu hermana no le cuesta nada quedarse un sábado con Félix.

—Ya lo sé, pero me da una pereza...

—Excusas, excusas. El otro día, por ejemplo, en el curso de cocina, parecías llevarte muy bien con tu compi, ¿no?

—¿Con Max? —inquiero extrañada. Yo no lo llamaría precisamente así—. Lo normal —digo con desgana.

—Pues estuvo pendiente de ti un buen rato.

—¡No, qué va!

—Lo que yo te diga.

—Lo que pasa es que le salvé el culo con el ejercicio. Por cierto, ¿para qué te has apuntado tú si te dedicas a cotillear? —pregunto con la idea de desviar la conversación: no quiero que se ponga pesadito y me saque los colores.

—Si hubieras venido puntual nos habría tocado juntos, que era lo que yo quería, pero el guaperas y tú aparecisteis de milagro. ¿Qué, lagarta? ¿Lo viste en el aparcamiento y lo planeaste todo?

—Mira que dices tonterías.



Un día diferente.

O al menos ésa es la expectativa que tengo recién levantada.

Por una vez, y sin que sirva de precedente, lo tengo libre, así que puedo dejar hecha la casa un pincel, vaguitar e incluso encender la tele y ver uno de esos programas mañaneros de los que mucha gente habla pero que nunca tengo tiempo de ver.

Enciendo la tele y tras perder cinco preciosos minutos zapeando llego a la conclusión de que eso no puede ser bueno para mi salud, así que enciendo el equipo de música, que por cierto dentro de poco podrá ser considerado objeto *vintage*.

Y luego dicen que veinte años no son nada...

Pulso el play del mando y *Hung Up*^[1] empieza a sonar; nada mejor que Madonna para animar el ambiente un día laborable —aunque no para mí— por la mañana. Meneo contenta el culo al ritmo de la música y la verdad es que así resulta más agradable encargarse de las faenas domésticas. Aunque debo de parecer una loca con el trapo en la mano mientras canturreo sin ningún tipo de entonación.

He dejado a Félix en el cole y ahora se me hace raro, porque normalmente de estas cosas me ocupo cuando él está en casa y protesta cuando paso por delante, cuando interrumpo sus juegos o cuando le digo que me ayude y hace lo que puede.

La verdad es que necesitaba estar sola en casa porque a veces esto parece un campo de batalla. Lo confieso, no cuido mis amistades: a la señora plancha más de una vez le doy plantón y al señor aspirador no siempre me apetece verlo. Por las tardes, cuando llego a casa, elijo estar sola o en compañía de mi hijo. Prefiero pasar una hora con él jugando a lo que sea aunque en la estantería del salón se vea una capa de polvo.

Trapo en mano, spray en la cintura y canturreando voy de aquí para allá. No hay muchos metros cuadrados que limpiar, pero ya que me pongo hago las cosas bien, que a saber cuándo volveré a tener una oportunidad como ésta. Trabajando a las órdenes de Ramón y con las fiestas navideñas a la vuelta de la esquina intuyo que no va a ser en breve.

Empiezo por el salón, donde más tiempo pasamos y por lo tanto más mugre acumulamos. Miedo me da mover el sofá, pero me digo que hay que ser valiente y me pongo a ello. Casi una hora después sonrío satisfecha; cada cosa en su sitio, ni una mota de polvo en la estantería y el suelo reluciente.

—Como los chorros del oro —murmuro contemplando mi salón. Hasta parece más grande así, recogido y limpio.

Después ataco el resto del apartamento, que también necesita un repaso a fondo, y todo ese trabajo se traduce en una casa impecable y en una Bea hecha un asco.

No queda otra que darme un agua si quiero salir a la calle y que la gente no se aparte de mí. Así que recién duchadita, con una cola de caballo y la cara lavada me pongo ropa cómoda y me voy al mercado. Me encanta pasear por los puestos, entablar conversación con las dependientas y así pasar un rato agradable compartiendo cotilleos, casi siempre inocentes, para luego hacer la compra.

Regreso a casa, ordeno las compras y me preparo algo de comer, tranquila, como pocas veces puedo. Me resulta extraño, la verdad.

Con todo en perfecto estado de revista incluso tengo tiempo para remolonear en mi sofá hasta la hora de ir a recoger a Félix al colegio.

Me visto y me preparo, ya que después de ir a buscar a mi hijo tengo que dejarlo en casa de mi hermana para poder dirigirme directamente al curso de cocina.

Bajo ningún concepto quiero perderme una clase. He pagado una matrícula y ahora, con lo que me ha costado ahorrar, no voy a desperdiciar esa inversión, aunque se me haga muy cuesta arriba, la verdad, es tan tarde...

Nada de pensar en eso, me recuerdo. Miro es reloj, como hoy no ando con la hora pegada al culo puedo ir tranquilamente hasta el colegio de mi hijo y así caminar un poco. Nada de ir a matabalho.

A las puertas del cole parloteo un poco con otras madres mientras esperamos a que «suelten» a los canijos. Esto de hacer un poco de vida social me gusta, lástima que sólo sea posible de pascuas a ramos.

Con Félix de la mano damos un paseo y como tengo la tarde libre nos quedamos en el parque que hay cerca de casa de mi hermana jugando un buen rato.

Yo, como mamá obediente, me siento en el banco y me limito a dejarlo enredar a su antojo y a llamarlo para que venga a dar un mordisco a su bocadillo a la par que juega, salta, sube, baja. En definitiva, no para.

Me suena el móvil y veo que es María quien me llama. Se habrá preocupado al ver que tardamos. Así que le cuento dónde estamos para que se tranquilice.

—¡Félix! —grito para llamarlo porque se está haciendo tarde.

Como era de esperar se hace el sordo.

Miro de nuevo el reloj y me digo que sólo serán cinco minutos más.

Mi promesa se diluye cual azucarillo en café caliente, pues quince minutos después aún estamos en el parque y sin visos de levantar el campamento.

—Espera un poco, mamá —protesta.

Yo lo entiendo. Todo el día encerrado en el cole cuando lo que necesita es brincar, correr y demás cosas que hacen los niños de su edad.

Sin embargo, tengo obligaciones y debo mostrarme un poco más firme.

Al final, como siempre tengo que ir a despegarlo, literalmente, del columpio y llevármelo casi a rastras. Félix arrastra los pies en señal de protesta y yo lo llevo a remolque hasta el edificio donde vive María. No puedo ser estricta con él, pues el pobre hartado hace con estar todo el día de aquí para allá. Protesta lo justo.

—Con lo bien que me lo estaba pasando... —me dice con puchero incluido.

—Otro día venimos antes, ¿vale?

—Vale —acepta mi propuesta pero todavía con recelo.

Cuando llegamos a casa de mi hermana parece que el enfado va perdiendo fuerza. Sabe, el muy pillín, que en esta casa es el rey y hace de su capa un sayo. No me extraña que jamás proteste cuando le digo que vamos a casa de la tía.

—Hola, pasad, pasad —nos saluda María al vernos en la puerta—. ¿Qué tiene? —me pregunta al ver la cara de perrito abandonado.

—Lo de siempre —suspiro triste—. Ya sabes lo que le gusta la zona de juegos y lo que cuesta sacarlo de allí.

—Ah, bueno, pero con la tita María te lo vas a pasar estupendamente.

—Vale —murmura poco o nada convencido.

Creo que es una estrategia para sacar provecho, pero no puedo sentirme culpable, aunque a veces termino dudando de si tomo las decisiones correctas.

Arrastra los pies hasta el salón y a pesar de tener claro que es una especie de chantaje moral no puedo hacer otra cosa.

—No te preocupes —me dice María comprensiva—, se le pasa en diez minutos.

—Ya lo sé... —admito resignada.

—Anda, tómate un cafelito, charlamos un rato y después te vas a ese curso.

—De acuerdo.

Con mi hermana puedo desahogarme y quedarme como nueva en menos de una hora. Tiene una habilidad increíble para escuchar y extraer el lado bueno de las cosas. Consigue, por ejemplo, que, como es mi caso, no te sientas mal por ver a tu hijo tristón y termines sonriendo, ya que es cosa de niños y acudir a un curso de cocina no es, ni de lejos, ser mala madre, sino más bien todo lo contrario. Querer mejorar en tu profesión, dar un paso adelante, no sólo me beneficia a mí.

Dan gusto la seguridad y confianza con las que habla y sobre todo las que deposita en mí y en mis aptitudes como chef. Soy consciente de que todos estos esfuerzos que ahora estoy haciendo tendrán su recompensa en el futuro, lo único que espero es que no sea un futuro muy lejano. La paciencia se me puede acabar.

Con el ánimo mejorado tras dos cafés y unas pastas cojo mi bolso y mi chaqueta y me dirijo a las clases.

Hoy me he propuesto ser de las primeras y lo consigo.

Hay más participantes que piensan igual que yo y eso me da la oportunidad de charlar un rato con ellos. Como apenas nos conocemos, hablamos de cosas sin importancia o de lo que probablemente hagamos en la próxima hora.

No veo a mi compañero de fatigas por ningún lado, así que ya sé algo más de él sin quererlo: es impuntual.

Quienes fuman aprovechan para echarse un cigarrito rápido y después, obedientes, todos vamos entrando en la sala y colocándonos en nuestros puestos.

—Buenas noches —nos saluda Juanjo afable.

—Buenas noches —murmuro en respuesta, al igual que el resto de los asistentes.

Por lo visto soy la única desparejada de la clase. Si fuera fatalista o algo así diría que son cosas del destino. O poniéndome en lo peor: como la vida misma.

—Nos ha llegado esta invitación para visitar unos viñedos de la comarca y acudir a una degustación de sus caldos. Es para dos personas. Me ha parecido una buena idea regalársela a quien esta noche se esfuerce y ofrezca algo diferente. Como un incentivo para que os esmeréis un poco más. —Concluye su oferta con una sonrisa.

Siento la mirada fija de Beto, así como su sonrisilla sarcástica. A ver si ahora van a pensar que soy la preferida del profesor y la vamos a tener. Le advierto con la mirada que se meta en sus asuntos y que me deje tranquila. Lo que me faltaba, que mis compañeros me mirasen mal.

Oigo algunos comentarios sobre la proposición que nos ha hecho Juanjo; es una buena oferta y un plan estupendo, siempre y cuando consigas que tu jefe te dé el día libre, claro.

Mi principal objetivo, en cuanto me meto en faena, no es precisamente alzarme con el premio, pero no por ello voy a dormirme en los laureles.

Cuando ya he empezado a trabajar se abre la puerta y, mira por dónde, mi compañero aparece. Eso sí, por lo visto viene directamente de la oficina, pues su traje, corbata y aspecto en general son impecables.

—Siento el retraso —se disculpa con elegancia y tras desprenderse del abrigo y la americana del traje se arremanga los puños de la camisa, dispuesto a embadurnarse de harina.

—No pasa nada, Max —le dice Juanjo. Aunque por la cara que pone no le gusta que lleguemos tarde.

«Tiene razón; un poco de seriedad, que somos adultos», pienso sonriendo levemente ahora que no he sido yo la última en aparecer.

La clase va trascurriendo con normalidad, si la normalidad es que Max mire lo que hago y me vaya pasando lo que necesito sin protestar y sin interrumpir.

Cada vez que me entrega algo me fijo en sus manos. Manicura perfecta, no hay marcas de anillos y su reloj debe de costar un ojo de la cara.

—¿Qué estamos haciendo? —me pregunta en voz baja—. Lo quiero saber, no por curiosidad, bueno, también, es que no quiero parecer un tonto cuando nos pregunten qué hemos cocinado.

—Perdona —le digo apartándome el pelo con el antebrazo, ya que tengo las manos sucias.

El mechón de pelo es un rebelde sin causa y me tapa de nuevo un ojo, pero cuando voy a repetir la maniobra Max se adelanta y con delicadeza me lo coloca detrás de la oreja.

Éste es uno de esos momentos de peli en los que casi tienes una experiencia religiosa, aunque bajo de las nubes en dos segundos ya que ni han sonado los violines ni él me ha sonreído. «Sólo ha sido un gesto amable, Bea, no le des más vueltas.»

—Deja al menos que te eche una mano —me dice como si nada.

Zas, cubo de agua fría.

—Quiero preparar crepes con confitura de endrinas. Quiero que tengan un sabor ácido, no dulce.

Cuando al llegar a clase he visto las endrinas en conserva se me ha ocurrido la idea; no son muy habituales en cocina, pues a veces su sabor puede resultar desagradable, pero bien mezcladas aportan un toque interesante.

—De acuerdo —acepta sin replicar—, aunque yo pensaba que se utilizaban para hacer pacharán.

Al menos no ha sacado su teléfono móvil para buscar una receta similar en internet y aprenderse de memoria los ingredientes, pienso con ironía.

La masa la tengo a punto, muy batida. Enciendo el fuego y dejo que la sartén coja la temperatura idónea, lo compruebo echando sólo unas gotas y al ver que cuajan sé que puedo empezar.

Max intenta seguir el ritmo, aunque se nota que no está acostumbrado, pero se esfuerza, por lo que no puedo regañarlo.

Levanto la vista un instante e intercambio una mirada con Beto, cuya compañera se le acerca con descaro y él, el muy pillín, le sigue el juego. Pobre, ya verás cuando se dé cuenta de que las posibilidades con él son pocas o ninguna.

Me guiña un ojo con descaro y señala a Max, que se está pegando, literalmente, con el pasapuré. Dudo que la intención de mi amigo sea señalarme precisamente ese detalle, pero prefiero ignorarlo.

Tengo las crepes listas y ahora debo rellenarlas. Max me va poniendo la masa en el plato y yo voy colocando la mermelada de endrinas sobre la tortita. Coloco otra encima y una nueva capa de endrinas. De ese modo, al doblarlas —que no enrollarlas, pues es lo típico— quedarán más jugosas.

—Tienen buena pinta —comenta Max una vez terminado el proceso.

—Gracias.

Esperamos a que Juanjo vaya acercándose a cada puesto para ver nuestros trabajos. Puede parecer absurdo, pero estoy nerviosa. De acuerdo, esto no es *Top Chef*, aunque sé que mi propuesta es arriesgada y puede no gustar. Al menos ha quedado una presentación elegante.

Por fin Juanjo se detiene en nuestro puesto. Mira le plato, lo huele y prueba una pequeña porción. Ahora lo escupe en el plato y a mí me da algo.

—Muy bueno —asiente mirándonos—; se aprecian los taninos de los arañones, deja el sabor áspero propio de esta fruta pero con el toque de la masa suave combina muy bien.

—Gracias —digo sencillamente.

El profesor termina su ronda y tras beber agua se dirige a nosotros.

—Bien, la clase de hoy ha terminado.

Todos empezamos a recoger nuestras cosas pero nos interrumpe:

—Ah, como he dicho al principio, la invitación para recorrer una bodega de vinos

es para quien, a mi juicio, ha arriesgado más. Por lo tanto, Bea y Max, enhorabuena.

Juanjo nos entrega un sobre. Ya se me había olvidado lo del regalo.

—¿De qué está hablando?

—Si hubiese llegado puntal... —bromea Juanjo y pasa a explicarle los detalles.

—Si yo no he hecho nada —replica Max.

Su sinceridad le honra, desde luego, pero por la cara que ha puesto parece un castigo, más que un premio.

Salimos al exterior y me despido de mis compañeros; meto el sobre en mi bolso, no voy a ir y menos a insistir para que me acompañe. Empiezo a caminar con la idea de buscar un taxi, pero noto que alguien se sitúa a mi lado.

—Toma. —Me entrega una tarjeta. Le echo un vistazo, es la profesional. Su número de teléfono y su dirección de e-mail, poco más—. Llámame.

—¿Perdón?

Me sonrío, joder, es la primera vez. Debo de parecer tonta o sencillamente llevo un pegote de mermelada en la frente y está disimulando.

—Llámame y quedamos. ¿De acuerdo?

Un momento... ¿He oído bien?

¿Quiere quedar conmigo? ¿Desde cuándo la gente normal entrega una tarjeta para quedar? ¿Tan desfasada estoy yo en esto del ligoteo?

—Eh... sí, vale —farfulto.

—Dime cuándo te va bien.

Mis hormonas, a coro con sus mariachis, cantan «¡Ahora mismo, rey!». Pero va a ser que no.

—Pues...

—Lo ideal sería un sábado por la mañana para poder ver bien las viñas, las bodegas...

Hale, cubo de agua helada.

Seré tonta, ilusa y gilipollas.

—Muy bien, te llamo y hablamos. Buenas noches.

Sí, mejor me voy, que ya no puedo hacer más el ridículo, además estoy hecha polvo. ¿Cómo puedo pensar en tener una cita?

Sigo caminado y ahora es Beto quien me aborda.

—Venga, te acompaño un rato —me dice algo apurado. Entiendo el motivo: no quiere ser desagradable con su compañera.

—Bueno, vale. Pero nada de pararse a tomar una copa. ¿Estamos?

Beto asiente.

Claro que podría haber sido más lista, pues a los cinco minutos, mientras esperamos que aparezca un taxi, aprovecha para darme la turra y burlarse de mí. Sólo le falta llamarme empollona.

—¿Y yo qué culpa tengo?

—Joder, Bea, juegas con ventaja. Juanjo te mima, no hay más que ver cómo te

alaba delante de todos, haces lo que te apasiona y encima te llevas al macizo de clase.

Me echo a reír antes las protestas, parece un niño envidioso.

—Tranquilo, si quieres me invento una excusa y nos vamos tú y yo a ver esas bodegas.

—¿Qué? —Me mira como si fuera el anticristo o algo peor—. ¿Estás loca?

—A mí me parece un plan estupendo.

—Calla, calla. ¿Vas a desperdiciar la oportunidad de salir con ese tipo?

Resoplo.

—No es una cita, es un marrón, eso es lo que es. A él no parecía hacerle ni puta gracia y a mí tampoco creas que me entusiasma.

—Pero qué tonta estás últimamente... —murmura antes de montarse conmigo en el taxi.

Indico al conductor mi dirección y nos ponemos en marcha.

—Vas a ir —me provoca a los dos minutos.

—Ya veremos.

—Vas a ir —repite.

—Prefiero que me acompañes tú —insisto. Es más seguro.

—Ya, pero ¿antes no deberías preguntarme si estoy disponible? —inquieta con recochineo—. Sabes que mi agenda está hasta los topes —añade con superioridad.

—Idiota.

—Bea, llámalo y pasa un buen día.

Como si fuera tan fácil...



Observo mi armario abierto de par en par intentando dilucidar qué es lo más apropiado para una no-cita.

Estas cosas pasan, y ahí mi amigo tiene más razón que un santo: por falta de costumbre ahora todo esto me pilla fuera de juego. ¿Y si él se presenta elegante, de traje o similar, y yo elijo vaqueros, camiseta y cazadora?

Vale, no es una cita oficial, o de esas que te animan, o de las que puede surgir algo, pero tampoco vamos a salir de casa dando pena. Y en este caso, como mi acompañante se ha mostrado educado, digo yo que como mínimo se merece la misma cortesía.

Porque tengo muy presente que, pese a lo que opine la mente perturbada de Beto, Max sólo se comportó de manera correcta para salir del paso. O sea, que nada de emocionarme, por mucho que María empiece a meterme pájaros en la cabeza. Otra que tal baila...

Mi hermana va a recoger a Félix, que hoy sale antes, y se queda con él, así yo puedo disponer de tiempo para mí. Aunque si de verdad sólo es un compromiso, ¿por qué le estoy dando tantas vueltas?

La respuesta: mi hermana.

Bueno, las palabras exactas de María han sido: «Ni se te ocurra volver antes de medianoche».

No sé cuánto cree que puede tardarse en recorrer unos viñedos, la verdad. O peor aún, ¿qué se piensa esta mujer que voy a hacer allí? ¿Contar una por una las botellas de la bodega? ¿Beber hasta caer redonda?

En fin, tengo que decidirme y elegir un trapito. Algo elegante, pero no aburrido. Tampoco me voy a emperifollar, pero no voy a ir con un chándal. Debo encontrar un conjunto, descartando el de Bershka, que me dé aire juvenil, no quiero parecer una respetable matrona...

—Joder, qué difícil es esto de las no-citas.

Poco a poco mi cama va siendo testigo de mi infructuosa búsqueda... Pantalones amontonados, blusas, faldas... ¿De verdad una vez me puse una con imperdibles?, me pregunto al mirar ese horror. Mira por dónde, a lo mejor no encuentro nada decente pero consigo hacer limpieza y despejar mi armario, que buena falta le hace.

—Quizá debería ir de compras... —murmuro haciendo una mueca.

Me quito esa idea de la cabeza porque, uno, no ando sobrada de dinero; dos, no me da tiempo; y tres, paso de obsesionarme con este asunto.

Continúo rebuscando y, a lo tonto, me doy cuenta de que se me ha pasado la mañana cuando oigo abrirse la puerta.

—Dime que no llevas toda la mañana buscando modelito...

Mi hermana.

La que no se calla aunque le vaya la vida en ello.

La que insiste en arreglar, junto a Beto, mi vida privada. Debe de ser porque como ella tiene más o menos las cosas organizadas le sobra tiempo y quiere ocuparse de las mías. Yo se lo agradezco, de verdad que sí, pero a veces se pone de un pesadito...

Hoy, además, mi paciencia está en mínimos históricos, así que espero que deje de pincharme.

—No, simplemente estaba sacando cosas que ya no me pongo. —Le muestro la cuestionable falda de imperdibles a modo de justificación.

Aunque me da a mí que no se lo traga, pues me mira con cara de «No me vaciles, que nos conocemos...».

—Espero que luego dejes tu cuarto recogido —me dice Félix todo serio antes de marcharse al salón y poner la tele.

—¿Será posible?! —Me echo a reír ante el comentario de mi niño.

—Míralo por el lado positivo, al menos lo tienes bien enseñado. Bueno, vayamos a lo importante...

María coge un vestido negro que utilicé en la boda de no sé qué prima y me lo pasa, indicándome sin palabras que es la elección perfecta. Niego con la cabeza y le muestro uno en tono berenjena, de punto, con el que con unas botas y una chaqueta voy la mar de apañada, aunque tapada hasta arriba.

Miro el reloj, se me va a echar el tiempo encima y si además tengo a mi hermana dando por el saco...

—Éste —dice toda emocionada agarrando uno sencillo, un pelín corto y de manga francesa—. Ese otro es como si llevaras bragas de cuello alto, pasarás calor y si... ya me entiendes, no te deja libertad de movimientos.

Achico los ojos ante sus insinuaciones.

—¿Te he dicho ya que voy a visitar unos viñedos? —le recuerdo con ironía.

—No seas boba, por favor —me reprende tratándome como si fuera tonta o algo peor—. Ese tipo va a salir contigo, ¿qué te cuesta matar dos pájaros de un tiro? Porque digo yo que si no ha inventado mil excusas para retrasarlo o para no ir al menos tiene un mínimo interés en ti.

María y sus procesos deductivos: le dices que vas a salir, por un asunto del curso, con un compañero y ella sola se monta la película. El problema es que, por alguna extraña razón, quiere que yo sea la protagonista, cuando apenas llego a figurante.

—Ya empezamos...

Y lo peor del caso es que siempre consigue inocularme el gusanillo de la duda. Como si yo, por mí misma, no me comiera lo suficiente la cabeza.

—Mira, Bea, soy tu hermana y te quiero, pero a veces eres de un pánfilo...

Me está insultando, con cariño fraternal, eso sí, pero insultando.

—Entre Beto y tú me vais a volver tarumba. ¡Dejadlo ya! —le pido repasando el

vestido en cuestión... que no parece tan mala idea. Bien mirado...

—Ponte este vestido, bragas limpias y ya hablaremos.

Gruño o algo similar mientras busco ropa interior y sin esperar su aprobación me voy al aseo, que con tanto esfuerzo percha arriba percha abajo necesito relajarme. Para evitar una inspección ocular me llevo también el vestido de la discordia, así salgo ya arreglada y me ahorro otro sermón.

La ducha me sienta de maravilla, consigo relajarme y de paso enfriarme, porque la calenturienta imaginación de María me juega malas pasadas.

Y la verdad es que no me apetece hacer el ridículo, o que me dé por pensar alguna que otra estupidez y acabe diciéndola en voz alta.

«Vas a ir con un completo desconocido, Bea, así que contrólate», me digo mientras me aclaro el pelo.

Cuando abro la puerta me encuentro de sopetón con la cara de mi hermana, que quiere revisarme, como no podía ser de otro modo.

—No sé... Quizá deberías ponerte una minifalda, ese vestido, ahora que te lo veo puesto, me parece muy largo.

Pongo los ojos en blanco. Su comportamiento es como el de una madre preocupada, pero a la inversa. Lo normal es que a una la critiquen cuando va excesivamente descocada, no cuando se ha molestado en ir correcta.

—Ya vale —advierto mientras busco mis utensilios de chapa y pintura.

—¡Félix! —grita mi hermana pleno pulmón—. ¡Ven aquí, necesitamos tu ayuda!

La miro con cara de «¿Qué te propones?». Y veo aparecer a mi hijo, obediente.

—A ver, dime, cariño, ¿mamá te parece guapa? —le pregunta.

—Estás jugando sucio —interrumpo.

—¿Por qué me preguntas eso, tía?

—Mira, tiene que ir a un sitio muy importante y no me hace caso.

—Eso es condicionar su respuesta —protesto.

Pero claro, a mi niño le encanta que lo traten como una personita mayor y sentirse importante, así que en vez de protestar porque no puede continuar viendo la tele, sigue junto a nosotras.

—Necesitamos una opinión imparcial.

—¡Por el amor de Dios! —exclamo negando con la cabeza.

Esta insensata, con tal de salirse con la suya, es capaz de poner a mi hijo en mi contra.

—Es el hombre de la casa, ¿verdad que sí, Félix?

—A ver, cielo... —me acuclillo junto a él—, mamá tiene que ir a un sitio de trabajo y se tiene que poner elegante.

—Vas muy guapa —confirma él y se larga de nuevo al salón.

Yo sonrío, miro triunfante a la meticona de mi hermana y empiezo a sacar mis cosas de maquillaje, dejándolas en la repisa del baño. Espero que aún estén utilizables, pues no sería la primera vez que la máscara de pestañas se queda seca o

que el maquillaje no fluye como debería. No tengo tantas cosas, únicamente las básicas; cuando trabajo no me gusta ir maquillada, pues en la cocina no queda muy glamuroso llevar el ojo pintado y pelar patatas con chorretones de rímel debido al sudor. Así que no me voy a complicar la vida con mi cara; lo esencial y punto.

—Dame el secador. Ya me ocupo yo de que lleves el pelo en condiciones.

Ante su tono de ordeno y mando no me queda otra que sentarme. En las reducidas dimensiones de mi baño no cabe un taburete, por lo tanto bajo la tapa del retrete y me siento a la espera de que mi hermana me seque el pelo.

—Ni se te ocurra hacerme nada raro —le comento por si acaso: no quiero experimentos capilares.

Mira por dónde, con el ruido del secador no podré oírlo, por fin algo positivo entre tanta intromisión.

María parece muy concentrada y yo aguanto quince minutos de secador en silencio, algún que otro tirón y bastantes ganas de acabar de una vez con esto. Tras dejarme el pelo en buenas condiciones, todo hay que decirlo, me meto de lleno con el maquillaje. Una manita de color, una raya, un brillo de labios y listo.

—No me convence —murmura María, que no se despega de mí; así no hay manera.

No quiero discutir pero voy a terminar haciéndolo, pues Félix ha vuelto, sin duda curioso por ver lo que su tía y su madre se traen entre manos.

«No seas tonta», me digo mientras intento pintarme la raya del ojo, pero María, la hermana meticona que ninguna mujer quiere aguantar antes de una no-cita, y mi hijo se han aliado para ponerme más nerviosa de lo normal. Así que una de dos: o los mando a paseo o termino pintada como un payaso.

Al final entre risas, miradas asesinas, advertencias y comentarios graciosillos consigo estar lista. Ya veremos cómo acaba esto. No me da buena espina.

—Pórtate bien —le digo a mi niño antes de darle un sonoro beso en la mejilla.

—Vaaale. —Por su tono está claro que si puede mangonear a su tía, va a hacerlo.

Le está bien empleado, por ponerme nerviosa.

—No te pases mucho rato delante de la tele —le recuerdo. Quien se inventó eso de los canales temáticos para críos no sabe el daño que ha hecho.

—Vaaale. —Me mira de reojo sabiendo que no lo va a cumplir.

Comento a mi hermana un par de cosillas sin importancia y miro el reloj de horno; Max está a punto de llegar. Por su forma de comportarse no tiene pinta de ser impuntual, así que respiro y me repito de nuevo que cuanto antes me vaya, antes regresaré. Ni loca pienso seguir ese suicida consejo de volver a medianoche.

Suena el telefonillo del portal y claro, la petarda de María se lanza a por él.

—¿Sí?

Casi me dan ganas de sacudirla cuando contesta en tono marcadamente complaciente. Y para rematar la faena suelta:

—¿Max? ¿Qué Max? —Escucha atenta y añade, sonriendo como una bobalicona

—: Ah, ese Max.

—¡María! —le advierto entre dientes; a saber qué va a pensar Max de nosotras.

—Ah, muy bien. Aún le falta un retoque, pero si quieres subir... puedes esperarla aquí y tomar algo mientras.

—No me lo puedo creer...

Niego con la cabeza ante el comportamiento de mi hermana.

—Ya sabes cómo somos las chicas... —canturrea. A mí me están empezando a entrar ganas de cometer hermanicidio...

—¡Trae eso aquí!

Le arrebató el telefonillo y digo rápidamente:

—¡Ya bajo!

Si no mi hermana es capaz de hacerle un interrogatorio. Cojo el bolso y me despido con un beso de Félix y otro de María, aunque ella no se lo merece.

—¡Suerte! —me grita cuando salgo por la puerta, y luego, para dar la puntilla, dice—: ¡Espero que mañana tengas mucho que contar!

A ver qué cara le pongo yo a este hombre después del ridículo y la vergüenza que me ha hecho pasar mi hermana.

María, con sus constantes dimes y diretes, sus nada recomendables consejos y sus miraditas me ha puesto de los nervios; ni siquiera he revisado mi bolso antes de salir por si me he olvidado de algo. Mira que si luego resulta que me he ido sin llaves o sin la cartera... Pero ya no tiene remedio, ni loca vuelvo a casa, porque a buen seguro me dan otra conferencia u otro repaso de estilismo.

Me miro por última vez en el espejo del ascensor y compruebo mi estado; menos mal que el maquillaje oculta mi sonrojo, no sólo por el esfuerzo de salir escopeteada sino por las tonterías que he tenido que soportar antes de cerrar la puerta.

Última vez que le cuento nada de este tipo.

Aunque ahora que lo pienso, a saber cuándo volveré yo a tener una no-cita...

Menos mal que vivimos en una casa donde aún no han instalado videoporteros, porque de haber tenido uno cualquiera sabe lo que esa loca con la que comparto genes habría sido capaz de hacer. Eso sí, me apuesto cualquier cosa a que está en la ventana recabando información; voy a tener que cambiarle el mote: a partir de ahora será la Vieja del Visillo. Porque mira que disfruta cotilleando... A veces ni yo misma entiendo cómo podemos ser tan diferentes en algunos aspectos.

Salgo a la calle y me encuentro con un tipo que me deja sin aliento.

Y me estoy quedando corta...

Por lo poco que me fijé durante el curso ya tenía claro que estaba de toma pan y moja. Y no sólo eso, es que tiene una pose..., porque allí, apoyado en una moto, mirándome a través de sus gafas de sol (bueno, creo que me mira a mí, no estoy segura, pero me alegraría que fuera así) se me revuelven todas las hormonas y no tengo yo últimamente mucha mano dura con ellas. Cuando se desprende de las gafas y se acerca a mí el descontrol ya es una realidad.

«Así no vamos bien», me digo.

—Hola.

Tal y como lo dice hasta suena provocador, ¿o soy yo que tengo la cabeza como un bombo por culpa de la conversación con María? Si me emociono al oírlo decir «hola», a saber lo que me pasa cuando me pregunte, por educación, si me apetece tomar algo.

—Hola —respondo con timidez, sintiéndome un poco estúpida; no es para menos porque he hablado tan bajo que casi ni me he oído yo.

Entonces me doy cuenta de que así voy a pasarlo muy mal, por lo que me olvido de paranoias y me centro en lo verdaderamente importante: los medios de transporte y sus contratiempos.

Él se acerca con la intención de pasarme un casco y me doy cuenta de que, por no preguntar, ahora estoy en un aprieto.

Niego con la cabeza: los problemas no han hecho más que empezar.

—¿Qué ocurre? —me pregunta al ver que no hago ningún movimiento y se queda con el brazo extendido ofreciéndome el casco.

Miro alternativamente a Max y a la moto y no entiendo por qué no se da cuenta de mi apuro. En cuanto esa moto alcance cierta velocidad —tiene pinta de que tal hecho sucederá con rapidez— y mi falda ondee al viento voy a alegrar a unos cuantos conductores enseñándoles mi trasero, porque dudo mucho que Max, con ese cacharro entre sus piernas, respete todos los límites de velocidad.

—¿Pasa algo? —insiste, impaciente, ante mi silencio.

Le señalo mi atuendo esperando que saque conclusiones por sí mismo.

Él me mira y sonrío levemente. Vale, el modelito le gusta, pero no es eso en lo que tiene que fijarse.

—No puedo ir así en moto —termino explicándole.

Pero es como si oyera llover. Me da el casco, se encoge de hombros y me muestra su retaguardia, que por cierto es espectacular. Como no quiero parecer tonta y sé que desde la ventana me están espiando, me subo en la moto y confío en no regalar instantáneas gratis de algunas partes de mi cuerpo.

No sin cierta dificultad consigo sentarme tras él y me agarro, manteniéndome separada prudentemente porque, aunque me tachen de exagerada, pienso que ir de paquete en una moto entraña cierto grado de confianza. Max y yo apenas nos conocemos y nuestro contacto durante el tiempo que dure el trayecto va a ser bastante íntimo.

Al parecer Max no opina lo mismo, o mejor dicho, no parece importarle y me insta a que me agarre con fuerza a su cintura. Yo aprieto los muslos para evitar que se me levante la falda y él arranca.

Ya sólo con el rugido del motor se me han puesto los pelos de punta... ya veremos cómo acaba todo esto.

Lo cierto es que mientras circulamos por la ciudad todo parece estar más o menos

en su sitio; sin embargo, en cuanto nos ponemos en carretera la cosa se empieza a complicar.

Puede que sea una vía secundaria y que el tráfico no sea el de una autopista en hora punta, pero de vez en cuando nos cruzamos con algún que otro vehículo, lo que en principio no sería nada extraño. Como Max no es de los que van detrás y a la menor oportunidad adelanta al coche que nos precede y la dichosa moto tiene la suficiente potencia como para salir disparados, mi trasero se inquieta por las posibles consecuencias.

Yo, por si acaso, me agarro a Max; prefiero enseñar el culo antes que salir disparada. El único consuelo que me queda es que al llevar casco no terminaré peinada a lo afro y que, de ocurrir un despiste, nadie me reconocerá. Pobre consuelo.

Debo admitir que, pese a la velocidad a la que circulamos y la sucesión de curvas, Max está consiguiendo que me sienta, salvando el inconveniente textil, bastante segura, porque hasta la fecha las motos y yo no habíamos hecho buenas migas. Nunca he tenido un percance con ellas, sin embargo, sin saber muy bien por qué, siempre me han dado cierto reparo y las he evitado. Supongo que todo es psicológico, hasta que alguien, en este caso Max, consigue que te sientas medianamente cómoda.

Yo no conocía esta carretera pero he de reconocer que resulta agradable viajar por vías que discurren entre campos, que atraviesan pueblos y que te dan la oportunidad de fijarte con más detalle en cosas cotidianas que, por falta de tiempo, pasas por alto.

—Hemos llegado.

Tan concentrada estaba en mis cosas que no me he dado cuenta. Max ha detenido la moto junto a una verja que parece tener más años que la orilla del río y a la cual hace tres décadas que no dan una mano de pintura. Miedo da empujar por si los goznes están oxidados y la puerta se nos cae encima. Tiene pinta de chirriar como en una mala película de terror para adolescentes.

Me ayuda a bajar de la moto y nos quitamos el casco.

—¿Seguro que es aquí? —pregunto por si acaso, no vaya a ser que nos hayamos confundido. Él me mira con la cara típica de un hombre al que se ha cuestionado su sentido de la orientación, a ninguno le gusta que se lo hagan, y no me responde.

Bueno, entonces pensaré que los organizadores del curso nos han gastado una broma y la próxima vez que regalen algo por quedar los primeros de la clase lo rechazaré educadamente.

Max da un vistazo a su alrededor pero al llevar las gafas puestas no tengo muy claro cuál es su opinión, aunque me parece a mí que no está muy feliz. Compone una mueca y mira en derredor como si no se lo creyera.

Yo tampoco.

Intento ser positiva, a lo mejor dentro mejora la cosa y nos estamos precipitando; quiero ser optimista, pero va a ser que no. Él debe de haber pensado lo mismo porque empuja la verja, y como yo sospechaba aquello chirría de forma estridente. Un viejo, destartado e ilegible letrero está apoyado de cualquier manera sobre el muro de

piedra, no menos hecho polvo, y un par de perros se pasean por allí sin ganas de ladrar o de acercarse a los visitantes.

Es deprimente, pero me muerdo la lengua, ya que no tengo la suficiente confianza con Max como para decirlo. Así que miro a mi alrededor intentando buscar la parte divertida de todo esto, que seguro que la hay. Observo a Max y caigo en la cuenta de que si le hubieran dado una patada en los mismísimos tendría la misma cara, ya que para un tipo que destila poderío económico y elegancia aquello debe de ser como un viaje a otro mundo.

—Odio mentir, esto es deprimente —dice sin disimular su desagrado.

Bueno, al menos me ha evitado decirlo a mí.

—Ya que estamos aquí... —Intento ser correcta, por si acaso.

—Vámonos —ordena tajante colocándose las gafas de sol a lo forajido antes de huir a través del desierto.

Yo estoy un poco tonta, ¿no? Vaya comparaciones que se me ocurren. Sin embargo asiento, me coloco el casco y vuelvo a los malabarismos para tapar mi trasero.

De esto no puede salir nada bueno.



Max arranca de nuevo y sin preguntarme mi opinión se pone en marcha.

Deduzco que ya ha cubierto su cuota de educación por hoy y me lleva de regreso a mi casa, pero cuando ya me he resignado me doy cuenta de que no vamos en esa dirección. Al principio me sorprende, y después empiezo a inquietarme. Pero me resulta imposible preguntarle, así que no me queda más remedio que esperar a que se pare y entonces saldré de dudas. Veo que aparca la moto junto a un elegante restaurante y que tras ocuparse de los cascos, me hace una seña para que lo siga. Como no me ve muy decidida murmura:

—Te invito a comer, estoy seguro de que te encantará.

—De acuerdo —acepto con reticencia, pues no me parece apropiado que me invite, aunque de momento me mantengo en silencio.

Nada más entrar se acerca a nosotros un hombre que saluda con efusividad a Max y por cuyas palabras deduzco que son viejos conocidos. De ello se deriva que consigamos mesa, y con estupendas vistas, en un tiempo récord.

Max me cuenta que es uno de sus restaurantes favoritos por el tipo de menú que sirven, y que hacía tiempo que no venía ya que su trabajo se lo ha impedido.

Me alegro de que poco a poco nuestra charla vaya siendo más fluida; de vez en cuando hasta lo veo sonreír, lo cual agradezco y correspondo del mismo modo.

Él elige el vino, así que me limito a probarlo y a felicitarlo por su elección. Mientras esperamos que nos sirvan, me doy cuenta de que nuestros temas de conversación se mantienen dentro de lo seguro; me alegro, así podremos pasar un buen rato sin complicarnos la existencia.

—¿Te gusta? —pregunta señalando mi plato.

Lo he pedido por recomendación del amigo de Max y no me queda más remedio que asentir.

—Sí, está delicioso —comento como si tal cosa, aunque por un instante he creído ver en la cara de mi acompañante un destello de interés más allá de lo normal. De nuevo me digo que sólo son imaginaciones.

Max llama a su amigo y tras darle la enhorabuena por el menú le pide que felicite al chef, a lo cual me sumo encantada; no es para menos.

Me doy cuenta de que Max sabe en todo momento mantener viva la conversación y me agrada que me deje hablar, sin interrumpirme, sobre mis locuras y/o proyectos respecto a lo que me gustaría hacer si mi jefe no fuera tan cazurro. Y lo mejor: no sólo parece escuchar, sino que lo hace mostrándose atento, nada de fingir que le interesa.

Él, en cambio, apenas menciona nada relevante sobre su trabajo. Lo poco que comenta son referencias vagas. Como por ejemplo que lo obliga a viajar

constantemente, por lo que no siempre puede mantener el tipo de relación que le gustaría con sus amigos y conocidos.

Uy, uy, eso sin duda viene a ser una clara indicación de que lo primero es su ocupación y que las relaciones, incluyendo las personales, siempre estarán en un segundo plano. Bueno, siempre es mejor conocer de antemano la situación para no caerte con todo el equipo. En el caso de que haya que caerse, por supuesto.

—Deberías montar tu propio negocio —me dice finalmente cuando ha escuchado toda mi perorata sobre cocina creativa.

Yo resoplo y bebo de nuevo; este vino, además de rico, entra solo.

—¿He dicho algo inconveniente? —me pregunta al ver mi expresión.

—Ése es mi sueño, pero te aseguro que el director de mi sucursal no opina lo mismo —le confieso y apuro mi copa de vino; él inmediatamente la rellena.

—El dinero no debería suponer un obstáculo.

—Ya, sí, claro... —farfullo empinando el codo.

Ahora vendrá la desagradable pero típica conversación en la que me dirá eso de «Nunca abandones tus sueños», «Ya verás como un día se hacen realidad» o lo peor de lo peor: «Conozco que alguien que quizá...», y ahí sí que no. Suena a frase hecha, compromiso de los raros y seguramente no cuaja, por lo que la desilusión se multiplica por dos.

Decido abandonar la senda de mis sueños personales y adentrarnos en él. Me siento un poco tonta hablando todo el tiempo de mí.

—¿Por qué te apuntaste al curso? —le pregunto manteniendo un tono impersonal. El vino se me está empezando a subir a la cabeza pero me ha relajado, ya no me noto tan tensa.

Max, antes de responder, levanta una mano y hace una seña al camarero, que inmediatamente nos trae la cuenta y la deja, como era de esperar, en su lado.

—Siempre me ha atraído todo lo relacionado con la restauración...

Se detiene al ver cómo estiro el brazo y le arrebató la factura con la intención de ocuparme de mi parte; no puedo consentir que un desconocido me invite a comer.

—¿Qué haces? —inquiere al verme sacar mi tarjeta de crédito. Lo que no sabe es que este alarde de igualdad me va a desequilibrar el presupuesto, pero lo prefiero.

—¿Quieres ser cocinero? —Le respondo con una pregunta. Mi intención es desviar la atención y mantener viva nuestra charla.

—Yo te he traído aquí y me ocupo de la cuenta —alega firme, aunque sin levantar la voz ni mostrarse ofendido. Su amabilidad y educación siempre por delante.

—Mira, te lo agradezco, pero me siento mejor si me ocupo de mi parte. —Max mantiene su expresión serena, parece aceptarlo—. No me has respondido.

El camarero se lleva ambas tarjetas de crédito y agradezco que no discuta y saque pecho delante de la concurrencia en una demostración de machito. Eso dice mucho a su favor.

—Cocinar no es únicamente preparar alimentos —comienza, y me doy cuenta de

que con su reflexión quiere decirme mucho más de lo que a priori pueda parecer—. Es crear, es imaginar... y desde hace mucho quiero poder hacerlo con mis propias manos.

—¿Embarnarte? ¿Picar cebolla? ¿Sudar como un pollo? —bromeo recurriendo a la parte desagradable.

Max me sonrío, acariciando la copa de una forma que me dan sudores, y me responde:

—Por supuesto.

Esto no me está pasando... pienso removiéndome en mi asiento.

En ese instante me doy cuenta de que ya somos los únicos comensales que quedan. Seguramente el dueño, dada su amistad con Max, no nos ha dicho nada pese a que lo más probable es que quieran recoger. Yo sé muy bien lo mucho que molesta el que «la parejita» de turno se haga arrumacos hasta el último momento. Menos mal que no somos ninguna parejita.

Ha llegado el momento de la despedida, incómodo pues nunca se sabe muy bien cómo decirlo para no resultar maleducados.

—Bueno... —miro a mi alrededor para que él también se percate de que estamos solos—, me lo he pasado estupendamente...

Max otra vez me sonrío y espera esos angustiosos escasos cinco segundos antes de hablar.

—Lo mismo digo. Hace mucho que no disfrutaba de una comida tan relajada.

Le devuelvo la sonrisa. Vale, matrícula de honor en saber estar.

—Eso se lo dirás a todas —le suelto con cierta chulería arqueando una ceja. Es una frase tan típica como cierta, aunque tal y como la he pronunciado adquiere un matiz muy especial, en el cual, por razones obvias, prefiero no ahondar.

—Puede ser... —me confirma en ese tono misterioso—, pero te garantizo que en este caso es real.

Respiro y mantengo el tipo. No se me ocurre nada que responderle a eso y ante la posibilidad de soltar una estupidez o peor aún, ser grosera, cierro el pico y con calma me levanto de la mesa. Él, por supuesto, me sigue y con naturalidad apoya una mano en mi espalda para conducirme hacia la salida.

Nos despedimos del dueño y Max me abre la puerta, todo un galán a mi servicio. Nos acercamos a la moto.

—¿Dispones de tiempo esta tarde?

Su pregunta me sorprende, más que nada se supone que ya hemos cumplido, así que toca despedirnos y cada mochuelo a su olivo. Asiento porque me ha pillado desprevenida y porque me siento algo achispada.

—Me gustaría mostrarte unos viñedos.

Yo arqueo una ceja.

—¿Más excursiones a viñedos...? Me parece que esa propuesta no está teniendo mucho éxito en los últimos tiempos.

De nuevo esa sonrisa enigmática, ese gesto con las manos, esa postura que destila seguridad antes de darme la respuesta. Oh, qué hombre, qué bien maneja los tiempos.

—Te garantizo que a donde quiero llevarte no se caen las cosas a pedazos ni da pena.

—Bueno, teniendo en cuenta que me han dado permiso para llegar a casa tarde... ¿por qué no? —comento, aunque sospecho que el vino que me he tomado tiene mucho que ver en mi comportamiento.

De nuevo me subo a mi potro de tortura, aunque no sé si es por el vino, la compañía, el paisaje o el calorcillo que siento en mi interior, pero me noto diferente. Ya no estoy tan agobiada y me agarro a la cintura de Max con naturalidad. Demasiada naturalidad, diría yo, pero lo cierto es que él mismo me insta a que lo rodee con contundencia y no puedo negarme.

Circulamos con su seguridad habitual y si no fuera porque voy en moto terminaría dormida sobre Max, cosa del todo contraproducente pero muy muy agradable; la suavidad de su chaqueta de cuero y la solidez de su espalda invitan a ello, desde luego.

No he querido preguntarle adónde vamos, en definitiva ahora me da igual. Hasta el momento todo ha ido sobre ruedas y mis temores iniciales sobre lo incómoda que me resultaría toda la jornada se han ido disipando, así que bien puede llevarme a una granja apestosa o al lugar más maravilloso del planeta; estaré a gusto sea donde sea. Aunque si me dan a elegir... desde luego me quedo con la segunda opción, por si acaso.

De nuevo escoge carreteras secundarias, de éstas con encanto y curvas en las que debo dejar mi cuerpo laxo, como si fuera un elemento más de la moto, para que el conductor pueda inclinarse según considere.

Detiene la moto en medio del campo. Yo imaginaba una hacienda o algo así, pero no, estamos rodeados de viñedos y éstos, a diferencia de los que vimos por la mañana, están bien cuidados.

Me ayuda a desmontar tendiéndome una mano y yo sonrío agradecida por su exquisita educación; desde luego a estos modales se acostumbra una rápido.

—¿Qué te parece? —inquire sin mirarme. No me extraña, esto es precioso y rodeada de viñas, sin apenas ruido, me siento tranquila—. No me negarás que es un paisaje espectacular.

Yo asiento y mientras hago visera con la mano recorro con la vista toda la extensión que tengo ante mí, hasta detenerme en donde está Max.

—Precioso —afirmo en voz baja, y me doy cuenta de que tiene los ojos fijos en mí. Ahora que las gafas de sol son innecesarias las lleva colgadas del ojal de la camisa, con un estilo que me tiene embobada.

—Sí.

¿Soy yo y mi grado de alcohol en sangre o Max me habla en un tono demasiado íntimo, como si pretendiera, tras nuestras confidencias de sobremesa, mostrarse más

cercano conmigo?

Me cuenta que en este viñedo se produce el excelente vino que hemos compartido durante nuestra comida, que lo descubrió por casualidad, que desde entonces siempre tiene en casa unas cuantas botellas y que, por supuesto, siempre que lo ve en la carta de un restaurante lo pide. Almaceno ese dato, dudo que si se lo propongo a mi jefe lo considere, pero si algún día depende de mí confeccionar una carta seguro que lo incluyo.

Pasan los minutos y ninguno de los dos es capaz de romper el silencio. Noto cómo se retrae, mete las manos en los bolsillos del pantalón y mira sin ver, hasta que al final se fija en mí.

—Se está haciendo tarde —murmura en tono seco y me doy cuenta de que me estoy montando yo sola una película...—. Será mejor que salgamos antes de que oscurezca del todo.

Salta a la vista que quiere mantener las distancias. Muy bien, de vuelta a la realidad.

Esta vez, fruto de la experiencia, me coloco el casco, me subo en la moto, tapo mi culo y me agarro al conductor como una motera de toda la vida; cuando siento el run-run del motor hasta me gusta.

Está oscureciendo y quienes vivimos en una gran ciudad sabemos apreciar mejor que nadie las puestas de sol en el campo, ya que no somos tan afortunados.

Recorremos el camino de vuelta cuando de repente siento que algo tira de la falda de mi vestido. Como puedo, para no desestabilizar a Max, miro hacia abajo y maldigo al darme cuenta de que mi exceso de confianza me ha jugado una mala pasada; debería haber tomado precauciones para evitar estos imprevistos. El jodido vestido se ha enganchado en la moto y de seguir así se va a rasgar la tela, con el consiguiente peligro de tener un accidente o lo más grave: ¡mi culo expuesto! Después de los enormes esfuerzos durante todo el día sería un fracaso. Ahora que le había pillado el tranquilo...

Tengo que avisarlo y pedirle que pare en el arcén como sea, pero con el casco puesto no va a oírme, así que le doy unos golpecitos en el hombro. Max no me entiende, por tanto muevo una mano (cualquiera que me vea pensará que estoy mal de la cabeza) y señalo mi retaguardia. Él parece entender que ocurre algo y pone el intermitente cuando ve un camino forestal hasta detener la moto. Apaga el motor, desmonta quitándose el casco y me mira mientras espera una explicación.

—Se me ha enganchado el vestido —le informo sintiéndome estúpida por ello, pero no me queda más remedio que asumir que pese a lo que podía parecer las motos y yo somos incompatibles.

Max no se enfada, lo cual me sorprende, pues de sus últimas palabras he deducido que deseaba deshacerse de mí cuanto antes.

—Déjame ver.

Sin pensárselo dos veces se agacha ante mí, que no me he atrevido a bajar del

sillín, no vaya a ser que oiga ese horrible *rasssss* y mi vestido termine luciendo un siete en toda regla. Comprueba el estropicio antes de actuar.

Observo cómo mueve la mano y con paciencia va sacando la tela, la estira y hace una mueca al ver la suciedad, aunque la mugre es ahora el menor de mis males.

Max está entre mis piernas, las cuales mantengo abiertas por razones obvias, y muy cerca de mí. Solucionado este inoportuno desaguisado se incorpora, y se queda pegado a mí.

Nunca antes lo he tenido tan cerca, siento su respiración y estoy segura de que él siente la mía. Éste es uno de esos momentos transcendentales en los que temes que no vas a estar a la altura de las circunstancias.

Aparto la mirada, cohibida y dubitativa... y percibo su roce en mi mandíbula, sujetándomela con firmeza pero sin hacerme daño.

—Bea, mírame —exige en voz baja, tan baja que me produce escalofríos y no precisamente porque esté anocheciendo.

Me cuesta horrores levantar la mirada pero al final lo consigo y no me caigo de la moto por poco. Max tiene los ojos clavados en mí, en mi boca para ser exactos, y por su expresión llego a la conclusión de que pretende algo más.

No debería mirarme así, porque, entre otras cosas, soy una mujer que lleva bastante tiempo sin recibir una elocuente mirada masculina, por decirlo de una forma fina. Pero lo cierto es que, dejando a un lado los eufemismos, hace mucho que no echo un buen polvo; bueno, un polvo a secas, no me voy a mentir.

Y encima sé que el vino me ha calentado, por dentro y por fuera.

No quiero hacer el ridículo, interpretar mal su gesto y que sólo se trate de un instante tonto, porque me moriría de vergüenza. Ya debo de estar colorada como un tomate maduro, por lo que espero que o bien dé el siguiente paso o se aleje de mí. A ver si de esa forma me da el aire y me despejo

Trago saliva ante la duda del último segundo. Todo lo que hace parece tan calculado, tan meditado, que me gustaría gritarle: «¡Hazlo ya!».

—Como quieras —murmura sonriendo a medias y yo cierro los ojos, no por lo que va a pasar, que lo deseo, por supuesto, sino porque he debido de decirlo en voz alta.

¿Qué habrá pensado este hombre de mí?

No me da tiempo a responder, pues sus labios ya están sobre los míos, humedeciéndolos, y su lengua juguetea para encontrarse con la mía.

Gimo y abro la boca, encantada con sus avances y con su forma de besar. No avasalla pero tampoco pide permiso. Me besa sabiendo muy bien cómo mantenerme expectante, de tal forma que yo sola vaya pidiéndole con mis gemidos y mis labios mucho más que ese contacto.

—Deliciosa... —dice con voz ronca y a mí se me disparan las hormonas.

No se conforma con mi boca, va dejando un rastro húmedo por mi cuello hasta llegar al lóbulo de la oreja, que mordisquea y chupa, consiguiendo que me revuelva

inquieta mientras mis manos se aferran a su cuello, instándolo a que se acerque y se pegue a mí.

—Mmmm. —Mis murmullos de placer se mezclan con los suyos, lo cual me excita sobremanera. La humedad entre mis piernas es manifiesta, y espero que este magreo vaya a más porque no sé si seré capaz de regresar a mi casa con este recalentón.

Para más inri, subida en la moto y con el constante run-run.

Max parece tener la misma idea pues sus manos rodean mi trasero y me acaricia por encima de la ropa, pero yo necesito un toque mucho más consistente. Sus dedos me palpan sin descanso y poco a poco noto cómo mi falda va levantándose hasta dejar mis muslos expuestos.

Sé que no llevo mi mejor ropa interior, no me importa. Mis bragas son sencillas, negras, de esas que venden en packs de tres junto con la necesaria blanca y la horrible de color carne; sin embargo, por cómo me acaricia creo que mi lencería no va a ser un factor determinante.

—¡Max! —grito al sentir que de repente me levanta de la moto.

Me agarro a su cuello y lo rodeo con las piernas, todo ello sin dejar de besarlo.

Conmigo a cuestas se interna entre las viñas hasta un viejo árbol, donde se detiene y yo toco de nuevo el suelo con los pies.

—Gracias —musito junto a su boca al sentir tierra firme.

—De nada —me responde provocador y no puedo evitar buscar su boca.

Meto las manos bajo su chaqueta de cuero, tocándolo por encima de su camisa y pensando en cómo arrancársela sin parecer desesperada.

Max vuelve a tomar el control, recostándome sobre el tronco y pegándose a mí, de tal forma que apenas puedo maniobrar. Él, en cambio, empieza de nuevo a moldear mis piernas con las manos, increíblemente suaves, y a meterlas por debajo del vestido, de tal forma que ya están sobre mi culo. Me pega a él, me encanta y me vuelve loca. Separo las piernas para que se sitúe entre ellas y lo hace. Noto, tras la fina tela, la aspereza de sus vaqueros y su erección. Bueno, aunque fuese envuelta en un nórdico notaría semejante bulto.

Esto prometo, me digo, y soy yo quien ahora busca su boca. No se resiste, me responde con la misma, o más, intensidad que antes y poco a poco me voy derritiendo. ¿Cómo no hacerlo si mi cuerpo, sensibilizado por completo, pide a gritos que me desnude, allí, en un camino rural?

—Espera un momento —me ruega separándose de mí. Siento en el acto su pérdida, pero respiro tranquila cuando lo veo deshacerse de su chaqueta de cuero, que deja caer al suelo de forma despreocupada.

Vuelve a mí, retoma la posición anterior y ahora puedo tirar de los faldones de su camisa para sacársela del pantalón y meter las manos por debajo.

No sabría decir con exactitud cuál es el motivo que me hace sentir tan osada, tan desesperada. Mi larga abstinencia puede ser una explicación; aunque de haber

querido un revolcón habría servido cualquiera de los amigos que Beto intenta colocarme, pero lo cierto es que ni siquiera me lo planteaba. Con Max ha surgido de una forma tan extrañamente natural que me da miedo.

Aunque el miedo ahora no debe de estar presente, pues mis manos por fin se pasean por su pecho, ese que tras su ropa se intuía de portada de revista.

—Lo sabía —jadeo parando mi mano derecha sobre su corazón, el cual late a un ritmo frenético; tan frenético como el mío.

—¿Decías? —inquire junto a mi oreja.

—Nada, sólo sigue —respondo porque no creo que haga falta mencionarle lo buenísimo que está.

Max obedece mi súplica y sin miramientos mete una mano dentro de mis bragas y gruñe satisfecho cuando percibe mi humedad y mi calor. Yo gimo con más ímpetu; sus dedos suaves y audaces acarician mis labios vaginales, separándolos con mimo hasta que la yema de uno de ellos presiona sobre mi clítoris.

—¡Max! —exclamo tirándole del pelo con total abandono ante sus avances. Éstos, ni qué decir tiene, son bienvenidos.

Parece que no le gusta pelearse con el elástico de mis bragas y decide tomar la calle del medio. Se arrodilla delante de mí, mete las dos manos y tira de ellas dejándome sin ropa interior. Con agilidad se sitúa frente a mí de nuevo y devora mi boca mientras busca la cremallera, que encuentra con rapidez, bajándomela para poder así dejar que mi vestido caiga a mis pies.

Me quedo tan sólo con un sujetador sencillo y mis botines negros ante él, y no quiero que aparezca el sentimiento de vulnerabilidad y de vergüenza por mostrarme así.

—Preciosa... —susurra, y yo sonrío ante su cumplido.

Ha sonado tan sincero... Puede que esté mintiendo, pero lo hace divinamente y la verdad, la oscuridad es mi aliada, pues esconde mis imperfecciones de forma maravillosa.

Estiro el brazo y señalo la hebilla de su cinturón; lo mínimo que puede hacer es mostrar la misma cortesía y ofrecerme un primer plano de lo que esconde tras sus pantalones.

—¿Estás segura? —me pregunta.

—Sí —afirmo veloz. No quiero, de ninguna de las maneras, que esto se acabe aquí.

En ese instante observo un atisbo de inseguridad por su parte, como si quisiera advertirme, darme la oportunidad de recoger mi ropa del suelo y salir de allí pitando.

Pues lo lleva clarinete: le deseo, me desea, lo sé.

No hay más consideraciones.

Lleva la mano a la parte trasera de su pantalón y extrae su cartera, de donde saca un condón. Algo imprescindible en estas circunstancias pero que cualquiera con una larga sequía a cuestas, como es mi caso, habría olvidado.

Mientras rompe el envoltorio con los dientes yo desabrocho su pantalón y meto la mano dentro para poder tocarlo, sentir su erección en mi mano. Su calor, su dureza...

Le ayudo a bajarse la ropa interior y espero impaciente a que se coloque el preservativo. Nunca me ha gustado ese medio minuto de *impasse*: rompe el clima, pese a ser necesario.

Una vez terminada la obligatoria tarea de seguridad, me rodea la cintura con un brazo y dejando que me recueste sobre el tronco me levanta con la otra mano la pierna para que rodee su cintura. Obedezco encantada y ansiosa por sentirlo en mi interior o por tocarlo, o por rodearlo con la boca... Mis pensamientos, atrevidos y morbosos, me ayudan mientras él se agarra la polla y acaricia con la punta mis hinchados labios vaginales, humedeciéndose con mis abundantes fluidos.

—No esperes, Max —le ruego con voz ronca de tanto gemir.

Parece no escuchar mis súplicas y se recrea frotándose contra mí; no me desagrada, no me molesta, pero sí se me hace eterno. Hoy no es uno de esos días en los que una mujer precisa unos extensos preliminares.

Estoy cachonda, excitada y un hombre entre mis muslos me tienta sin descanso, retrasando lo inevitable.

—Por favor —termino diciéndole, y él por fin parece escuchar mis palabras.

Dejándome sin aliento y por completo rendida me penetra al tiempo que su lengua invade mi boca, aprisionándome contra la áspera corteza del árbol.

Me sujeta la pierna con la que rodeo su cintura y coge cada vez más brío, penetrándome sin descanso, entrando y saliendo de mi cuerpo con una fogosidad y un ímpetu que me dejan, por enésima vez, fuera de juego.

Apoya su otra mano en el árbol para poder afianzarse y entonces muestra una cara de enfado que me deja anonadada.

—¡Joder! —protesta cogiéndome en vilo, y moviéndose con su agilidad habitual me lleva hasta donde está su chaqueta, me deposita sobre ella y se tumba encima.

Yo me siento como Scarlett Johansson en *Match Point*, cuando Jonathan Rhys Meyers se echa encima de ella en medio de un campo a punto de devorarla viva. Sólo hay importantes diferencias —aparte de que no soy rubia ni actriz de cine—: encima de mí está Max, un tipo del que no conozco ni su apellido, follándome en medio de un viñado, y no llueve; aunque si termina lloviendo como en la película no me importará nada en absoluto.

Separo las piernas al máximo y doblo las rodillas para así poder salir a su encuentro, para que sus embestidas sean mucho más profundas y porque no puedo permanecer inactiva bajo su peso, su calor y sus jadeos, que unidos a los míos podrían alertar a cualquier paisano que hubiera decidido salir a dar un paseo nocturno.

—Bea... —susurra junto a mis labios y yo le sonrío encantada, pues es todo un detalle que pronuncie mi nombre en un momento tan íntimo.

—Sigue... —gimo bajando una mano para posarla sobre su trasero, que como yo

esperaba está prieto. Lo acaricio disfrutando del tacto y percibo su aprobación cuando sus embestidas cobran más fuerza—. Bésame —imploro humedeciéndome los labios reseco antes de unirlos a los suyos.

Y no sólo me besa, me devora, me saquea, al tiempo que yo, incontrolada, descarriada por completo, tenso las piernas y clavo las uñas en su culo cuando me corro, y sin poder evitarlo grito junto a su boca antes de quedarme laxa en sus brazos.

Abro los ojos y pese a la oscuridad me encuentro con los suyos y su expresión inescrutable. Apoya los brazos a ambos lados de mi cabeza, aparta la mirada y continúa embistiéndome hasta que apenas dos minutos después lo noto temblar.

—Maldita sea... —dice entre dientes y esta vez soy yo quien gira la cabeza a un lado para evitar ver su cara.

No reacciona como se supone que lo hace un tío con el que acabas de follar en el campo.

No cae sobre mí, ni me abraza, ni me besa como cabría esperar.

Para mí ha sido intenso, muy intenso, sexo del bueno, del que te hace desear más, y creo que Max no tiene motivos para opinar lo contrario.

Se aparta rápidamente y me siento como si fuera un error inconfesable.

Lo observo subir los pantalones dándome la espalda, ni se digna a mirarme por encima del hombro.

Nada. Silencio.

Y entonces llego a la conclusión de que cuanto antes me vista, mejor. Al menos con las bragas puestas podré recuperar un poco de dignidad.

Sigue sin mirarme, sin dirigirme la palabra.

Me importa un carajo mi aspecto, así que me subo la cremallera y mordiéndome la lengua le paso su carísima chaqueta de cuero. Sin esperarlo, comienzo a caminar hacia la moto.

Hace tiempo que soy mayor de edad y hace mucho que me quité la venda que Disney nos pone en la infancia. Sé que existen los rollos de una noche, los tíos gilipollas y el sexo sin compromiso, no me voy a echar a llorar por eso. Pero no soporto que un hombre finja lo que no es para llevarme al huerto, literalmente hablando.

Si quería sexo se podría haber ahorrado el despliegue motorizado, el restaurante con encanto y la gasolina de la moto.

Tres cuartos de hora más tarde, tras un deprimente viaje de regreso, abro la puerta del portal y me niego a mirar cómo se aleja en su moto, pero soy masoquista y lo hago.



No sé por qué pero quiero estar enfadada. Es una estupidez, pero me lo pide el cuerpo, como si de esa manera me resultara más sencillo afrontar los hechos.

No lo consigo, pues, a pesar de todo, mi cuerpo, un traidor en toda regla, me recuerda una y otra vez que no se puede una cabrear con un tipo que te ha hecho vibrar de una manera casi desconocida. Pero, me empeño en que sea así, todavía recuerdo cuando me dejó como si fuera un paquete, sin despedirse de mí siquiera.

Parezco tonta. O al menos ésa es la conclusión a la que llego yo sola mientras me reparo para empezar mi turno.

«Manos a la obra —me digo—, no es momento para autocompadecerse. Follaste con un tipo aunque sea gilipollas. Muy bien, como diría mi hermana: para dar un paseo, cualquier bicicleta sirve. Así que nada, ya me he dado el paseo, olvídate de dar paseos por un tiempo.»

Y de las bicicletas defectuosas también.

—Buenos días... —canturrea Beto a mi espalda.

Debería ignorarlo, pero opto por actuar como si nada, no vaya a ser que se ponga en plan inquisitorial y me aburra con sus tonterías.

—Buenos días —le respondo y me vuelvo para que pueda darme un beso en la mejilla para después continuar con mis cosas.

Como si nada.

La mañana va transcurriendo con la normalidad de cada día, así que poco a poco me voy olvidando de mi aventura erótico-rural-nocturna y me aplico a los fogones. Siempre que se pueda es preferible ahorrarse algún que otro bocinazo de Ramón.

—¿Sé puede saber qué te ocurre? —inquire Beto mirándome con cara rara—. Llevas más de diez minutos removiendo esa bechamel...

Parpadeo y enfoco la vista; joder, lleva razón. Por su tono acusador deduzco que me he perdido en mis pensamientos.

—Nada —respondo rápidamente y me encojo de hombros, fingiendo indiferencia. Apago el fuego y me ocupo de preparar la comida, como si tal cosa.

—¿No tienes nada que contarme? —pregunta pinchándome con la cuchara de madera.

El problema es que me conoce como si me hubiera parido y mi cara me delata. Así que gano tiempo negando con la cabeza y pasando de modo cocinera normal a cocinera agobiadísima, moviéndome por la cocina de forma acelerada.

—Aparta un poco —le pido cuando se interpone entre la puerta de la despensa y yo. No necesito nada en especial, pero siempre puedo entrar a por un paquete de sal y rellenar los dispensadores.

Beto me detiene, me agarra por los hombros y me empuja hasta la salida trasera,

donde podemos hablar sin que nos interrumpan y sin ser escuchados.

—Bea, eres el ejemplo de eficiencia, así que, ¿qué coño te pasa?

Ante su insistencia voy a tener que contarle lo sucedido, ahorrándome, por supuesto, los detalles más íntimos, no porque me avergüence sino porque con toda probabilidad Beto y su imaginación rellenarán esos huecos de la historia.

—Verás... ayer...

Pone cara pensativa, achica los ojos, no aparta la vista de mí hasta que parece atar cabos y cambia su expresión por una radiante sonrisa bobalicona, cómplice y picarona.

—¡Lo sabía! —grita de repente sobresaltándome, y yo lo miro sin entender a santo de qué viene tanta efusividad.

Vaya bocinazo, por poco no me deja sorda como una tapia.

—Beto... —protesto pero me da a mí que a éste no hay quien lo pare.

—Tienes cara de haber follado y... —hace una pausa y se rasca la barbilla en actitud pensativa antes de añadir—... y me atrevería a decir que bastante satisfactoriamente, además.

De acuerdo, no voy a negarlo.

—¿Y?

—¡Enhorabuena, hija, con la falta que te hacía!

—No sé si tomarme tu comentario como un insulto —bromeo. Aun siendo cierto al cien por cien, no hace falta ahondar en las carencias ajenas.

—No seas boba. —Me da un toque cariñoso—. Bueno, y dime, ¿vas a repetir en breve?

—No —respondo.

Y suena bastante mal, la verdad. En una situación similar debería estar pensando en repetir, pero lo que pasó tiene poco o nada de normal.

—Ah, pues yo pensé que el tipo ese estaba interesado en algo más que un rollo pasajero —asevera.

«Yo también.»

—¿Y cómo sabes tú quién...? —pregunto y me doy cuenta de que él va un paso por delante.

—Pues muy sencillo —alega en tono comprensivo—, me fijé en cómo te miraba; yo qué sé, esas cosas se notan —explica como si tal cosa.

—Pues esta vez vas de culo, Beto —mascullo poniendo mala cara.

Puede que él, basándose en a saber qué teoría, haya visto algo que a mí se me escapa, pero prefiero atenerme a las pruebas.

Claro que estaba interesado: en darse un revolcón y si te he visto no me acuerdo. El problema es que lo hizo tirándose el rollo, para impresionar y confundir. Casi prefiero los tipos que te entran directamente con «¿Follas conmigo?». Puede parecer grosero que te digan algo así, pero al menos no te mienten.

—¿Ah, sí? Qué raro... —reflexiona.

Salta a la vista que sus cálculos iniciales han fallado y está reconsiderando sus primeras impresiones.

Mi amigo se queda callado unos minutos analizando mis palabras; por el tono debe de haber adivinado que la cosa no fue todo lo agradable que debería haber sido o que yo había puesto mis expectativas muy por encima de lo que al final resultó.

—Bueno, bien mirado los rollitos de una noche son una buena opción —arguye con una sonrisa.

—No sé qué decirte...

Y ante mi poco entusiasmo —no es para menos—, decide reconsiderar su teoría.

—Piénsalo: sexo sin compromiso sin la odiosa frase de ya te llamaré para pasarte una eternidad mirando el móvil y comprobando con horror que no te han llamado.

—Mirándolo así... —murmuro.

Sin embargo salta a la vista que no comparto del todo su teoría, especialmente porque nunca he sido muy asidua a los rollos de una noche.

—Vale, entonces admite que te dejaste llevar y que te gustaría volver a dejarte llevar.

«Si fuera tan fácil...»

—Sabes perfectamente que tal y como estoy ahora mismo no me encaja una relación seria.

—¿En qué quedamos? —pregunta frustrado por mi indecisión, y es comprensible.

Ni yo misma sé exactamente lo que quiero, pero sí sé que tengo una escala de prioridades y que en ella no entran los tipos amables que después de follar te tratan como si fueras un estorbo, por muy buenos que estén o por mucha moto de gran cilindrada que tengan.

—Dejemos el tema —le pido a Beto señalando la puerta, porque llevamos un buen rato hablando y tenemos la cocina abandonada.

Raro es que a estas alturas no haya aparecido Ramón para gritarnos, como viene siendo su costumbre.

—Ese tío te gusta, otra cosa muy distinta es que te niegues a asumirlo. Perfecto, pero a mí no me la das.

Con el medio cabreo de mi compañero regreso al trabajo y, por el bien de los clientes, me olvido de la cita de final desastroso, de Max y de su comportamiento. Así que termino mi turno sin ningún incidente y a la hora de salir le pongo una excusa a Beto para no ir con él a tomarnos un cafelito como otros muchos días.

No tengo yo la cabeza para análisis.

La tarde la aprovecho para hacer unas compras y reponer existencias en casa, que en algunas cosas estamos bajo mínimos. Por supuesto paso un buen rato con Félix, aunque éste y su capacidad para contarme cosas sobre el cole o sus amigos dejan mucho que desear. Yo me río y él resopla cuando le pregunto, pero al final termina cediendo y hablamos un buen rato, previa negociación del tiempo que después podrá dedicar a la videoconsola.

Como siempre mi hermana llega para cuidar de mi niño y yo poder ir al curso. Se me ha pasado por la cabeza dejarlo, buscar una excusa y esperar a que haya otro, pero me parece ridículo; me costó mucho ahorrar el dinero y no quiero que por culpa de un revolcón, por muy excitante que fuera, se vaya todo al garete.

Así que me cambio y me preparo para irme.

—¿No tienes nada que contarme?

Otra con la misma canción... Pongo los ojos en blanco ante el tonito guasón de María. Debería haberlo previsto y preparado una versión para todos los públicos.

—Por lo que pude ver está buenísimo. ¡Oh, Dios, me muero de envidia! — exclama toda emocionada.

—No es para tanto —murmuro mientras reviso mi bolso.

—¿Perdona? ¿Necesitas gafas o qué? No me extraña que estés como loca por irte al cursillo, hija, hasta yo me apuntaría.

—Voy a llegar tarde...

—¿Y? Da igual, no creo que te pongan falta como en el cole. Venga, que anoche llegaste tardísimo y no pudimos hablar. Desembucha.

—Me voy —digo en voz alta para que Félix me oiga y salga a despedirme.

—Mamá, este finde vamos al cine; no te olvides, ¿vale?

—Que sí, que te lo he prometido. Venga, dame un beso y promete que vas a ser bueno con la tía. —Me agacho y Félix me rodea con los brazos para darme un achuchón increíble antes de salir corriendo hacia el salón.

—No vas a escaquearte —me amenaza mi hermana señalándome con un dedo.

—Ya hablaremos —digo y pongo los ojos en blanco.

Con rapidez salgo de mi casa y agarro mi bici. Miro el reloj, voy bien de tiempo, pero no importa, prefiero llegar pronto.

Una vez dentro y al ver que pasan los minutos llego a la conclusión de que Max, como yo imaginaba, es sólo un tipo con dinero, aburrido, buscando algo con lo que pasar el rato; una vez que la novedad deja de serlo busca otra cosa más estimulante. Así que, siendo la «desparejada» de la clase me afofo por trabajar y escuchar las explicaciones que Juanjo nos va dando, al tiempo que tomo notas y preparo el ejercicio de esa noche.

A pesar de no tener apoyo como el resto de los participantes me las apaño bastante y bien y de nuevo recibo las felicitaciones de Juanjo. Me hace sentir un poco fuera de lugar, pues tampoco quiero que mis compañeros crean que voy sobrada y que me he apuntado para presumir.

Es la hora de recoger y me agrada ver que los otros asistentes, incluyendo Beto, no se molestan por la mención de mi postre al final de la clase, se muestran simpáticos e incluso proponen tomar una copa; sin embargo, yo no estoy para copas y me despido prometiéndoles que en otra ocasión.

Regreso a mi apartamento con ganas de meterme en la cama y dormir. Me despido de María, que está impaciente por volver a su casa, lo cual es comprensible.

Ella tiene su vida y me está haciendo un favor enorme cuidando de Félix.

Mi niño está ya acostado y me quedo observándolo un buen rato desde la puerta. A veces, no puedo evitarlo, siento que me estoy perdiendo muchas cosas importantes. Sin embargo sé que no me queda otra: necesito mi trabajo y quiero ampliar mis horizontes, prepararme, aunque para ello deba dejarlo al cuidado de María.

Me acerco le doy un beso, le susurro un buenas noches y cierro la puerta.

Me pongo ropa cómoda y tras picotear algo en la cocina me dirijo al sofá, donde con una copa de vino en la mano enciendo el televisor para entretenerme un rato antes de ir a dormir. Zapeando un rato encuentro una de esas pelis de chico busca chica, chico conoce a chica, chica da calabazas a chico y chico monta un show para conquistarla.

—Hay que ver las estupideces que hacen algunos para llevarse a la chica — murmuro y doy un sorbo a mi copa.

La peli avanza y yo me aburro, así que cojo mi móvil y compruebo los mensajes. No espero ninguno pero nunca se sabe.

Con el ruido de fondo de la tele, reviso llamadas y aparte de dos números que no conozco no hay nada reseñable. Pero cuando miro la lista de llamadas veo el número de Max y sin pensarlo dos veces pulso la tecla verde.

—Soy gilipollas —me digo mientras escucho el tono de llamada.

Dos, tres, cuatro tonos y no responde... Termina saltando el buzón de voz, soy masoquista y escucho el mensaje de la operadora; quizá tenía la vaga esperanza de que fuera él quien hubiera grabado el mensaje personalmente.

Mosqueada conmigo misma por ser tan estúpida e infantil, dejo caer el móvil de cualquier manera en el sofá, acabo la copa de vino y me concentro en la pantalla; al menos en la ficción las cosas acaban bien.

Si fuera tan sencillo en la vida real... Vale, hoy no soy precisamente la tía más romántica del mundo, pero hay que reconocer que en estas pelis se olvidan de muchas cosas. De acuerdo, él está loco por ella, hasta ahí todo bien, aunque muchas veces se comportan como niños.

—¡Por favor! —exclamo al ver cómo la chica le da con la puerta en las narices y después llama a su amiguita para llorar las penas—. ¿A que él va a emborracharse?

Efectivamente, se mete en el bar más cutre de todo Manhattan y se bebe hasta el agua de los floreros mientras el camarero pone cara de circunstancias.

Pero, como era de esperar, por la mañana compra un camión de globos con forma de corazón e inunda su calle de pancartas y corazones; ella, a moco tendido desde la ventana, niega con la cabeza mientras dice te quiero... ¡Será pánfila! Anoche lo mandaste a paseo y ahora lloras.

Y en cuanto ella se da cuenta, como era de esperar también, de que es el amor de su vida, suenan los violines y baja corriendo la escalera —por poco no se mata—, salta por encima de una anciana y con ropa poco o nada glamurosa corre por la calle buscando a su chico, lo besa, llora y él la coge en brazos, le da dos vueltas y ambos

ríen hasta que él se arrodilla y... Puaj, apago la tele, no puedo más.

¡Brindo por ellos con mi copa vacía!

Me voy a la cama, mi cuerpo necesita descansar y no merece la pena dar más vueltas a este asunto.

Pasa un día, y otro y otro.

No tengo tiempo para recuerdos que puedan hacerme daño ni tampoco para vanas esperanzas. Así que sigo adelante con mi vida sin más altibajos que los inevitables gritos de Ramón o las quejas de algún cliente megapijo que siempre ha de dar la nota allá por donde va. Tenemos dos a los que, como dice Beto, deberíamos poner en nómina.

Hoy parece un día tranquilo en el restaurante y eso según Ramón no es bueno. Él tiene la teoría de que cuanto más jaleo mejor, pero yo no la comparto. Puede que el comedor no esté hasta los topes, pero los comensales, si disfrutan de un ambiente relajado sin barullo ni esperas, lo agradecen después regresando al restaurante y hablando bien del establecimiento; no hay nada como el a boca a boca para un negocio.

Estoy en la despensa anotando los productos que tenemos bajo mínimos para poder realizar un pedido cuando la puerta de la cocina se abre.

—¿Bea? ¿Dónde coño está Bea?

Oigo las voces desde la despensa y me dan ganas de gritar «¿Dónde está el fuego?».

Ya sabía yo que no podía terminar mi jornada sin una de sus salidas de tono. Resignada a lo que sea, porque con este hombre nunca sé a qué atenerme, salgo de mi refugio.

—¿Qué ocurre? —le pregunto tranquila; si me dejo contagiar por su mala leche terminaremos a voces y no me apetece que me suba la tensión. Por no mencionar que en caso de discutir, yo tengo las de perder.

—Sal al comedor.

Resoplo, vaya novedad. ¿A que hoy me va a tocar un pelma quisquilloso? Porque por el tonito de Ramón está claro que no voy a ser la empleada del mes.

—En un momento, acabo esto y voy.

—Ahora mismo —me contradice.

Resoplo. Me resigno. De nada sirve aplazar lo inevitable.

—¡Qué prisas! —exclamo y le pregunto—: ¿Me vas a decir qué ocurre?

—Un cliente quiere hablar contigo.

Ya sabía yo que no iba a ser un día tan apacible como esperaba. Al menos no ha habido gritos hasta el servicio de cenas, me recuerdo para animarme un poco.

Sin réplica posible, me lavo las manos con rapidez y luego sigo a mi jefe hasta el comedor. Debería cambiarme de delantal, sin embargo, al percibir la impaciencia de Ramón salgo con el de trabajo. Los camareros me miran y se encogen de hombros; están acostumbrados.

Camino entre las mesas y los allí congregados no se sorprenden al ver a la cocinera, pasan de mí. Entonces Ramón se detiene junto a una mesa y dice:

—Ésta es nuestra chef, señor.

Se aparta para dejarme ver y yo abro los ojos desmesuradamente al reconocer a nuestro «cliente quejica».

—Bea, atiende al caballero, por favor —me ordena Ramón en falso tono amable, un poco servil la verdad, dando un paso atrás; no quiere perderse ni un detalle.

—¿Podría hablar a solas con ella, por favor?

Ramón refunfuña pero obedece y yo por fin cierro la boca. Debo de parecer tonta, allí en medio, mirándolo como si fuera una aparición mariana. Consigo decir:

—¿Algún problema con su plato, caballero? —Me cruzo de brazos, toda profesionalidad, y como si nada espero sonriente su respuesta.

Como siempre, esos eternos cinco segundos antes de dar su respuesta.

—Ninguno. Sólo quería felicitar al chef. Felicitarle.

—Gracias —digo tras aclararme la garganta.

No necesito, justo ahora, ni pizca de educación.

—No lo digo por decir. Sé de lo que hablo —añade al ver mi expresión; salta a la vista que no me lo creo. Sólo está siendo amable.

A saber por qué.

Bueno, a lo mejor tengo una ligera idea de por qué vuelvo a ver al Max simpático, pero mantengo a mis estrógenos a raya, que luego me llevan por el mal camino.

—Es una de las mejores chefs —interrumpe Ramón, que no estaba tan apartado como debería, ganándose una mirada de advertencia de Max y otra de mi parte, aunque yo tengo que disimular.

—Lo es —confirma Max.

—Hmmm... —No quiero decir nada que me comprometa, así que me limito a observar; ya veremos cómo acaba esto.

—¡Bea! —advierte Ramón entre dientes al ver mi comportamiento tan poco entusiasta ante los cumplidos de Max. Le está costando Dios y ayuda contenerse y no intervenir, como sería su deseo.

—Gracias —repito a falta de algo mejor que decir.

Por suerte en ese instante regresa el camarero con la tarjeta de crédito de Max, él firma el comprobante de pago y se encarga de dejar una succulenta propina.

Qué poco les cuesta a algunos dar propinas... pienso recordando que estoy ante un hombre que tiene el riñón bien cubierto; para él puede que sea hasta calderilla.

No así para Ramón, que por poco no hace una reverencia. Como parece que todo está bien se retira, ahora sí. Supongo que a dar por saco a otro empleado; hoy me he ganado el título de intocable.

—¿Qué haces aquí? —pregunto ahora que ya no pueden oírnos.

—Hola, Bea —me responde en tono suave, pero yo sigo desconfiando. No es para menos, teniendo en cuenta los antecedentes...

Nos miramos a los ojos y sé que hacerlo entraña un peligro considerable.

—Aún no has respondido a mi pregunta... —le espeto comportándome de forma grosera, pero es la única arma que tengo a mi disposición en estos momentos.

Me vuelve a mirar, quizá algo sorprendido por mi frialdad. ¿Qué esperaba, la alfombra roja?

—He disfrutado de la cena y quería verte.

Con zalamerías así no va a conseguir nada, o eso quiero creer.

—Exageras, creo yo. —Continúo a la defensiva, sabedora de que no voy a aguantar mucho más si no deja de mirarme.

—No, sé de lo que hablo —asevera con seriedad.

No tenemos más que decirnos. Lo recomendable en estos casos sería agradecerle de nuevo sus cumplidos, dar media vuelta y volver a la cocina como si se tratase de un cliente complacido más y punto.

—Y me has sorprendido —añade en el mismo tono—. Intuía que eras buena...

—Apenas me conoces —murmuro sin saber qué hacer con las manos, pues permanecer cruzada de brazos da mala sensación.

—Ni tú a mí.

Y la pregunta que de inmediato surge en mi cabeza es «¿Quiero conocerte, Max?». No obstante, allí, delante de la gente, no es el momento de ahondar en estos temas.

—Eso tiene fácil solución —suelto sin pensar.

Uh, uh, peligro. *Danger*. La alerta se dispara, avisándome de que Max, el seductor, ha regresado a la ciudad y esta pobre indefensa, si no se anda con cuidado, terminará escaldada, otra vez.

—Hummm —parezco tonta de remate.

«Por el amor de Dios, que tienes una edad», me reprocho a mí misma.

—¿A qué hora terminas?

Luz roja parpadeando, sirena estridente y yo voy y respondo:

—En media hora. —Salto sin red, a lo bonzo.

Max asiente sonriendo como sólo él sabe y se levanta. Mantiene las distancias, no me toca, sólo fija los ojos en mí.

—Te espero, entonces.

Con un sencillo «Ahora nos vemos» abandona el restaurante, y yo, como una imbécil, lamento que debajo de mi delantal sólo lleve vaqueros y camiseta.

Cero glamour para una cita con un tipo impresionante.

«Bea, esto es para flipar sola», me digo.



Toda chica mayor de veinticinco sabe que un tipo atractivo y un coche caro son una poderosa e irresistible tentación. Por alguna razón, la naturaleza femenina, nuestro instinto, nos advierte del peligro; sin embargo, desde que la primera incauta picó, no hemos aprendido la lección.

Y estamos condenadas a tropezar con esa piedra indefinidas veces.

Esta verdad irrefutable se va por el desagüe ante la primera dificultad; Max, apoyado parcialmente en un espectacular deportivo negro —no tengo ni idea de la marca ni el modelo, pero estoy segura de que yo no podría pagar uno a no ser que me dedicara a algo ilegal—, me está esperando.

No sonrío pero tampoco se muestra enfadado. Está expectante.

Nada más verme se incorpora. Podría preguntarle cuánto lleva allí, pero salta a la vista que no le ha importado o al menos no lo demuestra.

Respiro. Pongo un pie delante de otro. Estoy nerviosa. Soy imprudente. Me acerco hasta él.

Y pregunto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—¿Vas a volver al curso de cocina?

De acuerdo, no es ni lo más inteligente, ni mucho menos lo más apropiado, pero desde luego no quiero entrar en asuntos personales; en ese terreno, de momento me siento segura.

No me contesta con inmediatez. Parece buscar la respuesta.

—Si he faltado ha sido por compromisos de trabajo —dice finalmente y me da la impresión de que no le ha gustado mi pregunta.

Como justificación no puedo objetar nada, sin embargo su tono no me parece todo lo concluyente que debería. Quizá sólo haya recurrido a un clásico para salir del paso y yo, que esta noche me siento un pelín susceptible de más, desconfío.

—Ah, vale —farfullo como una tonta.

Max me dedica una media sonrisa, algo triste, y me abre la puerta del acompañante.

No me pregunta, sólo actúa.

Sabe dónde vivo, quizá quiera ser amable y llevarme a casa.

De nuevo mi sensatez se va de vacaciones y me deja sola ante el peligro.

Una vez dentro del coche, me sorprende que no arranque inmediatamente, sino que se queda sentado tranquilo. Se pasa la mano por el pelo antes de volverse hacia mí.

La luz interior del coche se ha apagado y sigo pensando que es mala idea estar allí con él. Extiende el brazo y me acaricia el rostro. Esto no es justo.

—Me apetece invitarte a una copa —murmura.

Sé que no es una invitación cualquiera. Significa mucho más, pero estoy tan cansada de analizar cada palabra..., cada gesto...

—A estas horas... —balbuceo aunque creo que estoy buscando una salida fácil en vez de coger el toro por los cuernos.

—Conozco el sitio ideal.

Esa seguridad aplastante es la que te hace caer al vacío y sin que te enteres.

Me vuelvo con la idea de tirar del cinturón de seguridad y cuando me inclino para abrocharlo, Max me sujeta el rostro con una mano y sin perder un segundo, busca mis labios.

No me aparto, no puedo.

Dejo que mis labios se separen lentamente para él, para que me bese a conciencia. Le respondo sin ambages, encantada de sentirme así de nuevo.

Me dejo llevar. Todos los malos pensamientos se esfuman. No sólo mi boca responde a su demanda, todo mi cuerpo se enciende.

Únicamente me está besando y yo como una moto...

Max se aparta y toca, esta vez con el pulgar, mis labios húmedos. Parece no tener suficiente. Sonrío levemente al oírlo resoplar resignado. Yo estoy igual pero creo que montárnoslo en el coche no sería lo más indicado. Se sienta correctamente, arranca y maniobra de una forma eficaz para sumarse al tráfico, a una velocidad que me hace pegarme al asiento.

Aprovecho para mandar un mensaje a mi hermana, no entro en detalles para evitar que me llame y tener que mantener una incómoda conversación en presencia de Max, simplemente le digo que llegaré tarde. Me responde al minuto diciéndome que no me preocupe por nada, que Félix se queda con ella.

A los tres minutos me llega otro mensaje, esta vez diciéndome que mejor se lo lleva a su casa y que tengo la noche libre para «lo que quiera».

Parece una bruja con bola de cristal adivinatoria.

No decimos nada durante el trayecto, no es necesario. De nuevo Max tiene el control, me lleva a donde quiere y yo sólo puedo respirar en profundidad mientras lo miro de reojo. Me sonrojo al darme cuenta de que él también se fija en mí y vuelvo a inhalar.

No va a ser fácil.

—Ya hemos llegado —me dice.

Caigo en la cuenta de que ha aparcado frente a una modernísima casa, de esas que sólo ves en las revistas de decoración y que proclama a los cuatro vientos lo cara, vanguardista e inalcanzable para mí —y para la mayor parte de la población— que es. Pero no me sorprende. Doy por hecho que un hombre como Max se rodea de lo más exclusivo que el dinero pueda pagar.

Lo sigo en silencio y aun corriendo el riesgo de parecer tonta, no dejo escapar detalle de lo que me rodea. Sí, confirmo mis primeras impresiones: todo es exclusivo. Al menos ha gastado bien su dinero; otros derrocharían grandes cantidades

convirtiendo su casa en una especie de museo ególatra hortera.

—Ven, me gustaría cumplir mi promesa de invitarte a esa copa —me dice deteniéndose a mi lado y ofreciéndome la mano. No sé si tocarlo es buena idea pero lo hago.

Sé que muchas pueden pensar que cuando un hombre te invita a su casa significa sólo una cosa: quiere desnudarte y no verte por la mañana, en especial cuando apenas lo conoces. No dudo que haya un montón de idiotas que se comporten así, pero por alguna razón creo que Max quiere mostrarme algo. No sólo su excelente gusto a la hora de decorar una vivienda, que salta a la vista, sino cómo es el espacio donde se refugia, dónde pasa el tiempo tras un día duro de trabajo. Eso dice mucho de él.

La palabra es «confianza».

Asiento y me conduce hacia una escalera que desemboca en una amplia galería acristalada. Max abre la puerta corredera y salimos al exterior. Puede que la noche sea fresca, yo no lo siento así. Mi temperatura corporal va en ascenso y no sé cómo voy a enfriarme.

—Espera un minuto —indica con su media sonrisa derritemujeres y me deja sola allí, disfrutando de una vista increíble.

Empieza a sonar una pieza de música, no reconozco la canción, pero es una mezcla muy envolvente de composición clásica y rock.

Me dejo llevar por la melodía...

Oigo el ruido del hielo cayendo en un vaso y no me vuelvo, sé que él se está encargando de las bebidas. De nuevo ha tomado el mando, no me pregunta; Max dispone y yo callo.

Miro a través del vidrio las luces de la ciudad. Es una perspectiva increíble, tan diferente de lo que yo veo desde mi ventana... Dónde se va a comparar un patio de vecinos con la silueta nocturna desde lo alto.

Se coloca junto a mí y me siento mejor. Es una tontería, lo sé, pero es así.

—Toma. —Acepto una copa de sus manos y la pruebo.

Cierro los ojos; me encanta, es ácido y refrescante. De poder hacerlo me pasaría el vaso por la frente, el escote, a ver si me enfrió un poco, que me siento acalorada, pero me limito a sujetarlo entre las manos.

—Está riquísimo —musito algo cohibida. En silencio, me concentro en descifrar cada uno de los ingredientes, pero hay uno que se me escapa...

Max se sitúa a mi lado y apoyándose en la barandilla señala un punto a lo lejos.

Desea decirme algo y no sé si estoy preparada para escucharlo, no creo que sea el momento. No quiero explicaciones, no quiero oír una larga lista de razones por las que Max actuó como lo hizo.

Ahora estoy en su casa, he venido hasta aquí sabedora de lo que hay y de lo que no. Fuera razones, fuera prejuicios.

Lo veo levantar su copa y señalar un punto a lo lejos.

—Esta vista es una de las razones por las que compré la casa. Estoy aislado pero

al mismo tiempo rodeado.

—Es una vista increíble —murmuro. Me siento caliente y cohibida al mismo tiempo. Esto de la ambigüedad siempre es contraproducente, pero en estos momentos mucho más.

No quiero mirarlo y me oculto tras mi bebida. No sé adónde quiere llegar.

—Me crie allí. —Vuelve a señalarme el mismo punto—. En el orfanato.

No me esperaba esa clase de revelación. Es algo muy íntimo y personal. Puedo ser mala y pensar que sólo pretende ablandarme, hacerse la víctima, pero lo dudo; Max no es ese tipo de hombre. No creo que necesite montar un drama para llamar la atención.

Estoy a punto de decir un «Lo siento mucho», pero siempre me ha parecido tan carente de sentido decir algo así cuando no lo has vivido... prefiero callar, que mi silencio sea suficiente.

—Perdí a mis padres en un accidente de tráfico y mi abuela apenas vivió unos años más. Terminé en el internado hasta que cumplí los dieciocho.

Deduzco que no tiene ningún familiar más y que por lo tanto está solo.

Me intriga.

De repente quiero saber más sobre su vida.

¿Cómo ha llegado a tener éxito?

¿Quién le dio su primera oportunidad?

Porque todo lo que lo rodea no ha salido de la nada, hasta donde yo sé el dinero no crece en los árboles...

No quiero que nuestra conversación siga por estos derroteros. No me importaría escucharle, pero este momento no me parece el más propicio.

Regreso al interior, y apoyándome en la enorme pared de cristal disfruto de mi bebida, de la vista (no me refiero al cielo nocturno) y de la música de fondo. En otra ocasión le preguntaré de qué se trata, pienso comprarme el CD.

Max me sigue y cierra la corredera tras él. Me observa, debo de estar de lo más «atractiva» con mi ropa corriente, desentonando como la que más en un ambiente tan sofisticado, pero él parece estar viendo a una persona diferente. Se acerca hasta quedar frente a mí; y me mira a los ojos, estira el brazo y me coge la copa.

Debe de importarle un pimiento la cristalería, pues la deja sin mucho cuidado en el suelo y retoma su posición frente a mí.

Ha vuelto a mirarme de esa forma, haciéndome sentir tan diferente, tan especial, que trago saliva. Una, dos veces, hasta que consigo mirarlo a los ojos.

Desde luego, su técnica de excitar (y mucho) a una mujer sin haberla tocado siquiera se merece un estudio, porque yo siento la humedad entre mis piernas...

—Bea...

Su voz consigue que tiemble, pero eso no es nada, pues se está inclinando hacia mí y sé lo que pretende.

Y deseo con todo mi ser que lo haga.

Como siempre, me hace esperar esos odiosos segundos. Acaricia mis labios con el pulgar y yo me contengo para no atraparlo entre los dientes y chupárselo. Un anticipo de lo que puede pasar, una imitación... No lo logro y separo los labios e inmediatamente mi lengua lo rodea y noto su respiración agitada... por fin sus labios se unen a los míos.

Sus manos actúan al mismo tiempo posándose en mis caderas, inmovilizándome contra el cristal. Me retiene, me aprisiona con su propio cuerpo y todo ello mientras su boca me enloquece, logrando que mis gemidos vayan en aumento y no sólo eso, sino también que mi excitación suba un peldaño más.

Me retuerzo bajo él, no quiero liberarme de ninguna manera; es una simple reacción natural, o también que de esa forma el contacto, el roce, son mucho más fuertes.

Mi sudadera desaparece y me quedo ante él con una sencilla camiseta.

Esto no tiene vuelta de hoja, me digo al sentir sus manos por debajo de mi camiseta de rebajas, subiendo por el costado hasta llegar a mi sujetador. Acuna mis pechos pero no aparta la tela.

De repente me libera y da un paso atrás.

Abro los ojos y salgo de mi ensoñación sexual.

—¿Ocurre algo? —pregunto.

No quiero pensar lo peor. Me mira, otra vez se mantiene en silencio. Me desea y sin embargo se detiene. ¿A qué juega? ¿A volverme loca? ¿Espera que se lo pida de rodillas?

—Date la vuelta —me ordena con voz ronca. Está tan excitado como yo, lo sé sin ni tan siquiera bajar la vista y comprobar el bulto de sus pantalones. Pero soy curiosa y dejando a un lado el sentido de la vista recurro al del tacto y paso la mano por su bragueta.

Max gime, me deja que lo toque, que lo palpe, pero cuando quiero dar un paso más me detiene.

—Date la vuelta —repite esta vez con voz más firme y al verme paralizada toma el control, me vuelve, me empuja contra el cristal y sin dejarme tiempo a pensar me levanta las manos por encima de la cabeza, me separa las piernas y me quedo como una vulgar detenida.

—¿Max? —balbuceo incrédula ante el cariz que están tomando las cosas.

No me disgusta, no me quejo, sólo intento asimilar todo esto, aunque creo que lo mejor es no pensar, no analizar, dejar que mi instinto, a ser posible el más primario, lleve las riendas.

De nuevo sus manos se meten bajo mi camiseta pero esta vez, menos mal, no tientan a la suerte y directamente van al grano. Me sujeta los pechos con fuerza, elevándomelos antes de tirar de las copas del sujetador hacia abajo y llegar a mis pezones. Están duros, necesitados, sin embargo los abandona.

Me levanta la camiseta hasta quitármela por la cabeza y acto seguido desaparece

mi sostén. Me empuja hacia delante y mis pechos entran en contacto con el frío cristal.

Jadeo sorprendida, el contraste resulta increíble. Mis pezones, ya duros por sus caricias, se endurecen aún más. Una punzada de dolor se disuelve de inmediato. Puede que sea vulgar... he mojado mis bragas, no encuentro otra forma de expresarlo.

El brusco cambio entre mi calor corporal y la temperatura del vidrio me vuelve loca y me froto con descaro. Max se da cuenta y me pone una mano entre los omóplatos, apretándome aún más.

—No bajas las manos —exige mientras su otra mano va directa al botón de mis pantalones.

Lo suelta y cae de rodillas para bajarme en un único movimiento las bragas y la ropa, desnudándome para él, para que sus manos recorran mis piernas, desde el tobillo hasta mi trasero.

Se inclina y me da dos sonoros besos, uno en cada nalga, y con un dedo recorre la separación entre ambas, dejándome sin aliento.

Suspiro agradecida de que no indague más en ese punto.

—Me encantaría poder fotografiarte —me dice al oído poniéndose de nuevo en pie.

—¿Cómo?

—No te haces una idea de lo increíblemente excitante que resultas en esta postura, con la luz del exterior perfilando tu silueta...

—Ni se te ocurra —le advierto.

No quiero pruebas, no quiero que haya por ahí imágenes mías rondando.

—No estoy de acuerdo. Si te vieras llegarías a la misma conclusión que yo...

Posa las manos sobre las mías y se frota contra mí. Max sigue vestido, estoy en inferioridad de condiciones pero disfruto del tacto de sus carísimos pantalones contra mis posaderas.

—... si pudieras ver lo que yo tengo ahora delante de mis ojos...

Sigue con su voz enigmática y yo no sé cómo voy a ser capaz de contenerme.

¿Cómo espera que una chica, en un punto álgido de excitación como el que me encuentro yo, soporte todos aquellos preliminares?

—No sólo pensarías en sexo, tu imagen dice mucho más.

—No sigas... —le imploro.

No quiero saberlo, sólo quiero sentir sus manos, su cuerpo, sus labios... Esa erección que se empeña en mantener oculta tras sus pantalones.

—Como quieras —accede y me doy cuenta de que pretende convencerme para que pose en otra ocasión.

«No —me digo—, bajo ningún concepto dejaré que me fotografíe desnuda.»

Max continúa sensibilizando cada poro de mi piel con las yemas de sus dedos, recorre mi cuerpo y no deja de empujarme y de embestirme, como si ya estuviéramos

metidos en faena, cosa que deseo con fervor.

Bajo una mano dispuesta a meterla entre nuestros cuerpos, pero inmediatamente me obliga a recuperar mi postura, impidiéndome que lo toque.

Y ya no puedo más.

Jadeo sin reservas y mi excitación sube un peldaño más cuando percibo el reflejo de ambos en el cristal, en una postura de lo más provocativa, pese a que él todavía tiene la ropa puesta.

Sin embargo, aunque me siento ligeramente vulnerable, no quiero salir huyendo, buscar mi ropa y taparme: deseo que continúe, comprobar hasta dónde es capaz Max de conducirme y yo de soportarlo.

—Ni te imaginas lo que me está costando controlarme —jadea tras de mí mientras prosigue su táctil recorrido por mi cuerpo.

—¿Y quién dice que debas controlarte? —inquiero con voz ronca, mordiéndome la lengua para no gritarle, suplicarle más bien.

—El sentido común —responde dejándome confusa.

—Nadie lo ha invitado.

Sonríe; la pared de cristal es una excelente chivata, no tan nítida como lo sería un espejo pero sí lo suficiente.

Respiro en profundidad y por fin Max se desabrocha los pantalones y junto con la ropa interior se los baja hasta medio muslo, pero, en vez de penetrarme, se agarra la polla y se aprieta contra mí.

Se posiciona pero no me penetra y la hebilla de su cinturón se me clava en el muslo. Siseo, sorprendida. Un pequeño dolor que, al contrario de lo que esperaba, disfruto.

Pero disfruto mucho más cuando siento su erección acercarse a mis húmedos labios vaginales y rozarlos, separarlos...

Esto va a acabar conmigo.

—Llevo muchos días deseando esto... tenerte así, desnuda, dispuesta, excitada para mí.

—Pues no desperdicies la ocasión —digo, más bien ordeno, meneando el trasero al ritmo de sus caricias.

—No lo haré —asevera.

Sé que esta postura resulta tan obscena como insinuante, pero tiene sus limitaciones logísticas, así que doblo aún más mi cuerpo, exponiéndome.

Echo de menos en el acto el frío sobre mis pezones, pero mantengo las manos apoyadas en el cristal.

Max empuja, me agarra de las caderas con fuerza y se acopla a mí, hasta el fondo. Dilatándome y dándome por fin lo que tanto me ha hecho esperar.

Se mueve, embiste, aunque no con todo el ímpetu que yo desearía y nuestros jadeos se mezclan. Su cuerpo choca con el mío y en cada empujón noto la hebilla marcándome el muslo, estoy segura que mañana luciré una bonita señal, una prueba

de lo que estamos haciendo.

Quiero más y empujo hacia atrás. Mi sexo no se conforma y por suerte Max se da cuenta. Mueve la mano hasta situarla entre mis piernas y sin titubear busca mi clítoris para poder frotarlo y estimularlo mientras con la otra presiona sobre mi nuca, con los dedos separados, instándome a mantener la postura.

Me somete y yo lo dejo. Toma las riendas, no me quejo.

La tensión, cada vez más latente, me hace jadear sin control alguno.

Enfoco la mirada y de nuevo veo la silueta de ambos unidos, moviéndonos. Max, con los ojos entrecerrados, no deja de penetrarme ni de masturbarme, al tiempo que gira una y otra vez las caderas para que yo pueda sentirlo más profundamente.

Lo sabe. Sabe que estoy cerca, mi sexo se contrae, no dejo de moverme, de empujar hacia atrás y de gemir de una forma tan escandalosa que hasta yo misma me sorprendo, pero no puedo evitarlo.

—Max... —Balbuceo su nombre, es lo único que acierto a decir.

Mis manos resbalan hacia abajo, tanto tiempo en esta postura me está dejando sin fuerzas; sin embargo el dolor físico de mantenerme así es un precio muy bajo que pagar por todo cuanto estoy sintiendo.

—No voy a parar —jadea él aumentando el ritmo de sus acometidas, entrando y saliendo de mí. Su fuerza hace que me desestabilice pero rápidamente me sujeta.

Noto el sudor resbalando por mi espalda, la tensión entre mis piernas, cómo me pongo de puntillas y aprieto los músculos internos... estoy a punto de correrme.

Me arqueo, me contorsiono y recibo el golpe de gracia. Max presiona sobre mi clítoris y un grito sale de mí antes de sentir un confuso y explosivo clímax.

Mi grito parece haberlo vuelto loco, pues mueve la mano que permanecía en la nuca hasta enredarla en mi cabello y tira de él, logrando que mi orgasmo se intensifique.

No sé si voy a ser capaz de mantenerme en pie.

Max rota una y otra vez las caderas, sin soltarme el pelo me hace partícipe de su tensión, cómo echa la cabeza hacia atrás y aprieta la mandíbula. Una imagen reflejada en el cristal, con las luces de la ciudad de fondo, que quedará grabada para siempre en mi cabeza.

De repente percibo que sale de mí, dejándome vacía. Giro la cabeza para encontrarme a Max sujetándose su erección y a los pocos segundos se corre, salpicando mi muslo derecho.

Cierro los ojos, necesito regular mis biorritmos, juntar los mil pedazos en los que Max me ha roto antes de poder incorporarme.

—Ven aquí, joder —gruñe levantándose y me vuelve con tal violencia que hasta me asusta.

Yo estoy desnuda y mi espalda mojada se pega al cristal cuando él me acuna el rostro y me besa de forma salvaje, robándose el aliento.

Su boca hace de mí cuanto quiere y disfruto entregándome de esa forma. Parece

no saciarse y lo cierto es que me siento igual. Después, sin importar nada más, me abraza mientras vamos recuperando la normalidad.

Pero los dos sabemos, yo al menos lo tengo claro, que hay cosas que no volverán a ser igual.

—Quédate conmigo esta noche —me pide en un susurro, hablando de una forma tierna, casi vulnerable. Yo asiento.



Tengo que buscar un punto de apoyo o terminaré cayéndome de culo, cosa que, aparte de provocarle unas cuantas carcajadas a mi costa, dejaría mi reputación como amante a la altura del barro.

Pero las piernas apenas me sostienen y no sólo por el esfuerzo realizado.

Él se muestra tan seguro, tan decidido... que debería corresponderle de algún modo, sin embargo no quiero perderme nada de su repertorio sobre mi cuerpo...

Espero que esta noche me muestre la mayor parte de él.

Gimo conteniéndome cuando percibo el roce de sus labios sobre mi cuello; es suave, pero puedo afirmar que si se lo propone puede ser más agresivo. Y la idea me excita aún más...

Sin embargo, él sólo parece querer abrazarme, mimarme. Nada sexual, y a mí me gusta.

—Ven, creo que necesitamos una ducha —musita y de nuevo me pone todos los pelos de punta.

Se separa de mí y hago una mueca en protesta, se estaba tan bien así, abrazados, disfrutando de la relajación poscoital...

Max se sube la ropa pero no se la abrocha y me tiende la mano para guiarme. La acepto sin titubeos y camino por la casa, descalza, desnuda, sintiendo bajo los pies el frío de las baldosas hasta que llegamos a un baño, del que sobra decir que impresionante es quedarse corta.

Espero mientras Max se deshace de su vestimenta y finjo que estoy acostumbrada a ver tíos desnudos, pero claro, una cosa es un hombre a secas y otra muy distinta Max. Deja caer cada prenda sobre una banqueta de madera, pero no de cualquier manera, y ese detalle me hace sonreír.

Parezco tonta aquí de pie, disfrutando con algo tan sencillo como ver a un hombre despojarse de la ropa, y cuando por fin camina hacia mí sin nada encima siento de nuevo ese escalofrío que me recorre de arriba abajo.

No sé describir lo que me pasa, únicamente sé que es intenso y que incluso me aterra. Será la falta de costumbre, me digo, aunque es una excusa de lo más pueril.

No queda ni rastro del tío insensible que tras echar un polvo desaparece. Ahora se preocupa por mí, está pendiente en todo momento. Me besa, pegándose a mi cuerpo, y, piel con piel, todas las sensaciones se multiplican por mil. Su calor, su textura... me derrito, literalmente.

—Me lo estás poniendo muy difícil —arguye sonriendo de medio lado mientras me sujeta la barbilla y me mira a los ojos.

Yo arqueo una ceja; su tono deja entrever que soy la culpable de algo y no pienso asumir nada, por lo que sin esperar más me separo y me encamino hacia lo que él

llama ducha y yo llamaría lanzadera espacial.

—Bea... —A modo de castigo por saber qué crimen cometido me azota en el culo mientras estira el brazo y programa el termostato.

De inmediato mil chorros vierten agua llegando a cada rincón de mi cuerpo. Cierro los ojos, echo la cabeza hacia atrás y disfruto de las caricias que el agua caliente me proporciona. No es ni de lejos como las manos de un amante experimentado, pero lo cierto es que se le parece.

—¡Esto es una gozada! —exclamo sonriente.

Acostumbrada a mi plato de ducha de setenta por setenta, donde si se te cae el jabón te clavas el grifo en el culo al agacharte, parezco una niña pequeña disfrutando, salpicando y riéndome.

—Y todavía puede ser mejor —asevera sin dar más detalles.

Me doy la vuelta y le muestro mi retaguardia, esperando a que se refiera a sus inmensas ganas de frotarme la espalda.

No se hace de rogar, apenas tarda diez segundos en hacerlo. Coge un bote del estante y vierte una cantidad abundante en sus manos para enjabonarme de arriba abajo, aunque sus cuidados carecen de connotaciones sexuales; me toca, sí, pero no va directo a los puntos más específicos de mi anatomía, sin embargo, cualquier punto de mi cuerpo revive bajo sus caricias.

—Huele divinamente... —me olfateo a mí misma encantada—... parece, ¿naranja?

Lo oigo reír. No abandona mi espalda. Arriba, abajo... mi culo también entra en el lote.

—Sí, es un gel intenso... —vaya forma de decirlo—... lo descubrí durante unas vacaciones en Capri, allí hay una fábrica de perfumes... —Se detiene y no sé por qué—. Desde este momento... —ahora es Max quien me olfatea—... cada vez que utilice este gel me pondré cachondo pensando en ti.

Me echo a reír. Sólo Max podría decir algo así, que aparentemente suena vulgar, y que resulte evocador. Utiliza un término de lo más mundano aunque con su voz resulta fascinante. Pero, dejando a un lado tales consideraciones, ha dado sus frutos. Oírlo hablar así me gusta, me excita.

—Creo que a mí va a pasarme lo mismo —confieso inhalando profundamente.

Max me vuelve y se agacha hasta quedar a mi altura y besarme. Sus manos dejan de lavarme para excitarme, ahora sí buscan provocarme, despertar mis sentidos; en definitiva: volverme loca como al parecer sólo él consigue.

—Entonces tendré que hacer un pedido extra... —bromea antes de buscar de nuevo mis labios y devorarlos bajo el agua caliente que sigue saliendo por los diferentes chorros—... por cajas —añade arañándome el cuello con los dientes.

Esto vuelve a ponerse interesante y yo me dejo hacer. Con nuestros cuerpos húmedos y resbaladizos gracias al gel resulta mucho más excitante, y ahora que por fin lo tengo todo para mí no desaprovecho la oportunidad de pasar las manos por su

piel.

A Max parece encantarle y se limita a tocarme, facilitándome al acceso para que alcance sus puntos erógenos; la verdad, estoy disfrutando tanto o más que si fuera yo quien recibiera las caricias.

—Bea...

Me encanta cuando jadea mi nombre y de nuevo le acaricio suavemente la polla para que tenga muy claro que yo también sé provocarlo y mantener la expectación.

—¿Sí? —murmuro haciéndome la tonta. Mis manos continúan su exploración, tocándolo, disfrutando al ver cómo respira cada vez con más dificultad.

Quiero que pase por lo mismo que yo. Me ha tenido a la espera, jugando con mis reacciones hasta que lo ha considerado conveniente y ahora puedo ser yo la mala.

—Estás... —jadea, gruñe, protesta... poniéndome... —inhala profundamente —... en una situación... —aprieto un poco más y mi otra mano acuna sus testículos —... límite —consigue acabar.

—Esto no es más que el principio —me oigo decir en una mala imitación de voz de línea erótica.

Pero yo sé que esta situación no es todo lo límite que puede llegar a ser: lo tengo en mis manos, literalmente, y no lo dudo ni un instante más: debo dar el siguiente paso.

Poso las manos en su torso para ir bajándolas y tener como referencia su cuerpo. Me dejo caer de rodillas y sin darle tiempo a reaccionar separo los labios, me relamo y me introduzco su erección hasta el fondo. Sin titubeos.

—Joder... —sisea apoyando las mano en la pared que tengo a mi espalda para sujetarse.

Levanto la vista y chupo con más ímpetu; sus ojos entrecerrados, su expresión contenida me calientan y me instan a continuar.

Con una mano sujeto firmemente su erección y con la otra masajeo sus testículos, apretando, soltando y volviendo a apretar, de tal forma que cada vez le resulta más complicado contenerse.

No quiero que se contenga.

Sus caderas empiezan a empujar, quiere follarme la boca de forma más brusca pero por alguna extraña razón se reprime. No quiero que se frene, quiero sexo salvaje, en la ducha, donde sea, y sé lo que tengo que hacer.

Esta noche no hay lugar para las vacilaciones ni las medias tintas, mi mano va a ser quien lleve a cabo mis planes. Lo rodeo con ella y cuando tengo su estupendo culo a mi alcance lo azoto, espoleándolo, diciéndole sin palabras que quiero llegar hasta el fondo.

—Bea... joder...

Me dan igual sus protestas, sus quejas, lo quiero al completo y parece entenderlo. Siento cómo me agarra del pelo e, inmovilizándome, sus caderas comienzan a moverse, a embestir. Su erección entra y sale de mis labios. Formo una o casi perfecta

y aprieto para que el roce sea lo más intenso posible.

Ahora soy yo la que jadeo con fuerza, sin dejarlo escapar, con su polla en la boca, lamiéndolo, disfrutando de su sabor, dejando que mi lengua recorra cada centímetro y proporcionándole placer.

Mi sexo pide a gritos algún tipo de caricia, siento la humedad y bien podría masturbarme con una mano mientras continúo haciéndole una mamada; sin embargo, prefiero concentrarme sólo en él.

Lo oigo jadear, mascullar palabras inconexas, presa de la excitación. Sé que sigue comportándose con más cautela de la que yo espero.

Lo quiero tal cual, nada de disimulos.

—Córrete en mi boca —exijo dejando que su erección me abandone unos instantes para recorrer su glande con la lengua antes de volver a metérmela.

Max está al límite pero se contiene. No entiendo por qué; yo lo deseo, se lo he pedido, ¿qué le cuesta complacerme?

Continúo acogiéndolo entre mis labios mientras los mil chorros de agua nos rocían; yo estoy de rodillas y me encanta. Hacía tanto tiempo que no me sentía tan bien...

—Bea... maldita sea... —gime intentando apartarse pero yo no se lo permito. Quiero llegar hasta el final y no estoy dispuesta a ceder.

—Hazlo —ordeno implacable.

Levanto la vista y veo que Max me está mirando. Su rostro refleja las dudas, la indecisión. Y no sé por qué, la verdad, pues un hombre como él no creo que a estas alturas se sorprenda de que una mujer quiera complacerlo.

Pero mi lengua sigue jugando con su erección y sé que tengo la batalla ganada. Renueva sus envites y ahora soy yo la que jadeo, recibéndolo encantada.

—No aguanto más... —protesta y yo me preparo.

—No lo hagas...

Siento cómo va perdiendo la batalla, cómo va dando rienda suelta a sus instintos. Su mano me tira con fuerza del pelo, sus caderas se mueven a la desesperada... esto es lo que yo quería desde el principio.

Apenas tarda treinta segundos más, noto el primer chorro de semen en mi boca y trago. Espero más y él no me decepciona.

Disfruto de su sabor y para que no albergue ninguna duda me retiro lentamente, limpio cualquier resto que haya podido quedar sobre su pene y me relamo, cual gata golosa.

Su cara me lo dice todo, no sólo refleja la satisfacción sexual sino la sorpresa.

No esperaba eso de mí.

Me incorporo y aprovechando la ventaja soy yo quien busca su boca, lo beso de forma apasionada. Max me responde con un abrazo que me deja sin aliento. Entiendo que esté agradecido pero... ¿tanto?

Estiro el brazo y cierro el grifo, que ya hemos gastado suficiente agua por hoy.

Max parece salir del trance y se adelanta para ofrecerme toallas. Nada de unas blancas y sencillas: me tiende una manta de color granate y cuando voy a cogerla él mismo me la extiende para envolverme. Vuelve a abrazarme y yo me dejo cuidar.

Los espejos se han empañado y es una pena, pues me gustaría ver nuestro reflejo. Una vez más él se adelanta a mis deseos y en vez de taparse, detalle que agradezco enormemente, me lleva hasta la encimera, limpia el cristal y se sitúa tras de mí para secarme el pelo.

—No te molestes —digo cuando hace amago de desenredarme el cabello—, normalmente me lo recojo y listo.

—¿Por qué? —pregunta obviando mis indicaciones.

—Siempre ando con la hora pegada al culo —respondo riendo y él hace lo mismo—. Pocas veces tengo tiempo para mí.

—Pues hoy quiero cuidarte, mimarte y lo que se me ocurra. —Me ofrece un taburete.

Lo afirma tan convencido que no tengo nada que rebatir.

La idea de ser cuidada me atrae, ¿a quién no? Hace mucho que nadie me dice cosas así, que nadie me mimaba...

Asiento encantada y cierro los ojos. Sus manos empiezan a separar mi cabello en gruesos mechones para después peinarme. Lo hace con tal dedicación que me remuevo inquieta bajo mi mullida toalla.

Suspiro encantada, sus cuidados son tan buenos o casi tan buenos como un orgasmo. Podría pasarme horas así, relajada.

—Si continúas así voy a quedarme dormida —murmuro con una sonrisa de oreja a oreja sin abrir los ojos—. Esto es tan agradable...

Max no dice nada y prosigue con sus atenciones hasta que, como todo lo bueno, se acaba y me ayuda a ponerme en pie.

—Entonces será mejor que te lleve a la cama.

Tantas atenciones me descuadran un poco, pero no voy a negar que Max me hace sentir como una reina. Sigo sin entender qué le pasó el primer día para marcharse enfadado; sin embargo hoy está compensando y con creces aquella salida de tono.

Su dormitorio... de nuevo debo hacer un esfuerzo para no abrir la boca, aunque no es para menos. En esa cama se puede dormir durante un mes y no estar dos veces en el mismo sitio.

—¿Vamos a ver la tele? —le pregunto al verlo coger un mando.

—No —me responde sonriendo y me doy cuenta de que he metido la pata hasta el fondo, o más allá.

Las persianas comienzan a bajar, la música deja de sonar, las luces se atenúan... Estoy en una exposición de domótica y nadie me lo ha advertido.

—¿En qué lado duermes? —inquiero ya que no quiero ocupar su sitio.

—En el medio —bromea, y no me queda más remedio que reírme ante su respuesta.

Camino hasta el borde y sin más aparto las sábanas y me meto dentro. Él no tarda ni cinco segundos en seguirme y recostarse a mi lado.

No puedo evitar bostezar, llevo demasiadas horas en pie y con la actividad frenética e intensa de la última hora estoy que me caigo de sueño o, como diría mi abuela, caigo relocha.

—Ven —me indica estirando el brazo para que me acomode junto a él.

No lo tengo muy claro, pues dormir abrazados queda muy bien en las pelis y en la ficción, pero la realidad es bien distinta: él puede acabar con el brazo dormido y no me apetece causarle ningún mal.

—De acuerdo —accedo acercándome a Max; si él desea abrazarme, yo no soy nadie para impedirselo—, pero si notas que te duele el brazo, dímelo.

No me responde, sólo me mira en penumbra antes de acariciar de nuevo mis labios con el pulgar. Me encanta ese sencillo gesto, no sé por qué, sólo espero que lo repita tan a menudo como sea posible.

No soy consciente de mucho más; mis ojos se cierran, mi cuerpo se relaja...

Cuando vuelvo a estar despierta me doy cuenta de que debe de estar amaneciendo; la verdad, no entiendo cómo puedo haber dormido tan poco y sentirme tan llena de energía. Sé perfectamente dónde estoy y sonrío como una boba recordando lo que viví la noche anterior.

Ni en mis más secretas y extravagantes fantasías.

Caigo en la cuenta de que me encuentro sola en la cama, lo cual me extraña. Me incorporo y lo veo. Max está de pie, dándome la espalda, gloriosamente desnudo, mirando por la ventana.

Y yo no sé qué hacer.

Mi lado romaticón quiere levantarse, rodearlo desde atrás y susurrarle alguna frase bonita para compartir la salida del sol. Lo pienso y me doy cuenta de que por muchos motivos nunca he podido disfrutar de paseos al atardecer por una playa o momentos como éste. Tampoco los he echado de menos, quizá me he acostumbrado a no hacerlo.

Sin embargo mi yo prudente espera en la cama y observa... ¿Qué puede llevar a un hombre como Max a levantarse tan temprano?

Desde luego no puede ser el simple hecho de contemplar una maravillosa vista. Su comportamiento, y no soy psicóloga, es típico de una persona a la que le falta algo.

Debo de moverme, pues se vuelve y me ve. Su expresión, quizá nostálgica, intenta variar a una más alegre, pero su sonrisa no oculta su verdadero estado de ánimo. Ese que tanto me gustaría conocer.

—No suelo dormir bien —me dice en voz baja a modo de justificación y de nuevo mira al frente.

Siento que quizá estoy de más, invadiendo su intimidad. No sé qué significa su silencio y en esas condiciones lo mejor es marcharse.

De nuevo tengo delante al Max callado, con el que me siento perdida por completo. Del que no sé qué espera de mí.

Mi retirada ha de ser discreta, pero mi ropa anda en alguna parte desperdigada y eso no facilita precisamente las cosas.

Max parece regresar de dondequiera que haya estado y se acerca a mí, se sienta en la cama y se inclina para rozar mis labios, primero con el pulgar, después con los suyos.

Y yo no sé qué pensar de este hombre.

Respondo de inmediato, atrayéndolo hacia mí, y caemos sobre la cama. Una inoportuna sábana nos separa y Max, con rabia, la aparta...

Apoyado sobre los brazos repasa mi cuerpo y cuando vuelve a mirarme a los ojos sonrío; al parecer le complace lo que ve. Bueno, eso siempre anima, teniendo en cuenta que no soy ninguna top model... y que seguramente Max sea uno de esos tipos que pueden tener a la mujer que se les antoje sin mucho esfuerzo...

Me da igual, es mi cuerpo el que se prepara para un nuevo asalto, soy quien está desnuda en su cama y siente entre sus piernas un cosquilleo sumamente excitante. Separo las piernas y Max se sitúa entre ellas. Está empalmado, su polla presiona junto a mi muslo y espero que no se quede ahí.

—No pierdas el tiempo —sugiero con voz ronca.

—Haré lo que considere oportuno —me replica y sé que tengo que tomar cartas en el asunto.

Elevo los brazos, rodeo su cuello con una mano y lo despeino con la otra, aferrándome a su cabello mientras Max atrapa un pezón en la boca y lo succiona.

Gimo con fuerza y me arqueo. Quiero más, quiero todo. Doblo las piernas, apoyo los talones en la cama y me froto con descaro contra su boca, la cual, por cierto, sabe muy bien lo que hace. Mis torturados pezones son testigos. Pasa de uno a otro sin descanso.

—Max... —ruego sin ningún tipo de pudor.

Pero sospecho que mi súplica cae en saco roto, pues su boca continúa sobre mi piel, despertando cada terminación nerviosa. Ahora en concreto su lengua está jugando en mi ombligo y tengo que cerrar los ojos... sé lo que tiene en mente y eso acelera mucho más mi respiración.

—Mmmm —ronronea lamiéndome justo sobre mi vello púbico—. Me muero de ganas por probar tu sabor...

No me da tiempo a decir nada, yo misma he abierto las piernas de tal forma que con sólo inclinarse puede ver, tocar la parte más sensible de mi cuerpo.

Mi sexo responde al primer toque de su lengua, yo jadeo y me retuerzo. No sé si voy a ser capaz de aguantarlo.

Hace tanto tiempo que nadie juega así entre mis muslos...

Sin embargo Max no juega, no pierde el tiempo. Recorre mis labios vaginales, hinchados y sensibles, procurando no pasar nada por alto. Una y otra vez me lame

dejando para el final mi necesitado clítoris.

Sin separarse ni un milímetro de mi cuerpo me penetra con un dedo, estimulando ahora el interior de mi sexo con la misma pericia, de tal forma que mis gemidos son cada vez más fuertes, más escandalosos.

—¡Max! —grito descontrolada ante el asalto en toda regla.

Lo oigo reírse y en vez de darme un poco de cuartelillo se emplea más a fondo.

—Creo que aún puedo lograr que grites más fuerte —menciona todo ufano.

Y yo le creo.

Su boca, incansable, no se aparta mientras sus dedos continúan penetrándome, y ante semejante estimulación siento acercarse mi orgasmo; la tensión que acumulo hace que me retuerza y arquee, ofreciéndome sin reservas a un hombre, a Max, que es capaz de volverme loca y lograr que me corra en apenas cinco minutos.

—Córrete, Bea, vamos, quiero saborearlo.

Su lengua toca cada punto de mis hinchados pliegues. Repite sus movimientos. Atrapa el clítoris entre los labios y aprieta lo justo para que yo despegue de la cama.

No sé si alguna vez he jadeado tan fuerte, con este abandono, pero desde luego debo reconocer que Max saca de mí lo que nadie antes.

—Córrete —insiste. Ahora son tres dedos los que dilatan mi sexo y sin dejar de torturarme con la boca siento una presión interna difícil de pasar por alto.

No necesito más indicaciones porque mi cuerpo no atiende a razones. El clímax que alcanzo, gracias a su boca y sus manos, me deja satisfecha, tanto que estiro las piernas y de no estar él encima me dormiría, pero me parece una falta de consideración.

Max levanta la cabeza y se encuentra con mi determinación. Tiro de él, quiero tenerlo cara a cara y besarlo.

Lo hago y no me importa saborearme a mí misma en sus labios; es más, lo disfruto.

—Bea... joder, me vuelves completamente loco —gime junto a mis labios.

Pero no me parece suficiente, quiero mucho más.

Lo insto a que me penetre y él se resiste. Entiendo por qué, así que me muevo hasta llegar a la mesita de noche; ¿dónde va a guardar si no los condones un hombre?

No me falla la intuición, se lo entrego y Max se lo coloca; yo me muerdo el labio. Parece mentira que me haya corrido hace apenas cinco minutos, estoy de nuevo ansiosa por follar.

No me reconozco a mí misma, pero es así.

Max me sujeta de las caderas, me mira; ¿está esperando mi permiso?

No, simplemente le gusta crear expectación, retrasar diez controlados segundos de tal forma que lo ansíes con mucha más fuerza.

Estiro los brazos hacia atrás, dejo en sus manos todo el control, que haga conmigo lo que quiera, no quiero ni puedo ofrecer resistencia.

Mi rendición lo enloquece, se lanza a por mí, embistiéndome con una fuerza

desmedida. Mi cuerpo se adapta a su invasión, mi sexo goza con sus arremetidas. Su polla entra y sale de mí, rozando cada punto, ya hipersensibilizado tras la ronda anterior.

—No voy a poder aguantar mucho... —jadea en mi oreja.

—No quiero que lo hagas.

Lo abrazo, lo rodeo, lo beso en el hombro, cualquier cosa me parece poco para decirle sin palabras lo que siento, lo que quiero hacerle sentir.

Su ronco gemido, pocos segundos después, me dice todo lo que necesito saber.



¿Dónde tenía yo la cabeza para aceptar una propuesta así? No dejo de darle vueltas...

Desde luego, Max sabe muy bien cómo pillar a una mujer con la guardia baja.

Tras un revolcón de esos que hacen época me propuso pasar el fin de semana con él. Hasta ahí todo correcto, nada de lo que preocuparse, pero, y ahora viene la parte peliaguda, me invitó a un fin de semana en París.

Hale, se acabó la miseria.

Y yo, como una autómatas a la que dan cuerda, acepté sin parpadear. De haberlo reflexionado durante al menos medio minuto habría dicho que no, como ha de hacer una mujer sensata.

Sin embargo, en todo lo referente a él soy poco o nada sensata. No actúo guiada por la razón. ¿Quién es capaz de hacerlo en semejantes circunstancias?

Claro que Max no me dio opción, o al menos me gusta pensar que él es el culpable, ya que tras la propuesta me besó, me acarició y me folló sin contemplaciones, por si acaso albergaba alguna duda.

Podría pensar que con su despliegue sexual intentaba convencerme, y sí, pero también pasamos una mañana gloriosa en la que perdí la cuenta de mis orgasmos. Algo que nunca creí que me ocurriría.

Mi historial sexual no es lo que se dice muy fructífera en cuanto a relaciones y cuando había ocasión de explayarse pude sacar la papeleta de «Hoy te quedas insatisfecha o como mucho un orgasmo y da gracias».

Pero Max, no contento con sacarme hasta el último gemido, me trató como a una reina. Desayuno en la cama, frotamiento bajo el agua, risas cómplices y gestos cariñosos que, la verdad, me confundieron un poco. No porque él se comportara de manera extraña, sino porque me asusté ante la conexión que se establecía entre ambos.

Apenas nos conocemos, pero ha surgido de una forma tan espontánea que me asusta. No tengo ni idea de qué nos depararán los próximos días, aunque vivir algo así, breve e intenso, debería ser obligatorio para cualquier mujer.

Llevo dos días dándole vueltas al asunto. En el trabajo no he dicho nada todavía, ya que si a Ramón lo aviso con tiempo me dará la murga cada dos por tres e intentará buscar una excusa para que no reclame mis días, que lo conozco y si pilla al que inventó los derechos del trabajador lo cuelga; así que prefiero dejarlo para el último momento. Me debe trocientos días libres, pero siempre me cuesta Dios y ayuda hacerle entender que hay vida más allá del restaurante.

El otro motivo por el que he mantenido la boca cerrada es por simple protección auditiva: si Beto se entera, el chillido que pega me rompe los tímpanos.

¡Cómo le gusta exagerar a este hombre! Es darle una noticia y ponerse espitoso.

—Voy a acabar tarumba —farfullo resoplando.

Como no lo tengo claro he recurrido a mi hermana y ahora me arrepiento.

Bueno, decir que no lo tengo claro es una mentira como una catedral, ya que nada me gustaría más que pasar dos días en París, acompañada de Max y lejos de mi rutina.

Hace mucho que no tengo unas vacaciones como es debido y las necesito, de eso no cabe duda, pero... ¿no estamos precipitando las cosas?

Oigo el timbre y me acerco a la puerta. Sé de sobra quién es y me preparo.

Como siempre Félix entra, tira su mochila, me da un beso exprés y corre a la cocina, donde le he dejado preparada la merienda para que después se apalanque en el salón. A veces me siento en inferioridad de condiciones respecto a los canales infantiles, es muy difícil competir con tanta oferta televisiva.

—Media hora de tele y después los deberes —le recuerdo intentando poner voz de madre severa, aunque no sé si lo he logrado.

—¡Vaaaale! —canturrea.

Resignada al conflicto familiar que tendremos dentro de una hora y a que deberemos negociar, acompaño a María a la cocina para tomarnos un cafelito y charlar un poco.

No he puesto un pie en la cocina y ya está la exagerada de María abriendo el pico.

—¡Bea, me muerdo de envidiaaaaaaaaa! —exclama mi hermana toda emocionada.

—No te pases... —digo mientras llevo a la mesa la cafetera.

—Tuve que frotarme los ojos cuando lo vi, por favorrrrrr, qué tío... Qué porte, qué ¡todo! No me extraña que quisieras pasar la noche con él, uff, ¡si hasta he tenido pensamientos calenturientos yo! Que se supone que estoy casada, pero como se suele decir: follas menos que un casado.

Me echo a reír, a veces María tiene cada cosa... Exagera una barbaridad, pues dudo mucho que esté mal servida, ya que mi cuñado la tiene en palmitas; simplemente disfruta provocándome y porque de algo tenemos que hablar.

—Deja ese temita —pido negando con la cabeza—, que luego vas a tener pesadillas, como tú dices.

—No, hija, pesadillas precisamente no —afirma poniendo cara de viciosilla y ambas terminamos desternillándonos de la risa.

—Anda, prueba uno de estos bombones. —Le señalo una bandeja y ella no se lo piensa dos veces, prueba uno y recupera su cara de vicio.

—Hummm, te han salido de muerte, veo que últimamente has recibido un dosis de... inspiración...

—Para que lo sepas... —me hago la despistada porque me conviene—... esta receta la he ido trabajando desde hace tiempo.

Es una verdad como un templo, al menos no miento. Pero a nadie se le escapa que si te metes a la cocina un día de esos *depre* lo más probable es que la comida sea

simplemente decente, nada de chuparse los dedos o gemir extasiada como está haciendo ahora mi hermana, la envidiosa.

—Sí, sí...

Por su tono sé que me vacila y de mala manera además, pero no entro al trapo. No al menos como ella espera. Ni loca le voy a contar los detalles más excitantes.

—Bueno, vale, lo admito, ayer por la noche derroché creatividad extra, pero... No sé cómo decirte esto, llevo dos días dándole vueltas y...

—¿No me digas que pasa de ti? Maldita sea, ¡si parecía un tipo legal! Qué mala suerte, de verdad. Para una vez que te veía ilusionada, va el tío y nos sale rana.

Dejo que mi hermana se monte una película ella solita y sin ayuda, porque hay que reconocer que como guionista no tiene rival. Las cosas que es capaz de imaginar...

—Si es que una ya no se puede fiar de nadie. Qué asco, de todas formas va a ser mejor liarse con un feo, o uno normalito, vamos... aunque como yo siempre digo, para un paseo cualquier bicicleta vale...

Tengo que sacarla de dudas, porque va a empezar a desvariar de un momento a otro. Me como uno de mis bombones y lo paladeo con gusto antes de interrumpir.

—Me ha invitado a pasar un fin de semana en París —disparo a bocajarro.

María, como es de esperar, abre la boca y después achica los ojos.

—¡Serás...!

—Si antes de hablar me dejaras explicarte las cosas...

—Te lo has pasado en grande, ¿no? Viendo cómo digo estupideces, me como tus bombones que irán directos a mi culo y de paso me restriegas que te vas de viajecito romántico con un tío cañón.

Me cruzo de brazos.

—Lo dices como si fuera un crimen —le reprocho en broma.

—¡Haz las maletas! —chilla poniéndose en pie—. ¡Vamos! ¿A qué esperas?

Por su reacción parece que es ella la afortunada, pues demuestra un entusiasmo fuera de lo común. Se percata de mi silencio y de que no me he puesto en pie, lo cual dice a las claras que algo me preocupa, y María me mira.

—¿Le has dicho que no? —inquire preocupada.

Podría hacer que sufriera un poco, pero no, niego con la cabeza.

—Ése es el problema, le he dicho que sí.

María parpadea.

—A ver, a ver, que algo se me escapa. Recapitulemos: un tío cañón te invita a un finde romántico y tú no saltas de alegría... ¿voy bien?

—Sí.

—Es lo que todas soñamos, deseamos, así que tú en vez de preguntarme «¿Qué me llevo en la maleta?» estás sentada en la cocina ofreciéndome bombas calóricas.

—Eso parece.

—Porque algo, ya veremos qué, te preocupa.

Me pongo en pie para recoger las tazas y busco la forma de exponerlo.

—Yo no me puedo permitir un finde en París —alego, dándome cuenta de lo estúpida que puedo llegar a ser. Otras se mostrarían encantadas, pero a mí me sigue preocupando.

Quiero que mi hermana lo entienda, ella lo ve de forma sencilla, sin implicaciones, pero a mí me resulta mucho más complicado.

—¿Y has pensado, así por casualidad, que para un hombre como Max ese regalo no supone más que calderilla?

—Lo estás arreglando —farfullo.

—Vale, ese viaje cuesta una pasta —concede María, pero no se le quita la cara de emoción por todo lo que esto entraña.

Y yo sigo sin tenerlo claro.

—Max está acostumbrado a lo mejor, tendrías que haber visto su casa —digo repasando con la mirada mi cocina, bueno mi minicocina, que necesita, como el resto del apartamento, una buena reforma.

—¿Hiciste fotos?

Pongo los ojos en blanco, no hay manera. No se toma el asunto en serio y así no vamos a ninguna parte.

—No seas tonta, ¿cómo voy a hacer eso?

María reflexiona y termina dándose cuenta de que no estaba yo precisamente para una sesión de fotos.

—Tienes razón, estabais metidos en el desenfreno sexual, no quedaba espacio para el reportaje fotográfico —arguye en tono guasón.

—María, dime la verdad: ¿está bien aceptar?

—En principio no tiene por qué estar mal —murmura.

—Max no creo que me lleve a una pensión barata, a restaurantes de comida rápida o en interrail —añado para que entienda cuál es el motivo de mis dudas.

—¿Me estás preguntando si aceptar lo que para él es, repito, calderilla, hace que te ganes el apelativo de mantenida o algo peor?

Respiro profundamente. Lo ha pillado a la primera.

—Exactamente —confirmo haciendo una mueca.

—No —responde rápida y categóricamente.

—¿Por qué, si puede saberse? —insisto.

Sé que me estoy poniendo pesadita con el asunto, pero no quiero ir de viaje y ser una amargada y de paso jorobar el fin de semana. Para eso me quedo en casa, me excuso diciendo que no puedo por trabajo y punto.

—Tienes tu trabajo, tu casa... no esperas que un hombre te solucione la vida, y por tanto no te abres de piernas para ello. Lo haces por gusto, he ahí la gran diferencia. —Las teorías de María no dejarán de sorprenderme nunca—. Te han hecho una proposición, espero que indecente, que no tiene nada de malo. Además, si tanto te preocupa, háblalo con él. Y a mí déjame en paz, que yo no voy a París. Ah, y

pásame otro bombón de éstos.

—¿No has dicho que van directos a tu culo? —inquiero apartando el plato sólo para provocarla un poco.

Se encoge de hombros y los vuelvo a poner a su alcance. Yo también cojo uno y dejo que se deshaga en mi boca. Sí, esto va directo al trasero, pero qué ricos están.

—Tendré que darme un palizón en el gimnasio y comer como un conejo durante una semana, pero merece la pena. Ahora en serio, no tienes nada de lo que preocuparte: ve con Max, diviértete, disfruta, haz lo que yo haría y no te preocupes, Félix se viene a mi casa.

Ha tocado uno de los puntos más sensibles... sé que mi niño estará divinamente atendido, pero aun así...

—¡Deja de comerte el coco! —exclama mirándome con severidad—. Eres madre, sí, pero no es incompatible con tener una vida como mujer. ¿O qué, quieres ser una amargada?

—María...

—¿Sabes? Ahora mismo nos vamos a hacer tu maleta y sanseacabó, que ya me estás poniendo de mala leche con tanta estupidez. ¡Por favor!

Ante la determinación de mi hermana no me queda más remedio que claudicar. Nos metemos en mi dormitorio y preparamos las cosas para el viaje. Mientras revolvemos mi armario, que últimamente parece un campo de batalla, me pregunta si sé dónde nos alojaremos o si vamos a acudir a algún evento o qué tipo de restaurante visitaremos.

Yo, como una tonta, niego con la cabeza.

—No se me ocurrió preguntarlo, la verdad —alego poniendo cara de circunstancias.

—Bueno, ya lo has dicho: Max es de posibles, como se decía antes, así que escoge un vestido elegante con zapatos a juego por si las moscas. Por cierto, ¿a qué se dedica exactamente?

—Negocios, supongo que algo relacionado con eventos y ese tipo de cosas.

—Ah, vale, porque no vaya a ser que tengamos que preguntarnos eso de «dónde saca para tanto como destaca...» —canturrea como si nada y yo tengo que ponerme seria. Mira que disfruta desvariando.

—No digas bobadas —le recrimino en tono cariñoso.

—Ay, hija, le quitas toda la gracia al asunto. Ya sé que es un tipo serio, sólo pretendía tomarte un poco el pelo, a ver si te relajas, que te noto muy tensa.

—Y no es para menos.

—Tienes razón —concuerta de repente seria—. Si yo estuviera en tu lugar también me pondría «tensa» pero muy «tensa». —Mueve las cejas sugestivamente—. No digo más, que tenemos una edad y sobran las palabras.

Tengo que reconocerlo: María consigue hacerme reír, que me olvide de mis quebraderos de cabeza y así al menos paso la tarde entre comentarios picarones,

chascarrillos y bromas de todo tipo.

Por la noche, tras una ardua negociación, he conseguido que Félix haga sus cosas del cole y he podido pasar con él un buen rato, jugando y escuchando sus «preocupaciones».

Ahora estoy sentada en mi sofá, por fin puedo estirar las piernas, perder el tiempo frente al televisor hasta la hora de acostarme y saborear una copa de vino.

La maleta sigue abierta sobre mi cama y yo vuelvo a las andadas...

Pero más allá de todo eso ¿cómo interpreto su ofrecimiento? ¿De verdad quiere ir en serio conmigo?

Mis dudas me provocan dolor de cabeza...

Mi lado inconsciente ya está cerrando la maleta tras guardar en ella lencería de lo más provocativa; mi lado sensato, el de una mujer con un hijo pequeño, agarra el teléfono con la intención de marcar su número y decirle que es muy pronto para ir de viaje juntos.

Dejo mi móvil sobre la mesita auxiliar, en modo silencio para no despertar a Félix.

Ya he comprobado que no tengo llamadas y sigo con ese runrún.

Acabo mi copa y agarro el teléfono. Ya está bien de tanta tontería, parezco una veinteañera indecisa, por el amor de Dios, que soy una mujer hecha y derecha. Estas cosas se hablan, se afrontan.

Pulso la tecla de llamada y espero. Suspiro aliviada cuando da tono.

No contesta.

He comprobado si he marcado bien y la verdad, me extraña que a estas horas no responda. Es tarde, sí, pero dudo que ya esté acostado. Puede que tenga una reunión de negocios... Intento por todos los medios ser positiva.

Me he quedado dormida en el sofá como una tonta. El teléfono vibra sobre la mesa, señal de que tengo una llamada. Me incorporo estirando el cuello, mis cervicales van a pagar el pato por haberme quedado traspuesta en el sofá más incómodo del mundo.

Reconozco el número, lo he marcado demasiadas veces.

Descuelgo y antes de que pueda decir nada oigo su voz.

—¿Ocurre algo?

Lo pregunta con tono preocupado pero suave, lo cual me provoca una sonrisa. No debería haber insistido; ahora, con toda lógica, Max estará pensando a saber qué.

Decido tranquilizarlo.

—No —respondo bajito, cohibida.

Lo oigo suspirar al otro lado de la línea. Parece que ninguno de los dos sabemos qué decir hasta que él, de nuevo, habla.

—Estaré ahí en quince minutos.

Rompe el silencio y mis esquemas.

No se lo he pedido, no sabe nada de mi estado y sin embargo ha tardado menos de

medio minuto en decidirse a venir. Es tarde y va a venir.

Salgo de mi estupor. Me levanto y me voy al aseo, un golpe de peine nunca está de más. Me planteo quitarme mi chándal doméstico pero quedaría mucho más ridículo recibirlo de punta en blanco. Me asomo a la ventana, quiero verlo llegar y abrirle la puerta sin que tenga que llamar.

Es muy tarde pero me ha dejado sin palabras su respuesta... va a venir sin habérselo pedido. Definitivamente algo está pasando.

Diez minutos más tarde lo veo aparcar, él no sabe que lo estoy observando y un escalofrío me recorre de arriba abajo...

No espero a que pique el timbre, le abro y dejo también la puerta de mi apartamento abierta. En otras circunstancias podría parecer una descarada invitación, pero estoy segura de que Max entiende que a esas horas no quiero hacer más ruidos de los necesarios. Mi vecindario no es especialmente cotilla pero nunca se sabe.

—¿Bea?

—No pasa nada —susurro cuando lo veo entrar.

Sólo me mira y da los pasos precisos para llegar hasta mí y abrazarme.

Permanecemos unos instantes así, en el recibidor de mi piso, él elegante con un traje gris oscuro que da gusto sólo con verlo, y yo con ropa deportiva de esa que ya no te pones para salir y dejas para estar en casa.

—Bea... —murmura junto a mi oído y yo empiezo a derretirme.

Así, en un instante. Únicamente con oír mi nombre.

—Tenemos que hablar. —Quiero comportarme de forma sensata, pero sus manos en mi culo no ayudan.

Me separo, pese a su reticencia a soltarme, y cierro la puerta con llave. Apago las luces del salón y le señalo la puerta de mi dormitorio.

Es de agradecer que no sonría como un tonto por lo que podría considerarse una invitación más que elocuente. Sabe comportarse y una vez dentro me espera de pie.

He de decir que sentarse es imposible pues tengo la cama ocupada con la maleta y ropa desperdigada por todos los sitios.

—Tú dirás.

Trago saliva, qué guapo está y qué difícil es esto.

—Es sobre el viaje... —comienzo dubitativa—. No quiero que me malinterpretes, pero no estoy segura de que sea buena idea.

—¿Por qué? —inquire sin atisbo de enfado.

—No hace falta mencionar que mi situación económica dista mucho de ser boyante y que aceptar tu invitación implica...

—Chorradas —me corta acercándose a mí—. Bea, no pienses cosas raras porque no las hay.

Me sujeta de la barbilla y me mira fijamente. «Así no vamos a ninguna parte —me digo—, debo mantener las distancias un poco.»

—Max, sé realista, yo...

Me besa, no me deja continuar. No quiere escucharme. No me da opción a nada, sólo a devolverle el beso y a sujetarme a él mientras me rodea con los brazos y me pega a su cuerpo.

—Entiendo tus dudas —murmura levantándose los brazos para quitarme la ropa—, pero no tienes motivos para ello. Quiero pasar contigo un estupendo fin de semana, lejos de todo, del trabajo, de las preocupaciones... ¿Tan difícil es darme ese capricho?

Cierro los ojos cuando sus manos recorren el borde de las copas de mi sujetador con delicadeza, con suavidad, justo antes de pasar a modo primitivo y arrancármelo de cualquier manera.

—No te preocupes por nada... —continúa hablándome al oído y se deshace de mis pantalones y bragas.

Otra vez yo estoy desnuda y él vestido.

—Max... —jadeo conteniéndome a duras penas cuando su mano sube por el interior de mis muslos hasta llegar a mi sexo, el cual acaricia primero con delicadeza, permitiendo que poco a poco me abra antes de penetrarme con un dedo y besarme de nuevo en la boca para acallar mis gemidos.

—Quiero tenerte para mí solo, ser egoísta... —De nuevo su voz ronca y excitante logra que me deshaga—. Tengo muy claro quién eres y distas mucho de ser una de esas cabezas huecas a las que impresionar con un talonario y un coche caro...

Ahora son dos dedos los que utiliza y boqueo como un pez en busca de oxígeno mientras continúa masturbándome con habilidad, tanta que no voy a aguantar más de cinco minutos.

Me aferro a su cuello y muevo las caderas al ritmo de su mano.

No me lo puedo creer, mi respuesta me deja sin respiración. Ha conseguido tenerme a punto en tiempo récord. Unos toques certeros, unos cuantos besos y como si de magia se tratase estoy en sus manos.

—Córrete —gruñe atrapando el lóbulo de mi oreja y mi cuerpo se rinde, encantado, a su orden.

Abrazada como si me fuera la vida en ello sólo puedo responder:

—Quédate, por favor.

Y Max me suelta sólo para mandar a paseo toda mi ropa, desnudarse en menos de cinco segundos y tumbarme para caer encima de mí y explicarme, punto por punto, todo lo que tiene pensado hacerme durante nuestro viaje, incluso poniendo ejemplos prácticos de ello.



No me ha sorprendido para nada que nuestros billetes de avión fueran de clase *business* o que al llegar a París en vez de coger un taxi nos estuviera esperando un coche con chófer para llevarnos al hotel.

No tengo que mover un dedo, de nuestro equipaje se encarga el chófer y yo sólo he de poner un pie delante de otro y seguir a Max, cogida a su mano.

Max parece otro, relajado, sonriente... aprovecha cada ocasión para tocarme. A veces de forma inocente y en otras de todo menos inocente, pues sus susurros roncoss me hacen dar un respingo.

—Vamos —me dice todo emocionado en dirección al coche.

—De acuerdo —convengo.

Max se comporta con la normalidad e indiferencia de quien todos los días se encuentra rodeado de lujos, sin embargo yo me maravillo con todas y cada una de las atenciones que recibimos.

También tengo que admitir que Max no resulta esnob ni desagradable cuando se encuentra fuera de sus lujos habituales, como por ejemplo cuando se quedó a dormir en mi casa, lo más antilujo del mundo. Lo más curioso es que trata a todo el mundo con educación, no habla de forma altiva, pese a que su dinero le permitiría tratar a Dios de tú. Lo cual dice mucho a su favor. Eso sí, se rodea de lo más exclusivo.

Ahora, mientras espero a que Max nos registre, pienso en la cocina. Sí, lo sé, puede parecer una estupidez, en un lugar como éste, rodeada de lujo, obras de arte, un personal dispuesto a satisfacer cualquier capricho... pero me encantaría hablar con el chef de L'Espadon, visitar la cocina, observar cómo trabajan... Sé que a nadie de los que se hospedan aquí se le pasa por la cabeza algo así. Todos los clientes vienen atraídos por el lujo y el servicio. A mí me encantaría pisar la cocina. Sonrío pensando en la cara de Max si le comentara algo así.

El problema es que, conociéndolo, hablaría con quien hiciera falta para darme ese capricho. Pero no quiero abusar y me limito a esperar a que termine de registrarse sin decir una palabra.

No digo nada, pero me he dado cuenta de que tratan a Max con cordialidad, como a un cliente habitual, aunque no sé por qué me sorprende: un hombre como él, cuando viaja, se hospeda siempre en los mejores hoteles.

El ascensor también es para quedarse con la boca abierta pero consigo controlarme. Max no me suelta la mano en ningún momento. Incluso cada vez que intercambio una mirada con él me dedica una sonrisa.

Definitivamente este hombre sabe cómo derretir a una mujer.

—Adelante —me indica tras insertar la tarjeta metálica y abrirme la puerta.

Yo doy un paso, entro en la habitación y sin poder evitarlo me digo a mí misma:

«Esto es lujo y lo demás son tonterías».

Miento, nada de habitación, suite o yo qué sé. Porque aquello es alucinante... un amplio saloncito con zona de estar, bar, mesa de reuniones... o sea el noventa por ciento de mi apartamento y después unas puertas dobles que dan paso a la alcoba.

—¿No dices nada? —me pregunta cuando se despide del botones y cierra la puerta.

Como si fuera el dueño de todo se quita la chaqueta y la deja con despreocupación sobre una elegante butaca. Se detiene y, con las manos en los bolsillos, en una postura expectante, me mira, o mejor dicho me desnuda con la mirada, pero no hace nada, y yo tampoco. La situación, el silencio, se vuelve incómodo.

—Si te soy sincera no sé bien qué decir —respondo y agarro mi maleta con la idea de sacar la ropa.

Tener algo que hacer me da la oportunidad de no continuar allí plantada, como si fuera un mueble más.

—¿Te apetece tomar algo? —pregunta acercándose al mueble bar.

Yo asiento, pero en vez de esperar a que me sirva huyo hacia la alcoba arrastrando mi equipaje.

Entro en el dormitorio y abro la maleta para ponerme a ello. Noto que Max me sigue, me vuelvo y lo veo con dos copas en la mano.

—Deja eso. —Tira de mí con suavidad y me entrega una.

—No quiero que se arrugue...

—No te preocupes por eso, llamaremos al servicio de lavandería y te lo dejarán como nuevo.

«Mira que soy tonta», me reprendo a mí misma. Pero los nervios juegan a veces estas malas pasadas y yo, como no me relaje, voy a hacer el ridículo, pero bien además.

Acepto su ofrecimiento y ni siquiera pregunto qué es. Bebo despacio y mantengo las distancias. No sé muy bien cuál es el motivo, pero me cuesta soltarme, pese a que desde que me recogió en casa Max se ha comportado de forma amable y paciente.

Se da cuenta de que mi silencio no es habitual y desde atrás me rodea con los brazos. Permanecemos así, juntos, relajados, intentando que todo esto no acabe de mala manera, que no suponga un distanciamiento.

Hemos dado un gran paso viajando juntos, pues apenas nos conocemos.

—Si estas cansada, podemos pedir la cena y no salir esta noche —ofrece comprensivo.

Sus palabras, o mejor dicho su tono, me causan un escalofrío. Sabe como nadie dar en el punto exacto, parece tener la clave para hacerme sentir bien.

—Como prefieras —respondo en voz baja, algo cohibida. Compartir espacio, por muy amplio que sea, implica mucho y me gustaría estar a la altura de las circunstancias.

Me doy la vuelta y lo miro, quiero hacerlo, quiero tantas cosas...

Le acaricio el rostro. Max cierra los ojos encantado con mi toque y permanece así, quieto, bajo mis atenciones. Me gustaría besarlo, no de una forma estrictamente sexual, más bien como una especie de promesa de lo que estos días van a significar para mí, para ambos.

—Bea... —murmura.

Permanece con los párpados cerrados. Parece tan vulnerable, tan perdido. Quizá sea mi lado maternal, ese lado protector que muchas desarrollamos y que nos empuja a querer abrazar y mimar, aunque en este caso se trate de un hombre hecho y derecho.

Max se queda a la espera de que yo haga lo que considere oportuno. Me da su confianza. No voy a defraudarlo.

Me acerco a sus labios y los junto con los míos, no los separo, únicamente establezco el contacto. Max se mantiene quieto, ha adivinado mis intenciones y mientras beso la comisura, su barbilla, sus pómulos, le masajeo la nuca, atrayéndolo hacia mí, porque me gusta sentirlo tan cerca.

Su abrazo se hace más fuerte y yo continúo mi exploración. Estamos completamente vestidos. Sé que terminaremos desnudos, sudorosos, satisfechos, pero de momento disfrutamos cada segundo.

—Me lo estás poniendo muy difícil —dice y yo sonrío.

Lo insto a que se incline de tal forma que pueda besarlo en la frente, los párpados y recorrer el contorno de sus cejas con los dedos.

—Sólo quiero tocarte, memorizarte; concédeme ese capricho.

—Puedo darte otros muchos y mejores —apostilla y sé perfectamente a qué se refiere, ya que noto contra mi cadera su erección.

Y la verdad, agradezco que no quiera gastarse una fortuna en regalos, que dicho sea de paso no los aceptaría. No quiero cosas materiales, quiero poder tocarlo, estar con él, nada más.

Y nada menos, porque salta a la vista que es un hombre ocupado y seguramente estos días se los ha cogido libres para estar conmigo.

—Eso espero... —ronroneo y me doy cuenta de que mi idea original de sólo tocarnos se va diluyendo, ya que el ambiente se está caldeando por momentos.

Recojo su copa y junto a la mía las dejo sobre la mesita de noche, no vayamos a derramar el líquido en la alfombra.

Los besos, arrumacos y tocamientos durante unos minutos lo llevan a hablar.

—Decidido, cenamos en la habitación —asevera mientras empieza a desabrocharse la camisa.

Le detengo, no porque no quiera, sino porque debo ser yo quien se ocupe de tal menester. Uno a uno voy soltando sus botones. Podría avanzar más rápido, pero no quiero. Tengo a mi disposición su torso, lo recorro con las manos, sintiendo el calor de su piel y disfrutando de su tacto. Los latidos de su corazón van en aumento.

Los míos, también.

Max demuestra una paciencia infinita y yo me siento, de repente, perversa. La incertidumbre inicial se ha ido diluyendo. Max se ha encargado de ello.

—Mmmm... —ronroneo sin poderlo evitar. Las yemas de mis dedos se están dando un festín con su piel. Me recreo una y otra vez, sintiendo bajo mis manos su calor y suavidad; el tiempo que podría pasarme así...

Pero por lo visto he abusado de su continencia y Max me agarra por la cintura y sin mediar palabra me besa, pero nada de suavidad, nada de tanteo. Me besa con determinación, aunque no parece suficiente, pues sin soltarme me arrastra por la espaciosa habitación hasta llegar a la cama. Bueno, decir cama es quedarse muy corta, aquello es enorme, con un cabecero de lo más rococó, pero dadas las prisas que demuestra Max por follarme me parece que hasta una cama turca serviría.

Los doseles, cortinajes, sedas y demás abalorios sobran.

Se quita la camisa con un movimiento brusco, quedándose desnudo de cintura para arriba. Se me seca la boca; qué visión, qué maravilla.

—Llevo todo el santo día pensando en cómo follarte.

Arqueo una ceja.

—Aquí me tienes.

—Sólo tengo una duda... No sé si echar un polvo rápido, de esos alocados, o desnudarte, meternos en la cama y no salir hasta que sea estrictamente necesario.

—Lo dejo en tus manos —musito porque cualquiera de las dos opciones me viene bien.

No sé qué tiene ver a un hombre tan cerca, tan excitado, a medio desvestir, que aparte de cardíaca dispara mi imaginación creativa.

Tumbada, apoyada sobre los codos, sin perder detalle de tan estupendo destape, pienso en lo bien que tiene que saber el chocolate derretido sobre ese torso, hummm, qué lametones, hummm, qué delicia..., hmmm, qué idea...

—Cuando quieras —murmura mirándome con media sonrisa en la boca. Parpadeo, ¡lo he debido de decir en voz alta!

Se inclina hacia mí con su cara de depredador y yo tiemblo, no de miedo sino de expectación. Me dejo caer hacia atrás y empiezo a quitarme la ropa, que me molesta y mucho. Debería haberlo pensado mejor, porque un vaquero, suéter y botas no facilitan la tarea.

Max me detiene, levanta mi ropa y besa mi ombligo.

—La idea de derretir chocolate sobre ti me parece algo exquisito... —me dice con voz ronca y mi determinación por deshacerme de la ropa crece por momentos.

Quiero estar desnuda a la voz de ya, así que al tener las manos inutilizadas muevo los pies para sacarme las botas; digo yo que mi colaboración será tenida en cuenta.

Suelta el botón de mis pantalones, me baja la cremallera y yo de inmediato levanto las caderas para que no se esfuerce demasiado.

—No pierdas el tiempo —le ruego sin perderme detalle de su despliegue de habilidades. Sí, definitivamente tengo que preparar una receta nueva con él como

ingrediente principal.

Lo veo sonreír mientras tira hacia abajo de mi ropa pero las malditas botas deslucen una bonita maniobra de seducción. A Max no lo desanima nada y sin perder la sonrisa se pone de rodillas en el suelo y se deshace de las malditas botas y de los antieróticos calcetines para llegar a su verdadero objetivo.

Mientras, yo me he ocupado de mi suéter y sujetador, de tal forma que cuando se reincorpora en la cama me encuentra desnuda, receptiva, excitada y deseosa de follar, y no hace falta darle más vueltas al asunto.

—Te veo impaciente —bromea gateando sobre mí.

—No lo sabes tú bien.

Se limita a darme un besito rápido en los labios, vaya tomadura de pelo, y después, menos mal, se entretiene con mis pezones.

Creo que no es preciso pero cualquiera le dice nada.

Max continúa con los pantalones puestos y yo quiero tocarlo, sentirlo, tengo derecho a ello. El roce de la tela entre mis muslos resulta morboso, pero su piel lo es mucho más. Adónde va a parar.

—Desnúdate —exijo recorriendo su pierna con mi pie.

Parece que mi orden surte efecto y se pone de pie para, eso sí, con calculada lentitud, deshacerse de su ropa. Cinturón..., cremallera..., qué mal llevo esta parte, por Dios. No dudo que vaya a ser bueno, que la espera incrementa mi deseo y que lograré un orgasmo explosivo, pero ¿hace falta sufrir tanto?

—Quiero tomármelo con calma... —susurra con sus labios pegados en mi estómago—... ir paso a paso... —mordisquisto provocador—... no dejar nada al azar...

Siento su aliento a la altura de mi sexo y pretende que me lo tome con calma, pues va a ser que no.

Sin embargo me veo sin argumentos cuando su lengua recorre el interior de mis muslos en sentido ascendente, llegando hasta mis pliegues, que están empapados.

—Max, por favor... —gimo y yo misma me sorprendo de lo descarada e insinuante que suena mi voz, pero no es para menos.

Todo cuanto me rodea, sus manos, labios y lo que falta por llegar están a mi servicio, o más en concreto aunándose para que mi excitación sea plena.

—Bea... —gime separando mis labios vaginales con la lengua.

Definitivamente es un maestro. Ni tienes que mostrarle el camino ni corregir absolutamente nada. Da en la diana a la primera.

Y el respingo que doy cuando su boca atrapa mi clítoris lo confirma.

—No me canso de saborearte...

«Ni yo tampoco», pienso. Estoy segura de que he puesto una sonrisita tontorrón, pero me da igual.

—De tocarte... —añade y ya no puedo derretirme más.

Arqueo el cuerpo en su busca, sin ningún tipo de pudor. Sé lo que quiero y Max

no tiene reparos en ofrecérmelo. Aunque podría darme mucho más.

—¿Qué ocurre? —pregunta alzando la vista al ver que me aparto. Lo veo pasarse una mano por el pelo, madre mía, qué guapo está despeinado. Sonrío de medio lado y con un dedo señalo su polla, la cual, por cierto se merece un poco de atención.

Max niega con la cabeza...

Yo arqueo una ceja y estiro el brazo.

Él se aparta impidiéndome el acceso.

Yo humedezco los labios cual estrella porno.

Max me imita, exagerando mucho más que yo.

Yo me echo a reír.

Y Max gatea hasta colocarse por completo encima de mí para darme uno de esos besos que además de dejarme sin aliento consiguen que tiemble de arriba abajo.

Me da lo que tanto necesito, entrando en mí con fuerza. Dilatándome, consiguiendo que mi cuerpo se adapte a él y lo acoja con gusto. Yo, encantada, gimo contra su boca, robándole el aliento como él me lo roba a mí.

Sus embestidas van cogiendo ritmo, cada vez que empuja rota las caderas y yo, buscando el máximo contacto, arqueo la pelvis, para que mi clítoris reciba una deliciosa estimulación.

Echo los brazos hacia atrás, dejo que mi cuerpo vaya por libre y que Max haga lo que quiera con él. No tengo nada de lo que quejarme y sé que cediendo el control la recompensa será increíble.

Mis gemidos han alcanzado el punto máximo, sus acometidas me tienen casi al borde, sus jadeos son música para mis oídos y no puedo resistirlo más.

Clavo las uñas en su espalda y lo atraigo hacia mí. Notó sus dientes en mi cuello.

También se encuentra a un único paso. Coge más velocidad. Entra y sale de mi sexo, proporcionándome la fricción justa.

No hay quien nos pare.

Aprieto las piernas alrededor de su cintura. Cuanto más lo sienta, mejor. En la amplia alcoba sólo se oyen los jadeos de ambos.

No me reprimo, me aferro a él como si me fuera la vida en ello y cierro los ojos ante el orgasmo que me recorre de arriba abajo.

—Joder... —sisea cayendo sobre mí.

Yo lo recibo encantada.

—Yo opino lo mismo.

Rueda hacia un lado, no sin antes besarme de forma cariñosa, y nos quedamos un rato así, tirados sobre la cama, sudados, desnudos, desfallecidos...

Su mano aprieta la mía.

Y yo inspiro en profundidad.

Hay gestos que significan mucho, en este caso todo.

No quiero pecar de ilusa, pero es innegable que entre ambos ha surgido «algo» mucho más importante que una mera atracción sexual, por muy excitante que ésta

resulte.

La prudencia me obliga a callar, no quiero que se sienta obligado, más que nada por si todo esto sólo es producto de mi imaginación.

Noto cómo se vuelve y, apoyado en un codo, juega con mi ombligo. Empiezo a pensar que está obsesionado con esa parte en concreto de mi anatomía.

—¿Sigues ahí? —pregunta al ver que permanezco con los ojos cerrados y con una más que probable sonrisita bobalicona.

—Hmmm.

—Qué te parece... —beso sonoro en mi estómago—... si te llevo a un sitio que conozco... —otro beso—... íntimo, coqueto...

—Hmmm. —No estoy para conversaciones.

—Ya sé que habíamos hablado de cenar en la habitación, pero —más besitos— no sería justo venir a París y no ver sus calles de noche.

Sé que tiene razón y asiento.

Max insiste en que me ponga algo cómodo, en especial en lo referente al calzado, para poder caminar. Lo obedezco.

Así que tres cuartos de hora después y con las piernas aún sensibles salimos del hotel. Cuando me coge la mano y me sonrío casi me caigo de culo; eso no se le puede hacer a una chica con serias dudas románticas.

Pero lo cierto es que me gusta pasear tan bien acompañada, por lo que si me hubiera llevado a un polígono industrial me sentiría igual de dichosa.

—Es un pequeño restaurante familiar, te encantará —me explica mientras caminamos por calles menos transitadas—. Lo conocí hace tiempo, durante un viaje.

—Eso de que los negocios te permitan viajar y conocer ciudades como París es genial —apunto y él asiente no muy entusiasta—. Perdona, no me había dado cuenta de que seguramente vienes por trabajo y eso te deja poco tiempo libre —añado.

—Más o menos.

Llegamos al bistro y nada más entrar me doy cuenta de que, a pesar de su decoración moderna, no es uno de esos establecimientos de lujo. Uno de los camareros, desde la barra, saluda a Max, dejándome sin palabras.

Con rapidez nos acomodan en una mesa para dos un poco apartada del resto de los comensales, lo cual me indica que Max es cliente asiduo.

—Buenas noches —nos saluda el camarero en perfecto castellano.

—Buenas noches, Abel —responde Max—. ¿Qué tal todo?

—Bien, como siempre. Os dejo la carta. Enseguida os toman nota.

—Como habrás observado no es francés —me explica Max entregándome el menú y sin abrir el suyo—. Estamos en tu terreno, elige tú.

«Vaya papeleta», pienso, no porque no sepa elegir sino porque tampoco lo conozco tanto como para saber sus gustos culinarios.

Me arriesgo y sin más elijo. Me decanto por cosas sencillas, algo de picoteo y mucho para compartir, que resulta más agradable.

Cuando nos sirven parecemos dos náufragos recién rescatados con hambre atrasada, no me extraña con el ritmo que llevamos. Nos ponemos a comer sin miramientos.

—Todo está buenísimo —murmuro mientras él rellena nuestras copas.

De nuevo tengo enfrente a un Max relajado, aunque otras veces, por ejemplo durante nuestro paseo, lo noto retraído y no me gusta. Sé que cada persona tiene derecho a sus momentos, pero con él, a veces, me siento descolocada por completo.

No tengo derecho a preguntar y aguardo el momento en que quiera hacerme partícipe de lo que le preocupa.

Puede, y esto es una suposición cien por cien mía, que para realizar este viaje esté desatendiendo negocios importantes y hasta cierto punto es lógico que se preocupe. Aunque, todo hay que decirlo, no ha mirado el móvil ni una sola vez.

Como postre y por hacer algo típico, he pedido una tabla de quesos variados. Max se encarga de partir las raciones y ofrecérmelas, consiguiendo que más de una se caiga y terminemos riéndonos como dos bobos.

Entre los dos, allí sentados, se ha creado un clima muy especial, sin palabras, sólo con pequeños gestos, miradas, caricias, todo inocuo y para todos los públicos, pero ambos sabemos que sólo es el prelude. Lo disfrutamos, conteniéndonos, insinuándonos y jugando; vamos caldeando el ambiente y hasta comer una pequeña porción de queso Brie nos calienta.

Cuando salimos del bistro es tarde, y nos dirigimos al hotel entre risas, juegos y besos, como dice Sabina: «*Caminito al hostel nos besamos en cada farola, yo quería dormir contigo y tú no querías dormir sola...*».

Aun así conseguimos llegar intactos al hotel, pero debemos acondicionar un poco nuestra ropa porque parecemos dos adolescentes cachondos y no queremos que el recepcionista se fije en nuestras pintas.

Mientras esperamos el ascensor me doy cuenta de que le he dejado una marca de mi pintalabios en el cuello y se la limpio con disimulo. Logro que Max se vuelva, me sonría y alce mi mano para darme uno de esos besos aparentemente castos pero que me encienden de aquella manera...

Una vez dentro de nuestra suite Max busca una emisora de radio que emita música clásica, atenúa las luces y sirve las bebidas.

—Me estás malcriando —musito aceptando la copa.

—No, es al revés, créeme. Baila conmigo.

Este hombre me desarma. ¿Cómo puedo negarle una petición tan sencilla?

Dejo que me rodee con los brazos y comenzamos a movernos. No sé si el ritmo es el adecuado pero bien poco me importa.

Cada instante que paso junto a él me voy enamorando un poquito más. Su despliegue de romanticismo puede obnubilar a cualquiera y yo soy la primera que me dejo atrapar en sus redes.

De todas formas, ¿podría resistirme?



Abro los ojos, no debería despertar al menos hasta dentro de catorce horas. Pero, a pesar de estar agotada, no puedo dormir. Me siento inquieta, como si cerrar los ojos fuera una pérdida de tiempo.

No quiero malgastar ni un precioso segundo durmiendo cuando a mi lado tengo a un hombre que me hace vibrar con tan sólo una mirada.

Cielo santo, a veces ni yo misma soy capaz de explicarme cómo es esto posible. ¡Si lo conozco desde hace menos de un mes! Cuando oyes hablar a la gente del tiempo que hace falta para conocerse, para llegar a un entendimiento... te llevas las manos a la cabeza. En nuestro caso no ha habido necesidad. Nada más tocarnos todo se precipitó. Increíble pero cierto.

Siento la mano de Max, que duerme como un bendito pegado a mi espalda, sobre mi estómago. Me tiene bien sujeta y me agrada, mucho, esa sensación. Me sorprende que continúe dormido, pues según me contó padece insomnio, pero, por lo visto, lo dejé exhausto.

Vaya, yo, Bea, he dejado sin fuerzas a un tipo como Max... Este pensamiento me arranca un sonrisita tonta. Si alguien hace tan sólo un mes hubiera insinuado que me iba a comportar con la desinhibición y el ímpetu con que lo hice durante la noche pasada, aparte de reírme, no habría creído ni una sola palabra. «Yo no soy así», habría respondido parpadeando incrédula. Pero, mira por dónde, no sólo me sentí amada y sexualmente deseada. Disfruté, participé, me sentí plena, dichosa, insaciable y Max, a mi lado, me dio mucho más de lo que pedí.

Anoche fue increíble, mágico y complicado. Hicimos mucho más que compartir risas, susurros y por supuesto cama. No voy a negar que la parte física de todo esto, es decir el sexo, me tiene enganchada. Nunca pensé que se pudiera desear de esta forma.

¡Pero si nada más acabar ya estoy excitada de nuevo! No me lo explico, pero es palpable y demostrable.

Como puedo me suelto de su abrazo, echándolo de menos en el acto, pero si quiero darme una ducha, arreglarme y vestirme para visitar Montmartre pues digo yo que mejor me voy al baño sola, porque si Max me echa el guante no salimos de la habitación hasta la hora de comer.

—¡Qué gustazo! —exclamo como una tonta mientras dejo caer el agua por mi cuerpo, disfrutando de una aparente ducha, pero es que no estoy en un baño normalito.

No sé el tiempo que llevo metida en el agua pero me da igual, canturreo, me enjabono, canturreo y me vuelvo a enjabonar. Los productos que encuentro huelen de maravilla.

Al final tengo una especie de arrebató ecológico y apago el grifo; derrochar tanta agua no está bien. Salgo para encontrarme a un tipo mirándome con media sonrisa en el rostro, cruzado de brazos y, lo mejor de todo, como su madre le trajo al mundo.

Quiero jugar y, como si continuara a sola, agarro una de las mullidas toallas y levanto una pierna, la apoyo en el banco de madera y empiezo a secarme con una lentitud exagerada. Piernas..., tripita..., brazos..., senos... Ni yo misma me reconozco, sin embargo, la mirada atenta —y me quedo corta— de Max me invita a ofrecerle el espectáculo completo.

Ya no queda nada que secarme y es una pena, porque verlo así, conteniéndose, me ha puesto como una moto, pero en pos de nuestra mañana turística termino cubriéndome y abandono mi fugaz carrera de *stripper* para volver a ser Bea y desenredarme el pelo.

Su cara de sorpresa me lo dice todo pero me encojo de hombros.

De repente se coloca tras de mí y me suelta un buen azote en el culo, sin duda un adelanto de lo que me espera por haberlo puesto cachondo para nada. O al menos no para un futuro inmediato. Pero no hay nada como crear expectación, así los dos llegaremos con muchas más ganas. Aunque tampoco nos hacen falta muchos incentivos, pueden resultar un ingrediente fundamental en una relación.

Todo eso me lleva a plantearme, ya que ni Max ni yo hemos hablado de ello, si tenemos una relación en toda la extensión de la palabra o, como algunos dirían, una simple e irresistible atracción sexual que pasada la novedad se desvanecerá.

Hmmm, interesante reflexión. No obstante me dejaré de elucubraciones, porque Max desnudo no invita a pensar en ese tipo de cuestiones. Invita a actuar, a dejarse llevar y a hacer locuras.

Se me queda mirando con una ceja arqueada. A saber qué cara estoy poniendo mientras me da por divagar. Sonríe. Ni muerta voy a expresar en voz alta lo que tengo ahora mismo en la cabeza, aún es pronto para aventurarnos

—Sea lo que sea que estás pensando, por favor, resérvalo para luego —me dice todo altanero.

Si él supiera...

Me deja a mi suerte y se mete en la ducha.

Como me conozco, abandono el cuarto de baño: no quiero babear mientras él se da un remojón. Queda feo delante de un amante espectacular. Mejor almaceno su imagen en mi memoria y babeo luego, yo sola en casa.

—¡Aquí hay sitio de sobra! —grita en tono guasón cuando me ve salir.

Cierro la puerta del impresionante cuarto de baño. Lo dejo solo, se las apañará sin mí. Voy en busca de ropa. Digo yo que tendré que ponerme algo encima, aunque esto del nudismo no me incomoda tanto como cabría imaginar. Me miro un instante en el enorme espejo y me doy un repaso. Mi cuerpo, al que ya hace tiempo que consideré funcional, parece haber cambiado. Ahora lo observo detenidamente y mientras paso las manos por mis curvas llego a la conclusión de que desde la primera vez... no,

borra eso, desde nuestro segundo encuentro, me siento más viva que nunca, más especial y, sin pasar por alto mis carencias (nunca seré una top model), mi percepción de mí misma ha cambiado.

Permanezco así, de pie frente al espejo. Desnuda hasta que resoplo y me doy cuenta de que se me ha ido el santo al cielo con tantas consideraciones. Tengo que poner fin a mi momento narcisista. En mi pequeña maleta no hay un extenso fondo de armario, pero encuentro algo apañadito y cómodo para nuestra salida. Estoy sola y aprovecho para vestirme tranquilamente. O eso pensaba yo porque me estoy subiendo la cremallera de las botas cuando Max irrumpe en el dormitorio.

¿Son conscientes los hombres del efecto que causan en una mujer cuando aparecen recién duchados, mojados y sólo con una toallita alrededor de las caderas? Me parece que no.

—Vístete, por favor —gruño frustrada y él ante mi gruñido aprovecha para descojonarse a mi costa.

No contento con ello, pasa por mi lado, se inclina y sacude la cabeza salpicándome, lo cual me irrita sobremanera. Debería estar tajantemente prohibido pasearse así delante de mí, que luego me vienen los sofocos. Y ahora la idea es salir de la suite, no darle al folleteo sin freno.

—Donde las dan las toman... —murmura con tonito chulesco antes de separarse.

Y para mi completa desesperación deja caer la toalla al suelo y se pasea por la alcoba, todo ufano, mostrándome ese trasero al que yo me muero por hincar el diente y saca ropa limpia para cubrirse.

Fin de la tentación. O al menos eso me quiero creer porque a Max todo parece sentarle a las mil maravillas. Qué percha...

Terminamos de arreglarnos sin decir una sola palabra, aunque como siempre nos pasa hay miradas y gestos de lo más elocuentes, y por fin salimos al exterior.

Nos espera el mismo coche que el día anterior pero yo prefiero otro tipo de turismo.

—¿Te importaría prescindir de él? —pregunto señalando el vehículo.

Durante medio segundo parece confundido, aunque como viene siendo habitual se muestra encantador.

—Como tú quieras —responde.

Hace un gesto y el chófer se marcha. Max me coge de la mano y yo inspiro, estoy totalmente enganchada a él.

En todos los sentidos.

Caminamos un rato, la verdad es que yo no tengo idea de cómo ir a Montmartre, hasta que Max se detiene y me pregunta:

—¿Te apetece un buen café?

—Sí —respondo encantada. Siempre está pendiente de mí.

Una vez más me quedo pasmada, pues parece saber antes que yo lo que quiero.

—Ven. —Me tiende la mano y yo la acepto encantada—. Conozco un sitio

precioso. Es uno de mis lugares preferidos desde que lo visité por primera vez hace unos años.

No me sorprende que Max conozca esta ciudad, debe de haber aprovechado muy bien sus viajes de negocios para hacer alguna que otra escapada turística.

Nos detenemos junto a una *patisserie*. Se me saltan los ojos nada más ver el escaparate.

—Anda, ven, entremos —dice tirando de mí como si fuera una niña golosa, que lo soy, y él mi hada madrina, dispuesta a concederme todos mis deseos azucarados.

No termino de decidirme así que le paso la pelota a Max; que pida lo que quiera, porque estoy segura de que aparte de su buen gusto aquí todo debe de ser buenísimo.

No me defrauda, en todos los sentidos, y nos sentamos a una pequeña mesa, dispuestos a disfrutar de un desayuno tardío mientras vemos pasar a la gente a través de los cristales.

Hay silencios incómodos, pero éste no es el caso. Tomamos nuestras consumiciones y tras pagar —Max, como siempre, deja una buena propina— salimos de nuevo dispuestos a patearnos la ciudad.

Como él conoce bien las calles evitamos lo más típico, donde todos los turistas se arremolinan dispuestos a sacarse una foto, lo cual es imposible con tanta gente, pero la esperanza es lo último que se pierde.

—¡Sonríe! —me grita de repente y yo me vuelvo para encontrarme a un turista muy particular haciendo fotos.

—¡Max! —protesto.

Salgo fatal en las fotos y si encima me pilla a traición... pues pareceré cualquier cosa.

No contento vuelve a disparar y no me queda otro remedio que poner los ojos en blanco mientras hace de turista. Menos mal que no le ha dado por la riñonera, el pantalón corto y las sandalias con calcetines blancos.

—Mírame —insiste.

Joder, lo ha dicho con el mismo tono de voz que utiliza cuando estamos en la cama, en plena faena; claro, yo me emociono.

«¿No esperará que ponga la misma cara que cuando...?», me pregunto horrorizada.

—Deja eso —le pido algo gruñona.

—De acuerdo —accede, pero me da a mí que miente con descaro.

Vuelve a cogerme de la mano hasta la parada de taxis, donde nos subimos a uno y Max le indica la dirección. También le pide que nos dé una vuelta extra, para así disfrutar de la ciudad. Todo ello sin soltarme. Sigo en estado de alerta, no es para menos.

Max es un estupendo guía, me señala los puntos interesantes y me chantajea para que pose delante de los lugares más emblemáticos.

No puedo creerlo, estoy en la Place Pigalle y veo el Moulin Rouge, ¡con lo que

me gustó la peli! ¡Si es que me dan ganas de ponerme una falda, tres enaguas, levantarlas y bailar el cancán!

De allí, puestos a visitar lo más representativo, entramos en el café Les Deux Molins, y claro, no podemos irnos sin tomar algo.

Como dos niños reímos, en especial Max, que parece otro, tan relajado... da gusto verlo así. Él ya conoce todo esto pero se muestra paciente y me lleva de la mano para que yo descubra cada recoveco.

Puede parecer una estupidez, pero en mi cabeza no deja de sonar *La vie en rose*^[2].

Oh, pero qué cursi me estoy poniendo yo sola y sin ayuda. Debería empezar a dejar a un lado estas cosas porque todavía es muy pronto para comenzar a suspirar por él.

—¿Te apetece subir ciento noventa y siete escalones?

Lo miro con cara de pasmada y él, rápido como ninguno, me saca otra foto. Espero que luego las borre, porque no he debido de salir bien en ninguna.

—Pues no —termino diciendo. Me he puesto calzado cómodo, pero tengo una edad.

—Entonces subamos en el funicular. Desde allí arriba —me señala un mirador— tendremos las mejores vistas de París.

No voy a dudar de su palabra, así que nos dirigimos a la máquina expendedora y cuando va a meter el dinero lo aparto.

—Invito yo —afirmo seria y me encargo de los tickets.

Vale, puede parecer una chorrada pero me siento mejor.

Así que apenas cinco minutos más tarde nos encontramos en un estupendo mirador, tal como decía Max, desde donde contemplamos toda la ciudad. Él sigue a lo suyo, es decir, a atormentarme con las fotos y para solidarizarse se sitúa junto a mí y dispara; a saber qué pintas tenemos los dos desde tan cerca y con un enfoque tan cuestionable. No contento con esto me rodea con un brazo, busca mis labios y estira el otro para fotografiarnos de nuevo. Ay, por favor, qué apuro.

—No veo el momento de pillarte a solas —murmura apretándose contra mí.

Yo miro a mi alrededor, vamos a dar la nota, seguro, porque si continúa provocándome me subo encima de él y que sea lo que Dios quiera.

Aunque el resto de los turistas van a lo suyo. Que en París una parejita se dedique a hacerse arrumacos en público no debe de ser nada del otro mundo.

—Que corra el aire... —bromeo dando un paso atrás.

Max se comporta y se limita a pequeños roces, no me trago que son casuales, toques o besos que, lejos de enfriarme, me tienen en un constante estado de excitación.

Max lo sabe, lo que no sabe es que cuando por fin me desate puede arder Troya.

Pasamos el día recorriendo callejuelas, visitando todo el barrio de Montmartre,

incluso nos unimos a un grupo de turistas para escuchar las explicaciones de un guía.

A la hora de comer me dejo aconsejar de nuevo por él y elegimos un coqueto restaurante. Pequeño, decorado con fotografías antiguas del barrio hace más de cien años, con retratos dedicados de ilustres visitantes o de famosos que vivieron y trabajaron en la zona.

No dejo de mirar a mi alrededor, hay tantos detalles que quiero almacenar en mi memoria...

—Te veo emocionada —murmura sonriente.

—No es para menos. Esto es increíble. —Doy un sorbo a mi copa—. Me encantaría dirigir un establecimiento así. Familiar, discreto...

—Sé que lo conseguirás —asevera y me lo comería a besos, pese a que yo me muestro mucho más pesimista al respecto—. No pongas esa cara.

—Gracias, nadie puede negar que sabes animar a la gente.

—No lo digo por decir, confío en tus capacidades —me señala en tono convincente.

Y le creo, no parece estar regalándome los oídos; es sincero.

Mi móvil elige ese instante para sonar y lo cojo, veo que se trata de un mensaje desde el móvil de mi hermana y rápidamente lo abro.

Una sonrisa ilumina mi cara y no es para menos. Es una imagen de Félix con la lengua fuera y riéndose. A saber qué está tramando...

Giro la pantalla y se la muestro a Max, que se echa a reír ante lo que ve.

—Es lo más importante en mi vida —digo emocionada acariciando la pantalla.

—Bea, ¿puedo hacerte una pregunta personal?

Asiento. Intuyo de qué se trata.

—¿Y el padre de Félix? Nunca lo mencionas...

—¿Qué quieres que te diga? Fue la típica historia llena de malos rollos, en la que un buen momento iba acompañado de quince malos. Hasta que me quedé embarazada...

—¿Qué pasó?

Su pregunta me hace recordar una parte de mi vida que me causó muchas lágrimas, pero ha sonado sincero y le debo la misma cortesía.

—No quiso saber nada. Tuve que salir adelante únicamente con la ayuda de mi familia.

—Bea...

—Ya pasó, de verdad —lo interrumpo porque es un tema que siempre está mejor guardado a buen recaudo y porque no quiero agriarme recordando—. Ahora todo está olvidado y sólo puedo pensar en que dentro de poco mi niño cumplirá cinco añitos. Estoy como loca organizándole una fiesta, quiero que sea especial, aunque tenga que trabajar como nunca.

—Me gustaría ir —afirma dejándome con la boca abierta.

—¿Cómo dices?

—Si es tan importante para ti lo es también para mí —asevera y sigo sin salir de mi asombro. Pero no contento con ello añade—: Sí, quiero ir, si me invitas, claro.

—Max... perdona, es que... —balbuceo porque esto es muy importante para mí.

—Me gustaría asistir —repito con convicción.

Yo lo miro atónita, embobada.

—¿Quieres ir a la fiesta de un crío de cinco años?

—Sí.

—¿Sabes a lo que te expones?

Él se ríe divertido y asiente.

—Niños correteando por un piso minúsculo, gritos, manos sucias en pantalones limpios... —enumero, veo que continúa sonriendo y saco la artillería—: Hermanas curiosas...

—Quiero ir —insiste.

Definitivamente me rindo. Si es capaz de no echarse atrás es el hombre de mi vida.

—Lo digo en serio —apostilla estirando una mano para agarrar la mía y darme un reconfortante apretón.

—Los hombres, cuando saben que tengo un hijo pequeño, normalmente se muestran educados pero distantes. Lo ven como una carga y...

—Escucha —me interrumpe—, tu hijo nunca puede ser una carga.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ser sincero.

Max aparta la mirada, al parecer no le gustan los halagos, pero no he podido evitarlo. No quiero que se estropee el buen ambiente e intento hablar de forma distendida.

—Hablemos de ti —digo despreocupadamente—. Mi sueño es montar un restaurante, ¿cuál es el tuyo?

Mi intención no es incomodarlo; sin embargo, tras mi pregunta, parece reflexionar. Me doy cuenta de que no debería haber abierto la boca.

—Lo siento —me disculpo con rapidez, quiero recuperar la buena sintonía—. No tienes por qué responder si no lo deseas.

Max esboza una sonrisa triste. Continúa apretándome la mano, juega con mis dedos, me acaricia la muñeca, donde late mi pulso. Salta a la vista que está preparando una respuesta que no lo comprometa y que al mismo tiempo me deje satisfecha, así no volveré a preguntar.

—Llevo tiempo ahorrando... —Su comienzo es dubitativo, me da la impresión de que le resulta muy complicado hablar de ello. No lo presionaré—. Mi idea es montar mi propio negocio.

—Interesante... ¿qué tipo de negocio?

Otra de sus pausas; empiezo a conocerlo y sé que forma parte de su forma de ser.

—Un *resort* —me responde y se ve a la legua que está incómodo. No sé por qué, pero yo no voy a juzgarlo—. Pero no uno de esos de la pulsera de todo incluido, quiero que sea un espacio para relajarse, para conversar, para leer... no sé, algo distinto de lo que estamos acostumbrados.

—Me gusta...

—He ido perfeccionando la idea... incluso tengo echado el ojo a unos terrenos.

—Es una inversión importante —digo con cautela. El tema de los dineros nunca es fácil de tratar.

—Lo sé. Me hice una promesa a mí mismo. Guardo cada mes una cantidad, dependiendo de mis ingresos. La cuenta está bloqueada hasta que cumpla los treinta y cinco, lo cual sucederá en breve.

Vaya... tantas revelaciones en tan poco tiempo dan qué pensar. Lo cierto es que agradezco la confianza que deposita en mí.

—¿Y alguna vez has tocado tus ahorros para un capricho? —inquiero medio en broma.

—No —asevera—. Ya te he dicho que la cuenta está bloqueada.

—¿Y cómo lo has conseguido? Me comentaste que no heredaste nada de tu familia y, no te molestes, pero tu tren de vida no es humilde.

Acabo de meter la pata, pero bien además. Lo sé por la cara que ha puesto.

Siempre se dice que es de mala educación hablar de dinero o preguntar a alguien cuánto gana. Pues bien, yo solita y sin ayuda acabo de cargarme un fin de semana con encanto. Ni el lujo ni las calles bohemias van a poder arreglar esto.

—Perdóname, Max. No tengo derecho a...

—No pasa nada —me dice pero yo sé que le ha llegado al alma mi comentario.

Mi metedura de pata nos deja un poco fríos. Max, por supuesto, vuelve a ese estado distante. Sigue junto a mí, me toca, me coge de la mano, pero apenas hablamos. Nuestro comportamiento es correcto. Maldigo en silencio haber abierto la boca.

El resto de la tarde nos dedicamos a seguir conociendo las calles y poco a poco volvemos a recuperar nuestro entendimiento, pese a que mi insistencia por pagar la comida casi nos cuesta otro enfado, pero al final me he salido con la mía.

Recorremos los puestos donde varios artistas exponen sus obras pictóricas y donde, si quieres, pueden realizarte un retrato.

Max quiere venganza, se le nota, y yo por si acaso huyo despavorida cuando se para a charlar con uno de los pintores. No voy a posar, ni hablar.

Sin embargo, pese a mis temores, Max regresa a mi lado como si nada, así que respiro tranquila. Aunque por poco tiempo, ya que, y reconozco mi error, me he parado delante de un escaparate de una tienda de bisutería artesanal y he señalado un collar; él, ni corto ni perezoso, ha entrado con evidentes intenciones de adquirirlo.

—¡Max! —grito entrando tras él—. Ni se te ocurra comprarlo —le advierto cuando la vendedora ya se lo está mostrando, toda sonrisas. Y no sólo porque vaya a

realizar una buena venta, sino porque hablar con Max parece haberle alegrado el día.

—¿Por qué? A mí me gusta —comenta sacando la tarjeta de crédito.

Decido tomar cartas en el asunto. Se lo arrebató a la dependienta, me lo pruebo y disimulo como puedo que me queda divino de la muerte. Finjo desdén.

—No me convence... —A la chica le cambia la cara.

Odio ser una de esas clientas estúpidas que hacen perder el tiempo probándose cosas y tratando a la gente con altivez, pero es eso o que Max acabe comprándome el dichoso collar. Que por cierto, cuesta una pasta. Al probármelo he visto la etiqueta del precio con disimulo.

—¿Segura? —inquieta él mirándome de una forma entre la curiosidad y la guasa.

Me conoce lo suficiente como para saber que nunca me comportaría como una gilipollas insufrible.

—Sí, no me queda bien —miento descaradamente y me lo quito para devolvérselo a la chica. Salgo escopeteada, prefiero esperarlo fuera.

Max apenas tarda un minuto en seguirme, afortunadamente no lleva nada en las manos y así, al menos, puedo respirar tranquila.

Se está haciendo tarde y me propone cenar en el hotel, en nuestra suite, lo cual me parece una idea estupenda. Como siempre él tiene que dar la puntilla:

—Y desnudos —añade mientras el taxi nos lleva de regreso al hotel.

El conductor nos ha oído, pero por la pinta que tiene no creo que sea políglota; sin embargo, a mí los calores ya me están sonrojando. Noto cómo se me mojan las bragas y la verdad, no sé cuántas he puesto en la maleta, pero a este paso me van a resultar escasas.



Es de noche. Una noche preciosa que invita a caminar de la mano.

Max le indica al conductor que se detenga. Nuestro taxi nos deja cerca del hotel. Queremos aprovechar para dar un pequeño paseo por los lugares más emblemáticos. Sería un crimen pasar por París y no visitar la Torre Eiffel.

Puede que nos comportemos como típicos turistas, pero me da igual. Sin soltarme ni un solo instante nos acercamos hasta el monumento más emblemático de la ciudad.

—Mañana, si quieres, cenaremos aquí —me indica señalando la torre.

Levanto la vista, miro y sonrío. Al parecer Max está dispuesto a darme todos los caprichos. Tanto a puerta cerrada como en público.

—¿De verdad?

—Hice la reserva. Te encantará.

—No lo dudo —murmuro.

Se muestra tan ilusionado por poder llevarme a todos los sitios que no tengo corazón para contradecirle, pese a que ese runrún interior pretenda amargarme. Intento no pensar en ello y disfrutar del momento.

Alza los ojos igual que yo antes de volver a centrarse en mi cara y dedicarme una sonrisa cómplice.

—He estado en más de una ocasión —confiesa acunándome el rostro—, pero estoy seguro de que contigo será muy diferente.

Su forma de decirlo está muy alejada de un tono de superioridad. Ha sido sencillo, modesto e incluso me atrevería a decir que algo avergonzado por mencionar algo que para el común de los mortales es inalcanzable.

Inspiro. No sé cómo ni por qué pero Max me está llegando muy hondo.

No puedo hacer otra cosa que ponerme de puntillas —es lo que tiene el calzado cómodo, que es plano— para besarlo. Allí, a los pies de la Torre Eiffel, como millones de enamorados, yo me siento una más y disfruto ese momento como nunca.

Responde a mis demandas y me aprieta contra sí. Me deshago en su boca. Unimos nuestros labios y dejamos de lado todo cuanto nos rodea. Nuestras respiraciones se van acelerando.

—Bea... no me tientes... —me advierte y arqueo una ceja. Mira que echarme a mí todas las culpas...

—Pues no me toques —alego con media sonrisa.

Doy medio paso hacia atrás pero sin perder del todo el contacto. Se está muy bien entre sus brazos.

—Llevo todo el día conteniéndome, así que sé buena, al menos un rato —me pide en voz baja, pero sus acciones le contradicen. Me tiene bien agarrada del trasero.

—Lo intentaré. —Lo beso de nuevo, atrayéndolo hacia mí.

De nuevo, nada más unir nuestras bocas, aquello se desmadra por completo. Siento el calor, su aliento y especialmente el hormigueo entre mis piernas. Lo deseo, aquí y ahora.

Soy consciente de que es imposible poner de inmediato en práctica mis pensamientos. Así que juego a ser un poquito mala al ronronear:

—Pero no prometo nada.

Los dos hacemos un considerable ejercicio de contención de camino a nuestro alojamiento. Aunque no podemos evitar dedicarnos miraditas tontorronas y algún que otro beso más o menos controlado.

Cuando accedemos a nuestra suite ya nos están esperando los camareros con la cena preparada, lo cual me lleva a pensar que Max, tan detallista como siempre, ha debido de ordenarles que lo hicieran en algún momento en que yo andaba distraída. Le ha debido de resultar sencillo, pues no recuerdo haberme sentido tan embobada en mi vida.

Todos estos detalles me abruman, no puedo evitarlo. Él hace lo posible porque me sienta cómoda y sé que éste es su mundo, pero a mí me cuesta acostumbrarme. Sé que rechazarlos continuamente puede molestarle, así que me callo y me limito a observar cómo disponen todo.

Max les da una propina, que agradecen con un gesto.

—Gracias y buenas noches; yo me ocuparé de servir —dice Max a los camareros y cierra la puerta tras ellos.

Solos. Como llevamos todo el día deseando estar. A pesar de ese pequeño bache que afortunadamente hemos superado.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunto mientras me acerco hasta él.

Aún permanezco vestida.

—Tráfico de influencias, no lo dudes —me responde sonriendo y me acaricia los labios con el pulgar. El hormigueo es instantáneo.

Separo los labios y dejo que mi lengua se asome, sólo un poquito, lo justo para establecer un mínimo contacto. Únicamente pretendo darle un adelanto, un incentivo. Aunque sospecho que no es necesario; Max, por lo visto, se incentiva por sí mismo la mar de bien.

—¿Cenamos? —inquire batiéndose en retirada el muy ladino.

Me señala la mesa, sin perder el buen humor, y como un caballero mueve la silla y espera a que me acomode antes de unirse a mí.

Finjo no estar caliente y acepto encantada sus atenciones. Me dispongo a disfrutar de una cena de gourmet. Ya veremos qué ha pedido Max de postre.

Levanta las bandejas y me muestra los platos. Todo tiene una pinta estupenda, como debe ser en un hotel de lujo, pero la verdad es que me importa bien poco; aunque me llevara a comer un bocadillo de calamares yo me encontraría en la misma situación.

Las ostras no son mi plato favorito, sin embargo, cuando Max coge una, la rocía y

me la acerca yo abro la boca.

—Traga —ordena, y acato la orden.

Aunque no estoy preparada para lo que viene a continuación. Al tiempo que obedezco Max se inclina y besa mi cuello. Recorre con la lengua mi piel al mismo tiempo que trago la comida. El cosquilleo que me produce esta simple caricia me acalora aún más.

Y sólo es el principio...

—Mmmm —ronroneo.

—¿Otra? —pregunta mirándome fijamente.

Niego con la cabeza.

—Después.

Me adelanto a sus manos, ahora quiero ser yo la que le sirva. Pero opto por no repetirme. Para ello aparto a un lado la mesa, dejándola convenientemente para cuando precise. Max me mira y yo me siento a horcajadas sobre él. Estiro el brazo y llevo la ostra hasta sus labios. Él me pone las manos en el culo y yo me aprieto contra lo que parece ser una prometedor erección.

—Come —exijo y él, manso, acata mi orden.

En vez de besarlo en el cuello, lo recorro con las manos hasta detenerme en los botones de su camisa, que empiezo a desabrochar.

—Te veo hambriento... —musito sin apartar las manos de su cuerpo.

—No lo sabes bien —ronronea mientras me clava los dedos en el culo.

Repito la operación, volviéndome cada vez más osada.

Van cayendo una detrás de otra. A cada bocado que da él me prepara uno a mí y así damos buena cuenta de toda la bandeja. Como era de esperar, Max no se queda atrás y al acabar la docena de ostras él está sin camisa y yo en sujetador.

El motivo por el cual la piel de mi escote brilla de zumo de limón no tiene nada que ver con la habilidad de Max como sirviente, aunque creo que esta noche está un poco más torpe de lo que yo imaginaba.

—¿De qué te ríes? —me pregunta sin separar los labios de mi cuello y yo, atontadita perdida, me doy cuenta de que no sé disimular mis pensamientos.

—No tienes madera de camarero. —Me remuevo un poco sobre él—. Has derramado el zumo dos veces.

Mil falso reproche lo divierte y me gano un mordisco en el hombro. Jadeo y tengo que agarrarme a su cuello para no caerme. Sólo hemos probado el primer plato y ya estamos los dos como una moto. Excitados, calientes y ansiosos por acabar en la cama.

—Me parece que vamos a tener que ir directamente a los postres —afirma bajando el tono.

Sonrío. La frase no puede estar más trillada. ¿Cuántos tipos habrán recurrido a ella para triunfar? Da igual, funciona. Intento levantarme con la más que evidente idea de tirar de él y llevármelo al dormitorio cuando veo que Max ni siquiera hace

amago de moverse.

—¿Los postres? —pregunto despistadilla.

—Literalmente.

—Sabes que son mi especialidad —alego orgullosa mientras que con un dedo recorro los pliegues de su oreja.

—Por eso mismo lo digo.

Acerca la mesa y levanta una de las tapas para mostrarme una fuente. En ella, una mousse de chocolate blanco nos espera, o mejor dicho, nos grita: cómeme.

Max mete el dedo y lo acerca a mis labios, y yo, como no podía ser de otra manera, se lo chupo, en una exagerada demostración de mis capacidades bucales.

—Joder...

—Tengo tanta hambre... —murmuro haciendo pucheros a lo niña consentida.

Encantado y viendo que no estoy satisfecha con un dedo, esta vez mete la mano y la coloca frente a mi lengua; yo, dedo a dedo, voy limpiándole hasta que no queda ni rastro.

Continúo pasando la lengua, a pesar que no queda nada de mousse, disfrutando con cada gemido, con cada gruñido. Max se mueve inquieto debajo de mí y está claro que de un momento a otro me va a arrebatar el control. Sin embargo, voy a disfrutarlo mientras pueda.

—Sigo sin estar satisfecha... —de nuevo lo provooco con mi voz más sensual y él, respirando profundamente, me complace y me da lo que tanto parezco necesitar.

Pero no me gusta repetirme. Lo agarro de la muñeca y llevo su mano hasta mi escote, de tal forma que en la piel por encima de mi sujetador queda su huella.

Ahora Max sólo tiene un camino posible.

Me preparo para ser el centro de sus atenciones, estoy segura de que su lengua me dejará limpia y caliente, pero...

—Ya está, creo que no quedará mancha.

Miro hacia abajo y abro desmesuradamente los ojos al comprobar cómo Max termina de asearme con una servilleta, mientras él aguanta como puede las ganas de descojonarse a mi costa.

—¡Será posible! —exclamo rindiéndome y echándome a reír.

Pese a la bromita de Max, que hace que se me salten las lágrimas de la risa, mi grado de excitación no desciende ni un ápice, más bien todo lo contrario.

Ahora, con una idea vengativa en la mente, soy yo la que mete los dedos en la fuente y aprovecho que lo tengo desnudo de cintura para arriba. Dibujo un corazón sobre su pecho y analizo mi obra.

Max me mira, no presta atención a lo que mi subconsciente ha hecho y arquea una ceja a la espera de que dé el siguiente paso.

Me incorporo, me apoyo sobre sus muslos, separo las piernas, me coloco entre ellas, me inclino y con la lengua voy borrando el corazón, saboreando la mousse encima de su piel.

Noto sus manos sobre mi cabeza, enredando los dedos en mi pelo. La tensión es evidente y sé lo que tengo que hacer.

Ataco sin piedad los botones de sus vaqueros; si es preciso, hasta rebaño esa fuente.

—Bea, espera.

Max me detiene, pero para el caso que le hago...

Con escasa o nula colaboración, pero con una determinación envidiable, consigo bajarle los pantalones y el bóxer. Sin contemplaciones unto generosamente su polla con la mousse y bajo la cabeza. Se acabaron las tonterías.

Max gime de tal modo que me contagia. Me encanta tenerlo así, a mi disposición, en mi boca, saboreándolo por completo mientras él se contiene y soporta mis perversas atenciones.

—Para... —exige con menos convicción de la que debiera.

—Ni hablar.

Lo libero, apenas unos segundos, para negar con la cabeza, humedecerme los labios y untarlo de nuevo. Va listo si piensa dejarme sin mi postre favorito.

—Déjame llevarte a la cama, déjame tocarte..., déjame...

Sus ruegos caen en saco roto.

No puede continuar hablando y yo soy la responsable. Me aplico aún más. Con la lengua voy recorriendo cada centímetro hasta llegar a su glande, el cual succiono primero y con el que jugueteo después.

Sus gemidos van en aumento, sus manos me aprisionan la cabeza, transmitiéndome la tensión que soporta, y no puedo hacer otra cosa que darle el golpe de gracia.

Introduzco una mano entre sus muslos y le acaricio los testículos sin dejar de lamerle. Siento cómo me tira del pelo, cómo sus caderas se elevan... Está a punto de correrse.

—Bea, maldita sea, vas a acabar conmigo.

No dudo de sus palabras, sin embargo no me echo para atrás. Mi mano lo aprieta, ahora con un poco más de fuerza, al tiempo que mi boca continúa acogiéndolo.

Escucho su jadeo entrecortado y noto su sabor inundándome la boca, mezclándose con el dulce de la mousse, lo que consigue que yo me una a sus jadeos.

Me recuesto sobre sus muslos con la intención de que se relaje, sin embargo, se pone de pie y tira de mí hacia arriba con brusquedad. Sin darme tiempo a preguntar me besa, con la misma intensidad que sus movimientos, dejándome ahora a mí sin aliento.

—Esto no se le hace a un hombre... —protesta.

Yo arqueo una ceja ante tal aseveración.

—¿Cómo dices?

—Bea, ¿eres consciente de lo que me haces? —insiste mientras se sube los pantalones, aunque me alegra saber que no se los abrocha.

Sonrío, vaya si soy consciente.

Y más aún cuando emplea ese tono mitad desesperado, mitad excitado. Justo el que una chica quiere escuchar para seguir adelante.

—Nada que no puedas soportar —replico toda chula antes de morderle el labio y tirar suavemente de él para tentarlo aún más.

Su reacción no se hace esperar...

Max no me responde con palabras. Me coge en brazos y yo chilló cual niña pequeña, pues el muy tonto me ha cargado al hombro como si de un saco de patatas se tratase. A grandes zancadas me transporta hacia el dormitorio. Protesto golpeándolo en el trasero, no porque me desagrade su acción sino porque cualquier excusa es buena para tocarle el culo.

—Ahora vas a saber lo que es bueno...

Me deja caer sobre la cama y yo casi hiperventilo, acaba de llegar el hermano malo de Max. Se acabó el osito mimosín.

—Dame lo peor de tu repertorio... —Hale, para osada yo.

Se saca el cinturón de las trabillas del pantalón y lo enrolla en su puño, dejando un cabo suelto.

Entrecierra los ojos y yo sé que me va a hacer pagar muy cara mi osadía chocolatera.

Estoy impaciente sin remedio.

—No lo dudes... —Oh, qué tono de voz. Como malo de la película no tiene precio.

—Te creo, Indiana Jones.

Se lanza a por mí. En un gesto que me pilla por sorpresa, me eleva los brazos por encima de la cabeza y atrapa mi boca, restregándose contra mi entrepierna, que por algún fallo de guion aún está cubierta.

Intento liberarme y poner remedio pero Max me lo impide con su peso.

La sensación de indefensión incrementa mi deseo.

—Ni hablar —me dice cuando hago amago de escabullirme—, ahora vas a estar quietecita, no vas a decir ni pío y por supuesto me dejarás hacer lo que se me antoje.

Guau, no es para menos. Max, el malo malote —o el *enfant terrible*, que estamos en Francia—, dispuesto a vengarse. Esto no me lo pierdo por nada del mundo.

Siguiendo con su papel de Indiana Jones me demuestra su habilidad atándome las muñecas con su cinturón. Como se espera de la heroína, dificulto a más no poder su trabajo, pero al final lo consigue. Mi resistencia no es más que un farol.

Me tiene a su disposición y se coloca de rodillas frente a mí. Me mira, se acaricia el mentón pensativo...

—¿No me digas que no sabes por dónde empezar? —pregunto arqueando la pelvis para darle ideas.

Ese comentario le hace reír y al más puro estilo depredador gatea sobre mí hasta posar sus labios y atrapar un pezón, sin apartar la tela del sujetador. Lo succiona, tira

de él, me vuelve loca y se queda tan pancho. Con una mano acaricia mi vientre, recorriendo el contorno de la cinturilla de mis pantalones, y maldigo en silencio por no haberme puesto una faldita mona; de esa forma, además de presumir de piernas, ahora facilitaría el asunto.

La humedad entre mis muslos es palpable, mi respiración comienza a entrecortarse y Max sigue jugando a perder el tiempo.

—Provocadora... —me dice sacando a la luz su lado machote, que por cierto me encanta. No sé qué tienen los chicos malos que a todas nos excitan sin remedio. Pero ahora éste es sólo mío. Mi cuerpo espera ansioso sus maldades...

Por fin ataca sin contemplaciones mi ropa y en menos de dos minutos lo único que tengo sobre el cuerpo es la fina cadena que me regaló mi hermana hace mil años.

—Mmm, preciosa.

—Desnúdate —ordeno para que se deje de cumplidos y vaya al grano.

Me separa las piernas y con su dedo corazón recorre mis labios vaginales, empapados e hinchados, procurándome un leve alivio. Pero necesito mucho más.

Para mi asombro se lo lleva a la boca y se relame. Ronronea y exagera mientras yo no aparto la mirada. Quiero ese dedo para mí.

—Quítate los pantalones —exijo.

—¿Quién manda aquí? —pregunta Max a su vez. Ahora su dedo húmedo recorre el espacio entre mis pechos hasta el ombligo dejando un rastro imposible de obviar.

—Yo —respondo con rapidez aunque sea una mentira como una casa.

Por su expresión llego a la conclusión que más me vale cerrar el pico y no provocarlo, que luego pago las consecuencias.

Mi propósito surte efecto, se pone en pie el tiempo justo para quedarse desnudo ante mí. Ya era hora. Al fin puedo contemplarlo, relamerme ante la vista... muy, pero que muy, recuperado tras mi asalto.

Vuelve a inclinarse y a acariciarme el sexo, penetrándome con dos dedos, estimulando cada fibra de mi interior y llevándome poco a poco al clímax. Sabe muy bien lo que se hace, pues, a pesar de mis gemidos que a veces hasta son de frustración por no acelerar, continúa su ritmo, dejando que poco a poco me vaya preparando para algo realmente bueno. Cierro los ojos, estiro aún más los brazos, que permanecen unidos, y me dejo llevar. No pienso, sólo siento, sólo experimento...

Los latidos de mi corazón son un excelente indicativo de lo desbocada que me siento. Entregada por completo, excitada y preparada para correrme.

Gimo con fuerza, desinhibida, satisfecha y feliz al alcanzar el orgasmo.

Cuando consigo abrir los ojos Max está sobre mí. Su erección entre mis muslos, pero sin penetrarme, aguarda a que yo dé señales de vida.

—Y ahora voy a follarte.

Qué tono, qué amenaza, qué subidón...

Sus palabras ejercen el mismo efecto sobre mí que un buen acelerón sobre el motor de un coche. Busca una postura más idónea y agarrándome las muñecas entra

en mí, de una sola vez, acoplándose a la perfección y sumándose a mis jadeos.

No tiene piedad y me gusta. No es delicado y me excita. No soy una jovencita impresionable, soy una mujer con la inmensa suerte de poder estar en la cama con un hombre que sabe darme lo que me gusta. Aplica perfectamente ese dicho de que para exigir, hay que contribuir.

Y no veas cómo contribuye...

Me gustaría rodearlo con los brazos, o pellizcarlo en el trasero, pero estar así, atada, sintiéndome parcialmente indefensa, es un ingrediente extra que funciona.

—Córrete conmigo... —suspira junto a mi oreja.

No respondo, sólo inspiro y obedezco.

Arqueo la espalda, elevo la pelvis. Salgo al encuentro de sus envites y aprieto mis músculos internos para aportar mi granito de arena a este baile tan primario como placentero.

Sus embestidas resultan devastadoras, su ritmo implacable. Esto va a durar apenas cinco minutos. No importa nada, porque Max, tanto en la versión breve como en la extendida, logra su objetivo.

Mi sexo se contrae, mi respiración arrítmica lo confirma. Me tiene a punto. Su erección toca todos y cada uno de mis puntos internos mientras que su boca y sus manos lo hacen en los exteriores. Una combinación letal.

Me corro, acogiéndolo entre mis piernas, deseando poder abrazarlo y sentir, absorber cada segundo de su clímax.

—Bea... —gime en mi oído en el mismo instante en el que eyacula en mi interior.

Me muerdo el labio para no gritarle esas dos palabras que tanto pueden asustarlo.

Cierro los ojos. Max permanece sobre mí. Disfruto de ese instante.

En algún momento me desata, me ayuda a acostarme, apaga la luz y me rodea con los brazos. Necesitamos dormir, mañana es el último día.

Cuando me despierto noto que una mano juega entre mis piernas, me hace cosquillas o sencillamente me tienta. Todo parece fortuito, pero no lo es.

—Buenos días, dormilona.

Mi osito mimosín está de vuelta.

Me estiro en la cama y Max continúa su asalto matutino entre mis muslos; yo, que no tengo motivos para protestar, le permito todo.

Separo mis extremidades inferiores lo justo para que Max pueda tocarme pero dificultándole un poco el acceso y así provocar al conquistador que lleva dentro, que en cuanto aparezca estará a mi servicio.

Veinticinco minutos, unas risas, unos mordiscos, dos amenazas, un orgasmo y una pelea de almohadas más tarde Max gira a un lado, liberándome de su peso, y se queda con los brazos en cruz, los ojos cerrados y una sonrisita tontorróna.

Yo me apoyo sobre un codo, lo miro con cara de autosuficiencia y le acaricio el pecho. Pobrecito, lo voy a dejar seco.

—Si pudiera me quedaba aquí una semana más —susurro mirando a mi alrededor.

No es por el lujo, sino por la compañía.

—Lo sé —suspira sentándose a mi lado—. Pero tengo trabajo y...

Ya sé que regresar a la rutina nos cuesta a todos, pero no puede desatender sus obligaciones. No quiero que nos pongamos serios el último día.

—Y esto cuesta una fortuna —bromeo y le doy un empujoncito cómplice.

—Bea, sabes que eso no es problema para mí —alega serio. Tengo ganas de darme de tortas por sacar a colación ese tema—. Gano lo suficiente como...

Lo miro y me sorprende su repentino silencio. Se incorpora, se sienta en la cama y baja la cabeza, escondiendo el rostro entre sus manos. Lo oigo respirar profundamente...

—Max, lo siento, de verdad. Soy una bocazas —me disculpo. No quiero que nuestro último día se vaya al carajo por una tontería.

—Verás, yo... —De nuevo se detiene. No sé qué le ocurre, por qué se muestra tan cauteloso—. Bea, lo que te voy a contar lo saben muy pocas personas...

A mí se me dispara la tensión arterial, ¿qué clase de revelación está dispuesto a hacerme? Y lo peor es que si hasta el momento se ha mostrado tan esquivo... ¿será algo ilegal?

Max evita mirarme, esto se pone feo.

—Mi trabajo consiste en...—Noto que traga saliva.

No me gusta nada esta situación que de repente se ha creado. Lo miro pero Max evita establecer contacto visual conmigo. En mi cabeza surgen mil interrogantes pero prefiero no adelantar acontecimientos.

—Gano mucho dinero como acompañante —dice finalmente en voz muy baja.

—¿Acompañante? —repito como un loro sin querer entender lo que significa.

—Como chico de compañía. De mujeres ricas —aclarar. Yo sin querer me aparto de él.

Abro los ojos desmesuradamente. No he debido de oír bien.

Me levanto de la cama, tirando de la sábana para cubrirme. Es algo del todo absurdo, pero hace que me sienta mejor.

—Bea... no es lo que te imaginas. Sólo son citas, como acompañante. Hace mucho tiempo que el sexo quedó fuera del trato —apostilla.

Ahora me mira y yo allí, de pie, me siento estúpida en primera instancia y fuera de lugar en segunda.

—¿De mujeres ricas? —sollozo alejándome de la cama, mirándolo como si no lo conociera y negando con la cabeza.

—Sí —me responde con sencillez, lo cual consigue sacar lo peor de mí.

Trago saliva.

—¿Y qué pinto yo en todo esto, eh? ¿Qué soy? ¿Un agradable paréntesis? ¿La tonta del bote a la que impresionar?

—Deja que te explique...

—¡No! ¡No quiero escucharte! —chillo histérica. Herida. Engañada.

—Por favor, si te paras un segundo y dejas que hable...

—¡He dicho que no!

Con rabia, llorando y sin motivo alguno para permanecer allí, me visto apresuradamente con lo primero que pillo. Recojo mis cosas de cualquier manera y sin mirarlo ni una sola vez abro la puerta.

—Bea, joder, espera...

No miro atrás.

Cierro tras de mí una puerta, sin golpes.

He despertado de un sueño.



Cuando llego al portal de mi casa, entro pero no llamo al ascensor. Debería sentirme a salvo, aunque ni de lejos ha mejorado mi estado de ánimo. He llorado pero no quiero aparecer así delante de María y mucho menos de Félix. Me derrumbaría en el acto y acabaría llorando como una magdalena.

Le he mandado un mensaje para avisarlos de que he adelantado mi regreso, lo cual ya es suficientemente indicativo de que las cosas no han salido bien.

No me apetece dar explicaciones pero sé que mi hermana sospechará en cuanto me vea. Llevo escrita en la cara la palabra «decepción».

De nuevo en Barcelona; quiero pensar que nada ha ocurrido. Que tuve un sueño que se convirtió en pesadilla. Pero no puedo engañar a mi cuerpo. Él fue testigo de primera mano de lo que es sentir sin restricciones. Y por si acaso mi memoria, una traidora, también me recuerda que yo estuve allí.

Me siento en la escalera e intento tranquilizarme, que se me pase un poco el malestar. Con la hinchazón de mis ojos poco o nada puedo hacer.

Saludo con un gesto a la vecina del primero y finjo buscar algo en mi bolso para que no se acerque a preguntar. No me apetece mandarla a la mierda. Afortunadamente mis gafas de sol ocultan mis ojos y ella se marcha.

Entro en casa y me sorprende encontrarla vacía. Me sorprende pero agradezco en silencio el detalle de mi hermana. De esta manera puedo intentar, que no lograr, sentirme al menos un poco mejor y afrontar la vuelta a la realidad.

Tras una ducha en mi miniaseo, me miro al espejo, despeinada, desnuda, desilusionada...

No sé el tiempo que llevo así, como un auténtico pasmarote delante del espejo, sin tan siquiera secarme con una toalla.

—Vale ya de autocompasión, joder, Bea, que no tienes quince años —me recrimino y por fin reacciono.

Ataviada con un chándal que tiene más años que la orilla del río, me doy cuenta de que sólo hay una cosa que puedo hacer en estos instantes.

Puede que para cocinar haya que estar inspirada, desde luego ayuda, pero el cabreo también. Tras vestirme, me meto en la cocina, dispuesta a fundir mi mala leche con el chocolate. Si de paso me endulzo un poco y consigo una receta nueva, eso que al menos me llevo por delante.

Cuando oigo el clic de la puerta levanto la vista y miro el reloj. ¡Llevo dos horas metida en la cocina! Se me han pasado volando, y la verdad, por lo menos he dejado de llorar y puedo enfrentarme a la mirada más que probable de interrogación que me dedicará María.

—¡Mamá! —grita a pleno pulmón mi niño corriendo hacia mí, tirando de

cualquier manera su mochila y saltando para que lo coja.

—¡Cómo te he echado de menos! —exclamo rodeándolo con los brazos. Fuerte, muy fuerte. Es justo lo que ahora necesito. Lo único que importa. Los dos, como hasta ahora.

—Y yo a ti.

—Vaya, como si la tita María no estuviera —bromea mi hermana sonriendo—. El resto de las cosas de Félix te lo traigo mañana. ¿De acuerdo?

—Como quieras, o ya me paso a recogerlas por la tarde.

Ella niega con la cabeza. Me mira fijamente, lo intuye.

—Ya hablaremos... —murmura.

Félix y yo nos despedimos de ella.

Sé que tarde o temprano tendré que contarle lo sucedido aunque preferiría obviar los detalles. Me duele mentirle pero recurriré a un clásico: no es lo que yo esperaba. Así al menos evitaré sus opiniones sobre la cuestionable forma de ganarse la vida de algunas personas.

Mi niño y yo retomamos nuestra rutina. Tras su baño, obligado, le preparo la cena y puesto que he estado unos días sin verlo, accedo a que se quede conmigo en el sofá viendo la tele. Como es de esperar tiene el gen de todos los hombres de apoderarse del mando a distancia. No me importa, la verdad sea dicha, ya que dudo mucho que en la pequeña pantalla encuentre algo que me entretenga.

El móvil ha pitado varias veces, pero no quiero mirarlo.

—¿Nos vamos a la cama? —le pregunto al ver cómo se le empiezan a cerrar los ojillos de sueño. Pero niega con la cabeza e intenta mantenerse despierto.

Félix, a pesar de poner sus dibujos favoritos, se queda frito en el sofá, tumbado sobre mi regazo. Yo lo observo mientras lo peino con los dedos. Mañana, a buen seguro, tendrá un par de mechones rebeldes que domar antes de ir al cole.

Otro pitido del móvil. Resoplo. ¿Cuántos mensajes ha enviado?

Cada vez que suena es un triste recordatorio.

Con cuidado de no despertar a Félix me levanto con la idea de apagarlo, de esa forma no tendré que soportar los dichosos pitidos que me recuerdan una y otra vez el descalabro emocional en el que estoy sumida.

—¡Veinticinco mensajes! —Me quedo ojiplática. No es para menos. No quiero caer en la tentación, ante su incansable esfuerzo, y llamarlo. Pero...

Me muerdo el labio, indecisa.

Decidida, voy a la bandeja de entrada para borrarlos todos de un plumazo, pero, tras marcar los que quiero eliminar, el jodido móvil se rebela y me pregunta de nuevo si estoy segura. Es ese segundo de indecisión el que va a traerme problemas, lo sé.

Medio minuto de infructuosa deliberación después...

Como una idiota abro uno al azar, y otro, y otro, y otro... en todos leo lo mismo: «Déjame hablar contigo» o pequeñas variaciones: «Déjame explicarte», «Bea, tenemos que hablar», «Por favor, habla conmigo...».

No, no y no.

Empiezo a borrarlos. Un triste intento para tratar de hacer como si nada hubiese ocurrido. No funcionará, pero es una forma como otra cualquiera de autoengañarme.

Aunque lo que me llama la atención es el último mensaje: el texto cambia.

—Qué raro... —murmuro abriéndolo, pues no entiendo para qué me manda un «contrato».

Entonces caigo en la cuenta, con horror, de que puede ser algo relacionado con su «trabajo».

—Espero que no...

Pulso «descargar». En la pantalla de mi smartphone aparece un texto y parpadeo, sigo sin comprender qué quiere decirme con esto.

Si de verdad está enlazado con su forma de ganar la vida y yo lo leo puede ser peor el remedio que la enfermedad.

Pero la curiosidad vence siempre a la prudencia y empiezo a leer...

Cláusula primera:

Se garantiza la máxima confidencialidad entre clienta y proveedor...

—¿Pero esto qué es...? —me pregunto sintiéndome estúpida a no poder más.

No hay más ciego que el que no quiere ver.

Cláusula segunda:

Cada clienta podrá tener un máximo de cinco citas con el proveedor...

Y entonces ya no puedo negar la evidencia, por mucho que me empeñe en ello. Me llevo una mano a la boca y reprimo un sollozo.

Voy a dejarme los ojos en la pantalla del móvil, así que me reenvío el documento a mi correo electrónico.

Me levanto y cojo a Félix en brazos para meterlo en su cama. Me ocupo de arroparlo y dejarlo acostado. Aprovecho esos instantes para intentar asumir la realidad. Max, a saber por qué, me manda un documento que no deseo leer aunque terminaré haciéndolo. Una malsana curiosidad, eso es lo que es.

Salgo con cuidado del cuarto de Félix, no sin antes susurrarle buenas noches y darle un par de besos.

Cojo mi portátil, lo dejo sobre la mesa del salón y mientras se enciende me preparo una copa de vino y me siento en el sofá, mordiéndome el pulgar ante lo que voy a leer. No me va a gustar ni un pelo, es más, terminaré enfadada, pero ya no puedo dar marcha atrás.

Voy desgranando párrafos, a cada cual más estafalario, y mi congoja va en aumento. Me duele, mucho. Me siento engañada e incluso utilizada.

Me llamo idiota a mí misma hasta la saciedad por haberme ilusionado con un hombre como él. No escarmiento y ahora tengo que aprender a vivir con ello. No sé cómo puede ser tan ilusa.

Cláusula tercera:

El lugar de encuentro será diferente en cada cita y deberá ser aprobado por el

proveedor.

«El proveedor, el eufemismo del siglo», me digo.

Parpadeo. Esto no puede ser cierto. Se utilizan los mismos términos que si se estuvieran comprando bienes de consumo.

Cláusula cuarta:

El proveedor no tendrá más de tres citas semanales con una o diferentes clientas.

Y así unas cuantas más...

¿Cómo puede alguien redactar un documento de este tipo? No es una mercancía. No es un servicio cualquiera. Son personas.

Me devano los sesos haciendo un gran esfuerzo y siempre termino llegando a la misma conclusión: no puede ser.

Supongo que hay una historia detrás de todo esto, unas circunstancias. Si hablo con Max obtendré una explicación. Me dará mil razones y seguramente serán aceptables, pero no sé si deseo saberlas.

Porque, a pesar de comprender que una persona puede, llegado un punto, aceptar un trabajo así, escuchar esas razones podría causar el efecto contrario en mí. Tengo miedo a sentir aún más rechazo y no quiero terminar odiándolo por lo que hace.

Cierro el portátil. Necesito dormir, descansar. Dejar de darle vueltas porque sólo conseguiré sentirme peor y acabar con un dolor de cabeza.

Intentar aparcar los quebraderos de cabeza y conciliar el sueño va a ser imposible, me conozco. Caeré rendida debido al agotamiento y soy consciente de que mañana tendré un aspecto horrible. Pero no han inventado aún ninguna pastilla para dejar de pensar sin que tenga contraindicaciones.

Al día siguiente me encargo de llevar a Félix al colegio. Finjo lo mejor que puedo estar sin preocupaciones y así, durante un breve periodo de tiempo obligándome a sonreír, todo parece más llevadero. Después me dirijo al restaurante. En teoría no tendría por qué hacerlo, pero prefiero mantenerme ocupada.

Mira por dónde, las desgracias de una van a ser las dichas de otro.

Ramón arquea una ceja al verme aparecer pero no dice ni mu y yo tampoco me muestro muy comunicativa que digamos.

Beto también me dedica un arqueado de ceja y yo niego con la cabeza. Entiende y respeta mi deseo de dejarlo estar. Es una tregua, pero al menos tendré unos días para recomponerme. O eso espero.

En mi cabeza sólo se repiten una y otra vez, los diferentes párrafos que componen el maldito contrato. No puedo creer que terminara leyéndolo hasta el final...

Cláusula quinta:

El precio mínimo de la cita es de 20.000 euros por adelantado, más dietas de desplazamiento y gastos (si los hubiera).

Madre del amor hermoso, ¿veinte mil euros?

Cláusula sexta:

El proveedor no permite el uso de drogas durante los encuentros.

Me meto en faena y por mi cara Beto sabe que me pasa algo serio. Sé que se está mordiendo la lengua. Intento hablar de menudencias pero no soy muy buena improvisando cuando algo me reconcome por dentro.

Todo parece transcurrir como cualquier otro día mientras van pasando las horas. Cuando acaba el servicio de comidas aprovecho para dar un paseo. Por supuesto no me despejo ni lo más mínimo, el aire no me aclara las ideas, pero al menos camino, me muevo.

Un paseo por Barcelona siempre es un buen motivo para sonreír. Las calles se preparan para las fiestas, el ambiente navideño empieza a invadir todo y a diferencia de otros años, no tengo la misma sensación. Estoy desanimada pero especialmente enfadada conmigo misma por hacerme unas tontas ilusiones. Esto ha sido como el cuento de la lechera.

Aunque, ¿me dio Max falsas esperanza? ¿Dijo algo que me indicara que lo nuestro iba a ser algo más que unos cuantos revolcones intensos?

No, la verdad es que no me mintió, pero omitió detalles muy importantes.

De acuerdo, nada más conocernos no va a decir algo así como: «Hola, me llamo Max y gano un fortunón acompañando, y lo que surja, a señoras ricas».

Pero cuanto todo empezó a cambiar, al menos para mí, debió sincerarse o al menos pararlo y no darme cuerda para que me ahorcara yo sola.

Recojo a Félix del colegio y se muestra encantado de poder pasar la tarde juntos. Yo me siento igual. Le he prometido llevarlo a la piscina, donde nos espera mi hermana. Allí él se junta con otros niños de su edad, bajo la supervisión de un monitor que los instruye. Yo aprovecharé para nadar, cansarme o hacer cualquier cosa que me agote y así caer rendida al llegar a casa.

La verdad es que me siento estupendamente nadar durante unos minutos. No siempre puedo venir cuando lo necesito y hoy aprovecho. María, que no ha abierto el pico, me mira con curiosidad ante el ímpetu de mis brazadas.

Cuando por fin me detengo y me siento en el borde para observar cómo Félix sigue las instrucciones del monitor, mi hermana se acerca.

—¿Vas a contármelo?

Hacerme la tonta de poco o nada me va a servir, pero tendré que buscar una maldita razón de peso, sin desvelar todo, que deje a mi hermana satisfecha.

Esto de mentirosa profesional entraña mucho esfuerzo.

—No hay mucho que contar —digo evadiendo la cuestión.

—Pues yo diría que sí. Tu cara es todo un poema.

Cláusula séptima:

Las citas no incluyen sexo. En caso de que el proveedor acepte realizar un servicio sexual, se redactará un contrato adicional.

—María... —protesto pero me sirve de muy poco.

—Bea... —me imita con el mismo tonito.

—No salió bien, eso es todo —explico recurriendo a un tópico.

—Hummm —murmura evidenciando que no se lo traga—. Quizá me falle el instinto, pero no me cuadra todo esto...

Cláusula octava:

Es obligatorio el uso del preservativo y no están permitidos los tríos, las orgías ni ningún tipo de práctica sadomasoquista.

—Mira, yo prefiero no hablar de ello.

—Bea, escucha. Puedes confiar en mí. Si hizo algo que... o te trató mal...

Cierro los ojos. Tiene bemoles todo esto. Que María insinúe algo tan alejado de la realidad podría resultar gracioso. Precisamente de Max, el paradigma de las buenas formas, la educación y el saber estar.

—No, nada de eso —corrijo inmediatamente.

Una cosa es que yo esté dolida y otra muy distinta calumniar sin sentido.

—¿Entonces? Y hazme un favor, deja ya de escurrir el bulto, porque tú normalmente no te muestras tan callada ni tan distraída. ¿No confías en mí?

—Eso es un golpe bajo —mascullo.

María tiene razón, siempre me ha apoyado, siempre a mi lado, pero por mucho que me duela en esta ocasión no puedo contarle la verdad.

—No, lo que no es de recibo es verte así, mustia, abatida... ¿No habrá vuelto a llamarte el padre de Félix? —pregunta alarmada.

Niego con la cabeza, el que faltaba para el duro...

—No, tranquila.

—Menos mal —suspira aliviada—, porque si a ese hijo de mala madre se le ocurre molestarte... Uff, por un momento pensé que se había presentado en tu casa y que había intentado torpedear tu relación con Max.

Cláusula novena:

Cada cita tendrá una duración máxima de cinco horas.

—Voy a ver qué hace Félix.

María me detiene y me dedica una de esas miradas fulminantes antes de añadir:

—No sé lo que ha pasado pero espero que tengas muy claro qué quieres esta vez. No puedes desconfiar eternamente de los hombres y tras conocer a Max se te veía diferente...

—Hay cosas que, sencillamente, no pueden ser —afirmo alejándome de ella.

Cláusula décima:

El proveedor nunca dormirá con la cliente, incluso en el caso de haber contratado en paralelo sus servicios sexuales.

Llego a casa a última hora de la tarde y nada más abrir la puerta siento la presencia de alguien a mi espalda y me vuelvo sobresaltada.

—Lo siento —se disculpa el chico—, llevo un par de horas esperándola. Traigo esto para usted.

—¡Mamá, vaya ramo más grande! —exclama Félix.

Bendita ignorancia, pienso mientras firmo la entrega. Van a ir directamente a la

basura, pero el chico sólo está haciendo su trabajo y no se merece que pague con él mi descontento.

—Espere un momento, ahora subo el resto —añade y me deja desconcertada.

Entro en mi apartamento y media hora más tarde aquello parece una floristería, no sé dónde dejar tantos centros y ramos de flores. Félix se lo está pasando en grande. Se divierte curioseando y va recogiendo todas las tarjetitas de colores.

—Mamá, ¿para qué te mandan tantas flores? —me pregunta mientras cenamos sentados a la mesa de la cocina.

—Buena pregunta, cariño... —murmuro porque no sé la respuesta.

Mañana me encargaré de deshacerme de todo.

No he recibido más mensajes en el móvil, supongo que ahora estamos en la fase de las flores para intentar convencerme; sin embargo continúo en mis trece.

Estoy demasiado dolida como para dar marcha atrás.

Pero, y eso me preocupa, en el fondo quiero comprenderlo, quiero saber más, y lo peor de todo es que posiblemente esté siendo injusta.

—¡Grrr, es para darme de hostias!

Cláusula decimoprimera:

La clienta garantiza no estar casada ni mantener ninguna relación estable.

A cada paso me arrepiento de haber sucumbido a mi curiosidad, leer ese maldito documento me está trastornando. No dejo de darle vueltas. Cada una de las especificaciones se repite en mi cabeza como la jodida canción del verano. La odias, te parece chabacana, pero sus notas y su pegadiza letra no se te van.

Cláusula decimosegunda:

La clienta facilitará al proveedor y a su abogado el acceso a la información necesaria para garantizar una cita perfecta.

Mi estado de ánimo empeora por momentos. Me gustaría gritar, hacer cualquier locura, con tal de olvidarme de todo.

Pero eso no pasa en la vida real, los problemas no se van por arte de magia.

Tengo una edad y por tanto ya no puedo quedarme en casa, autocompadeciéndome y comportándome como una gilipollas. Nada de arrebatos infantiles, nada de esconderme.

Dejaré las flores en casa hasta que se marchiten, terminará por cansarse y poco a poco me olvidará.

Apenas una hora después mis aparentemente firmes propósitos flaquean y como una masoquista bien entrenada enciendo mi ordenador y abro el maldito contrato. No sé cuál es el motivo que me impulsa a tan estúpida acción, pero aquí estoy, de noche, sentada con el portátil en mis rodillas leyendo lo que sé que me causa tanto dolor.

Cláusula decimotercera:

El proveedor garantiza estar en buena forma física y no tener ninguna enfermedad. La clienta tendrá a su disposición resultados de revisiones y análisis clínicos actualizados.

Y por si fuera poco el carísimo despliegue botánico, que me recuerda la forma de obtener ingresos de Max. Puede que las flores funcionen con algunas, pero no es mi caso. Quizá en ocasiones especiales un sencillo ramo, nada ostentoso, me alegraría el día. Pero contemplando el montón de pequeños sobres con los que Félix ha estado jugando, me debato entre romperlos o abrirlos.

—Me voy a volver loca —farfullo.

Y me doy cuenta de que ya hasta hablo sola, lo cual sin duda alguna es un mal síntoma. A este paso voy a empezar a tener un amigo invisible o qué sé yo.

Sé que esto puede parecer incongruente, pues no quiero escuchar la versión de Max; sin embargo, por alguna extraña razón, una locura inexplicable, desearía hablar con una de esas mujeres que pagan una fortuna por su compañía.

¿Qué las motiva?

¿Por qué?

¿Por qué?

¿Cómo una mujer es capaz de pagar una cantidad desorbitada de dinero, lo que muchas personas ganan con un poco de suerte en un año, por cinco horas de su compañía?

No logro establecer una teoría.

Max es bueno, de eso no hay duda, pienso sintiéndome una amargada. Yo he sido testigo de primera mano, por eso debo pasar página o acabaré con acidez de estómago.

Al día siguiente voy a trabajar, ahora en mi horario normal, y rezo en silencio para que a Max no se le ocurra montarme un numerito en el restaurante. Aparte de la vergüenza delante de mis compañeros y las consabidas explicaciones que no quiero dar —pues hasta la fecha, a excepción de Beto, poco o nada comento de mi vida personal—, no quiero ponerme como una histérica y acabar gritándole alguna que otra perla. Me conozco y mi estado de ánimo actual es demasiado inestable. Una mujer no puede pasar del cielo al infierno en cinco minutos.

Por suerte todo parece cotidiano, nada que se salga de nuestra rutina. Ramón me grita, yo le ignoro y todos tan contentos. Beto tiene la mosca detrás de la oreja y termino contándole la versión para todos los públicos que he adecuado a mis necesidades.

—Joder, me dejas sin palabras —dice mi amigo, y como sabe lo que me hace falta abre los brazos y me rodea con ellos—. Mira, normalmente suelo calar a la gente, pero reconozco que con ese tipo me he confundido. Daba la impresión de que era perfecto para ti. Pero chica, no le des más vueltas: si no ha funcionado, pues carretera y manta. Ya me encargaré yo de buscar un tiarrón para mi chica favorita.

—Gracias, pero no.

—Fíate del tito Beto —bromea—. ¿Sabes? Si alguna vez me vuelvo hetero, espero que me des una oportunidad.

—No seas bobo. —Niego con la cabeza ante el retorcido sentido del humor de mi

compañero—. Antes yo me hago lesbiana.

—Ay, cariño, qué difícil es todo esto. En fin, sólo tenemos una opción...

—¿Cuál? —pregunto temiéndome lo peor.

—Salir de fiesta. Conozco un garito donde seguro que encuentras a tu «chica» ideal.



Mecano cantaba *Me cuesta tanto olvidarte*^[3]. Desde luego, cuando se compuso esa canción dieron en el clavo.

Hacía siglos que no la escuchaba, pero hoy la he sacado del baúl de los recuerdos y tras oírla una vez no deja de sonar en mi cabeza. Parece que me gusta fustigarme, la letra con el acompañamiento del piano...

Y aquí sigo, pensando en todos y cada uno de los minutos en los que me sentí más feliz que nunca para ahora darme cuenta de que no fueron más que una ilusión.

Hay quien diría «Que me quiten lo bailao», pero no va a ser posible en mi caso recurrir a ese tópico. Otras dirían «Cierra los ojos», pero va a ser que no.

A pesar de todo me obligo cada mañana a levantarme, a ocuparme de mis obligaciones y a acudir al trabajo. Como mujer tengo derecho a estar dolida, pero no como madre.

Van pasando los días y, a pesar de lo que yo imaginaba, cada mañana recibo puntual el consabido ramo. El chico de la floristería me mira como si yo fuera alguien importante que quiere camuflarse, pues no entiende cómo una mujer que recibe esos caros obsequios vive en un apartamento como el mío, apañadito pero pequeño.

Firmo el comprobante y lo despido. Un día de éstos terminaré por ofrecerle café, galletas y conversación, pero primero tengo que mejorar mi estado de ánimo. No estoy para nadie. En el trabajo cumplo con mis tareas pero aparte de eso sólo me relaciono con mi familia. No me apetece quedarme después de la jornada laboral a departir sobre banalidades.

No he terminado de cerrar la puerta cuando vuelve a sonar el timbre. Espero que no sea ninguna vecina dispuesta a darme el día, no quiero ser desagradable.

Un repartidor de mensajería me trae otro «paquetito». No sé dónde voy a meter todo, y la verdad, cada vez me cuesta resistirme más y no abrirlos. En mi casa no sobran precisamente los metros cuadrados como para organizar una exposición. Dejo el envío junto a los otros, amontonado en el salón.

Al poco aparece María, con cara sonriente.

—Pero ¿qué tienes montado aquí? —dice observando mi despliegue de obsequios sin abrir.

Coge un ramo al azar, lo olfatea y pone cara de ensimismada antes de dejarlo en su sitio. —Vamos a la cocina— mascullo cruzándome de brazos.

Debería haber tirado todo al contenedor. Ahora las preguntas de mi hermana serán mucho peor. Vaya fallo... María hace oídos sordos a mi sugerencia y continúa su exploración. Sé que la curiosidad la está matando. Bueno, puede que a mí también, pero intento ser fuerte y me resisto.

—Por cierto, ¿vas a ir a casa de Natalia? Me ha comentado que te envió un

mensaje y aún no le has respondido.

—No sé... —balbuceo.

María se cruza de brazos.

—Te pongas como te pongas, vas a ir a esa fiesta —me dice con cara de ordeno y mando tras interrumpirme—. Necesitas distraerte, conocer gente y...

—¿Y...? —inquiero temiéndome lo peor.

—Bueno, ya sabes, si no quieres volver a verlo ni saber nada de él ni darle una segunda oportunidad, salta a la vista que intentas olvidarlo.

—No te sigo —murmuro.

—Una reunión con amigos es lo mejor.

—María... —protesto e intento sobornarla. Voy a la cocina y regreso con una bandeja de galletas caseras al limón, pero la muy ladina me conoce y tras negar mi ofrecimiento vuelve a la carga.

—Es una reunión de amigos —repito, aunque yo sé que siempre puede aparecer el «soltero ideal» de última hora—. Joder, Bea, no es una cita a ciegas. Una cena, conversación... lo normal para treintañeros, van parejas y solteros como tú. No sé qué le ves de raro a todo esto.

En el fondo tiene razón, lo sé, pero muy en el fondo. De momento tardaré una buena temporada en salir a flote.

—No sé... me apetece quedarme en casa... —arguyo, pero me da a mí que María no va a parar hasta convencerme.

—Claro, claro, rodeada de todo esto. —Señala con un gesto el despliegue de arrepentimiento de Max.

—No toques nada.

María pasa de mi advertencia y abre una de las cajas, la más grande; conociéndola no me sorprende. No quiero mirar, no quiero mirar. Incluso cierro los ojos pero María, como reportera, no tiene precio.

—Oh, Dios mío, Bea... ¡Es alucinante!

Su entusiasmo me da la pista definitiva: seguro que ha dejado una buena cifra en alguna joyería pensando en ese viejo dicho de que los mejores amigos de una mujer son los diamantes y que yo pertenezco a ese club tan exclusivo de «obsesionadas con las joyas».

Pues se equivoca.

Miro lo que a mi hermana le ha impresionado y me caigo de culo. Afortunadamente el sofá está a mi espalda y no hay que lamentar daños físicos.

Los emocionales son otro cantar.

—Es... es precioso —murmura María con admiración.

No es para menos. No sé cómo o mejor dicho cuándo, pero Max debió de entregarle una de las fotografías que me hizo a aquel pintor callejero. En concreto una en la que estoy recién levantada, despeinada y envuelta en una sábana. Estaba mirando por la ventana, me volví para observarlo y me lo encontré sonriendo tras

disparar una instantánea.

Controlo mis ganas de llorar. Y de romper aquel cuadro en mil pedazos. Será un atentado artístico, pero quizá sosiegue mi inquietud interior. Es un duro testimonio de lo que llegué a sentir estando junto a él y mis emociones se desbordan.

Me doblo hacia delante y me derrumbo. María se da cuenta de que aquello es más serio de lo que estoy dispuesta a admitir y se limita a guardar el retrato.

Ahora que lo he visto ya no hay marcha atrás, pero agradezco el gesto de apartarlo de mi vista.

—Lo siento, Bea, no sabía que...

—Tranquila, no es nada —murmuro intentando que no se sienta mal. Ella únicamente intenta ayudarme. Sé que jamás haría nada para hacerme daño, nunca me lo causaría de forma premeditada.

—Es que... Joder, Bea, te veo ahí, tan hecha polvo que... Ya lo sé, a veces soy una meticona, pero no puedo verte así. Ese tío, bueno, ningún hombre se merece que lo pases mal, así que sólo quiero verte sonreír y lo mejor es salir, distraerte... ¿Ha vuelto a llamarte? —pregunta con cautela.

—No. —Y lo peor de todo es que sé el motivo: estará ocupado «trabajando». Lo de las flores y demás se puede hacer con una simple llamada de teléfono.

—Más le vale...

Termino esbozando una sonrisa triste. María es capaz de atizarle un buen mamporro. Está loca, eso ya lo sabía.

He preferido no contarle toda la verdad porque es capaz de decirme que soy tonta y que Max se merece que al menos le deje hablar. O, poniéndome en lo peor, que vaya a buscarlo y le atice con el bolso, previa inserción en el mismo de un ladrillo tabiquero. Y la verdad, no me apetece leer en el diario del lunes que joven atractivo, bien relacionado, es agredido por hermana de loca.

Así que finjo sentirme bien, dentro de lo que cabe.

Al final cedo por ella, por mí y acepto la invitación de Natalia. Delante de María, que no termina de fiarse, respondo a su mensaje y lo envío.

Pasaré la tarde en casa de unos amigos y así, al menos, dejaré de comerme el coco. Rodeada de gente digo yo que será más llevadero.

Llega el sábado y me presento en casa de Natalia, una vieja conocida. Una vez dentro me doy cuenta de que es la clásica reunión en la que no debo preocuparme, pero al cabo de quince minutos soy consciente de que hay un hombre que me mira; la verdad, en otra ocasión podría sentirme hasta halagada, pero hoy no es la noche idónea.

La anfitriona se acerca acompañada del tipo en cuestión y nos presenta.

Ya hablaré en otra ocasión con Natalia, pues no sé a qué viene tanto entusiasmo al contarme, casi extasiada, que Javier, así se llama el tipo, es escritor. Como si los escritores fueran de otro planeta o una raza superior. Al parecer eso debe de ser infalible para que algunas se bajen las bragas, pero conmigo no funciona en términos

generales, así que en mi actual momento de bajón las posibilidades se reducen a ínfimas. Tendría que cogermela una buena melopea, quedar medio inconsciente y que ninguna buena amiga me salvase para caer en sus brazos. No veo otra manera.

El tipo, todo hay que decirlo, no está mal, pasa de los cuarenta pero se conserva bien. Y lo sabe, pues se preocupa mucho de «posar», o al menos ésa es la impresión que me da. Postureo puro y duro. Si sumamos esto a mi estado de ánimo poco o nada propenso a ligar con un hombre que sólo apuesta para ganar, es decir follar un sábado por la noche, la cosa va a explotar.

Quiero ser amable, correcta y no mandarlo a freír espárragos a las primeras de cambio y que el ambiente se enrarezca. He venido con la intención de pasar una velada agradable; así que mejor comer en silencio y aburridos que cantarle las cuarenta al Tenorio nada más conocerlo. Decido hacer gala de mi educación y aguantar el tirón. Espero que se dé cuenta y vaya a por otra doña Inés, que yo no salgo del convento esta noche.

—¿Qué tal con Javier? —me pregunta Natalia cuando consigo escaquearme, que lo mío me cuesta, y meterme en la cocina.

Por su entonación deduzco que espera algo así como un gritito de entusiasmo, hecho poco probable, la verdad, porque dejando a un lado que no estoy muy receptiva que digamos, los tipos como él nunca me han atraído, ni para un revolcón rápido.

—Bien —miento y completo mi actuación con una sonrisa.

Como estamos en la cocina aprovecho el factor campo y hablo de lo que estoy aprendiendo en el curso.

—Pues no lo parece —dice Natalia a mi lado—. Javier es un tipo culto, muy solicitado y está soltero.

Que me enumere sus «virtudes» no hace que cambie de opinión. Si tan solicitado está dudo mucho que acabe la noche solo, así que a mí que me deje tranquila.

—No estoy de humor —me excuso intentando retomar el tema de la cocina para evitar más preguntas incómodas.

—He oído que has roto con un hombre alucinante.

Vaya, qué red de información tan impresionante.

—Sólo fue un rollo, nada serio.

Si tengo suerte y me repito esa mentira unas cien mil veces hasta puede que me sienta mejor.

—¡Pues aprovecha la oportunidad! —exclama y yo empiezo a cansarme de tanto entusiasmo. Sus dotes de Celestina dejan mucho que desear, ya que ni es discreta ni mucho menos sutil. Sólo falta que me meta a empujones en el dormitorio para que me acueste con él. Como se le ocurra decirme que tiene condones en el baño...

—Natalia, te lo agradezco, de verdad, pero no estoy de humor.

—Pues deberías; Javier es soltero... Se rumorea que se acuesta con muchas de sus alumnas, profesoras o lo que se le ponga por delante. Tiene fama de buen amante, ya me entiendes, y no creo que quiera nada serio. Justo lo ideal tras un rollo

complicado como el tuyo. El viejo dicho de un clavo saca otro clavo en versión porno, por lo visto.

¿De dónde habrá sacado ésta la información?

—Las noticias vuelan... —mascullo pensando en tener una seria conversación con mi hermana acerca de ir pregonando por ahí mis cuitas amorosas.

—Hija, que nos conocemos desde hace tiempo. No quiero meterme donde no me llaman, pero deberías darle una oportunidad.

—Ya veremos —digo sin mucha convicción y se nota.

—Vale, vale, pero que conste que le gustas, me lo ha dicho. Y cuando Javier se fija en una mujer...

Por su tono saco la evidente conclusión de que es uno de esos hombres que no ceden, no aceptan un no por respuesta y dan la chapa a la mujer en cuestión hasta que ésta, por aburrimento, que no por interés, termina aceptando para no soportarlo más. Lo que viene siendo un taladro de toda la vida.

La advertencia de la anfitriona viene a confirmar mi primera impresión. Cuando salgo a la terraza para apartarme un poco del barullo y mirar las luces noto cómo enseguida me sigue. Ahora viene el despliegue de seducción. Me dan ganas de decirle que se lo ahorre.

Mi intención de quedarme a solas con mis pensamientos se va al garete. Por alguna extraña razón miro en dirección a donde sé que se ubica la casa de Max.

—Se está muy bien aquí fuera, ¿verdad? —me dice encendiendo un cigarrillo, cosa que no me molesta en general, pero en esta ocasión sí—. Lo sé, es un vicio como otro cualquiera.

Finjo una sonrisa. Para ser escritor, qué sarta de topicazos que me está soltando; su disculpa sólo es una excusa para entrar a una mujer. Al menos podría esforzarse un poco. Y yo que pensaba tener que buscar mil excusas para combatir sus argucias de seductor... ¿A ver si se lía con alumnas porque son más fáciles que mujeres hechas y derechas?

—¿Has intentado dejarlo? —pregunto con la intención de no parecer grosera en exceso y porque así hablamos de algo inocuo.

—Miles de veces —responde riéndose.

Si está tratando de seducirme con su ensayada sonrisa va de culo. Supongo que a sus alumnas veinteañeras les impresiona, pero a mí nada de nada.

—Ah —murmuro. Ya no sé de qué más hablar y tampoco quiero darle pie.

He sido educada. Punto.

Javier apaga su cigarrillo en una de las macetas y me abstengo de decirle que queda feo hacer eso. Bueno, que Natalia lo regañe cuando lo vea, no es asunto mío.

Habría preferido aguantarlo un poco más mientras fumaba porque ahora que tiene las dos manos libres se acerca a mí y me acaricia el rostro. Sí, es atractivo; sí, puede que a muchas las seduzca; y sí, podría llegado el caso dejarme llevar, pero hoy no es el día propicio.

Y dudo que en breve haya un día de éstos en mi vida.

Sigo sin probar una gota de alcohol.

Aparto la mirada e intento retroceder aunque la barandilla me lo impide, así que él toma la iniciativa y busca mis labios. Está claro cuáles son sus pretensiones, debería mandarlo a hacer puñetas pero me mantengo callada.

Se inclina hacia mí, sigue acariciándome la mejilla y cierro los ojos. No me gusta cómo huele. Me besa. Me quedo quieta y no respondo. Él insiste, se aprieta contra mí y de nuevo me insta a que separe los labios. Su otra mano rodea mi cintura mientras su lengua recorre mi cuello hasta atrapar el lóbulo de la oreja. Lo oigo gemir, intenta meterme en el partido pero debería saber que estoy fuera de juego.

Pongo las manos sobre sus hombros y trato de apartarlo. Por lo visto Javier malinterpreta ese gesto y me agarra con más fuerza, hasta que no me deja otra opción.

—¡No! —exclamo empujándolo.

—¿No? —inquire extrañado.

Al parecer no está acostumbrado a que lo rechacen, pero como todo en esta vida, siempre hay una primera vez.

—No —repito con convicción—. Creo que será mejor entrar.

—¿Por qué? —susurra seductor acariciándome la mejilla.

—Quiero llegar pronto a casa. Tengo un hijo pequeño.

Esa información parece frenarlo.

—Bueno, si te soy sincero los niños y yo no hacemos buenas migas. Pero joder, estás bien buena, digo yo que tendrás necesidades.

Lo que me faltaba por oír.

—Sí, pero ya me ocupo yo sola —le espeto con chulería. Ya está bien de tanta estupidez por minuto.

No le doy tiempo a que replique y me meto en casa, donde rodeada de gente no me dará la brasa. Natalia me mira, salta a la vista que ha observado desde la ventana, pero ni quiero ni voy a dar explicaciones. Una tiene derecho a rechazar a un tipo, por muy interesante que éste aparente ser.

El resto de la velada transcurre con más o menos normalidad y agradezco que nadie saque a colación el tema de las parejitas o similares. Lo cierto es que no me lo estoy pasando tan mal, pero sigo sin sentirme del todo cómoda. Me disculpo alegando que mañana tengo muchas cosas pendientes, entre ellas ir a comprar todo lo que necesito para el cumpleaños de Félix.

Por suerte llego a casa poco después de medianoche y si bien debería irme directa a la cama me paso por el salón y miro de nuevo mi retrato. Es precioso y me quedo corta.

—No puede ser —me repito una y otra vez antes de quedarme dormida.

Al día siguiente María viene a recogerme y, como me conoce, se muerde la lengua y no me pregunta directamente por la velada de la noche anterior. Pero, para que no se preocupe, soy yo quien le hace un resumen. Que si Natalia se siente

inspirada y le da por aportar de su propia cosecha...

—Javier lo intentó conmigo, pero no estaba de humor. Fin de la cita.

—Vaya... pues según he oído tiene una reputación de amante excelente... —alega moviendo las cejas.

—Pues tendremos que fiarnos de los comentarios, puesto que no estoy dispuesta a comprobarlo por mí misma.

—Vale. Mensaje captado. ¿Nos vamos?

María y yo nos pasamos la mañana en el centro comercial, tengo que aprovechar y comprar todo cuanto necesito, empezando por los regalos de Félix. Me gustaría poder regalarle esa consola que tanto le gusta pero se me va de presupuesto, por lo que de momento le compraré un juego para la que tiene.

—¿Por qué no dejas que se la regale yo? —me sugiere María.

Niego con la cabeza.

—Cuesta un dineral. No, Félix es pequeño pero tiene que ir comprendiendo el valor de las cosas, y si no se puede pues no se puede.

—No es justo, la misión de toda tía es malcriar a su sobrino y contigo no hay manera —me suelta toda seria y termino echándome a reír.

—Ya lo malcrías debidamente cuando te ocupas de él, ¿o crees que no lo sé?

—Mujer, dame al menos ese gusto.

—Pues luego, cuando crezca, no te quejes si te toma por el pito de un sereno.

—No te hagas la dura, que a ti también te tiene pillado el tranquillo —se defiende toda ufana.

Y tiene razón, hay días en los que me siento culpable por pasar tantas horas fuera de casa y no poder estar el tiempo que me gustaría con él, y claro, cuando sólo tengo la oportunidad de verlo a última hora de la tarde lo que menos me apetece es ponerme a pelear.

Continuamos nuestro recorrido por las galerías comerciales. Todo está ya engalanado con los adornos de Navidad, algo de lo que me tendré que ocupar en breve. A Félix le encanta decorar la casa y el pobre no sabe bien colocar las bolas y demás, pero le pone mucha voluntad.

También me ocupo de comprarle ropa, crece por días y necesita cosas nuevas. Visito varias tiendas especializadas y a pesar de haberme fijado un presupuesto para ropa acabo comprando más cosas. Es que hay prendas increíbles y mi hermana no me ayuda a decidirme, de lo que yo dudo ella lo acaba comprando, así que a última hora de la mañana María y yo vamos cargadas de bolsas.

—Necesito caféina y sentarme —dice mi hermana resoplando.

—Me apunto.

Cinco minutos más tarde estamos cómodamente instaladas en una cafetería, con todas nuestras bolsas apiladas en una silla. Yo con un capuccino en las manos y ella con un café bombón.

—Esto es vida...

—Y que lo digas... —Doy otro sorbo a mi cafecito y la verdad es que se está divinamente, pese a tener los pies molidos de tanta caminata. Pero ha merecido la pena.

—¿Cómo te lo vas a montar en tu apartamento para meter a tanta gente? —me pregunta con toda lógica.

—Pues tengo pensado despejar el salón para que los críos jueguen a sus anchas. Les pondré una mesa contra la pared para que picoteen a su antojo, aunque ya sabes que prefieren enredar antes que comer.

—Deberías haber buscado un local...

—No —la corto—. No puedo permitírmelo y tampoco me parece aceptable la comida que sirven. Quiero preparar personalmente todo.

—No sabes dónde te estás metiendo. Yo te echo una mano con lo que sea, mientras no me pidas cocinar...

—Lo sé y te lo agradezco. A ti te nombraré encargada de vigilancia, que no haya altercados infantiles y que no me manchen las paredes más de lo necesario —alego riéndome.

Sé que la casa va a quedar hecha un asco y que tardará lo suyo en volver a la normalidad, pero me importa muy poco el esfuerzo: Félix cumple cinco años y se merece la mejor fiesta.

Tras nuestro merecido parón consumista regresamos con todo nuestro cargamento a mi apartamento y me ocupo de esconder los regalos en mi armario.

Después me preparo para ir al trabajo, no sin antes llamar a Juanjo y excusarme, ya que no podré ir al curso de cocina. Podría hacer un esfuerzo pero no me apetece, sería tentar al destino y no quiero, de momento, verme en ese aprieto.

Otra jornada, otro día sin demasiados altibajos; la verdad es que a veces se echa de menos un poco de jaleo para que las horas pasen más rápido.

Me despido de Beto, que por lo visto tiene mucha prisa en salir. Me da a mí que tiene nuevo ligue y no va a perder el tiempo. Agarro mi bolso y salgo al exterior, no hace mal tiempo y me apetece dar un paseo de vuelta a casa.

Una vez en mi apartamento aprovecho para recoger un poco y cuando oigo el timbre ya ni me sorprende: el repartidor, tan puntual como siempre.

Abro con una media sonrisa en el rostro, el chico tiene que estar de mí hasta el gorro. La sonrisa se me borra en el acto y no precisamente por recibir el enésimo ramo, sino porque tras él se encuentra Max.

Mis planes se van por el retrete.

Por lo menos ha tenido el detalle de no entrar en el restaurante y montar un numerito.

—Necesito hablar contigo, dame al menos esa oportunidad.



Cierro los ojos un instante.

A estas alturas pensé que, tras mi silencio, se habría dado por vencido. No he respondido a uno solo de sus mensajes. Creí, qué ilusa, que al menos respetaría mi decisión de no continuar aquello, que tarde o temprano aceptaría y respetaría mi voluntad.

Y la verdad, prefería no convertirme en una arpía histérica, chillona y mentirosa, aceptando una realidad que me corroería por dentro. Yo no tengo derecho a exigirle ni mucho menos que lo deje.

—Bea, por favor —insiste sujetándome suavemente de la muñeca—. Al menos escúchame. Hay cosas que deseo explicarte...

Niego con la cabeza. Hacerlo me causa dolor. Imaginé que según fueran pasando los días se desvanecería el dolor o al menos resultaría más soportable.

No ha sido así. Y si por un casual hubiera disminuido lo más mínimo, su presencia en mi puerta hace que mi estado de ánimo vuelva a situarse bajo mínimos.

—Por favor —insiste.

Su ruego termina por ablandarme y asiento. Max parece respirar más tranquilo y se relaja. Parece cansado. Supongo que no está acostumbrado a que le den plantón o quizá tenía esperanzas de que yo, tras el primer ramo, reconsiderase toda la situación.

Sería tan fácil mirar hacia otro lado...

—Espérame aquí, ahora vuelvo.

—De acuerdo.

No quiero estar sola en mi casa con él. Sé a ciencia cierta que Max se comportaría, pero soy yo la que puede caer en la tentación; triste pero muy cierto, así que lo dejo en el recibidor mientras voy a buscar mi bolso y me pongo los zapatos.

Por algún extraño y retorcido mecanismo de mi subconsciente me miro en el espejo y termino por retocarme, cosa que no debería hacer, pero no puedo negar que mi pelo, ahora tras un cepillado rápido, está mucho mejor.

Cuando regreso a la entrada Max continúa allí, a la espera. Sólo se ha encargado de cerrar la puerta. Supongo que para que ningún vecino se pregunte qué hace un tipo con su planta esperándome en el descansillo.

Tendría que haber demostrado mejores modales, sin embargo mi asombro puede justificar mi falta de consideración así como mi descoordinación, pues estoy segura de que terminaré dando un traspie. No estoy yo muy fina que digamos.

Bajamos en el ascensor. En un espacio tan reducido me altero, pues puedo gritar a los cuatro vientos que no quiero estar con él, y sin embargo mentiría. Lo siento, lo huelo, lo extraño y no puedo hacer nada para evitarlo.

Como siempre, sus modales son impecables; saluda a un par de vecinas que

esperan en la planta baja, a las cuales deberían ponerles babero porque no se han reprimido y han mirado a Max como si fuera un Dios al que se pudiera desnudar y lamer. Bueno, ese pensamiento también ha estado en mi cabeza, no puedo culparlas, pero creo que podrían haber sido un pelín más discretas. Ya veremos qué comentan luego por ahí al verme junto a él.

Me abre la puerta y salimos al exterior. Me resulta extraño. Quiero tocarlo. No lo hago, no procede. No al menos si pretendo salir indemne de esta conversación.

Intuye que no es buena idea acercarse a mí. No me ofrece la mano, mantiene las distancias y se lo agradezco. Sabe respetar mi espacio y no abrumarme, porque bastante abrumada me siento yo sola por estar de nuevo junto a él.

Parece que nada ha cambiado, como si nunca hubiera mencionado su forma de ganarse la vida. Caminamos por la calle. Ninguno de los dos indica el rumbo a seguir. Sólo ponemos un pie delante del otro y avanzamos.

Es curioso; tu cabeza traza lo que parece un sencillito plan: no lo ves, no existe, pero el traidor de tu corazón da brincos y triples saltos mortales, lo cual hace que te vuelvas loca. La razón se va al carajo y te planteas cerrar los ojos: está aquí, es él, ¿qué importa el resto?

No obstante sé que cuando se difumine la emoción inicial el motivo que nos separa continuará. Es el mismo principio de beber para olvidar: cuando se pasa la borrachera, el problema persiste, o peor aún, se ha hecho más grande.

Caminamos un rato más en silencio, juntos, pero sin tocarnos. Noto su mirada. No me dice nada mientras nos alejamos de mi casa. Sigue tan impresionante como lo recordaba.

Esto va a ser un gran paso atrás en mi intento de pasar página.

Nos detenemos. Max me mira y acaba preguntándome en voz baja:

—¿Te parece bien este sitio?

Me señala una cafetería que no conocía. Lo más probable es que haya pasado por delante en más de una ocasión pero, como siempre voy escopeteada, ni me haya fijado. Me encojo de hombros. Max me sujeta la puerta para que pase. Me da igual el lugar, no va influir en mi estado de ánimo, pero he de reconocer, según me siento en un cómodo sillón, que el ambiente es agradable, la música relajante y la decoración no es chabacana.

Sigo dudando, creyendo que esto es mala idea.

Continuamos en silencio, rodeados de gente, pero sólo puedo mirarlo a él. No me apetece tomar nada pero al final acepto la sugerencia del camarero y me tomo un combinado sin alcohol. Quiero mantenerme firme pero verlo no ayuda precisamente.

—Bea... —murmura.

Está cansado, lo noto en sus ojos.

Vaya dos... Si se ha pasado en vela la mitad de noches que yo, entiendo a la perfección su estado. Acariciarle el rostro, tocarlo por última vez... nada me gustaría más; sin embargo, pese a tenerlo al alcance de la mano, reprimo todos mis instintos.

—Sabes que no debería estar aquí —replico más agresiva de lo que debería. La frustración habla por mí, hace que me comporte de forma desagradable.

Ser borde puede ser una injusta arma defensiva.

—Sólo pretendo hablar contigo, nada más —alega demostrando una paciencia infinita. Mi comportamiento grosero está fuera de lugar, soy consciente de ello, al fin y al cabo Max se está comportando como todo un señor. Cualquiera otro ante mis negativas y desplantes me habría mandado a la porra hace mucho. Sigo sin saber por qué, o mejor dicho, no quiero saberlo.

—Esto no es buena idea —murmuro y a pesar de intentarlo no dejo de mirarlo.

Se pasa la mano por el pelo una, dos veces. Se lo ve nervioso, inquieto pero sobre todo incómodo. Habla en voz muy baja. A pesar de que nadie puede oírnos supongo que tiene cierto reparo en que alguien pueda prestar atención a nuestra charla.

Permanecemos un buen rato callados. Parecemos dos extraños, como si lo vivido juntos nunca hubiera sucedido. Los momentos íntimos, las sonrisas, los abrazos, los paseos cogidos de la mano... todo eso parece muy lejano.

El adiós, la separación, nunca es fácil. Quizá esté exagerando, al fin y al cabo apenas hemos pasado un mes juntos, pero la intensidad con la que todo se desarrolló hace más doloroso este instante.

Supongo que muchas parejas cuando rompen, tras años juntos, sienten algo similar: la decepción lo impregna todo. Sólo me queda el consuelo de que no hemos montado ninguna escena ni hemos roto la vajilla entre recriminaciones.

Max estira la mano, se acerca a la mía, pero en el último momento se detiene y no me toca.

—Nunca hablo de esto con nadie... —me confiesa y me siento una arpía por no darle al menos una oportunidad.

Otra vez mi amargura toma el control.

—De acuerdo... —acepto sabiendo lo perjudicial de todo aquello. De haber necesitado conocer los detalles yo misma habría preguntado.

Max prueba su bebida. Baja la mirada antes de hablar.

—Sé que es difícil de entender...

—No es necesario que te justifiques —lo interrumpo.

Empiezo a sentirme nerviosa, fuera de lugar. Si pudiera escapar de alguna manera, pasar por esto sin que me afectara en lo más mínimo... fingir que es una de esas conversaciones que tienes que soportar porque no te queda más remedio y en las que únicamente te has de preocupar de disimular cuando tienes ganas de bostezar...

—Todo empezó cuando estaba en la universidad...

—No sé si quiero escucharte. —Vuelvo a cortarlo sin la menor consideración. Tiene que entenderme, no es fácil. Debería haberme dejado sola con mis dudas o al menos permitir que transcurriera el tiempo suficiente para que el dolor fuera soportable.

Max esboza una sonrisa triste.

—Bea... no busco justificarme sin más, únicamente pretendo sincerarme contigo, para que tengas todos los datos antes de juzgarme.

—Yo no soy quién para juzgarte, ni a ti ni a nadie —le respondo de mal humor.

—Tengo la necesidad de ser sincero contigo —añade en el mismo tono sosegado. No sé cómo lo consigue, mantiene la calma en todo momento.

—Ahora ya es tarde. —Mi entonación vuelve a ser cínica. Quiero controlarme, aunque no lo consigo.

Sin embargo Max prosigue:

—Sabes que no tuve una infancia fácil, no voy a contarte los pormenores, seguro que te haces una idea... —Hace una pausa. Es complicado para un hombre como él, que ahora lo tiene todo, recordarlo—. Cuando a un chaval de dieciocho le ofrecen de repente dinero, lujo... no es capaz de negarse... —continúa nervioso—. No lo hice. Acepté una oferta pensando que no pasaría de ahí, no obstante me fui acostumbrando a unos ingresos fáciles.

Trago saliva; para Max debe de suponer un gran esfuerzo hablarme de ello, se le nota abatido. Quizá algo avergonzado por tener que hablar de lo que a buen seguro no le gusta. Opto por permanecer en silencio y no ponérselo más difícil. Para un chico de dieciocho años, sin familia, tuvo que ser complicado. Sólo por eso merece ser escuchado.

—Hubo una mujer... —Eso me pone en alerta.

—¿Una *madame*? —pregunto sospechando lo peor desde la más absoluta ignorancia, pues a saber cómo funciona ese mundillo.

Hasta cierto punto mi suposición es lógica: chico joven, inexperto, atractivo pero que necesita pulirse es acogido bajo la tutela de mujer madura, con contactos y vista para los negocios.

Max niega con la cabeza.

—Fue quien me enseñó a vestirme, a hablar, a comportarme, todo lo que precisaba saber para desenvolverme.

—¿Tienes contacto con ella? —inquiero sin pensar. Me ha salido de forma espontánea y me arrepiento, ya que evidencia que me afecta, y mucho, lo que estoy oyendo.

¿Son celos? No soy todo lo indiferente que quiero aparentar. Y ya sin conocerla la odio. De acuerdo, es un odio irracional, pero como cualquier otro; no se puede controlar ni explicar.

—No —responde con convicción—. Se marchó al extranjero hace unos años. Y dudo mucho que vuelva a verla —añade anticipándose a mis dudas.

Al menos es sincero y no da rodeos en sus contestaciones. No sé si agradecersele.

Sigue sin convencerme, porque me hace daño. No tanto el hecho de su ocupación, sino que me mintiera. Me dio largas, explicaciones vagas. No fue sincero hasta mucho después de que me ilusionara.

Desde fuera puedo parecer excesivamente severa, sin embargo es como me

siento, no puedo cambiarlo.

—Pero hay y habrá otras —murmuro con acidez. No suelo ser así, hasta yo misma me siento rara; sin embargo mi dolor ha tomado el control.

—Sí, no voy a negarlo —admite y cierro los ojos—. Pero hay una gran diferencia, ahora soy yo quien decide.

—Es tu vida —susurro mordaz.

—Pero voy a dejarlo, Bea. No quiero seguir. Una vez que reúna el dinero se acabó —asevera.

Me mira, desea escuchar de mi boca las palabras que lo liberen de su culpa. Yo no tengo el poder de la absolución.

Y quiero creerle, quiero sonreír, quiero olvidar... Me gustaría seguir aparentando indiferencia, desde luego es la mejor arma en estos casos. Como si estuviera anestesiada. Encogerme de hombros, dejar que acabe su historia y levantarme de allí como si tal cosa. Sin embargo me doy cuenta de que para él no es fácil. Por sus palabras deduzco que está haciendo un gran esfuerzo.

Sabe que el rechazo es la primera reacción cuando alguien conoce su modo de vida y, en el fondo, aunque intente ser fuerte, como todo el mundo necesita que alguien le comprenda. No que lo soporte, o que le diga lo que quiere oír, no que le sonría por sus buenas propinas o su aspecto elegante. Max, al fin y al cabo, busca la aceptación que todos esperamos de quienes nos rodean, de quienes nos importan.

—No puedo pedirte que olvides o que te calles. Puedes hacerme cuantas preguntas desees. No voy a ocultarte nada, aunque las respuestas me resulten contraproducentes. Eres importante para mí y no voy a endulzar la verdad.

Es toda una declaración de intenciones, pero ¿de verdad quiero conocer todos los detalles? ¿Podría soportar saber qué ha hecho y con quién por dinero? ¿Qué cara debería poner si un día nos cruzamos con alguna de sus clientas?

—Es un mundo del que prefiero seguir ignorando todo —digo en voz baja.

—Lo entiendo —responde suspirando—. A veces yo también desearía seguir en la ignorancia. Por supuesto hay una parte algo más sórdida que si prefieres no mencionaré. Pero me he propuesto acabar con ello, sólo unas citas más, sólo...

—¿Qué pretendes? —pregunto elevando la voz—. ¿Que me quede tan pancha sabiendo que estás con otras mujeres por ahí, que haga la vista gorda? ¿Que me quede en casa tranquila, me acueste y después duermas a mi lado oliendo a otra?

—No hay sexo, te lo garantizo. Sólo las acompaño —me aclara.

Sin embargo no me cuadra. ¿De verdad esas mujeres sólo le pagan por su compañía?

—¿Por qué?

Max resopla, busca sin duda una explicación a algo que no la tiene.

—Ellas... —se detiene, se lo ve incómodo—... sólo quieren sentirse deseadas, que se fijen en ellas... no hay nada sexual.

Sigue con su filosofía de la sinceridad y me está matando.

—Y tú eres el candidato perfecto —apostillo con amargura.

—No, no es por mí. Es simple y llanamente algo social, representativo, algo que va emparejado con el éxito.

Que él mismo se infravalore, como si sólo fuera un accesorio que el dinero puede pagar, no me gusta. Parece como si tuviera claro que, a pesar de ser un tipo atractivo, triunfador, todo es ficticio. Esas mujeres no ven al hombre, sólo el complemento perfecto para lucir ante las amistades, y como cualquier otro capricho, pagan por él lo que haga falta. Todo su dinero no les proporciona lo más esencial: afecto. Tienen que mercadear con la compañía de un hombre joven y atractivo para mantener un estatus. Lamentable pero cierto.

En el fondo su historia no es la de glamour, dinero y éxito que se ve desde fuera. Y Max es consciente de ello.

—Nunca hablo de esto con nadie, Bea —añade. Sé que es sincero y lo difícil que le debe de estar resultando—. Sólo contigo. Eres especial para mí.

Ha vuelto a decirlo. Soy importante para él. ¿Qué significa exactamente eso? ¿Tan importante como para renunciar? ¿Tan importante como para que, en caso de hacerlo, no me lo reprochase en alguna ocasión?

—No sigas por ese camino —le advierto.

Que apele a mis sentimientos cuando se encuentran tan pisoteados hace que me ponga en alerta.

—Bea, yo... quisiera poder verte...

—No voy a ponértelo más difícil, no tienes por qué seguir contándome cosas que te hacen daño. No insistas, Max. Dejémoslo aquí.

—Bea, te echo de menos, yo...

—No puedo. Por más que lo intente, por más que mire para otro lado, terminaré odiándome, sintiéndome una farsante, y no te mereces algo así. —Mi sinceridad también causa estragos, soy consciente, pero no se merece una versión edulcorada.

Me levanto de mi sillón. No he tocado mi bebida. Dejo un billete sobre la mesa. «Ésta la pago yo», me digo en silencio.

—Bea, por favor, espera...

Evito que me toque y me siento ruin por ese desplante. Tengo que alejarme cuanto antes.

Quizá estoy echando a perder una oportunidad única, pero ¿cuántos días tardaría en mostrarme irritable, intratable, mientras espero a que regrese tras una de sus citas? Me conozco y sé que se lo echaría en cara cuando tuviéramos una pelea. No quiero que llegue el día en el que nos acostemos y tenga que fingir estar dormida para evitarlo. O sentirme mal si me toca. O hacer caso a la letra de la canción de Luis Miguel, *Que seas feliz*^[4].

Es la mejor despedida.

Tenía la vana esperanza de que tras nuestra conversación todo quedase resuelto, pero no, al día siguiente, puntual como un maldito reloj astronómico, llaman a mi puerta. Sé quién es pero en esta ocasión actúo de forma diferente.

Entreabro y ni siquiera saludo al repartidor, niego con la cabeza y le doy con la puerta en las narices. Se acabó. No voy a aceptar ni un solo presente más. Max debe entenderlo y aceptarlo. No le deseo ninguna desgracia. Ojalá cumpla sus sueños.

Ahora debo concentrarme en lo verdaderamente importante: dentro de unos días tendré la casa hasta los topes con la fiesta de cumpleaños de Félix.

Después, con las Navidades encima, será una locura en el restaurante, pero esta vez no me quejaré por hacer horas a destajo ya que así acabaré agotada, dormiré sin darle vueltas a la cabeza y de paso tendré un poco más contento a Ramón.

Dos días después, pese a que no me hace ninguna gracia, voy al curso de cocina. Es la última clase y nos entregarán los diplomas. Ya no acudo con la misma ilusión que al principio, pero lo asumo e intentaré pasar por el trance de volver a ver a Max minimizando los riesgos, es decir, lo saludaré y lo trataré como a un compañero más.

La suerte parece estar de mi lado, pues al ser el último día Juanjo ha decidido no llevar la clase de la forma habitual, sino hacerla más distendida, para que todos podamos compartir impresiones, aclarar dudas o simplemente intercambiar ideas. Eso me facilita todo, pues no tengo que permanecer junto a Max en nuestro puesto.

Juanjo me comenta, en tono confidencial, que Max como alumno ha sido un desastre; me limito a sonreír comprensiva. Nadie de los allí presentes sabe nada y quiero que continúen en la inopia.

Al final nos entregan los diplomas acreditativos. Nos van nombrando a todos y a mí me dejan para el final. Casi me muero de la vergüenza cuando, aparte de entregármelo, Juanjo hace una mención especial sobre mis cualidades. No quiero ser el centro de atención pero él tiene otra idea en mente y me saca los colores. Sólo son unas palabras pero me siento rara delante de todos mis compañeros.

Menos mal que terminamos aplaudiendo y felicitándonos mutuamente y se me pasa el apuro. Algunos proponen salir a tomar una copa y celebrarlo, y pongo buena cara pese a que no me apetece nada de nada. Sigo en modo apático y soy muy mala compañía.

Observo, no puedo evitarlo, a Max. Él no me quita el ojo de encima, pero está atrapado en una conversación con el profesor y eso me permite despedirme de algunos compañeros sin que él pueda cortarme la retirada.

Esta noche no he traído mi bici, así que paro un taxi y me subo sin mirar atrás.

Se acabó.

Ya no hay más excusas para volver a verlo.

Dos días después me encuentro sumergida en el apasionante mundo de las manualidades. He reclutado para tal menester a mi hermana, que hace siglos, igual que yo, que no juega a los recortables. Pero si quiero que el salón de mi casa parezca un castillo medieval algo tendré que esforzarme.

Cartulinas, pegamento en barra incoloro, cintas de colores, tijeras de puntas redondeadas y demás accesorios inundan la mesa del comedor.

—Félix se va a quedar boquiabierto cuando vea todo esto —dice María sin dejar de darle a la tijera.

—Eso espero, voy a terminar con las manos reventadas. Nunca pensé que fuera tan difícil esto, en la tele parece más fácil.

He sacado todos los planos y demás cosillas de internet, me he visto vídeos para coger ideas y después me he dejado una fortuna en la tienda de manualidades del barrio para tenerlo todo listo. Pero, como digo siempre, cualquier esfuerzo es poco por ver la cara de alegría de mi niño.

—Pareces cansada —comenta María de forma casual y me encojo de hombros.

—Estoy nerviosa con todo esto. —Es una excusa como otra cualquiera—. Y he dormido poco esta noche.

Me abstengo de explicarle toda la verdad, que llevo unas cuantas noches en las que me despierto y después me cuesta bastante conciliar el sueño.

—Pues tendrás que descansar, no pretenderás darte un palizón en la cocina en ese estado —recomienda mi hermana.

—Lo sé, lo sé, y no te preocupes, que si puedo esta noche me voy prontito a la cama.

—No sé por qué será, pero lo dudo. Y sigo sin creerme esa versión, tienes cara de cansada, sí, pero también de preocupación.

Ha dado en el clavo. Suspiro. No me queda más remedio que confesarlo.

—A veces... bueno, hay momentos en los que reflexiono y me pregunto si estaré haciendo bien las cosas... Si me muestro sobreprotectora con Félix o todo lo contrario.

—Eres joven, no pasa nada por querer disfrutar, por salir, por divertirte. Y no abandonas a tu hijo a su suerte.

—Sé que contigo está estupendamente, pero aun así...

—No puedes evitarlo, eres su madre y siempre te preocuparás —alega mi hermana comprensiva—, pero también eres una mujer, necesitas distraerte. No todo se reduce al trabajo y la casa. No puedes limitarte a eso o acabarás siendo una amargada. Y si te conviertes en una amargada a tu edad tu hijo pagará las consecuencias; así que nada, hay que distraerse.

Todo un alegato vital, sí señora.

Mi hermana continúa, al igual que yo, dale que te pego con la campaña «recortes». Dos escudos de armas y una lanza después vuelve a la carga.

—Aún piensas en él.

Montar el dichoso caballito de cartón me tiene loca, pero por mis ovarios que lo dejo acabado.

—¿De qué hablas? —inquiero evitando mirarla. Por dos razones, para que no se dé cuenta de que sé a quién se refiere y para no pillarme los dedos.

—De Max. No has podido olvidarlo.

—¡No! Eso no es cierto. —Tanta efusividad me delata.

—Mientes y lo sabes. Que nos conocemos...

Ése es el gran problema: con María no sirve de nada mentir, termina por cazarte.

—De acuerdo, lo admito. Me gusta... me gustaba mucho. Pero las cosas no son fáciles. No puede ser y tengo que asumirlo.

—Admitirlo ya es todo un avance —murmura con cierto tonito.

Salta a la vista que me está dando una tregua, pero que volverá a retomar este asunto en cuanto tenga ocasión.



Llevo más de dos horas sin darme un respiro. No he parado. Quiero tener todo a punto y cocinar. De ninguna manera voy a servir comida precocinada. Estoy metida en faena y sudando la gota gorda mientras la casa se va llenando de gente.

Es lo que tiene la incompatibilidad del precio del metro cuadrado y mi sueldo.

Ayer una paliza con la decoración, que por cierto ha quedado estupenda. Los chavales se lo van a pasar en grande con todo el decorado, además la idea es que vengan disfrazados y así todo saldrá redondo.

Incluso elaboré unas invitaciones para que mi hijo las reparta entre sus amiguitos, de tal forma que así puedan ir preparando sus trajes. Aquí sé que juego con ventaja, no hay crío que no se ilusione en cuanto le hablas de disfrazarse.

Uno de los regalos para Félix es un disfraz de caballero, cortesía de mi hermana. Nada más verlo en la tienda supimos que era el idóneo. Tiene de todo y le sienta de maravilla. Mi niño es todo un caballero. Va a estar guapísimo.

Parece mentira que ya tenga cinco añitos... cada vez que lo miro recuerdo los primeros días, en los que todo resultaba complicado. Tenía un bebé en los brazos, estaba hecha un lío y no sabía absolutamente nada. Pero fui aprendiendo sobre la marcha, aprendiendo de mis errores, y ahora estamos aquí. A punto de soplar cinco velas.

Félix está pletórico, emocionado. Cuando ha visto la que tenemos montada en el salón ha abierto los ojos y se los ha frotado. El pobre no salía de su asombro. En cuanto por fin ha podido hablar, no ha parado de decirme cosas como: «¡Mamá, qué chuli!», «¡Mamá, qué pasada!». Y su: «¡Halaaaaaaa!».

Y sus amigos del cole, a medida que han ido llegando, también se han explayado de la misma manera; son niños, tampoco voy a pedirles que me busquen cinco sinónimos para describir la ambientación medieval de mi salón.

Mis esfuerzos con el corta, recorta y pega han dado sus frutos. Lo importante es que les ha gustado y así se involucran mucho más en la fiesta de cumpleaños y está todo listo para pasar una tarde memorable. Aunque yo termine deshidratada en la cocina.

María es la encargada oficial de abrir la puerta, recoger abrigos, hacer presentaciones, servir lo que yo voy cocinando y darme ánimos. Todo ello sin perder la sonrisa. Su apoyo incondicional en estos momentos me ayuda más que nunca.

A Beto le he encargado la difícil tarea de animador infantil. Al principio a puesto cara rara. Él está acostumbrado a fiestas con más glamour, de eso no cabe duda, pero se ha venido arriba y se defiende estupendamente. Parece mentira, tiene a los críos comiendo de su mano, incluyendo a un par de niñas tímidas con las que se ha solidarizado desde el primer minuto para que se integren en la fiesta.

Todas son elegantes princesas de cuento y ellos valientes caballeros. También se han acercado un par de fieros dragones y un bufón, por lo que tenemos toda la comparsa formada. Ahora sólo falta que Félix abra sus regalos y que sus amiguitos le canten el *Cumpleaños feliz*.

Quiero terminar los aperitivos. Podría haberme ido al súper y llenar el carro, pero me gusta ofrecer a mis invitados algo diferente y de paso dar a probar algunas de mis recetas, pese a que ello me suponga un duro esfuerzo metida en la cocina.

—¿Cómo vas? —me pregunta María desde la puerta. Yo me limpio el sudor de la frente antes de poner en una bandeja una nueva hornada de pastelitos. Preguntarme eso viéndome lo apurada que voy tiene guasa, sin embargo respondo:

—Muy liada.

—Anda, deja que yo coloque eso —me dice entrando en la cocina. Se asoma por encima de mi hombro, no me pregunta en qué ando metida y se acerca hasta la encimera para despejarla un poco, para que no se acumule el «escombro» y así ir recogiendo un poco, que aquello parece un campo de batalla. María coge un par de bandejas que ya están listas para llevar al salón y se marcha con ellas.

—¿Necesitas que te eche una mano?

Me vuelvo y veo a *sir* Beto, con su espada de plástico atada al cinto. Nada como unos vaqueros de diseño para combinar con una espada.

—Tranquilo —murmuro—. Ya casi acabo.

—Te vas a perder la fiesta —me dice en plan regañón.

—Vale, vale. Voy en un segundo.

Me deja a solas e intento darme toda la prisa que puedo ya que tiene razón, quiero estar con Félix y divertirme con las locuras y ocurrencias de un grupo de niños de cinco años mientras juegan.

Miro el temporizador del horno, en diez minutos estará listo el bizcocho y entonces podré sentarme un rato a conversar con alguno de los padres que han venido, que se van a creer que soy el fantasma del castillo; me oyen hablar pero no me ven. Oigo de nuevo el timbre de la puerta y doy por hecho que llega algún invitado rezagado, lo cual confirma mi teoría de que me va a costar salir de la cocina. Ha venido más gente de la que esperaba y no puedo dejarlos sin comida.

Mi salón parece una romería pero me encanta estar rodeada de gente y pasar una tarde agradable.

—¡Ooooooooooooooh!

Cuando oigo el coro general de admiración, parpadeo; a saber qué está pasando. Pero en cuanto Félix chilla emocionado y acto seguido mi hermana exclama otro «¡Ooooooooooh!» igual de emocionado pero mucho más sospechoso, termino por limpiarme apresuradamente las manos en un trapo y salgo de mi reducto para asomarme y ver de qué se trata.

No me lo puedo creer...

Cierro los ojos y cuando vuelvo a abrirlos él sigue ahí, rodeado de niños

pequeños, locos y exultantes, y algún adulto, más bien adulta, mirándolo. Salta a la vista que sabe ganarse a la gente.

Nunca pensé que viniera. Pensé que... bueno, que cuando lo comenté no fue sino una frase típica, como «Nos llamamos» o «Cuando necesites algo, llámame». Frases hechas, lo que se dice para quedar bien. Jamás imaginé, y menos aún tras nuestro desastroso encuentro, que Max fuera a presentarse en el cumpleaños de Félix.

Observo la escena y cuando él por fin levanta la vista y me mira...

No quiero ser una blandurria ni una gilipollas, pero termino sonriéndole y en ese instante me doy cuenta, y eso que me empeño en decir lo contrario, de que estoy coladita por él. No tiene sentido negarlo.

Max me mira, me sonrío, al principio con cautela y poco a poco ampliando la sonrisa al darse cuenta de que me tiene atrapada.

Miro a mi hermana, advirtiéndole con la mirada que mantenga la boca cerrada, y no sólo porque ya está bien de babear mirando y/o escaneando a Max. Que ya le vale.

No necesito ningún tipo de estímulo, ya sé que él ha venido y lo que eso significa. No voy a echarlo a patadas de casa, no se merece ese desplante. Lo que ha hecho hoy por mi niño significa mucho para mí y demuestra la clase de persona que es.

Con la carne de gallina ante lo que me supone tenerlo en casa doy media vuelta y regreso a mi cocina, no vaya a ser que acabemos sin pastel de cumpleaños. Ultimo las bandejas que quedan por sacar para los invitados y decoro la tarta con la enorme vela.

Mientras, intento mantener a raya todas mis emociones, que amenazan con tomar el control y empezar a llorar, a reír, a gritar o a saber qué. En la casa hay invitados, hay que aplazar todo esto. No puedo arruinar la fiesta de cumpleaños convirtiéndome en un manojo de nervios.

No tenía intención de hacerlo pero quiero pasar por mi dormitorio y cambiarme de ropa. Me digo que la presencia de Max no tiene nada que ver, que es en deferencia a todos los invitados, pero cuando tardo más de cinco minutos en elegir ropa sé que no es así.

Regreso a mi abarrotado salón, donde vamos a estar apretujados, aunque mis amigos se las han apañado para que los niños y niñas puedan jugar mientras los adultos prueban todo lo que he preparado.

Nada más verme me felicitan por los aperitivos, las tartaletas y los bombones caseros. Incluso me piden la receta y yo, con orgullo, se la explico.

El invitado que se ha ganado más ¡ooooohhhhs! me guiña un ojo y aprieto los muslos. Así lo voy a pasar muy mal, por lo que me concentro en mis funciones de anfitriona.

Sin embargo mis ojos se desvían constantemente hacia un punto muy determinado de la estancia: Max está enredando junto a mi televisor... ¿Qué pretende?

—¡Mami, mami! —grita Félix entusiasmado.

Presto atención a mi hijo sin quitar ojo a quien parece ser el invitado estrella y

Félix me enseña una caja.

Reconozco de inmediato de qué se trata y termino sonriendo.

—Me lo ha traído ese chico —aclara señalando a Max—. Y me ha prometido instalarla. Además mira este juego, mamá, mira, es el que yo quería.

Después se lo muestra a sus amiguitos, los cuales están puestísimos en el, para mí, desconocido mundo del videojuego.

Y yo no puedo dejar de preguntarme «¿Cómo lo ha sabido?». Hasta cierto punto una videoconsola de última generación puede ser el regalo perfecto, sólo hace falta pasarse por una tienda de maquinitas y preguntar al dependiente, pero ¿y el juego? Ahí sí que estoy verdaderamente anonadada, pues la oferta es amplísima, por lo que, sin conocer al destinatario, adivinar qué puede gustarle es francamente imposible.

Mientras Max sigue conectando cables, lo cual le va a resultar una ardua tarea pues mi televisor no es muy moderno que digamos, me dedico a hablar con los allí presentes intentando que no se me note lo nerviosa que me pone. Bueno, también me pone de otra forma, pero eso de momento lo vamos dejando.

Veo a mi hermana y a Natalia darle a la sin hueso y adivino el tema principal de conversación, pues no dejan de mirar a Max, quien, agachado, les ofrece una buena perspectiva de su trasero metido en la faena de conectar la videoconsola.

Uno de los padres se une a lo que parece una misión imposible, y nosotras mientras tanto nos dedicamos a conversar sobre asuntos banales, a intercambiar opiniones sobre cosas del cole o a comentar los juegos que se llevan a cabo en mi salón medieval.

—Bueno, vamos a probar si esto funciona —dice Max incorporándose y cautivando a los y las presentes, con su encanto natural.

Pulsa unos botones en el mando y aquello parece que empieza bien.

Félix da gritos de alegría al igual que todos los críos al comprobar que el juego que tanto furor causa aparece en la pantalla. Mi hijo agarra impaciente un mando y me deja sin palabras al ver cómo maneja los botones. ¡Dios mío! Si yo soy incapaz de dominar mi móvil.

Para dejarme aún más sorprendida, Max se erige como organizador oficial de la partida y se las apaña para calmar las ansias de todos los niños por jugar, de tal forma que estableciendo turno puedan ir disfrutando sin que haya peleas. Las niñas también se suman y la verdad es que todos parecen pasarlo estupendamente.

—No me extraña que estés tan ilusionada —me dice Natalia en tono picarón.

—Y no es para menos. —María se une al club de fans de Max con más entusiasmo si cabe y yo me preparo para lo que promete ser una oda en toda regla—. ¿Tú lo has visto bien?

—No tanto como otras afortunadas.

Natalia suspira y yo niego con la cabeza, vaya par de cotillas están hechas. Me mantengo en silencio porque cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en mi contra.

—Y parecía tonta la chiquilla... —prosigue Natalia en su afán por dar la nota, ya

que como siga elevando la voz Max, que no es tonto, se va a dar cuenta y no quiero, vaya vergüenza.

—Lo mismo pienso yo. Así, a la chita callando, se lleva el premio gordo.

—¿Y tu marido qué opina de todo esto? —intervengo recordando a mi queridísima hermana que está felizmente casada, por si lo había olvidado.

—Oye, que una esté a dieta no significa que no pueda mirar el escaparate de una pastelería.

—Exactamente —se apunta la otra—. Además, ¿no has oído nunca eso de «Follas menos que un casado»?

—Bobadas —digo poniendo los ojos en blanco.

—Sí, sí, bobadas —canturrea María toda ufana.

—Hasta donde yo sé nunca te has quejado de tu marido —apunto mirando a mi hermana, «la necesitada»—. Y lo mismo te digo a ti, que de vez en cuando presumes de no haber pegado ojo por el meneo al que te somete tu maridito —le espeto con guasa a Natalia, a ver si con un poco de suerte se olvida de su faceta chinche y me deja tranquila.

—Ay, chicas, me acabo de enamorar. —Beto se une a las dos pájaras y ya tenemos al trío Lalalá.

—Calla —le digo entre dientes; vamos a dar la nota. Parecen tres viejas meticonas sin ningún tipo de vergüenza, dispuestas a despellejar a quien se les ponga por delante.

—Tengo que salir de dudas... —murmura Beto mordiéndose el labio y mirando a Max como si fuera un dios.

—¿Dudas? ¿Qué dudas? —inquieta Natalia riéndose pero sin perder ripio.

Vaya par de salidas que tengo metidas en casa.

—A lo mejor es gay y no lo sabe. Yo puedo ayudarlo a descubrirlo —nos anuncia moviendo las cejas todo emocionado—. No me importaría guiarlo en ese apasionado viaje de descubrimiento sexual.

—¡Por favor! —me quejo negando con la cabeza. Sé que no tienen mala intención pero me joroba un poco.

—Deja que el chico se divierta —me regaña María—. Por cierto, ¿vas a volver con él? —La pregunta del millón—. Pues decídetelo —insiste—, porque si no lo quieres tú, me lo pido yo.

—Eh —interviene Natalia—, ¿y qué pasa conmigo? ¿Yo no tengo opción?

—Yo lo vi primero —responde María.

—Todavía no sabemos si es gay —mete baza el otro.

—Me parece que va a ser que no —le explica María mirándome significativamente.

—¿Queréis dejarlo ya? Os va a oír.

—Oye, que sólo te estamos pinchando un poco para que reacciones.

La madre que los parió... así no hay manera de serenarse.

—Anda, ve y ofrécete algo de beber, que el pobre se ha matado con tu tele conectando la videoconsola —ordena mi hermana con guasa.

La fulmino con la mirada y observo a Max comentar con el otro invitado los pormenores técnicos —a mí me aburren porque principalmente no los entiendo— de la instalación y las características técnicas del aparato.

Eso me da la oportunidad perfecta para acercarme, entregarle una bebida y librarme del trío inquisitorial. Que hoy tienen correa para rato.

Llevo a la práctica mi plan pero cuando estoy a su lado Max me mira de una manera que me revoluciona, así que le entrego la copa de forma un tanto brusca antes de regresar con el trío Lalalá, que se está descojonando a mi costa.

Miro mi reloj, me doy cuenta de que puedo escaparme del salón con la excusa de sacar la tarta de cumpleaños y sin decir ni pío me marcho. Pero mi gozo en un pozo cuando la pesadita de mi hermana me sigue hasta la cocina.

—Ahora ya no lo puedes negar... —Comienza el acoso y derribo, parte I.

—María... —Voy a intentar no caer en sus provocaciones mientras me ocupo de buscar los platos de plástico decorados para repartir las raciones.

—¡Ha venido! Bea, joder, ¡ha venido! ¿Sabes lo que eso significa? —Acoso y derribo, parte II.

—Toma, coge esto —le digo pasándole las servilletas de papel.

A ver si se entretiene con algo y deja de darme la murga.

—Que está interesado en ti, maldita sea. Que de verdad le importas y que sea lo que sea que os pasó tienes que darle otra oportunidad.

Espero que sea la parte III y última.

—María, de verdad te lo agradezco, pero son cosas entre Max y yo. No te metas, que te veo venir.

—¿Pretendes que me quede cruzada de brazos mientras haces el idiota? ¿Mientras te pasas el día con cara de acelga mustia? —Niega con la cabeza con vehemencia—. Pues lo llevas clarinete, pienso darte la paliza hasta que reacciones.

Parece que el discurso ha llegado a su fin.

—Vale, hablaré con él.

—Y luego mira a ver si te reconcilias como es debido...

Joder con la picantona de mi hermana, si hasta deja caer comentarios sexuales como si nada.

Regresamos al salón donde los niños y niñas continúan pegados al televisor como si estuvieran abducidos. Pero ha llegado el gran momento y aunque me gane a pulso el título de «mamá petarda cortarrollos» les pido que apaguen el videojuego para cantar el *Cumpleaños feliz* y comer la tarta.

Escucho un coro de «Joooo, qué asco» pero me da igual. Es el momento de la tarta y no admito protesta alguna.

Todos los críos se reúnen alrededor y cantan de aquella manera; yo me parto de risa, al igual que el resto de los adultos. Félix cierra los ojos concentrado en su deseo

y yo siento la mirada de Max. También me gustaría pedir el mío, pero no tengo cinco años.

No sé qué va a pasar cuando los invitados abandonen mi apartamento. No sé qué espera Max de mí y no sé por qué sigo tan nerviosa.

Bajo de las nubes y me concentro en mi papel de madre para empezar a repartir las porciones. Los niños se abalanzan y empiezan a comer sin más. Con los adultos es otro cantar, en especial algunas con su consabido «A mí ponme poquito», «A mí la mitad de la mitad», pese a que se les saltan los ojos. No digo nada y les sirvo su ración tal cual me piden.

Mi hermana, como ayudante oficial, va repartiendo platos hasta que veo a Max a mi lado esperando su porción.

—Tiene una pinta estupenda.

Son las primeras palabras que me dirige desde que ha llegado, pese a que llevamos jugando al gato y al ratón desde que atravesó la puerta de mi apartamento.

—Deberías probarla antes de nada —le espeto con sorna.

Él mejor que nadie sabe que esa tarta lleva dedicación y cariño —suena cursi pero es así— como ingredientes básicos. Los demás pueden comprarse en cualquier establecimiento especializado.

De nuevo me felicitan y yo agradezco con una sonrisa sus cumplidos. Mi esfuerzo tiene recompensa, en especial ver a un montón de niños y niñas con el morro sucio riéndose.

Quiero hacer fotos de toda la fiesta pero veo que Max se me ha adelantado: con su ultramoderno móvil ha ido captando cualquier detalle, sé que yo estaré incluida en esas imágenes y me aterroriza pensar en qué condiciones saldré. Espero que borre las más desastrosas.

Algunos padres empiezan a murmurar eso de que se está haciendo tarde y es cierto. Se nos ha pasado el tiempo volando, así que pese a las protestas de los niños la casa empieza a despejarse.

—Bueno, guapa. Te felicito. —Beto me da un sonoro beso en la mejilla—. Ha sido increíble, me lo he pasado genial.

—Gracias por todo, Beto, eres un amor, no sé qué habría hecho sin ti —le respondo sonriente y muy agradecida.

—Deberías hacer algo con ese tipo —me dice en tono confidencial y me deja sin oportunidad de réplica.

María empieza a recoger y veo con asombro que Max, a su lado, hace lo mismo. Ambos van metiendo en la bolsa de basura los vasos, platos y demás restos que han ido quedando tras la fiesta.

Félix, mientras tanto, no suelta el mando de la consola. Ahora que la tiene para él solo no sé cómo voy a lograr despegarlo para mandarlo a la cama.

Me voy a la cocina, donde tengo otro frente abierto, y me meto de lleno en la desagradable tarea de recoger cacharros y colocarlos en el lavavajillas.

Oigo voces procedentes del salón y rezo para que María no esté acosando a Max con sus preguntas. O peor aún: con sus sugerencias.

Como no me fío de ella, voy hasta el cuarto y recojo su abrigo y su bolso. No estoy siendo muy sutil, lo sé, pero si evito males mayores...

—Será mejor que me vaya —dice ella entendiéndolo a la perfección mi para nada diplomática aparición.

Se inclina hacia Félix y le da un achuchón antes de dejarle continuar con su juego.

—Adiós, tita —canturrea mi niño más pendiente de la pantalla que de otra cosa.

—Gracias por todo, María.

—De nada, pero mañana ración doble de piscina, que si no se me van a quedar los kilos a plazo fijo —bromea.

Para tocarme aún más la moral se acerca hasta Max y se despide de él con una sonrisa. Éste, educado como siempre, agradece su gesto y le devuelve la sonrisa. Par de conspiradores...

—Buenas noches, María —murmura Max y se despide de ella con un par de besos, como dos coleguitas de toda vida. A saber qué han estado cuchicheando esos dos a mis espaldas.

—Buenas noches, Max.

¿Soy yo o esa descarada que tengo por hermana le ha guiñado un ojo? Y no sólo eso, ¿Max le ha devuelto el gesto?

Cierro la puerta con llave. De esta forma tan sencilla le digo, sin palabras, cuáles son mis intenciones. A buen entendedor...

Miro la hora y sé que hace ya un buen rato que Félix debería estar durmiendo así que me dirijo al salón dispuesta a meterlo en la cama como sea.

—Mamá, joooo, que ahora estoy en lo mejor —protesta cuando me pongo delante de la pantalla.

—Es tarde, ya deberías estar dormido.

—Pero si lo dejo ahora, ¿quién acabará con los malos? Que son muy malos y la lían en cuanto los dejas.

Aguanto las ganas de reír. Le entrego el otro mando a Max y digo:

—Él, no te preocupes. Los mantendrá a raya hasta que mañana puedas ocuparte tú.

Sin dejar de quejarse, es lógico, se levanta pero me deja muerta cuando se acerca a Max y éste se acucilla para escucharle.

—Gracias, Max. Buenas noches.

—Gracias a ti. Buenas noches.

Me emociono sin poder evitarlo.

Ahora sí es el momento de dar rienda suelta a todo lo que danza en mi interior y me amenaza con convertirme en una llorona.



Apago la luz del cuarto de Félix y cierro la puerta despacito.

Ha caído como un bendito y no me extraña. Tantas emociones en un solo día lo han dejado exhausto.

Yo también noto el cansancio acumulado tras tantas horas de pie, aunque en mi caso no es tan sencillo. Hay cosas que no puedo dejar para mañana. Y no me refiero al arsenal de cacharros que me esperan.

Regreso a la cocina, donde Max aguarda. Aquello está todo manga por hombro, y aunque me cueste horrores prefiero limpiarlo ahora y poder acostarme con la tarea finalizada.

—Toma —me dice entregándome una copa de vino—. Es de los viñedos donde...

Me atraganto antes de dejarle acabar la frase y él sonrío ante mi apuro. Se acerca a mí para darme unas palmaditas en la espalda, pero dudo que tocándome se me vaya a pasar.

Bebo de nuevo y suspiro resignada; cuanto antes empiece antes acabo.

—Deja que te eche una mano —sugiere dejándome sin palabras. No estoy muy acostumbrada a las reconciliaciones pero me da a mí que entre platos sucios, vasos y restos de comida no queda muy romántico. Es, sin duda alguna, el escenario menos propicio para este tipo de cosas. Aunque mirándolo me doy cuenta de que hasta en esta coyuntura Max encaja, no parece fuera de lugar.

Sin más consideraciones, comenzamos la odiosa tarea de limpiar este desaguizado. Los dos en silencio, en una escena de lo más doméstica. Como si acostumbráramos a recibir visitas juntos en nuestra casa y después en un mano a mano recogiéramos los trastos.

Este pensamiento resulta peligroso.

El espacio es reducido y cada vez que me acerco al lavavajillas me rozo, no sé si accidentalmente, con él. Cuando Max va al cubo de la basura se frota conmigo. Y así a lo tonto llevamos diez minutos tocándonos «sin querer», caldeando un ambiente ya de por sí caluroso.

Me voy a meter en problemas, seguro.

Nunca antes un lugar con menos glamour por metro cuadrado fue tan erótico. Porque siento un hormigueo entre los muslos. Y si sólo fuera eso... Noto una especie de inquietud, no sé muy bien cómo comportarme cuando acabemos de recoger todo esto. Si lo pienso detenidamente... ¿Qué sentido tiene sentarnos en el sofá, aparentar normalidad, perder el tiempo hablando y obviar lo que ambos sentimos en ese instante?

Dejo de mala manera el trapo sobre la encimera y me doy la vuelta. Aparto el pelo de mi cara y espero a que Max termine de dejar unos cacharros en el fregadero

para que se dé la vuelta y me vea. Afrontemos los hechos de una maldita vez.

—¿Qué ocurre? —pregunta al ver mi expresión, a caballo entre el cabreo conmigo misma y la excitación.

—Nada —miento como una bellaca al más puro estilo ama de casa cachonda. Por el tono espero que haya intuido algo.

—Pues no lo parece —comenta mirándome con curiosidad. Se cruza de brazos y espera. ¿El qué? Maldita sea, esa actitud indolente me enerva, pero qué carajo, también me pone cachonda.

A ver si me meto en la cabeza que en estas cosas yo ando pez y estoy frente a un maestro.

Respiro, le sostengo la mirada y apoyo las manos en la encimera. Mi modesto escote deja de serlo y sigo esperando.

—Voy a dejarlo —me dice ahora más serio.

Sigo acalorándome cada vez que recuerdo lo que hicimos, lo que sentí...

Se acerca a mí y me coge de la mano. No sé si estoy preparada para esto.

—Si lo haces por mí... —consigo decir a duras penas. Sólo me acaricia levemente una mano y yo estoy cardíaca perdida.

—Prácticamente tengo el dinero que necesito...

—No es asunto mío —lo interrumpo tapándole la boca con una mano. Ése es el único tema prohibido entre ambos.

Quiero mostrarme indiferente, al fin y al cabo es una decisión suya, pero ha tenido la deferencia de compartirlo conmigo. ¿Significa lo que creo que significa? ¿O de nuevo estoy echando las campanas al vuelo antes de tiempo?

—No quiero hablar de ello —musito y entre el calentamiento global, su mirada y mis ganas de besarle estoy a punto de gritar o algo peor.

—De acuerdo —acepta y me toca.

Acaricia mis labios con el pulgar, preparándolos para uno de sus besos, los cuales echo tremendamente de menos.

Y lo tengo cerca, tan cerca que lo siento respirar, tan cerca que puedo olerlo y tan cerca que sería una estupidez no rodearlo con los brazos y atraerlo hacia mí.

Max se adelanta a mis deseos. Su brazo rodea mi cintura y al más puro estilo machote me pega a su cuerpo justo un segundo antes de inclinar la cabeza y morderme el labio. Esta demostración tan primitiva no hace sino ponerme más cachonda, más caliente que el pico de una plancha.

Intensifica la presión sobre mis labios y yo respondo con más ímpetu si cabe.

No puedo creer que haya tardado tanto en besarle. ¿Cómo he sido tan tonta? ¿Cómo he estado tan ciega? ¿Cómo he podido pasar por alto todas y cada una de las reacciones de mi cuerpo ante su presencia?

Me entra la angustia, mis manos no son capaces de tocar a la velocidad que quisieran. Recorro su pecho y me molesta hasta la ropa, así que sacando mi lado agresivo tiro hacia arriba de su camisa y se la saco de los pantalones. Max tampoco

pierde el tiempo, mi vestido está prácticamente desabrochado a la altura del escote y enrollado en las caderas.

Qué habilidad, por favor. Y con sólo dos manos.

Su boca ahora trastea junto a mi cuello. Me lame, me mordisquea, atrapa el lóbulo de la oreja y vuelta a empezar.

—Te quiero desnuda... —jadea—, abierta de piernas... para mí...

A ver, ¿quién es la valiente que dice que no a tal deshonesto proposición?

—De acuerdo —acepto sin dudar y automáticamente Max me coge en brazos para depositarme sobre la mesa de la cocina.

Al más puro estilo peliculero hace un barrido con el brazo tirando al suelo los moldes de plástico, los cubiertos y a saber qué otras cosas; me resbala.

Restriego el culo hasta quedar bien colocada notando que algo pegajoso se adhiere a mis muslos, pero una no puede ser remilgada cuando está a punto de echar un buen polvo en plan doméstico.

—Date prisa —exijo e intento abrirle los pantalones, que ya está tardando. Con los nervios no consigo deshacerme del cinturón con la premura que exige la situación.

—Bea..., joder, espera un segundo... —gruñe tan desesperado como yo.

Su respiración y la mía van parejas. Lo hacemos de forma entrecortada. Hablamos entre susurros. Tenemos que controlar nuestro tono. No estamos solos.

—Te he echado de menos... —gimo junto a su boca antes de recibir uno de esos besos de infarto que me dejan descolocada.

Su boca no se conforma con devorar la mía. Me muerde el labio inferior, tira de él al tiempo que sus manos enredan sobre mi cuerpo. Me parece insuficiente. Me molesta el vestido.

—Te entiendo perfectamente... cada noche, cada, día... Bea, ha sido un infierno...

—Olvídate de eso —musito buscando sus labios para que ningún pensamiento negativo enturbie este instante.

Ahora no es el momento de las palabras, de los lamentos. Estamos juntos, excitados, es lo que en realidad importa.

Max posa una mano sobre mi pecho, instándome a que me recueste sobre la mesa, quedando a su entera disposición.

Con las yemas de los dedos traza una línea imaginaria desde el centro de mis pechos hasta donde mi vestido le permite. Si estuviera desnuda como me pedía podría llegar hasta mi sexo y tocarme en el punto exacto que preciso.

Siento la humedad entre los muslos y Max continúa acariciándome entre mis senos. Lento, muy lento. Y me desespero.

Lo sujeto de la muñeca, impidiéndole que siga en ese plan. Me mira, sonrío de medio lado. ¿Debo empezar a preocuparme?

Se quita la camisa, ya arrugada por completo, y la tira de ese modo tan peligroso

como efectivo, pues me relamo al ver su torso. Qué despliegue para mí sola.

Me humedezco los labios. Esto va para largo.

Me incorporo sobre los codos con la intención de tocarlo, pero me encuentro en inferioridad de condiciones así que levanto una pierna y poso el pie sobre su erección, presiono y él entrecierra los ojos.

Permite que lo frote así mientras lo miro inhalar en profundidad. Está muy excitado, el bulto que mi pie acaricia es prueba palpable. Quiero tenerlo cuanto antes sin pantalones. Quiero acariciar su erección, sentirla entre mis dedos, recorrer cada centímetro...

—Max... sé bueno... dámelo —suplico cuando me agarra del tobillo y se aparta. Me deja expuesta ante él.

—Todo, Bea, todo lo que desees lo tienes, sólo dímelo... —murmura depositando un beso en cada una de mis rodillas.

—Te quiero a ti —respondo.

Trago saliva ante lo que acabo de decir. Podría atribuir mi desliz a que estoy sumida en el frenesí sexual, pero, me conozco, ésa no es la razón, o al menos no la única. Sólo he dicho la verdad.

—¿Puedo tenerte? —añado con un nudo en la garganta.

Intento sonar casual, restando importancia a mi declaración.

—Ya me tienes... —Se lanza a por mis muslos. Sus besos van trazando ese camino invisible y ascendente que me está poniendo cardíaca, pero por si no lo estaba lo suficiente añade—: No lo dudes nunca, Bea.

La cosa, además de subir de temperatura, se está poniendo muy seria. Los dos estamos pronunciando palabras que quizá puedan comprometernos cuando nos encontremos más serenos.

Como puedo llevo las manos a mi espalda, quiero deshacerme de mi sujetador, que ahora no es más que un estorbo y todo ello sin dejar de contonearme mientras su boca sensibiliza la piel de la cara interna de mis piernas sin llegar al punto principal.

Max me sujeta de los tobillos. Me mantiene abierta para él, para su juego, para lo que desee. Sólo espero que tome la decisión correcta en un corto espacio de tiempo.

Estoy muy húmeda, caliente y sensible.

Debo de tener una pinta de lo más desastrosa.

Alzo la pelvis, lo incito, lo provoco, pero sólo obtengo un beso desesperante sobre mi pubis.

—Deberías empezar a plantearte muy seriamente el hecho de desabrocharte los vaqueros —susurro de aquella manera.

Como parece que necesita un poco más de aliciente, me incorporo pese a que la maniobra casi me desestabiliza para quitarme el vestido y mandarlo a paseo.

—Interesante... —murmura de lo más seductor.

—¿Crees que podrás ocuparte tú solo de esto? —pregunto metiendo un dedo en el elástico de mis bragas (qué bien hice poniéndome unas negras con encaje) y tirando

de él para mostrarle, por si no lo pilla, qué quiero a continuación.

—Lo intentaré, no lo dudes.

¡Oh, cuánta arrogancia en una sola frase!

—Pues empieza cuanto antes —le espeto con chulería.

Con esa forma suya tan característica que te derrite en el acto lleva las manos a su cinturón y, sin dejar de mirarme, comienza a soltarlo, maniobra que debí finalizar cuanto tuve la ocasión.

Me muerdo el labio, la impaciencia me puede y ahora va apartando la tela y vuelvo a presionar con el pie sobre su polla. Quiero verlo desnudo, tocarlo, recorrer con las manos cada milímetro de esa preciosa erección que esconde. Una no puede tener bajo control a sus hormonas cuando sus ojos ambicionan a un tipo como el que se está desnudando en mi cocina. Ah, pero si sólo fuera un descontrol sexual no me preocuparía tanto. Aquí lo realmente inquietante es lo que siento por él. Como se dice coloquialmente: he juntado el hambre con las ganas de comer. Y no veo el momento de hincarle el diente.

Poco a poco voy viendo más piel y trago saliva. Todo eso es para mí.

Max se inclina, pone las manos a ambos lados de mi cabeza y busca mis labios.

Con su descarro habitual presiona entre mis muslos con la punta de su polla, pero sin darme lo que anhelo. Chico malo...

—Bea... —gime rotando las caderas, friccionando mis labios vaginales y poniéndome en una situación comprometida. Más en todo caso.

—Deja de perder el tiempo... —He sonado muy necesitada, muy exigente, pero así es como me siento en sus brazos.

—Deja que disfrute de esto... —continúa sin penetrarme aunque sus movimientos se asemejan bastante—... de tu humedad, de tu calor...

Presiona sobre mi clítoris y abro desmesuradamente la boca en busca de aire. Se restriega y observo su cara de placer. ¡Y sólo estamos empezando!

Su boca, tan cerca de la mía, es una provocación en toda regla y como puedo me acerco para atrapar su labio y mordérselo suavemente, de forma que sepa lo mucho que lo deseo, lo disponible que estoy para cuanto desee hacerme. Aunque creo que este punto ya lo tiene suficientemente claro.

Responde a mi iniciativa con entusiasmo, besándome, lamiéndome, y cuando menos me lo espero lo siento entrar en mí. Con fuerza, dilatándome, haciéndome gemir y arquear mi cuerpo para sentirlo tan profundamente como sea preciso.

—Sí —musito agarrándome a sus antebrazos para no caerme.

Con cada una de sus embestidas mi cuerpo se desplaza por la pegajosa mesa de la cocina; si no me ando con cuidado acabaré en el suelo, el cual también está «fino».

—Te he echado tanto de menos... —repite mientras continúa penetrándome de manera profunda, implacable.

Y tengo que cerrar los ojos. Enfrentarme ahora a su mirada me resulta imposible. Con su perseverancia ha demostrado que de verdad le importo, no me recrimina ni

mis hechos ni mis palabras. Yo, por mi parte, sólo puedo abrazarlo, dejar que coja cuanto quiera de mí. No puedo negarle absolutamente nada.

—Lo sé... —jadeo cada vez más tensa.

Rodeo sus caderas con mis piernas. Todo contacto entre ambos es poco. Quiero más, soy egoísta.

—Deberías ver esto... —murmura poniéndose de pie y agarrándome de las caderas para continuar sus envites.

Abro los ojos; Max tiene la mirada fija en la parte donde nuestros cuerpos se unen.

—Tan mojada... —prosigue—... tan suave... Tu excitación sobre mi polla...

Como poeta no tiene futuro, me digo, pero sus palabras obscenas, vulgares, son efectivas. Oírlo hablar de ese modo me calienta mucho más. Y me animo.

—Adoro tu polla. —Me uno sin pensarlo y Max parece apreciar mi elección de términos, pues me la mete con renovado brío.

—Me encanta oírte hablar así...

Sus dedos aprietan mis caderas, lo cual significa que a buen seguro mañana tendré marcas que sin duda me recordarán todo y que si pudiera luciría orgullosa. Continúo mi incursión en el lenguaje erótico-festivo.

—Cuando la sacas y después, de un solo empujón, la clavas hasta el fondo... —cojo aire porque tanto diálogo caliente me hace respirar agitadamente—, me vuelve loca. No te haces una idea de lo que siento.

—¿Así? —inquiere obedeciendo al pie de la letra mi sugerencia.

Asiento entre jadeos.

—Max... —gimo su nombre. Estoy cerca, lo noto, pero en esta posición me encuentro en inferioridad de condiciones.

—Aún puedo hacerlo mejor —asevera y una de sus manos acaricia mi vello púbico.

Para mi completo asombro tira suavemente de él, provocándome una pizca de dolor que me hace reaccionar de inmediato. Mi ritmo cardíaco se desborda, la tensión de mis músculos vaginales se hace insoportable...

—Joder... —gruñe repitiendo el tirón—, apriétame así, cariño, eso es, apriétame...

Obedezco, servil y encantada, acogiéndolo.

Mi orgasmo es inminente...

... pero no llega.

Parpadeo cuando de repente Max, sin una explicación coherente, sale de mi cuerpo dejándome incompleta, ansiosa, a las puertas del clímax...

—Pero ¿qué...? —Desesperada veo cómo me sonrío de forma perversa, muy perversa, y cae de rodillas frente a mí.

—Quiero probarlo todo —dice e inmediatamente sus fuertes manos me abren si cabe más las piernas y baja la cabeza para encontrar a la primera mi clítoris, al cual

somete a una succión definitiva.

Y por si aquello no era suficiente me golpea suavemente justo en el centro desencadenando mi placer.

Un orgasmo me atrapa ipso facto.

Aflojo las piernas, estiro los brazos y giro la cabeza a un lado, olvidándome de dónde estoy pero no de con quién. Observo de reojo a Max, aún de rodillas entre mis piernas, besándome la cara interior de los muslos con una delicadeza sorprendente.

No sé cómo puede mostrarse tan comedido, tan atento. El pobre tiene que estar a punto de estallar.

—¿Max?

—Mmmm... —Ahora son sus labios sobre mi piel y sus murmullos los que me descolocan aún más.

Noto su lento ascenso y cómo de paso me vuelvo a excitar. ¿Quién no lo haría?

—¿No vas a...? —lo dejo caer porque ahora, de forma absurda, ya no me atrevo a ser tan explícita.

—¿Metértela hasta el fondo y correrme en tu interior? —termina Max la frase logrando que mi sangre vuelva a hervir, así, en apenas medio segundo.

—Yo no habría sabido expresarlo mejor.

Se incorpora poco a poco, dejando un reguero de besos por mi abdomen y mis pechos hasta mi garganta, y cuando su boca está a la misma altura que la mía me acuna el rostro y me mira fijamente.

—Mírame, Bea... Siéntelo...

Y lo hago. En ese mismo instante percibo cómo me la clava de un fuerte empujón, como sabe que me gusta. Me cuesta mantener los ojos abiertos pero quiero complacerlo, me esfuerzo y mientras sigue embistiéndome, ahora en busca de su propio y merecido orgasmo, no deja de mirarme.

Ahora las sensaciones son mucho más intensas pues mi sexo, tras el clímax, está mucho más sensible a cualquier roce.

—Max... —murmuro acariciándole el rostro. No me canso de tocarlo, de sentirlo o de olerlo. A veces pienso que es irreal, pero sus envites me confirman que esto no es un sueño. Está aquí, conmigo, en una cocina minúscula y sucia follándome como a ambos nos gusta, como ambos disfrutamos. Como ambos necesitamos.

Lo observo maravillada. Su expresión me lo dice todo, está a punto y yo quiero devolverle el favor. Me concentro, aprieto los músculos vaginales y de inmediato Max jadea así que repito, repito y repito hasta que se agita, gruñe, corcovea.

—Córrete —jadeo junto a su oreja y él, encantado, accede sin vacilación.

Lo acojo con los brazos abiertos. Sentir su peso resulta agradable.

Permanecemos así, unidos, regulando la respiración hasta que Max, apoyándose en los brazos, busca mi mirada y me sonrío. Yo le devuelvo el sencillo gesto.

Echa un vistazo a su alrededor y empieza a reírse. Arqueo una ceja, no le veo yo la gracia a todo esto. Ha sido excitante, morboso, pervertido si me apuras y hasta con

un punto obsceno, pero gracioso lo que se dice gracioso muy poco.

—¿Qué te pasa? —inquiero ante su inexplicable punto cómico.

—Estamos locos —dice fijando de nuevo la atención en mí—. Tan locos que somos capaces de follar sobre la mesa de la cocina sin haberla limpiado antes.

Me muestra una de sus manos, con la que me ha estado agarrando, embadurnada de chocolate en polvo.

Entonces se le borra la sonrisa y temo lo peor. Esa mano pringosa se acerca a mi boca, y como si fuera una autómatas, separo los labios para lamer sus dedos, uno por uno, deleitándome con el sabor del cacao casi puro.

—Golosa... —susurra.

Asiento y sigo chuperreteándole los dedos mientras me voy incorporando a pesar de que ya no queda ni rastro del chocolate.

Max, con tal de complacerme, pasa de nuevo la mano por la superficie de la mesa y de nuevo me la ofrece. Niego con la cabeza, bajo la vista y señalo su polla.

—Faltaría más... —dice sujetándosela para que yo pueda hacer de las mías, pero en el último segundo se aparta y añade—: Pero de momento, vayamos despacio.

Un beso rápido en los labios es todo lo que obtengo mientras lo veo subirse los pantalones y ponerse de nuevo a limpiar los trastos.

Recojo mi vestido del suelo, sucio y arrugado. Estoy por dejarlo así como recuerdo.



Terminamos de recoger todos los trastos en silencio. No es sencillo, a mí las piernas no me sujetan. Tiemblo y sé el motivo: verlo allí, descamisado, con los vaqueros abiertos, está poniendo seriamente a prueba mi autocontrol.

Y no me encuentro yo últimamente muy predispuesta a refrenarme. Parece imposible pero es cierto al cien por cien, me siento excitada. Con ganas de más. Como diría mi hermana: un no parar. Claro que si mi autocontrol está bajo mínimos tampoco ayuda el aspecto desaliñado, pero atractivo, de mi amante.

Es el ideal de toda chica, tipo «buenorro descamisao» limpiándote la cocina. Cómo meneas el trapo, qué arte.

Lo deseo, otra vez, y otra y otra.

Un deseo peligroso, sin embargo muy real.

Mi sexo, aún húmedo tras el agitado folleteo de hace unos minutos, no parece relajarse. Incluso me siento más excitada que antes. Únicamente pienso en tenerlo de nuevo. Puede que así me sienta saciada, aunque me da que no es fácil.

Es como una bolsa de chuches, o como el rascar, todo es empezar. Y yo tengo al señor de Chuchelandia en mi casa para darme un atracón. Si lo pienso con detenimiento, darle al sexo desenfrenado sólo tiene efectos positivos, a diferencia de las golosinas y sus posibles consecuencias para mis niveles de azúcar.

Sí, definitivamente renunciaré al azúcar y me haré adicta a Max y a su cuerpo.

¿Y pensar que soy yo la culpable de esas pintas tras revolcón intenso con altas expectativas de repetir en breve?

—Tienes una cara... —me dice y termino sonrojándome.

Miro para otro lado. Me gustaría refrescarme pero resultaría tan obvio que terminaríamos de nuevo sobre la mesa o sobre la encimera.

—Acabemos con esto cuanto antes —farfulto dándole caña a la bayeta para salir de la cocina. Que como siga teniendo pensamientos pecaminosos nos dan las uvas y esto sigue hecho un asco. Eso sí, yo satisfecha.

Echar un polvo a lo doméstico es realmente gratificante, muy excitante, peliculero, de esas experiencias que cuentas a tus amigas una noche de copas en las que el alcohol te suelta la lengua y sobre todo te permite realizar una de las más recurrentes fantasías. Por no mencionar que la estancia pasa de ser una habitación más, ligada a la rutina, a formar parte del catálogo de posibilidades eróticas; pero como casi todo en esta vida tiene una contrapartida y en este caso se trata de mi culo y espalda, sucios ambos y que claman por una ducha.

Bueno, yo también he contribuido a que Max luzca una huella de mi mano en su torso. Así que ahora me tocará limpiarlo...

Pero antes de ocuparme de su higiene, tengo que acabar con el desaguisado de la

cocina. Mano a mano vamos reduciendo la mugre a niveles aceptables y cargando los cacharros en el lavaplatos de tal modo que mi cocina vuelve a estar decente; no así yo, que me encuentro de un indecente... En todas las acepciones de la palabra.

Suspiro cuando por fin programo el lavavajillas y Max apaga la luz. Continúa sin decir ni pío. Mirándome. Intuyo que sus pensamientos y los míos discurren por el mismo camino. Me sigue al cuarto de baño. Le hago una señal para que pase primero pues quiero asomarme a la habitación de Félix y comprobar cómo está.

Entro con cautela, sin dar al interruptor de la luz, y aprovecho la iluminación procedente del pasillo para no tropezar con alguno de los cachivaches que seguramente ha dejado tirados en el suelo. Sonrío encantada. Duerme tranquilo. Se nota que hoy ha sido un día agotador. Mañana no parará de hablar de ello. Cierro con cuidado la puerta de su dormitorio.

Un leve destello de culpabilidad se me pasa por la cabeza, sin embargo me vienen a la mente las palabras de mi hermana y desecho cualquier duda sobre mi comportamiento. Soy madre, sí, pero soy mujer. Mis dos facetas no son incompatibles en absoluto y no voy a dejar que nadie diga lo contrario. No hay por qué renunciar a una para poder llevar a cabo la otra de forma correcta. Además, ¿quién sabe? A lo mejor Max y yo acabamos formando una pareja estable.

«¡Para el carro!» Me reprendo de inmediato nada más pensar en estabilidad. De nuevo mis deseos van un paso por delante de la realidad. Seguimos sin hablar claro, sin exponer nuestras dudas. Hoy todo se ha precipitado, sin embargo hay una realidad palpable que por esta noche fingiremos que no existe.

Entro despacio en el aseo y me encuentro a Max desnudo, metido en la ducha, enjabonándose y mostrándome su culo.

¿Cómo voy a ser capaz de no meterle mano?

Max se percata de mi presencia y se vuelve.

—Aquí, a lo mejor, hay sitio para alguien más —alega todo serio aunque se nota su buen humor. Ahora jugamos en mi terreno...

Y yo, que cada mañana me peleo con el jabón para que no se me caiga y el grifo no me viole al agacharme, me río y niego con la cabeza. No vayamos a tener un accidente...

—Esperaré... —murmuro y me cruzo de brazos. Mis ojos serán testigos de un tipo impresionante. Mojado, embadurnado de jabón, embutido en una miniducha... bueno, ya le compensaré después.

Y mientras lo hago me viene a la cabeza la letra de la canción *Esperaré*^[5]. Tarareo contenta uno de mis boleros favoritos mientras espero, desnuda, faltaría más, mi turno para usar la ducha.

Una pena, sí, que sus dimensiones sean tan reducidas.

Se ducha con rapidez, nada de perder el tiempo, un toque de gel... Hmmm, olerá como yo, y listo.

—Toda tuya —me dice con un guiño mientras le paso una toalla limpia. Miro por

última vez su trasero y me dispongo a quitar de mi cuerpo esa capa de suciedad tras el polvo en la cocina. Cierro la mampara y me meto bajo el chorro del agua.

Siempre me ducho sola, me va a parecer extraño tenerlo de observador, porque se está secando pero no me quita ojo. Así que me digo: «Bea, quítate la mugre y deja de hacer el tontaco, que tienes una edad». No me entretengo mucho, enjabonado exprés y fuera. Aunque mañana tendré el pelo a lo afro me da igual.

Max me está esperando con una toalla abierta y cual siervo competente me envuelve en ella y se encarga de ir secando mi piel. Su lengua también se une y juguetea por mi cuello mientras sus manos pasan el tejido por mis muslos, pechos, brazos o donde estime conveniente. O sea, todas las superficies disponibles de mi cuerpo. Se entretiene, bajo mi punto de vista, demasiado entre mis muslos, y roza descaradamente mi sexo con la toalla, revolucionándome.

Me vuelvo en sus brazos y le acaricio el rostro, está guapísimo y me quedo corta. Con su media sonrisa me deja ensimismada y parpadeo para salir del trance o pasaremos la noche en el cuarto de baño.

Por fin llegamos a mi alcoba, la cual, por cosas de las prisas y los nervios no está todo lo ordenada que debería, pero a Max le trae sin cuidado. Bueno, no es del todo cierto; cuando ve la ropa interior que he sacado al verlo llegar (no me decidía) coge el tanga rosa con un dedo y lo examina como sólo los hombres (aquí no hay excepciones, TO-DOS ponen la misma cara, parece que nunca han visto unas bragas) pueden hacerlo.

—No preguntes —indico recogiendo lo más rápidamente posible para despejar la cama y acostarnos.

Recupero de su mano el escueto trozo de tela rosa esperando tener en breve una ocasión propicia para lucirlo.

Veo que se queda con ganas de plantear una cuestión pero se muestra prudente y se guarda sus dudas para otro momento. Debería decirle una verdad universal: nunca llegará. Las mujeres sabemos que en cuestiones de trapitos somos inflexibles.

Sabe, por mi tono, que no voy a explicarle el motivo de ese desaguisado textil y se encoge de hombros. No es tonto, seguro que ante mi silencio y mi cara de «Tú no has visto nada» ha sacado sus propias conclusiones.

Con una familiaridad pasmosa y como representante de su género, pragmático a más no poder, aparta las sábanas y se sienta contra el cabecero, a la espera de que me una a él; está claro que ha llegado el momento de hablar.

Sólo me mira.

No sé qué tipo de expectativas tenía cuando se presentó en mi casa, pero yo poco a poco sí voy aclarando las mías, aunque me incomoda, la verdad, pues fui yo quien levantó las barricadas y lo mandó a freír espárragos.

Me reúno con él y sin saber por qué nos miramos a los ojos. Supongo que hay mucho de qué hablar pero ambos queremos escoger las palabras precisas. No sé con exactitud qué le pasa por la cabeza, pero intuyo que la cautela no está de más.

Nuestras respiraciones y algún que otro ruido procedente del exterior es cuanto se oye dentro de mi dormitorio. Me siento un poco tonta, allí, sentada junto a él. Sé de qué quiero hablar pero no encuentro las palabras adecuadas.

Mientras en mi cabeza organizo mis ideas con la canción *Cómo hablar*^[6] de Amaral de fondo, Max, de repente, dejándome patidifusa, se levanta, sale del cuarto, desnudo, para regresar un minuto más tarde con una de las cartulinas de la fiesta de cumpleaños y un bolígrafo. Se sienta en la cama y escribe algo.

¿Vamos a jugar al Pictionary?

—¿Uve doble? —pregunto cuando me lo muestra.

Arrugo el ceño. Sigo sin enterarme de nada. Señala con el rotulador la letra que ha escrito antes de repasar el trazo.

—Sí, uve doble. Así voy a llamar el resort.

Pienso en sus palabras, tienen que tener un significado y me da un poco de vergüenza no adivinarlo. Pero no voy a fingir que lo sé, prefiero ser sincera.

—¿Por qué has escogido ese nombre? —pregunto interesada. Tengo el presentimiento de que todo tiene un motivo muy importante para Max.

Me sonrío y noto la ilusión que le hace poder contármelo. Si lo pienso con detenimiento ahora mismo estamos en una de esas situaciones de «normalidad» que pueden asustar. Una conversación amistosa, tras un día intenso. ¿Preludio de algo?

Otra vez proyectando, no tengo remedio. «Olvídate de lo que “puede pasar” y céntrate en lo que está pasando», me digo.

—Dos motivos —prosigue en voz baja, quizá un poco tímido; al fin y al cabo se trata de algo muy personal—. El primero es que leí hace tiempo un libro titulado *Walden*.

Mientras habla repasa el contorno una y otra vez haciéndolo más grueso.

—Lo conozco —apunto asintiendo.

—Ese libro me dio la idea del tipo de establecimiento que busco. Si has leído la novela sabes perfectamente qué tipo de refugio quiero construir.

—Pero ¿vas a levantar un refugio aislado, incomunicado y solitario? —le pregunto con media sonrisa.

Sin pensarlo dos veces, porque de hacerlo podría perder el valor, lo cojo de la mano y le doy un apretón, transmitiéndole todo mi apoyo. Puede parecer una estupidez compartir un gesto tan sencillo tras nuestro interludio apasionado, vulgar y excitante de la cocina, aunque si lo medito con detenimiento, el estar ahora así en este plan confidencial, hablando de lo que probablemente Max no comparte con nadie, implica que, aun a riesgo de adelantarme, entre nosotros no sólo hay «pasión desenfrenada»: después del momentazo sexual queda intimidad.

Así lo siento.

Los calores que me atormentaban antes de la ducha se han apaciguado, que no

extinguido, y realmente me interesa todo cuanto quiera contarme.

—No —responde riéndose.

Me coge la mano, la levanta hasta sus labios y me da un beso. Por supuesto acompaña todo ello con su sonrisa derritemujeres patentada.

—¿Entonces?

—No quiero un complejo para gente rica y aburrida que busca siervos dispuestos a atender sus estupideces y que les laman el culo por su dinero. Deseo crear un espacio relajado, asequible...

—¿Y la otra razón? —inquiero realmente interesada.

Parece un niño pequeño. Al igual que mi niño pequeño, le brillan los ojos, emocionado por completo por su proyecto.

Sé lo importante que es, lo que significa para un hombre como él.

Podría quedarse viviendo de las rentas de por vida, pero en cambio quiere sacar adelante su sueño y yo lo admiro por ello. Lo admiro, lo escucho y lo quiero. Me sienta bien reconocerlo y me sienta aún mejor estar junto a Max. Que me toque, me mire y consiga con algo tan sencillo hacerme sentir tan especial.

—Es la letra inicial de mi nombre, al revés.

—Max...

Sobran las palabras.

Instantáneamente me vuelvo y me coloco a horcajadas sobre él. Le rodeo el cuello con los brazos y lo beso. Profundamente. Apasionadamente. Vuelco en ese beso todo lo que siento y Max lo recibe encantado.

Pero soy ambiciosa, muy ambiciosa y no voy a conformarme con su boca. Con mis labios húmedos quiero probar cada centímetro de su piel, y nada puede pararme.

Deposito unos cuantos besos en sus hombros, dejando que mis pezones rocen su torso y disfrutando de ello. Los noto duros, sensibles. Me froto con descaro. Me muevo hacia abajo y percibo su erección entre mis piernas. Promete, y mucho. Paso a sus tetillas, tiro de cada una de ellas con los dientes suavemente. Después calmo, sólo un poco, esa zona humedeciéndoselos con la lengua y continúo mi descenso. No podía pasar por alto un ombligo tan sugerente y con la punta de la lengua lo estimulo...

Voy moviéndome hasta quedar arrodillada frente a Max en la cama. Estoy a tan sólo un paso de mi objetivo.

Al igual que él, cuando en la cocina me puso a mil al racionarme las caricias, poso las manos sobre sus piernas y voy subiéndolas hasta poder tocar su polla. La cual se alegra y mucho ante la expectativa que voy creando.

Aparto mi melena a un lado y siento su mano acariciarme el rostro. Le sonrío y bajo la cabeza.

—Cuéntame más sobre tu proyecto —exijo antes de meterme su erección en la boca y escuchar el primer gemido, lo cual me enardece, me calienta y me hace desear mucho más.

Continúo lamiéndolo con entusiasmo, en una postura un tanto extraña, con el culo en pompa, apoyándome como puedo sobre un brazo, pero tal posición hace que sea aún más excitante.

Una pose que alguno calificaría de sumisión, pero lo cierto es que me encanta estar sometida cuando la recompensa es tan placentera.

Max intenta hablar, pero le cuesta...

—Ya he visto los... —traga saliva— terrenos y...

Sonríó como una bruja malvada. Sus manos, enredadas en mis cabellos, ejercen una deliciosa presión, dándome muestras de lo mucho que disfruta.

—Continúa —musito pasando la lengua desde la base hasta la punta para atrapar el glande y dedicarme unos instantes sólo a él.

—Y el... proyecto... los planos son increíbles... —farfulla.

—Mmmm.

—Me han enviado una... ¡joder! —exclama cuando me meto en la boca sus testículos y los aprieto entre mis labios.

—Sigue... —ordeno inmisericorde.

Y noto los terribles esfuerzos que lleva a cabo para poder continuar, pues yo me muestro implacable. Mi boca lo devora, lo atrapa y lo succiona con avidez.

Max me tira otra vez del pelo pero en esta ocasión es diferente.

—¡Ni hablar!

Con una agilidad que me deja patidifusa, consigue apartarme un instante de su erección y tumbarse, apoyando los pies en la almohada con la evidente intención de... ¡Oh!

—Yo también tengo derecho a jugar entre tus piernas —asevera y sé que no puedo negarme pues su lengua busca mi sexo.

Estoy acostada de lado y Max me levanta una pierna para tener acceso completo y así torturarme con su lengua. Parece que la postura no lo satisface del todo y me agarra de la cintura para girar con agilidad y colocarme encima.

Estoy a cuatro patas, sobre Max. Él no pierde el tiempo, su boca queda a la altura de mi sexo e inmediatamente indaga entre mis labios vaginales y no me queda más remedio de gemir. Gemir como una loca, para ser exacta.

Porque sabe aplicar la presión justa. Recorre cada pliegue hasta llegar a mi clítoris y lo azota sin piedad. Un sonido de pura dicha escapa de mi garganta. Es perverso, adictivo, sublime.

—¡Vamos, no te despistes! —me dice con guasa golpeándome en el culo que tan a mano tiene.

Tengo que dejarme de adjetivos y meterme en el partido.

Cierro los ojos. En esta postura no puedo concentrarme. ¿Cómo pretende que le haga una buena mamada en estas condiciones? ¿Está loco? Necesito respirar, gemir, expresar todas y cada una de las sensaciones que mi cuerpo experimenta bajo sus perversas atenciones.

Vuelve a darme una nalgada y me recuerdo a mí misma que o me pongo ya o esto será un desastre. Así que mientras inhalo profundamente humedezco mis labios y los acerco hasta su erección. No dejo de moverme y me va a resultar complicadísimo ya que Max, el perverso, no cesa en su empeño de volverme loca.

Ahora no sólo con su boca sino también con sus dedos. Busca en mi interior cada punto sensible y lo estimula impidiéndome continuar con mi objetivo pero alcanzando cotas de excitación indescriptibles.

Sujeto su polla con una mano y lo masturbo suavemente antes de atrapar sólo la punta con mi boca. Su reacción es instantánea pues retoma con brío sus penetraciones.

Me gusta, disfruto lamiéndolo y poco a poco voy cogiendo el tranquilo a esto del sexo oral recíproco. A cada lamida de él yo respondo con una succión más profunda. A cada incursión de sus dedos en mi vagina yo aprieto sus testículos...

Todo es mucho, muchísimo más intenso.

Al estar colocada encima puedo moverme, restregarme sobre su boca y Max sabe calmar mis ansias frenándome cuando es preciso. Consigue alargar el momento, que no corra a toda velocidad tras un orgasmo rápido y satisfactorio.

Noto, con cierto temor, y no es la primera vez, que me roza «accidentalmente» el ano. Leves pasadas con el dedo, tanteándome, esperando a que yo diga o haga algo, pero, la verdad, no sé cómo tomármelo. Nunca me han tocado «ahí».

No soy tan necia para no saber que existe el sexo anal, sin embargo hasta ahora ni me había interesado ni preocupado.

No tengo la cabeza para estas cuestiones, mi cuerpo tiembla con cada uno de sus lametazos. Acojo en mi boca su pene y noto cómo levanta las caderas con más fuerza, follándome sin ambages la boca y haciéndome gemir de forma visiblemente obscena y muy realista.

Claro que Max no es mudo. Sus murmullos, al estar pegado a mi sexo, me transmiten unas increíbles vibraciones.

Estoy muy cerca, a sólo un paso.

Jadeo sin soltar su erección, necesito aire. Su dedo vuelve a presionar sobre mi ano y doy un respingo.

Creo que va a hacerlo y yo se lo voy a permitir.

Max eleva las caderas, buscando el máximo contacto con mi boca, yo se lo doy encantada. Inhalo profundamente por la nariz, no quiero soltarlo.

Siento un dedo entrando en mi recto y al segundo un orgasmo me atraviesa por completo. Jadeo, boqueo, gimo y corcoveo. Desatada totalmente.

Sin embargo no abandono y disfruto de mi clímax de una forma diferente, conduciendo a Max al mismo estado que yo.

Él ahora embiste con mucho más ímpetu y sin dejar de provocarme con esa lengua que tiene. Siento en la boca el sabor de su semen, no voy a dejar que se escape ni una gota.

Ya lo he dicho, soy egoísta y lo quiero todo.

Max permanece bajo mi cuerpo y yo, con rapidez, me doy la vuelta, busco su boca y lo beso. Él reacciona abrazándome con una fuerza descomunal y se las ingenia para rodar y quedar encima.

Nuestros cuerpos, ahora sudados, siguen en contacto. No quiero que me suelte.

Puede que sea una ilusión, un efecto placebo, pero en sus brazos me siento querida, segura... y lo que viene siendo más peligroso: amada.

Ninguno de los dos nos atrevemos a mencionarlo, pero si mi intuición no me falla ese sentimiento ha surgido, está ahí.

Sin embargo la cautela nos hace callar.

Max me libera de su peso y yo protesto, aunque si queremos dormir un poco tenemos que hacerlo.

Una vez acostados, a oscuras y con el cuerpo de él pegado a mi espalda cierro los ojos. Quiero dormirme manteniendo esas sensaciones todo lo que sea posible. Lo consigo...

Ese horrible aparato del demonio, invento de Satanás, también llamado despertador, suena, como todos los días, a las ocho.

Con las emociones se me olvidó desconectarlo y ahora protesto entre dientes. Con lo bien que se está «arronchadita» y calentita junto a mi amante.

Me vuelvo y me encuentro la sonrisa perezosa de Max.

—Buenos días.

—Lo siento —murmuro en tono de disculpa.

—¿Por qué? —pregunta en voz baja acariciándome la mejilla con ternura.

Tanta ternura me derrite, ya debería saberlo.

Señalo el artefacto diabólico.

—No te preocupes. He dormido de un tirón, lo cual no sucede muy a menudo.

Se acerca y recibo uno de esos besos de buenos días, cariñoso, incluso asexual, que termina por dejarme sin fuerzas.

—Tengo que levantarme. Dentro de poco Félix...

—No te preocupes, lo entiendo.

Hace amago de incorporarse y lo detengo.

—No, no quiero que te vayas —digo con media sonrisa—. Sólo avisarte de que a no mucho tardar Félix estará rondando por la casa. Ah, y te invito a desayunar.

Su cara cambia por completo y una sonrisa de oreja a oreja me deja sin aliento.

—Y después, ¿podríamos pasar el día juntos? —pregunta vacilante.

—Bueno... podría hablar con María, ella puede ocuparse de...

Niega con la cabeza.

—Me refiero a los tres.

Directo al corazón. Así, sin anestesia ni nada.

—Por supuesto —acierto a decir.

—Le preguntaré qué le apetece y vamos viendo, ¿de acuerdo?

Y así, con la palabra en la boca, me deja sola en el dormitorio. Supongo que habrá ido a buscar su ropa, a darse una ducha y a estar preparado.

Yo ahora sólo debería preocuparme de tener el desayuno a punto, pero primero debo cerrar la boca de tontaina que a buen seguro tengo.



Exultante, animada, feliz... hay muchos adjetivos más pero éstos resumen bien mi estado de ánimo. Así es como me siento mientras vigilo la masa para las crepes. He batido con energía, ahora espero a que la sartén coja la temperatura adecuada y prepararé una buena tanda de tortitas para el desayuno.

A mi espalda, mis dos chicos, Max y Félix, están haciendo el tonto. O al menos es la impresión que tengo porque de repente se ríen, de repente se callan... a saber, mejor no meterme en cosas de hombres.

Lo que no deja de sorprenderme es el comportamiento de mi hijo. No lo esperaba de esa forma. Todavía estoy alucinada con la reacción de Félix. Pensé que me haría preguntas..., me miraría con curiosidad aguardando una explicación... o, como suele pasar con los niños, se mostraría esquivo, desconfiado. Pero no, normalidad absoluta.

Mi hijo, al llegar a la cocina y ver a Max lo ha saludado con una normalidad aplastante, tanta que nada más decirle buenos días se ha sentado enfrente y le ha preguntado por el dichoso jueguecito de la consola.

Ya sé yo que me va a traer por el camino de la amargura.

Por lo visto aún está preocupado de que los malos hagan de las suyas y quiere asegurarse de que Max se encargó de vigilar el fuerte, tal y como le prometimos. Comentan no sé qué sobre no sé quién; la verdad es que en estas lides me siento perdida por completo y me alegro de que Félix encuentre en Max a alguien con quien compartir sus aficiones. Pese a que tanta videoconsola no pueda ser buena, por lo menos mi niño no se desespera al verme con cara de no saber por dónde me da el aire.

—Me están saliendo de muerte... —murmuro y me doy cuenta de que pasan de mí olímpicamente. Están a lo suyo.

Debería dárselas chamuscadas.

—Otra vez —murmura Félix—. Ésa ha sido de prueba.

—Vale.

De repente estallan en carcajadas y me sobresalto. Me vuelvo y los veo a los dos, achicando los ojos, retándose con la mirada, con cara de concentración. Me voy a arrepentir, sin embargo me pica la curiosidad y pregunto:

—Pero ¿qué os pasa?

Ninguno de los dos me presta atención, siguen a lo suyo.

«Así da gusto...»

—Tramposo —masculla Max.

—Yo no hago nada —responde mi hijo sin mover una pestaña.

—Pero ¿me vais a responder? —insisto.

Max de repente se echa a reír, otra vez sin saber el motivo.

—¡He ganado yo, he ganado yo! —canturrea feliz mi niño mientras Max pone cara de malas pulgas y de mal perdedor—. Tú te has reído.

Me cruzo de brazos, miro al otro adulto esperando que se comporte como tal y me explique de qué va todo esto, pero no hay manera. Me mira como si fuera un incordio, por interrumpir cosas de chicos, y se concentra en el niño.

Vaya, ahora va a resultar que soy un mueble más de la cocina y nadie me lo ha dicho.

—Félix, ¿a qué jugáis? —pregunto y espero que tenga la decencia de compartirlo con su madre.

—¡Pues a ver quién se ríe primero! —me explica como si fuera tonta.

—Félix, pones caras raras y así es imposible —añade Max.

Observo de reojo al niño grande.

Su interés no parece forzado, se lo ve cómodo. No como a otros muchos que intentan ganarse la confianza de un crío sin saber por dónde les da el aire.

—Está bien, tú ganas. Elige qué película vamos a ver —dice mi amante cruzándose de brazos.

Parece haber reconocido su derrota y eso hace que la sonrisa de Félix sea aún mayor.

—¡Una de acción! —exclama todo emocionado.

—¿No huele a quemado? —inquiere Max y me doy cuenta de que mientras miraba a ese par de conspiradores se me ha chamuscado la primera tortita.

Debería ponérselas todas requemadas por ser tan malos y no contar con mi opinión respecto a lo de elegir peli. Pero hoy no es un día propicio para empezar a ser vengativa y despego de la sartén la tortita achicharrada, la tiro y, ahora sí, me concentro en hacer un buen plato de ellas. Estoy feliz, animada, generosa... no puedo ser mala.

—¿No prefieres una de dibujos animados? —le pregunta Max siguiendo una lógica evidente dada la edad de Félix, y como era de esperar éste niega con la cabeza. Yo sé perfectamente la respuesta, pero prefiero que sea mi hijo quien se lo explique.

—No, yo he ganado, yo elijo —alega inflexible. Igual que cuando intento engatusarlo para que haga algo y no quiere.

Se levanta todo decidido, se va hasta el rincón donde están apilados los periódicos y panfletos de publicidad y escoge uno para entregárselo a Max. Éste, comprendiendo que tiene que plegarse a sus deseos, busca la sección de cine y va cantando la oferta disponible en cartelera, cual pregonero mayor, evitando con todo tacto aquello que considera inapropiado para un niño de cinco años.

Acabo mi tarea culinaria y me siento junto a ellos para darnos el gustazo con un buen desayuno. Sirvo dos tazas de café, Max roza mi mano al pasarle una y yo inspiro; estoy de un sensible esta mañana...

Después preparo el bol de cereales que chocolatean la leche, Félix no come otros. Y mira que he intentado convencerlo, pero se niega, éstos son los únicos con los que

se acaba el desayuno.

—Venga, que se enfrían —les digo a ver si con un poco de suerte se deciden y no tengo que ponerme en plan regañona para que se acaben el desayuno.

Max me mira de reojo, con una media sonrisa permanente en los labios mientras da vueltas con una cucharilla su café. Si hasta está sexy con algo tan sencillo... Da gusto verlo así, tan relajado, tan diferente de cuando lo conocí, todo distante y serio.

—Buenísimas... —murmura Max comiéndose la primera con las manos.

Menos mal que no se le ha ocurrido chuparse los dedos... «Yo sí que te comía a ti», pienso en otro de esos arrebatos tan sexuales que me dan últimamente. Tan sexuales e inapropiados para momentos como éste, aunque me guardo la idea. Ya veré el momento de ponerla en práctica.

Tras dar cuenta del estupendo desayuno Max propone marcharnos al centro comercial y así pasar allí el día, ir de compras, al cine y comer juntos. Por supuesto Félix también tiene la potestad para elegir restaurante y yo arqueo una ceja ante esta súbita concesión por parte de Max. Por lo visto sigo sin pintar nada.

Nos arreglamos y Félix alucina cuando ve el deportivo negro. Lo entiendo, yo creo que puse la misma cara.

Durante el trayecto mi hijo no deja de parlotear y Max le responde con paciencia hasta a las cuestiones más tontas. En ningún momento se muestra cansado o fuera de lugar. Hasta me da la impresión de que para él significa mucho ser aceptado tal cual. Al fin y al cabo, un niño de cinco años no tiene capacidad de mentir.

Una vez dentro del centro comercial nos encontramos en pleno sumergidos por el ambiente navideño. Seamos sinceros: un rato de villancicos anima a todo el mundo, pero si yo trabajara allí exigiría un plus por soportar durante toda la jornada aquella tortura musical. Creo que terminaría odiando la Navidad.

—Ni se te ocurra sacar la tarjeta de crédito —le advierto en voz baja junto al oído cuando se detiene frente a un escaparate. Me encanta olerlo y aprovecho la ocasión.

—No sé de qué hablas —arguye haciéndose el tonto.

—Le regalaste la consola, es algo muy caro —explico impidiéndole replicar—, así que si Félix ve algo que le gusta tú mira a otro lado.

—¿Por qué, Bea? No me importa, de verdad. Me hace mucha ilusión compartir con él sus emociones, ver su cara de sorpresa... Sólo es dinero, la felicidad de Félix no tiene precio.

Que me ha conmovido otra vez... Supongo que dada su trágica historia familiar puedo comprenderlo. Pero Max debe entender que un niño de cinco años no puede abrir la boca y tener cuanto le antoje.

—Sé que sólo quieres lo mejor para él y demuestras tu generosidad, pero Félix tiene una edad en la que debe asumir que a veces no se puede comprar todo, que tiene que renunciar a algunas cosas.

—Si te ha molestado...

Niego con la cabeza.

—No, estoy segurísima de que tu intención es de lo más admirable y que te interesas por Félix, sin embargo no quiero que te lo tomes como algo personal.

Me acerco a él y le doy un rápido beso en los labios.

—Entonces... —me rodea la cintura con un brazo—, ¿al menos me dejarás satisfacer todos tus caprichos?

—Yo no he dicho...

—Eres adulta y hoy a primera hora, nada más despertar, me he propuesto malcriar a alguien, así que elige: él o tú.

—¡Eso es chantaje! —protesto con énfasis mientras que su mano me sujeta el trasero. Qué delicia.

—Elige —insiste.

—Max...

—¡Mamá, mamá, vamos, no os quedéis ahí parados! —grita mirándonos como si fuéramos un lastre para su divertimento.

Sonrío encantada ya que mi hijo me ha rescatado. Aunque por la cara de mi amante dudo mucho que se vaya a olvidar de su propuesta. «Ya veremos», digo moviendo sólo los labios. Por su cara, sé que me ha entendido. Pero del mismo modo puedo afirmar que va a hacer lo que le dé la real gana. Y la verdad, no quiero discutir con Max, y menos aún por asuntos tan delicados como el dinero. Sé que no lo hace por impresionar, como muchos harían, ni mucho menos por resaltar mis carencias, sin embargo, aun teniendo constancia de que su intención es sencillamente alegrarnos la vida a mí y a Félix debo poner freno.

Nos acercamos a las taquillas del cine con la intención de sacar las entradas para la sesión matinal y sonrío. Dos adultos en manos de un crío de cinco años.

Nos dirigimos a nuestros asientos y Félix se sienta entre ambos, se pone las gafas todo emocionado y yo miro de reojo a Max. Sí, definitivamente parece un niño grande.

Mi hijo se remueve en su asiento hasta encontrar la postura indicada y no deja de sonreír. A mí la película, todo sea dicho, no me atrae nada en absoluto. Me concentro en disfrutar de los abdominales del protagonista mientras se entrena para matar a una horda de extraterrestres. Entonces me pregunto por qué esos seres de otros planetas, tan avanzados, tan inteligentes, siempre atacan a los mismos, a los norteamericanos. Si vienen a nuestro planeta en busca de vida inteligente, digo yo que podrían pasarse alguna vez por la vieja Europa, que tenemos unos cuantos siglos de historia para por lo menos entretenerlos un poco, reorganizar nuestras defensas y después impedir que nos conviertan en sus esclavos. Pero no, los marcianos o lo que sean estos bichos que veo en la pantalla siempre van al mismo sitio. Me parece que vida inteligente, muy poquita, porque los conquistan en un pispás.

Hay un par de escenas que dan bastante repelús y observo de reojo cómo Félix agarra a Max del brazo. Arqueo una ceja, aunque con estas gafas no se me ve. Me pregunto qué clase de conexión se ha establecido entre ambos para llegar a tal

entendimiento.

No dudo que Max tiene ese tipo de carácter que atrae a cualquiera, a mí me lo van a contar, pero los niños son diferentes, actúan de otro modo. Sus mecanismos de defensa les impiden acercarse así como así a un desconocido, por lo tanto, y es para festejarlo, que Félix haya conectado con mi amante me hace muy pero que muy feliz.

Tras dos horas de dolbysurround o como se llame, porque resulta atronador, por fin acaba la proyección y nos levantamos de nuestros asientos.

Ellos dos, ignorándome, comentan los detalles, que si el no sé quién... (debe de ser el cachas que me ha entretenido un rato) ha dado unos cuantos coscorriones bien merecidos al malo maloso de los alienígenas, por supuesto mutantes, y que al final, gracias a su valor y coraje ha podido expulsarlos de su ciudad, liberar al mundo y recuperar a su mujer, a la que tenían retenida para estudiarla. Qué suerte, oye, siempre secuestran a la mujer del líder de la resistencia.

—¿Te gusta este sitio? —pregunta Félix delante de un restaurante típico americano.

De nuevo ni se molestan en consultar con la madre de la criatura.

—Sí, vamos.

Félix tira de Max y éste me mira de refilón y se encoge de hombros, diciéndome sin palabras que él no tiene ni voz ni voto en todo este asunto.

Claro que su media sonrisa me confirma lo que ya sé: hoy el protagonista absoluto es mi hijo y a la madre, luego, más tarde, ya la agasajará convenientemente, es decir, tendré a mi disposición ración doble de Max.

Bueno, sólo por eso sonrío y entro tras ellos.

No me hace falta mirar el menú para pedir, más de una vez he venido con Félix, porque le encantan estos sitios y siempre encargo lo mismo. Es toda una contradicción tener una madre chef en casa y que mi hijo se pirre por la comida rápida, pero es un niño y tiene derecho a disfrutarlo; más adelante le explicaré un par de cosillas.

—Mamá, ¿puede venir Max el próximo fin de semana?

—Eso debes preguntárselo a él, cariño —respondo mirando de reojo al aludido que hasta comiendo una hamburguesa tiene estilo.

Antes de contestar se limpia con una servilleta.

—Sí, si tú quieres —le dice a Félix aunque sé que me incluye a mí.

—¡Bien! Así podremos jugar a la consola. Si somos dos podremos pasar antes de nivel y acabar con los malos, que a veces cuesta mucho mandarlos al calabozo.

Max y yo sonreímos ante el entusiasmo que demuestra mi hijo. Habla de carrerilla, prácticamente sin coger aire.

—Come —le insisto porque como empieza a recordar el videojuego se le irá el santo al cielo y la comida se quedará fría.

—Vale —accede y da un gran mordisco a su hamburguesa. Se pone perdido y rápidamente me encargo de limpiarlo.

Terminamos nuestros platos y, al final, de nuevo por orden de Félix, decidimos pedir unos helados como postre. Yo estoy llena y más vale que esta tarde me dé un buen paseo para bajar la comida, pero al final acepto la sugerencia.

Para no estar todo el día metidos en el centro comercial nos dirigimos al exterior y aprovechamos para ver la decoración navideña de las calles.

Entonces me acuerdo de mi propia infancia, cuando mi hermana y yo íbamos al mercadillo donde la mayoría de los puestos muestran objetos navideños. Pasábamos toda la tarde mirando curiosidades y compartiendo con otros niños la ilusión propia de la edad.

Así que propongo ir hasta allí y mis dos hombres parecen mostrarse encantados; nos subimos en el deportivo de Max y media hora después los tres estamos desesperados.

Es imposible transitar a estas horas por las calles del centro y por si fuera poco encontrar una plaza de aparcamiento resulta misión imposible.

—Jo, qué asco —protesta Félix mirando a los transeúntes como si fueran culpables de nuestra desdicha—. ¿Por qué sale tanta gente a la calle?

Sonríó antes de intentar explicárselo.

—Cariño, ellos también quieren pasear, ir de compras, ver las luces...

—No te preocupes, conozco un sitio donde me dejarán aparcar.

Su aplastante seguridad y su confianza en sí mismo son una más de las innumerables razones por las que a cada segundo que paso a su lado, o incluso sin él, me siento más enganchada, más atraída e irremisiblemente enamorada: y es que no voy a obviar ni un segundo más algo tan patente. No sólo es deseo, un potente deseo, no sólo es atracción, irresistible atracción, lo es todo. Y tras la última noche juntos, sé que Max es mi futuro.

Tiene que serlo, nadie puede sentir lo que yo siento por un simple capricho, una emoción pasajera o un cambio hormonal producido por sexo fantástico, alucinante... mil adjetivos positivos pueden aplicarse y me quedo corta.

Sí, definitivamente estoy enamorada de Max.

Qué bien sienta reconocerlo aunque sin duda decirlo en voz alta, decírselo a él, será el súmmum.

Estoy tan perdida en mis pensamientos que no me percaté de un hecho muy importante: estamos entrando en el parking privado de un hotel de lujo, de esos que tienen más de cinco estrellas y en donde yo no podría pagar ni una copa de vino. El encargado saluda a Max con cordialidad y enseguida nos señala una plaza libre donde Max estaciona su vehículo. No quiero que nada enturbie mi optimismo, no voy a darle vueltas a esto y voy a seguir siendo positiva. Por fin tenemos aparcamiento y a cinco minutos del mercadillo.

Max se queda tranquilo porque su carísimo coche está a buen recaudo y nosotros encantados porque podemos pasar la tarde tal y como queríamos.

—Ven. —Max me tiende la mano y sonrío encantada aceptándola.

Me parece un gesto tan íntimo, tan significativo que mi buen humor sube un peldaño más. Y así unidos salimos a la calle. Félix, sin parar de dar botes y de parlotear, ni se da cuenta de ese gesto. Simplemente se agarra, y de nuevo me toca quedarme con la boca abierta, a la mano de Max.

Es imposible dar dos pasos seguidos sin tener que detenernos o esquivar gente, todo está hasta los topes y no me extraña. Las Navidades están encima y nadie quiere perderse este ambiente.

—Hace muchísimo tiempo que no lo pasaba tan bien —me susurra al oído mientras me da un apretón de mano.

—Lo mismo digo. —Respiro y añado—: Has estado maravilloso con Félix, lo tienes encandilado. Te adora.

Quiero ser prudente en mis declaraciones pero me es imposible del todo.

—Y a la madre... ¿también la tengo encandilada? —me pregunta en ese tono ronco y bajo que me revoluciona de los pies a la cabeza, pasando, obviamente, por mi sexo.

—Adivínalo —lo provocho respondiéndole junto a su oído.

—Mamá, vamos a ver esas luces, vamos... —Félix tira de nosotros y nos sonreímos como dos tortolitos antes de llevarlo a donde nos pide.

Max se agacha quedándose a la misma altura que el niño y escucha atento todas sus palabras. Yo, de pie tras ellos, no puedo dejar de sentirme tremendamente afortunada por haberlo conocido. No sólo me hace feliz a mí sino también a mi hijo, y me sobrarían dedos de una mano si quisiera encontrar hombres así.

Max me contó sus orígenes y sé que con toda probabilidad no disfrutó de momentos como éste, por lo que tener a su lado a un niño de cinco años lo ayuda a recuperar el tiempo perdido, a poder vivir lo que no tuvo. Entonces me doy cuenta de que debe de sentirse muy solo. De acuerdo, está rodeado de gente, de personas que le atienden, cumplen sus necesidades básicas pero en ningún momento hablan con él. Desconozco si hablaremos de ello algún día, si tiene amigos. No conocidos con los que tomar una copa después del trabajo, no, me refiero a verdaderos amigos, de los que te dan un pañuelo de papel cuando necesitas llorar y esperan a que se te pase el disgusto para escucharte durante el tiempo que sea preciso. De los que se meten en tu vida, no para cotillear, sino para intentar arreglar lo que uno mismo es incapaz. Amigos con los que te enfadas pero que a los dos días llamas sabiendo que tienes que hablar sí o sí y terminas llorando a moco tendido o riéndote cuando recuerdas los mejores momentos.

Me da la impresión de que Max no es tan afortunado en ese aspecto. Vi su casa. No encontré fotografías de personas cercanas, o de él en situaciones normales como barbacoas, acampadas o fiestas. Y eso es un síntoma evidente de que está solo.

Max se pone a mi lado con cara de arrepentimiento.

—Lo siento, no he podido evitarlo —murmura y no comprendo a qué se refiere. Hasta el momento su comportamiento ha sido impecable.

Y cuando miro al frente veo al vendedor sonriente entregándole a Félix un paquete.

—Mamá, va a quedar perfecto en el árbol, ya lo verás.

Finjo desaprobarlo pero al final me rindo y pongo los ojos en blanco.

—¿Le has dado las gracias a Max?

Félix niega y pone carita de circunstancias. Entonces agarra de la mano a Max para llamar su atención y éste se acucilla a su lado.

—Gracias, Max.

—Gracias a ti.

Esto sólo pasa una vez en la vida.

Me está pasando a mí.



Con una sonrisa de oreja a oreja que me va a durar una semana o más, voy caminando de la mano de Max, con Félix a su lado. Se lo ve agotado, pero estoy segura de que no quiere perderse nada, por lo que intentará aguantar aunque mucho me temo que tras un día de tantas emociones intensas acabará rendido.

Lo comprendo a la perfección, me encuentro en el mismo estado. Y no es para menos. Vaya día que hemos pasado los tres juntos. En más de una ocasión mis lágrimas han estado a puntito de hacer acto de presencia.

Desde fuera puedo parecer tonta e insegura. O incluso infantil, pero hay que vivirlo para entenderme. No siempre se presentan instantes como éstos en los que todo va sobre ruedas. En los que sientes, por primera vez en mucho tiempo, que quizá también hay una oportunidad para ti. Han sido muchos los días y meses que he estado sola, y más allá de una simple necesidad física está la necesidad emocional. Sentirte como ahora mismo, arropada, comprendida, querida, por supuesto deseada y comprobar que es recíproco. Y si a todo este cúmulo de emociones le sumas que la persona más importante de mi vida forma parte de ello ya me tienes ganada para siempre.

A veces puedo sentir hasta vértigo si me paro a pensar en la velocidad con la que se desarrolla todo esto, pues no hemos tenido tiempo, como otras parejas, de ir acostumbrándonos o de ir aprendiendo. Entre Max y yo todo surge de forma espontánea, sin premeditación. Y después funciona.

Suena el teléfono y Max, tras hacer un gesto de disgusto por la interrupción, comprueba quién llama y de repente le cambia el semblante. Corta la llamada y se guarda rápidamente el teléfono en el bolsillo de su chaqueta.

No digo nada pero he notado su nerviosismo. Su expresión ha cambiado por completo. Lo observo. Intenta no pensar en ello pero el móvil vuelve a sonar.

—Tengo que contestar —me dice en tono de disculpa y se aparta un instante.

Por sus gestos está claro que es una discusión. Sea quien sea su interlocutor no le está haciendo mucha gracia hablar con él.

—Mamá, ¿por qué no invitamos a cenar a Max? Nos ha llevado al cine, a comer...

Me agacho junto a mi hijo y le digo:

—Me parece una idea estupenda, pero antes debemos preguntárselo, ¿no crees?

—A veces la ingenuidad y espontaneidad de un crío facilitan mucho las cosas.

—¡Vale! —exclama contento.

Félix y yo esperamos a que finalice su conversación. Yo soy consciente de que no está siendo muy agradable y que con toda probabilidad tendrá que marcharse.

Max guarda su teléfono con gesto furioso y camina hasta nosotros. Espero que no

me mienta y sea sincero conmigo.

—Lo siento —se disculpa—. Bueno, ¿adónde os apetece ir a cenar?

Su repentino cambio de humor no me gusta, aunque me callo. Me sonrío, pero intuyo su malestar. Algo lo reconcome por dentro y salta a la vista que intenta fingir que todo marcha sobre ruedas.

—Esta vez creo que me toca elegir a mí —alego y con ese comentario intento aligerar un poco el ambiente.

Félix no se percata de nada, bendita inocencia.

Como conozco a mi hijo y sus gustos, propongo encargar comida para llevar y así poder sentarnos tranquilamente en casa, ya que a estas horas será casi imposible encontrar mesa.

Nos lleva bastante tiempo, pues la cola parece interminable. Max nos espera fuera, en la calle. De nuevo se ha excusado alegando tener que ocuparse de unos asuntos.

Entiendo que necesite privacidad. Y no quiero pensar en esos asuntos.

A través de las amplias vidrieras del local puedo verlo, efectivamente está hablando por el móvil. La diferencia en esta ocasión es que no se muestra enfadado sino más bien alicaído. Se pasa la mano por el pelo. Está nervioso. Mira hacia un lado y otro de la calle.

Respiro y aprieto fuerte la mano de Félix, que a mi lado sigue mostrándose alegre por todas las emociones vividas durante la jornada.

Cuando por fin llego a la zona de pedido he olvidado el encargo.

—Señora, ¿se ha decidido ya? —me pregunta con impertinencia la chica.

Miro de nuevo en dirección al exterior y un nudo se forma en mi estómago, pero o empiezo a pedir o me ganaré un coro de silbidos por parte de la cola que hay tras de mí.

—Sí, disculpa —contesto y le señalo en la hoja de pedidos lo que queremos.

—¿Alguna bebida? —Niego con la cabeza—. ¿Postre? —Vuelvo a negar—. ¿Tiene algún vale de descuento?

La camarera sigue disparando preguntas como si fuera una autómatas y yo, conteniéndome para decirle que se calle de una maldita vez, niego una y otra vez.

Quiero salir de allí. No tengo hambre. Pago el pedido y me pongo en otra de las colas, esta vez en la de recogida.

—Mamá, ¿te has acordado de las alitas de pollo?

«Mierda», pienso y llamo a la chica, a ver si con un poco de suerte puede añadirlo a la comanda y no tengo que hacer de nuevo la cola. Por suerte otra de las camareras comprende mi apuro y lo incluye sin hacerme perder el tiempo.

Por fin tengo las bolsas de la cena y sin soltar la mano de Félix salimos a la calle, donde Max nos espera. Ya no habla por teléfono. Está aparentemente tranquilo, apoyado junto a la entrada, con las manos en los bolsillos. Tan casual, tan diferente y tan atractivo que sonrío, enviando mis dudas al rincón, castigadas para que no me

amarguen la velada.

Todos, como me dijo Max, llevamos a nuestras espaldas todo cuanto hemos vivido, lo bueno y lo malo, así que yo cuando le abrí la puerta de mi casa acepté lo que era, por lo tanto debo ser consciente y no echárselo en cara.

De nuevo agarra mi mano y la de Félix y me siento mejor. Así, con ese pequeño gesto, me ha ganado de nuevo. No van a conseguir arruinarme esta noche en particular y mi ilusión en general.

Nos dirigimos en busca de su coche. Pero algo ha cambiado, el ambiente ya no es tan relajado. Continúa nervioso, lo percibo en su forma de andar rápida. De vez en cuando mira hacia atrás, como si alguien lo siguiera.

—¿Ocurre algo? —le pregunto cuando cruzamos una calle, a toda velocidad, sin esperar a que el semáforo esté verde.

—No, simplemente quiero recoger el coche cuanto antes. No pasa nada.

No me lo creo.

—¿Le ha pasado algo al coche? —inquire Félix con total ingenuidad.

Max le sonríe y niega con la cabeza.

Una vez en el hotel nos subimos en el deportivo y salimos haciendo chirriar las ruedas. En otras circunstancias me habría parecido hasta excitante; sin embargo, esa forma de conducir tan agresiva me inquieta. Circulamos en dirección a mi apartamento, pero me doy cuenta de que se desvía del camino.

—Quiero pasar por casa y recoger ropa limpia —me aclara.

Continúa nervioso. Mira constantemente por el retrovisor. Yo, en un acto reflejo giro la cabeza y sólo veo otros vehículos.

Félix se ha quedado frito en el asiento trasero. Mejor así, no quiero que note la tensión que ahora mismo se palpa en el ambiente. Ha sido un día especial para él y así debe recordarlo. Me muerdo la lengua a pesar de que no dejo de plantearme mil y una cuestiones. Empezando por ¿quién lo ha llamado? ¿Qué quería? ¿Por qué se ha puesto tan nervioso si no era nada?

Todas las preguntas se van a quedar sin respuesta. Entre otras cosas porque no tengo muy claro si deseo saberla.

Max entra en su casa y yo me quedo sentada en el coche, vigilando a Félix. Veo encender las luces de la parte superior y cierro los ojos recordando... La puerta que da acceso a la terraza... el frío del cristal... el sabor de aquel combinado... lo que hicimos allí de pie...

Termino removiéndome en mi asiento. Lo cierto es que todos esos recuerdos me serenán y logran que recupere mi entusiasmo.

Apenas diez minutos más tarde lo veo salir con una pequeña bolsa. Se sube al asiento del conductor y arranca.

—¿Todo bien? —le pregunto intentando sonar despreocupada, como si sólo quisiera entablar una conversación casual para pasar el rato.

—Perfecto —contesta cogiéndome la mano y besándomela antes de incorporarse

al tráfico.

Una vez en mi calle dejamos el coche y Max se encarga de coger a Félix en brazos. Yo voy abriendo las puertas hasta llegar a casa y que pueda dejarlo en su dormitorio.

—Da gusto verlo así —murmuro preparando su cama.

—Hoy no ha parado —susurra Max para no despertarlo.

Me encargo de cambiarlo y ponerle el pijama. Lo peino con los dedos y lo arropo. Seguramente por la mañana las mantas estarán en el suelo, pero yo todas las noches lo dejo bien tapadito.

Una vez en la cocina y a solas nos miramos.

Mis ojos, puede que guiados por mi subconsciente, se dirigen hacia la mesa antes de fijarse de nuevo en los suyos. Se desprende de su chaqueta y la deja con elegancia sobre el respaldo de una de las sillas. Sonríe y da un paso hacia mí. Permanezco inmóvil. Quiero saber con exactitud qué pretende. Noto su respiración. Inhalo. Le sostengo la mirada. Me acaricia los labios con su pulgar y yo los separo para poder lamérselo.

—Llevo todo el día conteniéndome —dice en voz muy baja.

Sabe a ciencia cierta que ese murmullo va directo al interruptor general de mi cuerpo y lo aprieta cuando le conviene.

—Me alegro —respondo en el mismo tono provocándolo con descaro.

Max arquea una ceja ante mis palabras e intenta rodearme con un brazo para atraerme hacia sí y explicarme lo que les pasa a las chicas descaradas que lo tientan. Sin embargo me aparto con agilidad dejándolo contrariado pero excitado, eso es evidente.

—Me muero de hambre —comento dándole un doble sentido para que Max continúe en estado de alerta.

—Me has leído el pensamiento.

A diferencia de mí, él lo ha dicho como si tal cosa. Lo veo lavarse las manos, indiferente mi verdadera «hambre», y pone la mesa. Saca los envases y lo dispone todo.

—Ahora vuelvo —dice de repente dejándome con la palabra en la boca.

Mi inquietud dura apenas medio minuto cuando reaparece con una botella de vino en la mano. Cual sumiller experto me la muestra y reconozco en el acto la etiqueta.

—Estás obsesionado... —digo riéndome.

Max arquea una ceja y se hace el tonto.

—Para ti, lo mejor.

—¿Intentas emborracharme?

—Se nota, ¿no? —bromea y abre el cajón de los cubiertos en busca del sacacorchos.

Con una teatralidad alucinante espera tras la silla para que me siente. Sirve un poco en mi copa y aguarda a que dé el visto bueno.

—Perfecto —murmuro paladeando en la boca con exageración evidente antes de añadir—: Pero no me has respondido.

—¿Cuál era la pregunta?

Sigue haciéndose el tonto. Perfecto, quiere jugar. Yo también.

—¿Vas a darme vino para que se me suba a la cabeza y poder propasarte conmigo? ¿O serás un caballero y si me ves contenta te ocuparás de acostarme sin que me pase nada?

Max me mira, sonrío de medio lado, prueba el vino, acaricia el tallo de la copa... Como siempre se toma su tiempo para responder, lo cual juega a su favor, ya que a mí me desespera.

—Me atrevería a decir que tú, esta noche, si tuvieras un caballero enfrente le mandarías a paseo para dar paso a un canalla encantador. ¿Me equivoco?

—Vaya... eso es seguridad en uno mismo y lo demás son tonterías.

Como precalentamiento toda esta situación nos va de perlas pero decidimos dar cuenta de la comida.

—Creo que hemos desperdiciado un buen vino —digo señalando los envases de cartón vacíos.

Max se chupa los dedos antes de intervenir.

—No estoy para nada de acuerdo.

—Tendríamos que haber bebido cerveza barata o vino de tetrabrick.

—Considéralo cocina de autor —se guasea y ambos nos echamos a reír—. Además, mira el lado positivo: hoy vamos a tardar medio minuto en dejar la cocina recogida.

Lo veo venir y no puedo evitar toser, fingiendo estar escandalizada ante su descarada insinuación.

—Mmmm. —Finjo pensármelo antes de ponerme de pie, recoger los envases de cartón y dejarlos con el resto para llevarlos a reciclar.

Max lleva las copas de vino a la fregadera y las deslava. Coge la botella, en la que aún queda vino, y me espera junto a la puerta.

—¿Ya estás achispada o necesitas un poco más?

Me río y me acerco, exagerando el balanceo natural de mis caderas, hasta quedar frente a él, arrebatarse la botella, dejarla sobre la encimera, rodearle el cuello con los brazos y pegar mis labios a los suyos para murmurarle:

—Compruébalo por ti mismo.

Saco la lengua y recorro sus labios. Max permanece quieto, me deja continuar. Se nota que le gustaría agarrar las riendas y llevarme al dormitorio cual hombre de las cavernas. Pero he de reconocer que su aguante me excita y le agradezco profundamente que me deje jugar con él. Su aliento se mezcla con el mío y para mostrarle hasta qué punto me ha afectado el alcohol, enredo mi mano en sus cabellos y tiro suavemente para que al besarle todo se intensifique.

—Bea... —gime junto a mis labios y yo continúo asaltando su boca.

Quiero que no albergue ni una sola duda sobre mi deseo.

Nos encontramos de nuevo en la cocina. Voy a empezar a considerarla la estancia más erótica de la casa porque nos funciona.

—No seas mala... —gruñe cogiéndome en brazos.

Con agilidad me lleva hasta la alcoba, un espacio más acorde con lo que se supone que vamos a hacer, aunque a partir de Max la cocina pasará a ser considerada como estancia sexual recomendada.

—¿De qué te ríes? —inquire tras dejarme caer en la cama.

Y yo, apoyada sobre los codos, me muestro todo lo seductora que puedo antes de responder.

Me desabrocho el botón de los vaqueros pero no bajo la cremallera. Levanto un pie para que Max me quite una bota, lo cual hace con delicadeza. Le ofrezco el otro y repite la operación, ocupándose también de mis calcetines.

Me masajea el pie desnudo, apoyándolo en su abdomen y mirándome con una sonrisa de lo más lasciva, yo levanto un poco mi suéter para inspirarle, aunque no lo necesite.

—Te he hecho una pregunta.

—Desde que te conozco mi cocina ya no será la misma... —respondo en voz baja y Max gime.

Bien, eso es lo que quiero. Sus manos continúan trabajando mi empeine y nunca pensé que terminaría derritiéndome con un masaje de este tipo.

—Te veo muy relajada... —musita soltando mi pie e inclinándose hacia delante para quedar sobre mí. Pone una mano a cada lado de mi cabeza, acomoda sus caderas entre las mías y sin dejar de mirarme las mueve, lentamente, dejando que vaya tomando conciencia de lo que está por venir.

—Relajada no es la palabra —replico echando los brazos hacia atrás, rindiéndome por completo a lo que tenga a bien hacerme.

Estoy segura de que el libro de reclamaciones no será necesario.

—¿Y cuál es? —ronronea junto a mi oído antes de lamerme y mordisquearme el lóbulo.

—Cachonda —asevero sin andarme por las ramas, no vaya a ser que con la tontería se produzcan errores. La comunicación es fundamental en la pareja.

—Así me gusta, sin ambigüedades.

Su boca sigue obrando maravillas, ahora en mi cuello. Yo permanezco inactiva. Al mismo tiempo siento sus manos subiendo mi suéter. Presiona sobre mis pechos, aún confinados dentro del sujetador, y no me queda más remedio que gemir, de forma contenida debido a las circunstancias, pero un gemido auténtico.

Me desnuda de cintura para arriba y siento la suavidad de su jersey sobre mis pezones. No me contengo y me contoneo, dejando que la lana los estimule.

Max gatea hacia abajo y juega en mi ombligo. Lo besa, lo humedece y arquea las caderas. Entiende mi ruego silencioso y procede a bajarme los pantalones; por fortuna

arrastra mis bragas al mismo tiempo. Estoy desnuda sobre mi colcha, excitada, anhelante, frente a un hombre aún vestido que me mira con un deseo evidente.

—Espero que lleves a la práctica todo lo que se te está pasando por la cabeza —ronroneo estirándome, ofreciéndome, tentándolo...

—No esperaba menos de ti.

Se incorpora y con un gesto de esos que sólo los hombres saben hacer se saca el jersey por la cabeza y lo tira con despreocupación. Sin perder tiempo se ocupa del resto de su ropa y por fin lo veo ante mí, desnudo y con una erección que deseo tocar. Max se queda de pie, tiene puestos sus ojos en mí mientras se agarra la polla y empieza a meneársela, privándome de lo que en ese instante más deseo.

—¿Vas a jugar solo? —inquiero relamiéndome.

Max, el malo, está de vuelta y continúa con sus movimientos. No me responde, así que al no dejarme más opción separo las piernas y mi mano comienza a descender desde mis pechos hasta mi sexo para tocarme, separando los labios hasta encontrar mi clítoris y presionarlo.

—¿No quieres compartir? —insisto.

—Tu generosidad me ha convencido.

Qué arrogante se me ha puesto. Podría darle una réplica contundente pero eso únicamente retrasaría lo que deseo. Y, por qué no decirlo, ese papel dominante, de chulo de barrio que es más cercano, me pone.

Se lanza a por mí y no pierde el tiempo. Me besa, me muerde, me hace gemir y por fin me embiste. Sin medias tintas, metiéndomela hasta el fondo, logrando que arquee la espalda. Una calurosa bienvenida. Mi cuerpo lo recibe y jadeo encantada al sentirme dilatada. Con cada una de sus embestidas roza cada terminación nerviosa del interior de mi vagina.

Con este ritmo no voy a durar ni cinco segundos. Max se muestra implacable, rotundo. Siento su respiración agitada junto a mi oreja, tan errática como la mía. Busco su boca, quiero estar unida a él por el mayor número de puntos posible. En realidad lo quiero todo. Me reafirmo, soy egoísta y no cederé ni un milímetro.

—Córrete, Bea —me ordena y me agarra de las muñecas, sometiéndome. Yo, encantada, me someto.

—Max... —gimo cerrando los ojos, notando la tensión entre las piernas.

—Mírame —exige implacable—, mírame. Quiero ver tus ojos cuando te corras, con mi polla bien hundida en tu cuerpo.

Cada vez que Max dice cosas así no puedo evitarlo, desencadena en mí todo un cúmulo de sensaciones. Libera mis inhibiciones, logra que sea otra diferente por completo.

Sólo Max, sólo él lo consigue.

—Únete a mí —le ruego apretando mis músculos vaginales—. Quiero sentirte, muy dentro de mí...

—Bea... —gruñe empujando con más ímpetu.

Me agarra con más fuerza de las muñecas, me muerde el hombro, se agita encima y yo siento mi orgasmo. No es el primero pero como si lo fuera, como si descubriera por primera vez lo que es un clímax.

Mi cerebro parece tener amnesia y la verdad, lo agradezco pues de esta forma todo es mucho más intenso.

Max da un último empujón y eyacula en mi interior e inmediatamente libera mis muñecas y rueda a un lado arrastrándome con él. Su abrazo me confirma que Max, el que se atiborra de mimosín, está de nuevo en mi cama.

Lo quiero.

Y no hay más que decir.



Un nuevo día.

Me despierto, me estiro, bostezo y rozo el increíble cuerpo masculino que tengo a mi lado. Mmmm, qué vicio, qué vicio.

Con descaro, por supuesto. No sólo por el calorcito que me proporciona. Es también la sensación agradable unida a las emociones que hacen sonreír a lo bobalicón. Por no mencionar el constante hormigueo entre mis piernas. Con Max a mi lado esto va a ser un no parar.

Pero la obligación antes que la devoción, pienso resignada. Él puede quedarse un ratito en la cama, no voy a interrumpir su sueño. Se merece un descanso; así que lo beso en el hombro y me levanto.

No llego muy lejos. Max, el tipo que fingía dormir a mi lado y que anoche fue muy «malo» conmigo, me agarra de la muñeca y en un asombro ejercicio de rapidez y control me inmoviliza bajo su peso, dispuesto a llevar a cabo una más de sus inagotables y perversas ideas, siendo de nuevo mi cuerpo el que asumirá las consecuencias.

Y yo preocupada.

—Buenos días —gruñe junto a mi oído y sus manos enredan entre mis piernas.

No va a tener que esforzarse mucho para convencerme aunque siempre intento presentar batalla y ponérselo un poco difícil.

Sus dedos estimulan mis labios vaginales y en menos de dos minutos estoy preparada para él. Max sonrío como un lobo al acecho y sin apartar los ojos coloca su erección en posición y me tienta, me estimula y me da un anticipo de lo que me espera. Se retira, juega conmigo. Me muerde, me aprieta los pezones; me desespera.

Juego mis cartas lo mejor que me es posible y llevo ambas manos a su estupendo trasero. Le clavo los dedos y lo insto a penetrarme. Escucho su páfida sonrisa junto a mi oído. A veces dan ganas de mandarlo a paseo y decirle «*Ciao*, que me lo monto con mi vibrador», pero no tengo ninguno y la verdad, ya que estamos metidos en harina...

—¿A qué esperas?

—A que me ruegues, me supliques... —Su tono es una provocación en toda regla.

En respuesta obtiene una buena nalgada.

—¿Te sirve? —inquiero masajeando la zona cero antes de repetir la operación.

Qué culo tan firme, por favor.

—Me has convencido.

Entra en mí. De una sola vez, pero despacio. Ensanchándome poco a poco, dejando que mis músculos lo acojan para después no querer soltarlo.

—Mmmmm —ronroneo y tenso la espalda, arqueo la pelvis y salgo a su encuentro.

Los movimientos más innatos son los mejores, sin duda alguna.

No disponemos de todo el tiempo que quisiéramos, por eso Max va incrementando el ritmo, va volviéndome loca a una velocidad de vértigo.

En mis labios se atascan las palabras, quisiera decirle tantas cosas. Lo que siento, lo que me hace sentir, lo que deseo... lo que lo quiero... Y a él parece sucederle lo mismo, me mira con una intensidad, con una ternura... definitivamente tengo que buscar el momento para decírselo.

No debo callar por más tiempo.

—Bea.. —jadea y yo sonrío de medio lado.

Su forma de pronunciar mi nombre incluso cuando estamos vestidos destila sexo, excitación, deseo y yo no puedo hacer otra cosa que admitirlo: estoy en sus manos por completo. Para lo que quiera. Cuanto antes asumamos esta verdad irrefutable, mejor para todos.

—Sigue...

—Joder, esto es tan bueno...

—Lo sé, lo sé...

Sus envites se vuelven más bruscos, más exigentes. Mis manos lo agarran del culo acercándolo a mí, apretándolo. Estoy a punto, jadeo, corcoveo, respiro profundamente, tenso el abdomen...

Mi sexo, receptivo, sensibilizado, húmedo y caliente lo acoge. Max toca cada una de las terminaciones nerviosas necesarias, y las que no también, para hacerme saltar. Para conducirme a ese punto de no retorno al que quiero que me acompañe.

Y llego. Mi orgasmo me atraviesa y busco su boca. Lo beso con ferocidad y mantengo las piernas alrededor de su cintura mientras Max continúa embistiéndome.

Sus jadeos al tiempo que me mira fijamente me están diciendo todo. Siente la conexión que existe entre ambos. No, no son imaginaciones mías.

Le limpio el sudor de la frente. Paso la lengua por su garganta. Doblo las rodillas, elevo la pelvis. Aprieto los músculos internos. Quiero sentirlo al máximo.

Me muerde el hombro para no gritar y yo lo acojo en mis brazos.

—Quédate un rato así —le pido.

No me importa aguantar su peso. Disfruto abrazándolo y que permanezca enterrado en mi sexo durante unos minutos más.

Puede parecer una estupidez, pero a mí me gusta. Así, compartiendo esos segundos poscoitales tan especiales.

—Siento ser portadora de malas noticias, pero...

Me obsequia con un beso intenso. Peligroso antes de apartarse.

—No importa, esta noche pienso repetir —me suelta todo chulito.

Por favor, si no fuera una señora, qué clase de cosas le diría... La primera: por supuesto, soy tuya y puedes follarme cuando quieras. Pero lo dicho, soy una *señora*

con obligaciones. Una lástima.

Con renuencia terminamos levantándonos. Ambos lucimos una sonrisa bobalicona, de esas que si las ves en otra gente te hacen negar con la cabeza de tan tontos, pero ahora que me pasa a mí no voy a renunciar a ella.

—A la ducha —me dice con un azote en el culo.

—Vale.

—Y date prisa, os invito a desayunar.

Tras la tonificante ducha me encargo de Félix. Mi hijo está entusiasmado con la idea de salir de nuevo los tres aunque he de aclararle que no podemos pasar todo el día juntos. Yo trabajo y Max supongo que tendrá que ocuparse de sus asuntos.

Entro en mi dormitorio para ver si Max está ya presentable y me muerdo el labio... Debe de ser ilegal llevar así unos pantalones y que te queden tan estupendamente.

—¿Sabes que tu culo podría ser portada de una revista? —bromeo porque sé que él está al tanto de su apariencia física y en más de una ocasión se puede haber sentido observado—. Que conste que lo digo desde la más profunda admiración.

—Ya me he dado cuenta —murmura en tono provocador mientras guarda sus cosas en los bolsillos—, en cuanto tienes oportunidad me manoseas a tu antojo.

—¿Cómo? —pregunto falsamente indignada. Especialmente porque tiene más razón que un santo: no me canso de ponerle la mano encima.

—Lo que oyes —se ríe de mí—, pero si te soy sincero, mi culo está a tu entera y absoluta disposición.

Con reverencia incluida sale de mi alcoba, dejándome con un palmo de narices. Bueno, pues que me quiten lo *bailao*.

—Que conste que voy a seguir tocándote... —mascullo al más puro estilo bruja malvada. No sé si ha llegado a oírme, pero yo lo he dicho, que conste.

Una media hora después nos sentamos en una cafetería de esas retro, donde aparte de desayunar puedes comprar algún que otro objeto *vintage*.

Me da miedo mirar cualquier cosa por si Max se percata de ello y luego acaba comprándomelo; no quiero regalos, lo quiero a él.

De nuevo suena su móvil, algo de lo más normal, pero él, en vez de responder con naturalidad se levanta, se aparta. No quiere que escuche su conversación. Si trabajara en una oficina o en una fábrica o barriendo las calles me daría igual, hasta entendería que no quisiera aburrirme con sus problemas laborales, pero sabiendo cuál es su fuente de ingresos, me duele. Me siento desplazada, me incomoda. Algo totalmente absurdo, lo sé, pero incontrolable.

Félix sigue a lo suyo, jugando con el desayuno y parloteando sobre todo lo que quiere hacer hoy. Pobre María, va a terminar agotada. Yo tengo que estar en el restaurante todo el santo día.

Con el rabillo de ojo observo a Max mantener una tensa conversación por el móvil. Se activa ese runrún de los malos pensamientos en mi interior. La amenaza de

estropear un bonito día se cierne sobre nosotros.

Intento concentrarme en mi hijo. Ojos que no ven...

Max regresa visiblemente enfadado aunque intenta disimular. Su sonrisa no es fresca, más bien todo lo contrario. Sé que es un triste intento por no preocuparme, sin embargo fracasa. Decir a estas alturas que lo conozco como si lo hubiera parido puede resultar una exageración pero sí sé cuándo algo lo inquieta. Su lenguaje corporal cambia, se torna retraído. Sus gestos no son todo lo naturales que deberían.

No pregunto. Callo y doy vueltas a mi capuccino antes de dar un buen sorbo.

—Esta noche no podremos cenar juntos —murmura al cabo de unos minutos de tenso silencio.

Nos miramos. Entre nosotros ahora parece haber una gran distancia que además puede ser insalvable. La prueba de fuego. La confianza y la aceptación en juego.

Salta a la vista que ha estado dándole vueltas a la cabeza buscando la forma de decirlo sin que suene peligroso. No lo ha conseguido.

—Pero te prometo pasar la noche contigo.

«Promesas... peligrosas promesas», me digo a mí misma.

—De acuerdo —musito queriendo ser fuerte y aguantar el chaparrón interior.

El resto del desayuno es, sencillamente, un intento de ambos por fingir normalidad, por aparentar que todo sigue igual, que no ha habido una llamada de móvil que manda al cuerno cualquier ilusión que pudiera tener a primera hora.

Saco fuerzas de donde no hay y poso la mano sobre la suya. Tampoco quiero que se vaya con sentimiento de culpabilidad.

—No te preocupes, no cenaré sola —musito mirando a Félix.

Él me aprieta la mano pero sé que algo lo inquieta. Mira cada dos por tres al exterior. Y cuando enfoca la mirada hacia mí lo noto nervioso.

Es una sensación incómoda. ¿Le preocupa que lo vean conmigo en una cafetería sencilla?

Miro el reloj y sé que debo empezar a moverme para llegar a tiempo, antes tengo que dejar a Félix en casa de mi hermana y no me apetece escuchar a mi jefe gritar nada más llegar.

—Te acerco —propone Max tras guardarse el cambio en la cartera. Como era de esperar deja una buena propina.

—No, es tarde. Mejor pillo un taxi.

No le ha gustado nada de nada mi negativa a su ofrecimiento, pero prefiero llegar sola al restaurante y así tener unos minutos para mí. Quizá piense que es debido a su evidente ausencia de esta noche. No encuentro las palabras para desmentirlo pese a no ser cierto al cien por cien.

Max mira a su alrededor, está empezando a ponerme nerviosa con su constante preocupación. Ni que estuviéramos en una peli de espías siendo observados.

—De acuerdo —accede besándome ligeramente en los labios. Me los acaricia y después se agacha junto a Félix para despedirse de él.

—Vale, colega —dice mi niño.

No tengo ni idea de lo que Max le ha confiado, pero al menos me hace sonreír con su entusiasmo.

Llego a casa de María contrarreloj, lo cual me viene de perlas ya que así me ahorro el interrogatorio.

Llevo casi dos días sin dar señales de vida y sé que a pesar de no estar preocupada —sabía a la perfección con quién andaba— tiene unas ganas locas de sonsacarme. Pero me escabullo hábilmente y una vez en la calle paro un taxi que me deja a las puertas de mi trabajo.

—Espero que tengas mucho que contar a la hora del café. —Es el saludo de Beto nada más verme aparecer por la puerta. Ni siquiera me deja colgar el bolso o ponerme el mandil.

—No seas brasas...

—Y tú no seas petarda. Venga, un adelanto, algún detallito... ¿O prefieres contármelos todos en la cena que estoy organizando en mi casa delante de unos amigos?

Lo golpeo en el brazo por metición, pero acabo riéndome.

—¿Una cena? —pregunto—. ¿El motivo?

—Estás cambiando de tema, me he dado cuenta. En fin, te lo contaré. Quiero presentaros a mi novio. Yo sí soy buena gente y comparto con mis amigos las buenas noticias.

Su tono claramente acusador no me sorprende, a Beto le encanta provocar en general y a mí en particular.

—¿Estoy invitada?

—Por supuesto pero con una condición.

—Me lo temía —farfullo mientras me lavo las manos antes de empezar a cocinar.

—Que te acompañe ese hombre con el que, y no pienso pedirte perdón por ello, he tenido un par de fantasías. ¿Te las cuento?

—Acabas de decirme que tienes novio —le recuerdo con sarcasmo por si acaso—. No está bien fantasear con el novio de... —me detengo porque dudo de si la palabra novio es la correcta para referirme a Max; no lo hemos hablado y me da un poco de cosa adelantar acontecimientos—... amigo de tu amiga —finalizo y me doy cuenta de que suena de culo.

Ha sido peor el remedio que la enfermedad.

—Pues sí, y pienso seguir haciéndolo —comenta tan pancho y además con el descarado de guiñarme un ojo—. Hija mía, ya que te niegas a compartirlo al menos déjame ese pequeño consuelo.

—¿Y qué opina tu nuevo amante de ello? —inquiero con recochineo; se supone que si es nuevo y están en la fase más pasional no tendrán tiempo para fijarse en otros hombres.

Yo al menos no me comporto así. No he sido capaz de fijarme en otro desde que

conozco a Max.

—No lo conoce, pero estoy seguro de que le pasará lo mismo que a mí.

Y así, sin más me deja con la boca abierta para un buen rato. Vaya forma más extraña de llevar una relación.

—Los gays a veces me desconcertáis, tenéis cada cosa...

—Ay, hija, no es cuestión de orientación sexual, por favor, qué antigua.

Pongo los ojos en blanco al oír el adjetivo poco o nada acertado que dirige a mi persona.

—Llámame reprimida, ya que te pones... —mascullo aguantándome las ganas de reír.

Qué bien sabe hacer la mariquita mala cuando se lo propone.

—A veces un poco sí. Pero ése no es el tema principal que estamos dilucidando aquí. Y ahora me negarás que tú no te fijas en los demás tíos, que eres una santa y que no te pones cachonda cuando ves a un hombre impresionante, porque si me lo niegas te diré que o mientes o estás enferma.

—¡Por favor...! —exclamo en tono lastimero—. Vale, admito que hay hombres que quitan el hipo, pero si estoy enamorada pues no me ponen, la verdad.

—¿Enamorada?

Mierda, si ya sabía yo que al final lograría sonsacarme más de la cuenta.

—Estoy hablando en sentido figurado —alego en mi pobre defensa.

Por la cara de Beto sé que no ha colado.

—Ya, vale, voy a hacer como que te creo —se guasea sin piedad—. Pero nos conocemos, guapa, a mí no me engañas, ese tipo te tiene loca, ¡si no hay más que verte! Claro que yo me encontraría en un estado muy similar, así que por eso no te preocupes.

Como sé que tengo la batalla perdida de antemano decido ignorarlo y ponerme a mis cosas, que luego me pilla el toro y me gano la consabida bronca de Ramón. Le gusta sermonear a la gente con o sin motivo, así que mejor no facilitarle el asunto.

Termino mi jornada laboral y como estamos ya metidos de lleno en fiestas acepto ir a tomar una copa con los compañeros de curro. Pasamos mucho tiempo juntos y de vez en cuando se agradece que podamos disfrutar del sencillo placer de no hacer nada mientras charlamos. Todos sin nuestros atuendos de trabajo parecemos otros, pero reina el buen ambiente.

Beto, a mi lado, me pone al día sobre uno de los camareros, que por lo visto anda detrás de la chica de la limpieza; ésta, como su novio la trató fatal, no quiere liarse con ningún hombre.

—Qué pedazo de portera estás hecho. ¿Cómo te enteras de tantas cosas? —Puede parecer que lo regaño, pero no es así.

—No seas boba, si se le ve a la legua —me contesta señalando a la parejita en cuestión—. Por lo visto él intenta meter ficha y ella erre que erre.

—Lo dicho, un cotilla.

Cuando quiero darme cuenta es tardísimo. La tarde se me ha pasado en un suspiro, la verdad es que necesitaba pasarla así, sin preocupaciones, y me despido rápidamente de mis compañeros deseándoles felices fiestas y dando besos a diestro y siniestro.

Salgo para mi casa escopeteada, mi hermana me va a matar.

—¡Ya era hora! —exclama nada más verme entrar por la puerta.

—Lo siento, lo siento —consigo decir pues he llegado corriendo—. Me quedé con los compañeros tomando una copa y se me hizo tardísimo.

—Bueno, vale, te perdono.

María es un amor.

—Te compensaré, prometido —añado rápidamente mientras me desprendo de mi ropa de abrigo y me quito los zapatos.

—¿Dónde está Max? —me pregunta sin contemplaciones.

—¿Por qué?

—Hija, es que Félix no ha parado de hablar de él.

Traducido: ha estado sonsacando al niño y por lo visto mi hijo ha contado la versión para todos los públicos, pero como salta a la vista a mi hermana no le interesa tanto como la versión para mayores de dieciocho.

—Tenía una cita de negocios —explico manteniéndome firme. Si flaqueo se dará cuenta, así que la primera que debe hablar con convicción soy yo.

—Un hombre muy solicitado, por lo visto.

Su comentario no va con segundas, eso lo sé. El problema es que conociendo el tipo de reunión al que asiste Max esas palabras, en principio inocentes, cobran un sentido muy especial.

—Sí —murmuro sencillamente y de esa forma sé que no me complico la vida.

—Eso está bien, saber que un hombre trabaja y es responsable —comenta distraída mientras se pone el abrigo—. En fin, te dejo, que si no ando lista pierdo el bus. Ya nos pondremos al día en otra ocasión... —Esto último lo deja caer con segundas.

Da un beso a Félix y después me abraza antes de salir.

Una vez a solas con mi hijo en el apartamento, me encargo de mi trabajo no remunerado, es decir, poner al día más o menos las cosas y preparar la cena. Entre esas cosas se incluye despegar a Félix de la videoconsola y meterlo en la ducha, para lo cual debo emplear mis dotes negociadoras.

Al final parece que me salgo con la mía y ahora estamos los dos en el sofá, sentados cenando. Él con su pijama favorito y yo con mi ropa de marca de andar por casa.

En las negociaciones previas a la ducha se estipulaba también la hora de meterse en la cama, por lo que a eso de las diez y media Félix ya está dormido y yo con la casa medianamente organizada puedo haraganear en el sofá.

Y es ahora, con el móvil en la mano y una copa de vino en la otra cuando se

acerca el bajón. Si al menos emitieran por televisión algo lo suficientemente entretenido como para distraerme...

Cuando oigo el pitido anunciándome que ha entrado un mensaje doy un profundo respiro. Observo la pantalla. No quiero abrirlo porque, a pesar de intuirlo, sigo teniendo miedo. Mucho miedo.

Al final leo el mensaje: «Te echo de menos».

Sencillo, contundente, doloroso.

Me gustaría responderle, algo así como «Yo también», pero mis dedos permanecen inmóviles, no tengo ánimo para hacerlo y acabo por abandonar el teléfono a su suerte.

No sé qué pensará Max al no recibir contestación alguna.

Con la copa vacía en la mano me quedo de pie, junto a la ventana del salón, mirando la calle, sin ver en realidad nada. Quizá con la irrisoria ilusión de verlo aparecer en cualquier momento. Soy una ilusa y al final pagaré las consecuencias.

Voy apagando las luces de camino a mi dormitorio. Paso por la habitación de Félix y me inclino para darle un par de besos, acariciar su mejilla y susurrarle buenas noches.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —musito con una sonrisa saliendo del cuarto.

Me meto en la cama, me tapo y me acuesto de lado, dejando la otra mitad libre por si Max decide aparecer. Compruebo la hora por última vez, son más de las doce.

«Ya no vendrá», pienso cerrando los ojos, aferrándome a las sábanas y recordándome a mí misma que no puedo exigirle nada.

Como era de esperar el sueño me esquivo. A esas horas de la noche apenas se oyen ruidos por lo que los pocos que hay son mucho más intensos.

Creo haber oído hasta el ascensor pero no, es una especie de alucinación o que sencillamente mi cabeza se encarga de hacerme creer lo que necesito creer.

Una puerta que se abre, sin embargo no es la de mi casa.

Unos pasos que se acercan o que se alejan, no puedo saberlo a ciencia cierta.

Me estoy obsesionando, lo sé. Dicen que admitir el problema es el principio de la solución. Yo no estaría tan segura. ¿De qué me sirve ser consciente de ello si no puedo evitarlo? ¿Si a cada minuto que pasa mis ganas de llorar aumentan?

Saber que es temporal, que en breve Max pondrá fin a lo que ha sido su medio de vida tampoco ayuda. Es como si alguien hubiese caído inconsciente a la vía y en vez de ayudarlo rápidamente te quedases tan pancha acabándote el café porque sabes que hasta dentro de una hora no pasa el tren. Mi mente no funciona así.

Abro los ojos, he oído el clic de la cerradura. Ahora los pasos sí suenan cada vez más cercanos... la puerta de mi dormitorio permanece entornada y veo la luz procedente del cuarto de baño.

Mi corazón empieza a latir con fuerza. Quiero controlarme. No lo consigo.

Max entra en el dormitorio y mira en mi dirección; mis ojos, acostumbrados a la

oscuridad, pueden verlo casi todo.

Se pasa la mano por el pelo y suspira. Está cansado o al menos incómodo con toda esta situación. Su tristeza, su pesadumbre no me hacen sentir bien, no soy tan absurda.

Rodea la cama y se sienta para comenzar a desnudarse. Mira un segundo por encima de su hombro, ha adivinado que sigo despierta pero no digo nada. No tengo nada que decir.

Se acuesta junto a mí en la cama, desnudo por completo, y se acerca, con cautela.

Cierro los ojos, me besa en el hombro y me rodea con los brazos. No intenta nada más. Sólo respira junto a mí, en silencio.

Vamos a compartir cama, de eso no hay duda, pero por primera vez sólo compartiremos un espacio físico, nada más.



No he pegado ojo.

Bueno, no es del todo cierto ya que por cansancio el cuerpo humano termina desconectando aunque no descansas absolutamente nada.

A Max, durmiendo a mi lado, no se le puede reprochar absolutamente nada, ya que ni da patadas, ni ronca ni se apropia de las mantas dejándote con el culo al aire en mitad de la noche.

Sigue abrazándome junto a mi espalda. Siento su respiración relajada en mi nuca y lo cierto es que mi enojo de la noche anterior se ha ido disipando a medida que pasaban los minutos rodeada de sus brazos.

Sí, no he pegado ojo, sin embargo mi estado de humor ha mejorado. Quizá las lágrimas que derramé anoche me han aclarado y ahora lo veo diferente. Lo quiero y no puedo continuar enojada con Max.

No me engañó, no mintió, no buscó excusas y regresó junto a mí. Eso debería bastar.

Me doy lentamente la vuelta, separándome lo imprescindible para quedar cara a cara.

—Buenos días —susurro contra sus labios muy muy bajito, como si no quisiese que Max escuchara mis palabras. Una tontería, pero disfruto observándolo. Es difícil de explicar, pero mirándolo mientras descansa me ayuda a conciliar sus dos facetas. La que muestra conmigo, en la intimidad, en las distancias cortas, la que con toda probabilidad pocos disfrutan, con la del hombre de éxito, una ocupación que le permite vivir con desahogo por lo que no resulta pertinente cuestionarla.

Su atractivo físico sirve para ambas facetas y ahora está a mi disposición. Comencemos la jornada de forma agradable.

Quiero despertarlo con un beso, uno suave, que poco a poco sus labios se vayan separando para mí. Recorro con la lengua el contorno y su mano, hasta ahora inmóvil sobre mi cadera, comienza tomar vida.

—Mmmm —ronronea y mi trasero resulta convenientemente apretujado.

Me pego aún más a él y su erección mañanera pide paso entre mis muslos; yo, de momento, prefiero aplazar su entrada triunfal.

Mi curiosa mano, ansiosa más bien, acaricia su pene con cautela, no quiero ser brusca, no a menos que sea necesario.

—Bea... —jadea y prosigo masturbándolo con suavidad. Incluso, para incendiarlo aún más, me humedezco la palma de la mano.

Su lamento me anima y mis besos se vuelven más hambrientos. Los de Max, también.

Consigo colocarme encima de tal manera que pueda llevar el control de la

situación. Max me lo permite y me mira con media sonrisa en la boca encantado por mi iniciativa. Sé que resulta imposible dominar a un hombre así, pero la ilusión no me la quita nadie.

Le extiendo los brazos en cruz antes de agacharme y ser yo quien le muerda el hombro, tal y como él me hace a mí. Max, en respuesta, levanta las caderas desestabilizándome un poco, aunque no logra que yo desista.

—Vas a hacer lo que yo te diga... —exijo imitando la voz de una línea erótica. Le hablo al oído aprovechando la ocasión para que mi lengua estimule toda esa zona mientras él intenta controlarse y no someterme a sus impulsos más primarios de dominación masculina.

—Siempre obedezco —replica cual corderito manso. Qué farsante más grande está hecho.

—¿Ah, sí?

—¿Acaso lo dudabas? —inquire desafiándome. Pero se nota, por cómo tensa el cuerpo, que está afectado por mis maniobras, muy afectado.

Al estar encima de Max no sólo llevo la voz cantante sino que además puedo jugar con él, tentarlo y para ello nada mejor que acoger su polla entre mis piernas sin otra pretensión que dejar que se roce, nada más.

Dejo sus brazos en cruz y me quedo a horcajadas sobre él. Guau, vaya panorama. Mis manos recorren su torso de arriba abajo y viceversa. Repito la maniobra porque no me canso de tocarlo. Me mira, mejor dicho me provoca con la mirada, me reta a que sea más contundente y ahora clavo ligeramente las uñas, sólo lo suficiente para que aprecie un leve dolor.

—¿Vas a marcarme? —pregunta de un modo poco o nada sumiso.

Qué mal parece llevar esto del sometimiento. Pues que se vaya acostumbrando, ahora me toca a mí ser mala. Quiero ser mala y esbozar esa sonrisa que puede prometer todo o nada antes de susurrarle:

—Por supuesto.

Ni yo misma me creo la voz dominante que tengo en esos instantes, pero en vista de la cara de Max creo que tendré que usarla más a menudo, pues está disfrutando de mi sesión controladora.

—Tócate.

Arqueo una ceja ante su petición.

—Se supone que debes permanecer callado —lo regaño. Mantengo mi expresión severa, que si no me ando con ojo Max se me rebela y al carajo toda la escena.

—Ah, perdón.

Miente como un bellaco pero me hace sonreír. Tiene que recibir su merecido, así que paso por alto sus protestas cuando me aparto de su entrepierna y lo obligo a tumbarse boca abajo.

—Quiero disfrutar de tu retaguardia...

Me muerdo el labio, vaya... no sé si me gusta más por delante o por detrás. Palpo

su estupendo culo y no me puedo resistir, lo azoto, primero con cuidado y después un poco más fuerte. Aprovecho su aparente sumisión para acariciarlo a placer. No sé cuándo se volverá a presentar una ocasión como ésta.

Con el dedo índice recorro la separación entre sus nalgas de forma muy somera; quiero comprobar su reacción ya que él a la menor oportunidad me lo hace a mí.

Max me mira por encima del hombro, se está mordiendo la lengua, eso es evidente, pero aguanta por mí. Tendré que compensarlo.

Vaya ama que estoy hecha, soy de un blandengue...

Me inclino hacia delante y empiezo a besarlo en los hombros, primero con un suave toque de mis labios y después humedezco la piel con mi lengua. Max gime y se mueve. Continúo por el centro de su espalda, siguiendo su columna vertebral. Me siento tremendamente excitada, mi humedad es palpable y si yo quisiera esto se solucionaba en cinco minutos.

Pero si algo he aprendido con Max es a jugar y a no precipitarme.

Mis pezones erectos rozan su espalda y mi vello púbico su trasero mientras me muevo sinuosamente. Disfruto del sencillo pero gratificante placer de rozar piel con piel. Cada poro se sensibiliza dejándome en un estado perfecto para dar el siguiente paso.

—Se acabó —gruñe Max y aprovechando su superioridad física se deshace de mí, se vuelve y con cara de ni se te ocurra replicarme me obliga a tumbarme.

—Con lo bien que me lo estaba pasando —lloriqueo mientras él, de rodillas frente a mí, me agarra de los tobillos, separa mis piernas con brusquedad y me deja expuesta por completo para su escrutinio. Me come con los ojos, literalmente.

—Esto te pasa por jugar con fuego.

Como frase tópica y manida ésta no tiene parangón, pero oye, funciona y respiro nerviosa presa de la anticipación.

—Ya me he quemado, por si no lo has notado —replico siguiendo el guion.

—No, aún no.

Esa arrogancia me vuelve loca y si además lo observo acercarse de rodillas hasta quedar entre mis muslos para restregar su polla contra mi sexo, recorriéndolo de arriba abajo con precisión, no me queda más remedio que gemir, adelantar las caderas y rezar para que cuanto antes decida abrasarme.

Mi clítoris también recibe sus atenciones. Presiona con la punta, mis abundantes fluidos facilitan sus movimientos. Continúa restregándose, controlando mi excitación para mantenerme en un estado de máxima alerta pero por desgracia voy a tener que permanecer a fuego lento mientras él lo estime conveniente. Mis gemidos, aunque contenidos, van en aumento; quiero que avance, que deje de atormentarme y que me penetre.

Para mi más absoluta desesperación pasa un dedo por mis pliegues, humedeciéndoselo para después llevárselo a la boca y saborearlo, emitiendo esos ruiditos tan obscenos como gratificantes.

—Delicioso... —susurra antes de repetirlo.

Jadeo, cierro los ojos, arqueo la pelvis... cualquier cosa para llamar su atención y soportar esta demora injustificada.

—Max...

—Enseguida —me interrumpe y yo, desesperada, me llevo las manos a los pechos y comienzo a buscar una especie de alivio, pellizcándome los pezones y de paso instándolo a que se ocupe él.

—Joder... —gruñe y yo sonrío.

Mi maniobra ha surtido efecto y lo siento entrar en mí.

Levanta mis piernas hasta colocar los tobillos sobre sus hombros. De esa forma sus envites son más intensos, más poderosos. Sus manos se aferran con fuerza a mis tobillos y de repente gira la cabeza para meterse en la boca el dedo gordo de mi pie y mordérmelo.

Nunca antes pensé que pudiera resultar tan erótico sentir la lengua sobre mi dedo gordo del pie. Esto nadie me lo había ni siquiera propuesto. Si llego a saber que esa parte, tan olvidada y descuidada en lo tocante al sexo, produce este tipo de placer...

—Mmmm —musito encantada y siento la presión de sus dientes sobre mi dedo, lo cual, lejos de molestarme, me conduce a un estado de mayor frenesí.

Definitivamente Max es un maestro. Sabe aportar ese toque que lo diferencia del resto. Añade a un acto ya de por sí placentero el ingrediente extra para convertirlo en irrepetible.

—No dejes de tocarte... —suplica al ritmo de sus penetraciones.

Obedezco. Estoy en sus manos.

—Estoy a punto... —gimo.

Y no sólo eso, me retuerzo, pese a la limitación que supone tener mis piernas elevadas.

—Más fuerte —exige implacable y yo continúo pellizcándome, incluso causándome dolor aunque al instante se convierte en placer.

—Max... —Mi lamento parece no inquietarlo. Sigue a lo suyo... Entra en mi cuerpo, se mueve, gira las caderas, choca contra mí..., sale, entra y ya no puedo más.

Con cada empuje fricciona mi clítoris, yo estoy a punto. No entiendo por qué siempre me conduce a una situación casi de desesperación antes de darme el toque de gracia.

—Córrete conmigo... —No sé si es una orden o un ruego, pero llega demasiado tarde.

Él apenas tarda un minuto en unirse. Contengo las lágrimas de emoción. Nunca he sido una mujer orgásmica y llorona al mismo tiempo, pero hay momentos en los que resulta complicado en extremo contener tantas emociones.

Con suavidad deja mis piernas sobre la cama y gatea hasta quedar justo sobre mi boca y decirme:

—Creo que se me ha olvidado darte los buenos días...

—Ah, pues no me había dado cuenta.

Me besa y yo lo rodeo con los brazos. Sudorosos y con la respiración agitada permanecemos abrazados hasta que se impone la realidad.

Max me da un último beso y se incorpora. Me acerca mi ropa de andar por casa mientras él se viste con rapidez.

Entonces hago una mueca, no sólo porque me prive de su cuerpo al natural, que ya es bastante motivo, sino porque he quedado en casa de Beto y no sé cómo decírselo, o si está libre. Estamos empezando, así que los compromisos sociales no sé si pueden, de momento, considerarse una opción para acudir en pareja. Ando un poco pez y aprendo sobre la marcha.

—¿Max?

—Dime.

—Hoy he quedado con mi compañero Beto, lo conociste en el curso; verás...

—¿Quieres que me quede yo con Félix?

—¿Qué? —inquiero contrariada. Tardo más de la cuenta en reaccionar. Joder, que mis hormonas aún están volviendo a su sitio—. ¡No! Esto, quiero decir... mierda. No, lo que te quería preguntar es si te apetece venir conmigo.

Me mira, sopesando el significado de mi invitación.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta cruzándose de brazos.

Ay, pobre, a lo mejor se piensa que pretendo dejarlo al margen de mis amistades.

—Se me olvidó comentártelo... No estás obligado ni nada de eso... —balbuceo como una idiota porque no quiero ponerlo tampoco en un compromiso.

—Bea.

—¿Qué? —farfullo molesta conmigo misma.

—Por supuesto que quiero ir.

Respiro tranquila, no sólo por sus palabras, sino por su sonrisa. Que me acompañe significa mucho para mí, va a conocer a mis amigos y supongo que podría ser su presentación oficial.

—¿Pensabas que me iba a negar? —añade un poco burlón ante mi tono dubitativo.

—Bueno, al fin y al cabo... ¿De qué te ríes?

—¡Pensabas que iba a negarme! —exclama riéndose ante mi apuro, lo cual me mosquea, con el mal rato que he pasado y él descojonándose.

—Yo...

«Mira que a veces eres tonta», me digo en silencio.

—Bea, debería ser yo quien se enfadase por dudar de mí. ¡Pues claro que quiero conocer a tus amigos, faltaría más!

Como no quiero parecer ni sentirme más idiota y tengo un niño de cinco años del que ocuparme salgo de la habitación, haciendo una mueca ante las risitas de mi amante, que hoy está en modo payasete, y me dirijo a la cocina.

Yo preocupada por si le parecía mal o un exceso de confianza por mi parte y Max

tan pancho.

¡Hombres! Para que luego digan que nosotras somos las «raritas».

De nuevo durante el desayuno presencio una escena doméstica de esas de serie de televisión, tan idílicas que resultan sospechosas. Pero no, en este caso es real. Lo del día anterior no fue un espejismo.

María pasa a recoger a Félix y como era de esperar continúa el flechazo entre mi amante y mi hermana. Cuánta educación, cuánta admiración, sólo les falta hacer un par de reverencias como si de una obra de Jane Austen se tratara.

—Toma. —Max me entrega las llaves de su deportivo cuando nos detenemos junto a él y yo no sé si sigue en plan payaso o sencillamente quiere que pierda las bragas de la emoción—. Tú sabes mejor que yo la dirección y prefiero mirar el paisaje.

—Vale —farfullo y me siento en el asiento del conductor—. Guau... —Acaricio el volante con reverencia.

—Sólo tú podrías convertir algo tan normal en algo tan obsceno —dice riéndose y yo, toda digna, me pongo las gafas de sol, el cinturón de seguridad y doy al intermitente para incorporarme al tráfico.

Aunque voy conduciendo lo miro de reojo, ya sé que una no debe tener distracciones al volante, pero ¿qué hago? ¿Lo tapo con un saco de patatas y lo meto en el maletero? Es que va guapísimo con su chaqueta de piel, el suéter de pico y los vaqueros.

«Concéntrate, Bea, que hay muchos coches», me recuerdo por si acaso.

Una de las razones por las que no me gusta conducir en ciudad es porque hay que estar pendiente de demasiados vehículos a mi alrededor. Mi profe de autoescuela siempre me repetía que no me preocupase, que por mucho tráfico que hubiera sólo me fijase en cuatro coches: el que va delante, el de detrás, el de la derecha y el de la izquierda. Y en ese orden.

Seguimos avanzando, aunque no a la velocidad que seguramente Max llevaría, porque no me atrevo a pisar el acelerador. Es todo un detalle que permanezca callado a mi lado y no empiece a criticarme. Por lo visto a Max no se le ha desarrollado el gen de acompañante-tocapelotas tan habitual en los hombres cuando te permiten manejar sus cuatro ruedas, cosa ya de por sí harto difícil.

Mejor; si me pongo nerviosa y acabo metiendo la pata a ver qué cara le pongo, porque no todos los tíos dejan su coche a una mujer.

Llegamos al barrio donde vive Beto y por lo visto nos ha tocado la lotería, al menos es lo que pienso cuando justo delante del portal veo salir a otro vehículo.

Maniobro con precaución y lo dejo bien aparcado. Sonrío orgullosa de mí misma por haber llegado sin contratiempo y le devuelvo las llaves.

—No he querido decir nada durante el trayecto... —Max se acerca a mí y me acorrala contra la carrocería y... pero me has puesto de los nervios con tu forma de conducir.

Parpadeo por sus palabras. No lo he hecho tan mal.

—¡Pero si he ido por debajo del límite de velocidad! —protesto.

—Precisamente por eso.

Y se queda tan a gusto. Me da un beso rápido en los labios y sonrío.

Achico la mirada, seguimos con Max el payasete en vivo y en directo. Genial. Me cuelgo el bolso al hombro, me separo de él y camino hasta el portal sin mirar una sola vez si me sigue, llamo al telefonillo y entramos.

No hace falta, su presencia a mi espalda se nota.

Beto y su extraño concepto de vivienda habitable van a sorprender a Max. Su apartamento es micro pero lo tiene decorado con gusto y un estudiado aprovechamiento del espacio. Claro, cualquier metro cuadrado viene de maravilla.

Sé que se ha pasado muchas horas en mercadillos o tiendas de segunda mano buscando esos detalles que, una vez restaurados, dan un toque elegante a la decoración.

Me encantaría poder decorar un espacio a mi gusto, pero viviendo de alquiler me limito a lo básico. Bueno, la relación ingresos/gastos de mi cuenta bancaria también es un motivo de peso para los asuntos estéticos.

Max me coge de la mano y esperamos juntos a que nos abran la puerta.

Una prueba de fuego. Ahora ya podemos decir que somos una pareja oficial.

—¡Ya era hora! —nos saluda Beto con su habitual desparpajo—. Venga, pasad, que sois los últimos en llegar.

A mí me da dos sonoros besos y a Max intenta dárselos, pero éste, sin perder la sonrisa, le ofrece la mano. Pero mi amigo no se rinde y termina por plantarle los dos besos. Mi amante se ríe, lo cual es un buen comienzo. Debería haberle advertido pero ha sabido manejar la situación a la perfección.

Pasamos al saloncito donde hay otras parejas y el anfitrión nos presenta a todos. Max saluda a los allí reunidos por igual, con el mismo encanto y educación del que siempre hace gala, y nos sentamos a la mesa, dispuestos a pasar una agradable comida.

—Bea, ¿me ayudas un instante? —pregunta Beto señalándome la cocina—. Lo siento, Max, pero necesito ayuda profesional.

Qué farsante está hecho. Conociéndolo sé que tendrá todo a punto, simplemente quiere pillarme a solas y darle a la sin hueso.

—Por supuesto —accede Max sin perder su buen semblante.

Me guiña un ojo y continúa su conversación con el novio de Beto, que si no me lo dicen jamás habría pensado que es homosexual.

—¿Qué te parece mi nueva conquista? —inquire nada más meternos en la cocina.

—Te veo embaldado, ¿tan bueno es?

—El mejor —confirma suspirando—. Sí, ya sé que me emociono muy deprisa, pero hija, con la cantidad de imbéciles con los que he estado alguna vez, digo yo que

me tenía que salir bien la cosa. ¿No te parece?

—Me alegro un montón, de verdad —murmuro con total sinceridad—. Te lo mereces, Beto.

—Joder, ya lo creo que me lo merezco. En fin. Ahora sólo espero que tú puedas unirte al selecto club de emparejados felices.

—No empieces... —le advierto entre risas.

—Vale, hoy me portaré bien.

No sé si creer en su promesa pero lo cierto es que cuando regresamos al salón no hay ni rastro de indirectas al dirigirse Max o a mí, y eso me deja tranquila.

Poco a poco todos nos vamos soltando y al final de la comida parecemos un viejo grupo de treintañeros disfrutando de una estupenda sobremesa.

Beto, que se excede en todo, ha tirado la casa por la ventana y nos ha agasajado con una estupenda comida. A mí no me sorprende, sé lo buen cocinero que es. Y para rematar, a la hora del café nos ha sacado mil y una chucherías navideñas.

No sé yo si no terminaré soltándome el botón de los vaqueros.

Como no podía ser de otro modo el cava circula sin restricción y la verdad es que ya noto el calorillo por mi cuerpo. Tener a Max sentado junto a mí es una constante tentación pero únicamente nos rozamos o tocamos de forma muy decente. No me gustan esas parejas que aunque están en grupo se pasan el día haciéndose carantoñas y besuqueándose. Estamos entre amigos y lo divertido es conversar, pasar el rato, contar anécdotas..., no magrearse como adolescentes.

Beto nos propone jugar una partidita de póquer.

—Conmigo no contéis —murmuro riéndome.

—¿Por qué? —pregunta Max interesado.

—Porque es peor que el caballo del malo, por eso —contesta Beto por mí.

—Vaya, muchas gracias —mascullo fulminándolo con la mirada.

Al final termino aceptando por no quedarme como un pasmarote, y tal y como predice el anfitrión, en la primera mano ya he metido la pata. A mí esto de disimular, mantener la pose y aguantar la presión sabiendo que tienes unas cartas de mierda como que no.

Max, en cambio, aguanta. Disimula muy bien, puede tener unas cartas malísimas y como si nada. No sé de qué me sorprende, es bueno en todo.

—Recuérdame que jamás me juegue nada contigo al póquer —murmuro junto a él mientras sopesa la idea de seguir la apuesta.

Ni por éstas se desconcentra y al final sube la apuesta. Se muestran las cartas y a pesar de haber ido de farol se lleva el gato al agua.

—Impresionante, tío —le dice Beto recogiendo las cartas para jugar otra mano.

Max me sonrío, recoge sus fichas y las ordena en montoncitos cual profesional. No nos jugamos dinero en serio, pero quieras o no eso de que a tu novio le vaya bien siempre enorgullece.

En ese instante vibra su móvil y a Max cambia el semblante. Está claro que no

espera llamadas, pero lo que más le molesta es el emisor; por la cara que ha puesto debe de ser un inspector de hacienda. No me da tiempo a ver quién es en la pantalla, pues corta la comunicación con rapidez. No responde.

Continuamos jugando, bueno los demás, porque yo no doy una, y eso me permite notar que Max ya no se muestra tan relajado como antes. Desde esa fatídica llamada no contestada está pendiente del móvil. Como si esperase que en cualquier momento volviera a sonar.

—Voy a por más cava —dice Beto interrumpiendo la partida.

—Aprovecharé para ir al aseo —dice Max con educación y se levanta.

Su teléfono está sobre la mesa y rápidamente lo coge. Si de verdad va al baño, ¿para qué llevárselo?

Me quedo pensativa y eso no es bueno.



En teoría hoy es Nochebuena.

Digo en teoría porque no lo parece; Ramón, que si pilla a quien inventó los días festivos lo cuelga, ha decidido ofrecer en el restaurante un menú «especial» confiando en atraer a más clientela. Traducido: más trabajo para el personal pues realmente él no va a hacer nada.

La idea podría funcionar, no lo niego, aunque cambiando cuatro cosillas no se puede decir que tengamos una carta nueva. Pero dejemos que el hombre sea feliz creyéndoselo.

De momento quienes tenemos que esforzarnos por dar ese «algo diferente» somos los de siempre y sólo para que en la pizarra que Ramón coloca en la calle pueda poner «menú especial de Nochebuena». No sé lo que pensarán los clientes habituales pero dudo mucho que atraiga a nuevos.

—Hoy se ha venido arriba —masculla Beto a mi lado fingiendo una deslumbrante sonrisa por si el jefe nos vigila—. Por cierto, ¿Max y tú estáis bien?

Vaya, mi esperanza de que no se hubiera notado a la porra. Pero lo cierto es que me cambió la cara por completo cuando noté que tardaba mucho en regresar del aseo y fui a buscarlo, cosa que tiene su gracia porque esconderse, lo que se dice esconderse, resulta imposible en pocos metros cuadrados. Lo localicé en la terraza, hablando por el móvil, gesticulando, elevando la voz...

Otra vez sentí ese nerviosismo. Max tenía algún problema y no confiaba en mí para empezar, pues se retiraba; en segundo lugar, tras esas misteriosas conversaciones apareció molesto, se volvió introvertido y apenas habló. No había la suficiente confianza para que los demás invitados preguntaran, así que se limitaron a continuar jugando al póquer, obviando el mal rollo.

Al final, cuando nos marchamos, ni siquiera me atreví a indagar. De haberlo hecho lo más probable es que Max hubiera tenido que mentirme o adornar la verdad. El momento idílico que veníamos viviendo se hizo añicos. Prefería dejarlo estar pese a que ardía por dentro. Le pedí que me llevara a casa, lo hizo en silencio y se despidió sin inventarse siquiera una excusa para no quedarse.

—Sí, como siempre —termino diciendo.

—Para mentir primero hay que creerse la mentira y tu convicción deja mucho que desear —me replica en tono guasón.

No sé para qué me esfuerzo, si me conoce desde hace años.

—De acuerdo —resoplo y recurro la verdad para responder, así luego no tendré que acordarme de lo que me he inventado—. No, no estamos bien. Su trabajo...

—Me lo temía... Tiene toda la pinta de ser un tipo de dinero y eso va relacionado con un trabajo absorbente, de los que te dejan en medio de una cena porque ha

surgido un imprevisto o de los que siempre están pendientes de su móvil... —Niega con la cabeza—. Mal asunto...

—Eso ya lo sé —murmuro—, pero si acepto su profesión... —casi me atraganto al decirlo— es con todas las consecuencias. No puedo coger sólo la parte buena, ¿no?

Beto parece sopesar muy bien mis palabras antes de continuar.

—¿Tú estás convencida?

Niego con la cabeza. Pues claro que no lo estoy. Sí, pasamos momentos inolvidables pero luego vienen los amargos pensamientos, el runrún en la cabeza, los secretos y lo peor, la incertidumbre de no tener muy claro qué postura adoptar. Un quiero y no puedo que no me deja indiferente.

—Pues no lo parece. Hay que asumir las consecuencias de nuestras decisiones o bien tomar otras, pero no puedes pasarte el día dándole vueltas, vas a acabar gilipollas —remata Beto y vuelve a sus quehaceres, que ya llevamos demasiada cháchara.

De todas formas con sus preguntas ha dado en el centro de la diana. Soy yo misma quien debe afrontarlo, quien debe saber cómo asumir las decisiones. Todo cuanto los demás digan o dejen de decir no sirve de nada, sólo quien siente y padece puede tomar una decisión.

Beto sabe cuándo concederme una tregua para no atosigarme, que eso lo hago yo sola estupendamente bien, pero ahora, con un cuchillo entre las manos, mejor centrarme, no vayamos a tener un disgusto el día de Nochebuena.

Parece que mientras estoy entre cacharros las dudas me dan un respiro: no tropiezo ni tiro nada ni quemo la comida.

—¡Bea!

«El que faltaba para el duro», pienso negando con la cabeza. Ramón ha entrado cual elefante en una cacharrería, gritando como si hubiera fuego.

Nada del otro mundo, pero es que no termino de acostumbrarme. ¿Qué le costará decir: «Buenos días, podemos hablar un minuto»?

—¡Bea, joder! —insiste sin cortarse un pelo parado junto a las puertas de la cocina, con el ceño fruncido y cruzado de brazos.

Me limpio las manos en un trapo y me vuelvo, estoy por hacerme la sueca pero sé que no desistiré, así que inspiro, me cruzo de brazos y espero a que suelte sapos y culebras sobre algunos de mis platos, y que luego dé media vuelta y me deje tranquila.

—¿Qué ocurre? —pregunto manteniendo la calma, que si empezamos a elevar la voz terminamos a gritos y no es plan.

—¿Que qué ocurre? —pregunta a su vez.

Vaya, hoy tenemos rodeo a la vista. Cómo le gusta marear la perdiz, no sé si es para hacerse el importante o para ponerme de los nervios, aún no lo he decidido.

Intercambio una mirada con Beto, que no pierde ripio.

—Ocurre lo que tenía que ocurrir.

Pongo los ojos en blanco. Mira que tenemos lío en la cocina y él sigue con sus adivinanzas.

—¿Qué ha pasado? —inquiero con una educación que no debería, pero no estoy por la labor de crispar aún más el ambiente.

—Una clienta me ha preguntado por el chef, y cuando me he interesado por el motivo ha puesto cara de asco señalando la comida de su plato, que ni siquiera ha tocado.

Parece regodearse mientras lo cuenta, sin ser consciente de que atacar al chef es atacar al negocio.

—Y me ha exigido —prosigue— hablar contigo.

—De acuerdo. Termino esto y salgo en unos minutos —alego señalando la cazuela que tengo en el fuego. Me doy la vuelta para ocuparme de ello pero va a ser que no.

—¡Ahora! —grita a lo sargento.

Todavía terminaré diciendo eso de: «¡Señor, sí señor!». Resoplo, me coloco bien el mandil y apago el fuego.

—Está bien —acepto.

Siempre tiene que haber una tocapelotas el día menos indicado para jorobar el ambiente. Bueno, pues escuchemos a la quejica y acabemos con esto cuanto antes.

Ramón me abre las puertas de la cocina y con un gesto burlón —lo está disfrutando— me muestra el camino hacia el comedor. Como si no lo supiera.

Camino a su lado y se detiene junto a la mesa de la clienta protestona.

—Disculpe, le presento a nuestra chef —interviene mi jefe en tono pelota y/o servil.

Noto cómo le escuece decir que soy la chef, aunque mantiene el tipo. Yo también.

La mujer, con un desdén inaguantable, se vuelve hacia mí y remueve la comida del plato como si fuera basura. Por supuesto trata de intimidarme con su silencio, haciendo que el resto de la sala nos mire y así poder soltar su discursito con la máxima audiencia posible.

Después de estropear la comida me mira, repasándome de arriba abajo como si ella fuera poco menos que la reina de Saba y yo una esclava a la que castigar por respirar. O sea, que nos ha tocado una esnob de manual.

—Es incomible —me suelta con desprecio y una sonrisilla de lo más cínica.

«Tranquilidad, Bea, de vez en cuando aparece gente así. Tú ni caso.»

—Discúlpate, Bea —interviene Ramón dando por el culo, como siempre.

—¿No le ha gustado? —pregunto manteniendo la calma. Porque queda vulgar pero meterla en la cocina y ponerle a fregar cacharros sería una buena opción para quitarle la tontería.

—Da asco sólo verlo, no estoy tan loca como para atreverme a probarlo.

Respiro. Me muerdo la lengua.

—Debo decirle que es la única comensal que opina de ese modo, pero si quiere le

cambiamos el plato —digo sin perder las formas aunque le pondría el plato de sombrero, así su perfecta melena quedaría «retocada».

—No, no te molestes. —Otra vez ese tono déspota que enerva a cualquiera—. Eres mediocre, así que dudo que puedas ofrecerme algo decente.

—¿Cómo dice?! —exclamo sin dar crédito.

De acuerdo, no es la primera vez que un cliente se queja, pero jamás en ese tono ni con esa actitud.

—Bea, por favor, discúlpate —insiste mi jefe.

Sé que ya hay varios clientes mirándonos pero no voy a tolerar que me insulten primero de forma injusta y segundo de manera tan cruel.

—No tiene ni idea de lo que está hablando —digo apretando los puños.

La buena mujer, no contenta con insultarme, despreciarme y ponerme en evidencia, me mira de nuevo con altivez, intentando intimidarme. De acuerdo, lleva ropa cara, eso se nota y yo voy con la de trabajo, pero no tengo que soportar desprecios de nadie.

—He degustado platos en los mejores restaurantes y sé de lo que hablo. Nunca serás una chef, como mucho una aficionada de tres al cuarto con aires de cocinera. Una profesional de la freidora, como mucho.

Será posible...

—Mire, tengamos la fiesta en paz...

—Bea... —Ramón a lo suyo, a ponerme de los nervios, por si la clienta petarda no lo ha hecho ya suficientemente bien.

La mujer se levanta, abre la cartera y deja caer como si le sobrara el dinero un par de billetes de cien sobre la mesa. Mira a Ramón y le dice:

—Espero que sepa rodearse de buenos profesionales, si no su negocio ser irá a pique.

Ya no puedo más.

—No tiene derecho a venir aquí y tratarme de ese modo. No sé quién se ha creído que es usted para...

—No te esfuerces —me interrumpe con su sonrisa cínica y altanera, típica de quien se sabe poderosa y además acostumbra hacer gala de su posición—, así nunca te ganarás la vida. Menos mal que tu novio se folla a unas cuantas para manteneros a tu hijo y a ti.

No he oído bien. Esto es una pesadilla.

Pero por cómo se regodea está claro que ha dado en el centro de la diana. Sabía quién era yo desde el principio. Iba a por mí.

Nadie, absolutamente nadie nombra a mi hijo y se va de rositas. A mí puede decirme lo que quiera, ya veré lo que hago, pero meterse con Félix ni hablar, eso sí que de ninguna manera.

Con determinación agarro la copa de vino, en la que se ve la marca de su cara barra de labios, y se la tiro encima de su no menos cara blusa de seda. Sonrío, es de

color crema y la mancha es intensa.

Sin duda un excelente recordatorio de lo bien que «cocino». Espero que sea su favorita y que cuando la lleve a la tintorería no puedan arreglársela.

—¡Bea! —grita mi jefe fuera de control. No sabe dónde meterse. Vaya escenita que se está montando y en hora punta. Me da igual: no voy a permitirle insultos ni vejaciones a nadie.

—No eres más que una mujerzuela, un pasatiempo para él —me dice con saña.

—Y usted una amargada. ¡Váyase a la mierda!

Ramón intenta minimizar los efectos del vino con una servilleta y llama desesperado al camarero para que traiga algún quitamanchas. Me importa un comino.

Veo cómo la mujer se pone su chaqueta sin perder la altivez y sale del restaurante.

Los demás comensales, tras el espectáculo, parecen tener mucho que cotillear y dejan de mirarnos. Los habituales van a tener tema de palique para unos cuantos días.

Cabreada como nunca, nerviosa y sin ganas de aguantar más miradas me doy la vuelta; algunos de los clientes que me conocen me muestran su apoyo con gestos. Yo se lo agradezco pero no estoy para hablar con nadie. Llego a las puertas y las empujo con rabia.

Beto, que habrá oído la discusión, se acerca a mí y sin decirme nada, me abraza.

—¿Se puede saber qué coño has hecho ahí fuera?! —grita un energúmeno, también conocido como Ramón, mi jefe.

—Déjala, joder —interviene Beto.

—Tú no te metas en esto —le corta de raíz a mi amigo y después se encara conmigo—. ¿Cómo has tenido los cojones de enfrentarte así con una clienta?

—Me ha insultado —alego en mi defensa.

Pero ¿es que estaba ciego y no lo ha visto?

—¿Y no podías dejar un poco aparcado tu orgullo? ¡Menudo espectáculo!

—¿Tengo que aguantar ese tipo de cosas? —inquiero incrédula ante su tono.

—No te costaba nada disculparte, poner buena cara y punto. Pero no, la gran chef tiene su orgullo y monta una escena en medio del comedor.

Va elevando el tono de voz y veo que así es imposible dialogar.

—Da gusto saber el apoyo con el que cuento —mascullo limpiándome la nariz.

—Con ninguno, ya deberías haberlo averiguado por ti misma. ¡A la puta calle!

Me señala con ira la puerta trasera del restaurante. Empiezo a pensar que llevaba tiempo esperando este momento y que lo va a disfrutar como un loco.

—¡No puedes echarla! —exclama Beto y se coloca a mi lado respaldándome.

—No me calientes que te vas con ella —lo amenaza Ramón.

—Tranquilo —le digo a mi amigo. No quiero que sufra represalias por echarme un cable.

—¿Tranquilo? ¡Y una mierda! Sabes perfectamente que sin ella estás perdido. Joder, Ramón, no seas obtuso.

Se va a liar la gorda y no quiero causar problemas.

Me quito el delantal y lo dejo tirado de cualquier manera sobre la encimera.

—La que se va soy yo —le espeto con chulería. Luego, cuando se me pase el subidón de adrenalina, me daré cuenta de lo gilipollas de mi proceder.

—Eso espero, no quiero verte por aquí —farfulla mi exjefe, que continúa llevando la servilleta manchada de vino como si fuera un trofeo.

Recojo mis cuatro cosillas y me despido de los camareros. Como es lógico no dicen nada, no quieren meterse en líos tal y como están ahora las cosas. No me importa, sé lo difícil que es encontrar trabajo.

Me doy un paseo, mientras mis lágrimas hacen acto de presencia. No he querido derramar ni una delante de ese tirano, para no darle el gusto.

Llevo el móvil en la mano, aún dudo de si es buena idea mandarle un mensaje a Max, pero tras meditarlo e ir uniendo cabos prefiero callar. No tiene sentido añadir más leña al fuego.

Llego a mi casa y se me hace extraño estar allí a esas horas. Voy a darme una ducha y a avisar a María para que traiga antes a Félix. Sé que mi hermana se preocupará pero no voy a mentir en esto.

Media hora después, recién duchada, sigo llorando. Que una mujer se haya presentado en mi lugar de trabajo para despreciarme y humillarme, incluso utilizando algo tan sagrado para mí como es mi hijo, me aterra. Significa, entre otras cosas, que me ha seguido, sabe quién soy, dónde vivo... Todo, lo sabe todo.

Y lo más probable es que Max lo sospechara. De ahí su extraño comportamiento.

Suena el timbre y me dirijo sin muchas ganas a abrir. Espero no tener que soportar visitas imprevistas. O peor aún, que Beto haya tenido un calentón y esté como yo desempleado.

—¿Puedo pasar? —me pregunta Max, dando muestras de lo afectado que está.

Cierra la puerta con suavidad tras él, se acerca y me rodea con los brazos. Yo me refugio en ellos. Me sienta bien. No sé con exactitud cuánto permanecemos así, juntos en el recibidor. Pero me aparto al darme cuenta de que le he puesto la camisa perdida con mis lágrimas.

—No pasa nada —murmura al darse cuenta de mi apuro—. ¿Estás bien?

Niego con la cabeza, no podría mentir aunque quisiera. Se lo ve preocupado de verdad, está claro que prefería no tener que asumir este tipo de riesgos.

—No, no lo estoy, Max. Ha sido horrible, humillante...

—Olvídalo, por favor —me ruega.

—¡Sabe todo sobre mí y mi hijo! —exclamo negando con la cabeza.

—No te preocupes —murmura en tono suave, intentando, en vano, calmar mi nerviosismo.

—¿Que no me preocupe? Max, de verdad, ¿cómo puedes decirme eso? ¡Félix es lo más importante en mi vida!

—Para mí sois lo primero —confiesa y su forma de decirlo me convence, no necesita mentir en eso—. Nunca lo olvides.

—Max... —Me siento tan abatida, desorientada... que tengo miedo de decir cosas de las que luego pueda arrepentirme.

—No volverá a pasar —asevera y noto su furia interna.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —De nuevo siento que voy a tener otra crisis de llanto, pero no puedo evitarlo.

—Es complicado, es...

—Explícamelo —exijo rozando la histeria.

—Victoria es... en fin, que no acepta mi decisión. Está obsesionada.

—Victoria, ¿así se llama?

—Eso es lo menos importante. Está loca y pocas veces acepta un no por respuesta. Está acostumbrada a salirse con la suya.

—Y te quiere a ti —afirmo y aparto la cara. En esos instantes me duele hasta mirarlo.

—Pero no me tendrá. Bea, éste es un mundo complicado, hay cosas difíciles de entender...

—¿Y por qué no me advertiste? Si sabías que nos seguían, ¿por qué te callaste?

—Quise protegeros, dejaros al margen.

A pesar de ser evidente su malestar por todo esto yo no soy capaz de comportarme de forma racional. Mis preguntas, teñidas de amargura, nos van a pasar factura.

—Por lo visto ese mundo en el que vives no es todo lo glamouroso que aparenta ser —digo con cierto desprecio.

—No quieras saberlo —masculla dolido—. Es mejor no conocerlo.

—Ya, pero por lo visto, sin querer, me han metido hasta el cuello.

Max me abraza de nuevo. Estamos teniendo una de esas peleas que intuía que íbamos a tener. Éste ha sido un escollo más entre ambos. ¿Cuántos vamos a tener que superar? ¿Voy a ser capaz de resistirlo? ¿Terminaré haciéndole daño?

—¿Y si se presenta un día en el colegio de Félix y le dice algo? —pregunto y noto que mi voz tiembla de sólo pensarlo.

—No. Te aseguro que no va a pasar —afirma contundente.

Quiero creerlo, de verdad que sí, pero se me antoja imposible en estas circunstancias.

Max me besa suavemente. No es el inicio de nada, sólo quiere transmitirme tranquilidad, apoyo, buen rollo. Respondo porque mi cuerpo no está en su sano juicio y va por libre.

—¿Por qué no descansas un rato? —propone peinándome con los dedos. Tanta ternura me deja sin respiración.

Y lo agradezco. Agradezco que Max sea capaz de conservar la calma en estos instantes.

—No puedo. María vendrá enseguida a traerme a Félix.

—Yo me ocupo de todo. Ve a acostarte, relájate. Me quedo con él el tiempo que

sea necesario. Anda, ve.

Me acompaña hasta el dormitorio y me ayuda a ponerme cómoda. Baja la persiana y espera a que me recueste para darme un beso y dejarme a solas, en penumbra con mis quebraderos de cabeza, mis miedos y mis incertidumbres.

Estoy acompañada de puta madre.

Tumbada boca arriba, como una paciente de hospital —sólo me falta el modelito hospitalario—, con las manos entrecruzadas, no paro de rumiar, de pensar en la locura en la que ando sumergida. Así, de un plumazo, no tengo trabajo. Ahora, repasemos las posibilidades de encontrar un puesto a corto plazo: ninguna. Las cosas están muy jodidas y la idea de volver a patear locales entregando mi currículum me pone nerviosa; sé que la mayoría de ellos acaban en la basura y yo, contactos lo que se dice contactos, tengo muy pocos.

Ese tema me robaría horas de sueño, sí, pero es algo que podría remediar. Lo que verdaderamente me inquieta y sé que me va a traer por el camino de la amargura es la aparición de a saber cuántas clientas de Max intentando avasallarme, intimidarme o sencillamente haciendo daño a lo que más quiero, mi hijo.

Y eso sí que no.

Ésta, la tal Victoria, ha sido la primera y queda claro que todas disponen de un buen caudal para hacerme la vida imposible.

¿Cuántas estarán obsesionadas con él?

¿Cuántas aceptarán que Max lleve una vida al margen?

Por cómo se lo ha tomado salta a la vista que no ha sido el primer caso y eso me inquieta más. De no ser así, sería capaz, haciendo un gran esfuerzo, de pasarlo por alto. Pero soy consciente de que puede volver a pasar.

Hoy ha sido en mi trabajo. ¿Y si mañana se presenta esa loca u otra cuando estoy con Félix?

Si me ha seguido, conoce también la existencia de mi hermana, de mis amigos. Tiene medios a su alcance para ir por ahí dejándome en evidencia delante de quienes me conocen o de, llegado el caso, arruinar mi carrera profesional.

—Vaya mierda —musito derrotada.

Cierro los ojos.

Esto tiene que ser una pesadilla.

Es más fácil de ese modo.



Oigo ruidos.

No sé qué está pasando.

Me incorporo en la cama y poco a poco voy ubicándome.

No sé en qué hora vivo, si es de día o de noche, así que estiro el brazo, enciendo la lamparita de la mesilla y miro la hora.

—¡Cielo santo! —exclamo abriendo los ojos como platos.

Continúo escuchando ruidos. Eso no es buena señal. A pesar de estar un poco atontada por todo lo que he dormido, decido moverme y aparto las sábanas para enterarme de lo que sucede en mi propia casa.

Sin ponerme nada encima camino por el pasillo, pues los ruidos proceden de la cocina, y me quedo clavada en la puerta cuando atino a ver lo que pasa dentro.

—¡Mamá! ¡Ya estás levantada! —chilla Félix, que subido de pie en un taburete está haciendo no sé qué en la encimera con Max a su lado.

—Buenos... días —apunta Max junto a él con una sonrisa cómplice—. ¿Has descansado? —me pregunta en tono preocupado. Entre los dos queda una conversación pendiente pero ahora, con Félix enredando, no es el momento.

Yo, que debería haberme puesto las zapatillas porque se me están quedando los pies helados y un pantalón porque no se puede andar en bragas cuando no tienes muy claro quién anda por casa, miro y sigo sin creérmelo.

—¿Qué... qué estáis haciendo? —pregunto con un hilo de voz; el nudo en la garganta me dificulta la dicción.

—Pues la cena de Nochebuena —responde Félix todo orgulloso, cucharón de madera en mano.

Tiene restos de a saber qué en la camiseta y el pelo revuelto, aunque ese punto es lo de menos.

—Pero si no había nada comprado, si... —balbuceo incapaz de armar una frase coherente. Sigo sin salir de mi asombro ante lo que ven mis ojos.

—Max y yo nos hemos ido al súper y hemos hecho la compra —me aclara mi hijo con toda la tranquilidad y normalidad del mundo.

Es fantástico cómo mi niño acepta una realidad, acepta a Max.

Busco la mirada de Max, que apenas dice nada —lógico, me lo está cacareando Félix—, pero sé que para él esto es una especie de reválida. No sé si espera mi aprobación, lo que yo tengo muy claro es que no la necesita.

—Creo que será mejor que te arregles para la cena —me dice Max arqueando una ceja y mirando mis piernas desnudas.

Félix se baja del taburete y viene hasta mí, me agarra de la camiseta y tira de ella para arrastrarme, literalmente, hasta el salón donde me encuentro lo que jamás podría

haber esperado.

—¿Te gusta? —pregunta mi hijo contento y orgulloso.

—Sí —respondo con un hilo de voz.

—Casi todo lo he organizado yo, Max sólo me ha echado una mano —comenta y se ve a la legua lo emocionado que está por haber trabajado y ver mi cara.

Me agacho y lo cojo en brazos para darle un achuchón como se merece.

—Eres el mejor —le susurro sin soltarle.

Con el rabillo del ojo veo a Max, esperando detrás de mí a que le diga algo. Dejo a Félix en el suelo y me acerco hasta mi amante, al que por cierto le sienta estupendamente mi delantal de lunares, y le acaricio el rostro.

—Gracias —musito—. Gracias por todo.

—De nada —responde en el mismo tono bajito—. Ha sido un placer. ¿Estás bien? —insiste en voz baja.

—Sí —respondo. Es una verdad a medias.

Me alejo de él y no por gusto; su forma de pronunciar las palabras me deja ensimismada y como no quiero emocionarme antes de tiempo, me escabullo a mi alcoba con la intención de ponerme algo de ropa y así disfrutar de la cena que esos dos me han preparado.

Y no sólo la cena, han decorado la mesa con esmero. No se han olvidado de ningún detalle, hasta el mantel tiene motivos navideños.

Y me han adornado el salón, cosa que yo aún no había hecho por falta de tiempo.

Pero, y ahí es donde sencillamente me mata, lo que más me gusta es ver su forma de interactuar con Félix. Cómo lo trata, cómo congenian... es maravilloso. Ha cuidado de él mientras yo descansaba y mi hijo además se muestra entusiasmado.

Es Nochebuena y aunque tampoco me voy a poner de tiros largos sí quiero estar acorde con su esfuerzo y dedicación. Busco en mi desordenado y desactualizado armario un vestido apropiado para estas circunstancias.

Tardo, como siempre, un poco en decidirme. Max va vestido de forma informal con esos vaqueros de tiro bajo que sólo a un tipo como él pueden sentarle de maravilla y mi hijo tres cuartos de lo mismo; aun así haré un esfuerzo por mis chicos.

Veinte minutos más tarde, peinada y arreglada reaparezco en el salón y mis dos hombres esperan a que yo me siente. Es mi hijo quien empuja la silla, estoy segura de que Max le ha dado instrucciones sobre cómo hacerlo.

Después, ellos se acomodan en su sitio y me fijo en que ambos se han puesto guapos para la ocasión. Menos mal que me he acicalado.

No puedo hablar, la emoción que siento no me lo permite.

—¿Empezamos? —dice Félix ajeno a lo que en realidad significa todo aquello, con sus cubiertos en la mano; está para comérselo.

Max le hace una foto con el móvil y Félix sonrío mostrando sus hoyuelos y posando para la cámara como un profesional. Después es él quien le hace una foto a Max, que aguanta la sonrisa.

—Ponte con él, mamá —pide mi hijo contento.

No puedo negarme y antes de que me levante es Max quien lo hace y se sitúa tras de mí, colocándose las manos en los hombros. Una postura bastante formal, pero que resulta igual de emotiva. Parece no ser suficiente, se inclina hacia mí y se agacha para quedar a mi altura y así poder salir juntos en la foto.

De nuevo me embarga toda la emoción acumulada en mi interior.

¿Es esto lo que siempre busqué?

Pues se podría decir que sí.

Félix se lo pasa bomba haciéndonos posar y terminamos poniendo caras raras, sacando la lengua... El ambiente, que al principio parecía tan formal, poco a poco se está volviendo más festivo, y eso hace que el nudo de mi estómago, si bien no se ha deshecho por completo, al menos me deje respirar.

—¡Yo también quiero salir! —grita alegre devolviéndole el móvil a su dueño.

Lo ayudo a subir en mi regazo y así podemos retratarnos los tres. Max estira el brazo y enfoca como puede. Juntamos nuestras cabezas y de nuevo la cámara del móvil se pone en funcionamiento.

No sé cuánto tiempo perdemos así, sin preocuparnos de si la comida se enfría; al fin y al cabo mañana es festivo y podemos cenar tarde, trasnochar... lo que nos apetezca.

Con la tele de fondo, a la que no hacemos caso pero tenemos encendida por costumbre, recuperamos nuestros asientos.

Max descorcha el vino y rellena las copas. A Félix le sirve agua en una copa como las nuestras y él se muestra encantado de que lo tratemos como a un adulto.

—Vamos a ver qué tal se os da cocinar —digo en tono profesional pero sólo para tomarles el pelo, de ninguna manera voy a cuestionar lo que han preparado.

La cena transcurre de forma distendida; Max y Félix empiezan a contarme cada detalle de lo que han hecho desde que se quedaron solos una vez que se hubo ido María tras dejarlo en casa.

Mi hijo no deja de parlotear, lo cual hace que me atragante varias veces de la risa; tiene cada cosa... Por lo visto se fueron al supermercado, preguntaron a los dependientes y a otras clientas, con tal de comprar lo más acertado.

—¿A que está bueno, mamá?

Los dos me miran con cara expectante.

—Hmmm. —Sólo les hago esperar para darle más emoción al asunto.

Da igual si la cena es de gourmet o precocinada y calentada en el microondas, lo que valoro, por encima de todo, es la intención, el detalle. Y especialmente el comportamiento de Max.

Tras ponernos morados, Max se encarga de servir el cava bien frío y por supuesto para Félix se ha acordado de traer ese que hacen para niños, con muchas burbujas pero sin una gota de alcohol.

—¡Venga, a brindar! —nos pide mi hijo contento.

Y la verdad, no es para menos. Esta Nochebuena está siendo muy especial para mí, pero sobre todo para él, que sentado con nosotros se siente mayor, pues ha participado en todo, desde hacer la compra hasta este momento, cuando alza su copa en la mano y brinda.

—¡Salud! —coreamos los tres.

—¡Otra vez! —exclama Félix que ha descubierto esto del chin-chin.

Como no podía ser de otro modo, obedecemos.

No quiero mirar a Max, aunque sé que no me quita ojo. Lleva toda la noche con una sonrisa permanente en los labios, de lo cual me alegro una barbaridad. Sé lo importante que es para él todo esto, sentirse en familia.

Me pregunto cómo habrá pasado estas fiestas otros años. Puede que rodeado de conocidos, no quiero llegar a pensar que solo, porque me entristecería mucho.

Después de brindar, los dos hombres de la casa se niegan a que yo mueva un dedo, por lo que se ocupan de recoger los cacharros y todo lo que han montado.

Los observo ir y venir del salón a la cocina, menos mal que la casa es pequeña, mientras yo disfruto, relajada, de otra copa de cava en el sofá.

Sigo maravillándome del entendimiento que ha surgido entre ambos. También me fijo, no puedo evitarlo, en los paquetes que hay junto al árbol que han decorado en la esquina del salón. Hay uno bien grande y deduzco que será para Félix. Yo no tenía pensado comprarle nada hasta Reyes, ya que al estar tan reciente su cumpleaños prefiero espaciarlos un poco para que valore más las cosas. Quiero que aprenda a que no todo viene caído del cielo.

—Hay que reconocer que se te da muy bien esto de ser amo de casa —le comento a Max cuando veo a mis chicos sentarse junto a mí en el sofá después de habérselo currado todo.

—Bueno, reconozco que tiene su punto —afirma divertido—. Además tendré que poner en práctica lo que he aprendido en el cursillo de cocina, digo yo —añade con guasa.

—Ya veo.

—Dame un delantal y soy capaz de todo. —Se ríe.

—No tienes pinta de ser muy aficionado a las tareas domésticas —bromeo.

Félix, que está sentado en el suelo enredando con uno de sus juguetes, se levanta todo pichi y coge el móvil de Max. Sin preguntar nada lo prepara para poder sacar fotos.

—Cariño, pide permiso antes a Max.

—No pasa nada —dice éste.

—Ya lo sé, pero quiero que aprenda. Sé que no te importa, sin embargo debe ser educado y pedir las cosas —le digo en voz baja.

Lo que me sorprende es que a Félix le deje toquetear el móvil, supongo que no tiene nada comprometido, y que yo no pueda ni ver quién lo llama...

Mi hijo, emocionado y manejando la tecnología que da gusto, de nuevo empieza a

fotografiarnos. Max, encantado, me rodea los hombros con los brazos, brinda conmigo, sonrío... o sea, posa como si fuera lo más normal del mundo.

—Venga, mamá, sonrío.

—Sonrío —murmura Max, tan cerca, tan ronco, tan persuasivo...

—Así está mejor —dice mi hijo disparando sin parar.

Me estoy poniendo de un sensiblero... Es que todo esto es increíble: rodeada de los brazos de Max, mi niño contento como nunca, disfrutando en la intimidad de una noche tan especial como si fuéramos una familia...

—¿Qué te ocurre? —inquire Max a mi lado al ver mis ojos vidriosos.

—Te puede parecer una estupidez pero... es que nunca pensé que podría llorar de alegría.

No dice nada, sólo me acaricia la mejilla y me da un casto beso. Para mí es suficiente.

Una vez acabado el reportaje fotográfico, mi hijo continúa con sus cachivaches, haciendo partícipe a Max de sus ideas, a cada cual más estrambótica, y éste termina sentándose en el suelo con él para organizar un poco el campamento.

En la tele siguen echando uno de esos programas especiales de Nochebuena que dudo mucho que alguien vea cuando se está con la familia. Yo, sentada en un lado del sofá, disfruto mirando hacia los dos; verlos así, entretenidos y compartiendo juegos, es algo que cualquier madre desearía.

Son pocos los hombres que aceptarían, así de buen grado, un hijo fruto de otra relación, y no digamos ya implicarse como Max lo hace. Cabría esperar que con el tiempo se aceptasen mutuamente, poco a poco; sin embargo, al igual que me ha pasado a mí, mi hijo ha sucumbido.

Félix bosteza y se pone en pie.

—Será mejor que me ponga el pijama —dice todo convencido y yo parpadeo. Esto es una alucinación.

—¿He oído bien? —pregunto.

—Quiero irme pronto a dormir. Que si no mañana me cuesta levantarme y tengo que hacerlo, porque si no no podré ver mis regalos.

—Buena idea —afirma Max ayudándolo a recoger sus juguetes en el cesto.

—Si no lo veo, no lo creo...

—¿Por qué? —me pregunta el niño grande sonriente.

—Es la primera vez que no tengo que perseguirlo y chantajearlo para acostarlo —murmuro aún sorprendida.

—Es que ahora soy mayor —replica todo ufano.

Él sólo se cambia de ropa, se cepilla los dientes, se mete en la cama y al final se acuesta. Cuando entro en su habitación sólo tengo que arroparlo, darle un beso de buenas noches y esperar a que cierre los ojillos.

Al parecer existe entre Max y él algún tipo de conexión que yo desconozco, pues sin decirme nada él también entra en su dormitorio.

—Buenas noches, colega —exclama Félix sonriente.

A Max parecen llegarle muy adentro las palabras de cariño y de confianza que mi niño le dedica. «Sería un padre fantástico», pienso, y me doy cuenta de lo que se me acaba de pasar por la cabeza.

—Buenas noches, Félix.

Y sin hacerse de rogar, cierra los ojos. Tan obediente...

Para comérselo.

Cerramos con cuidado su puerta y regresamos al salón.

Mi idea inicial de compartir otra copa de buen cava, sentados viendo la tele, charlando, sin hacer nada de nada, se va al traste. Max impide que me siente y tira de mí, me agarra por la cintura y... ¿me ofrece la mano como si quisiera bailar?

Pues parece que sí. En la tele, vaya casualidad, en el programa de refritos que están emitiendo, suena un bolero que siempre me ha conmovido: *En mis besos*^[7], de Café Quijano. Acepto encantada la sugerencia.

Sonrío coqueta, es una proposición tan decente...

Es curioso, nunca hemos bailado juntos y ahora que lo pienso hace siglos que no lo hago con nadie. Recuperar algo tan bonito y emotivo me hace de nuevo sentirme mucho más que deseada.

Bailamos lentamente, acaramelados, no es un baile propiamente dicho pues tan sólo nos mecemos. Max me susurra al oído algunas partes de la canción y yo sencillamente me derrito. Sigo el ritmo, pero porque él me lleva, no porque yo sea capaz.

Sé que a lo mejor estropeo el momento, sin embargo no puedo contenerme. Mis manos acarician su nuca, lo atraigo hacia mí y mis labios susurran la letra... Mi boca continúa pegada a la piel de su cuello y empiezo a darle pequeños besos, apenas un roce. Su respuesta es inmediata; me agarra con más fuerza de la cintura y yo no digo nada, prosigo mi reconocimiento sensorial a lo que su mano parece tener una contestación sencilla y efectiva, y se posa en mi trasero.

Max me canta al oído, y así es como a una se le caen todas las barreras y de paso las bragas.

Esto se está poniendo cada vez más caliente. Me hierve la sangre, quiero arrancarle la ropa, quiero tirarlo en el sofá y echarme encima, quiero devorar su boca... Joder, lo quiero.

Max, canturreando, moviéndose y acariciándome superficialmente me ha llevado hasta el sofá. Me acaricia los labios. Su pulgar, como siempre, comienza a rozarme. No deja de mirarme a los ojos. No está serio, pero tampoco sonrío.

La canción acaba, pero como si ponen una de rock duro, que a priori no pega nada con el clima creado: yo estoy caliente, anhelante y dispuesta.

Me sienta y cae de rodillas frente a mí. Lentamente me sube la falda hasta medio muslo y deposita un beso que se convierte en dos, en tres... en unos cuantos mientras su boca asciende por mi piel. Tiemblo.

—Max... —gimo bajito cuando su pelo me roza, haciéndome algo más que cosquillas.

Él parece tener las cosas muy claras. Sus manos van apartando tela y deja mis bragas a la vista. Son monísimas, rosa con un lacito negro de lo más cursi, pero veo que lo cursi funciona a la perfección. Acaricia el tejido justo por encima de mi sexo. Me humedezco aún más. Respiro entrecortadamente. Si no lo tenía claro ahora ya lo tengo: soy suya, para lo que quiera. Mete un dedo por dentro del elástico. Recorre el contorno separándolo de mi piel. Apenas me roza el vello púbico.

Lo odio, lo deseo, cuando me mantiene en ascuas.

Por fin mete las manos y agarra sin contemplaciones el elástico para bajármelas, y como es menester facilito la tarea elevando las caderas.

—Tan caliente... —me besa justo por encima de mi vello púbico y doy un respingo. Estoy muy, pero que muy sensible—, tan mojada... —Ahora sus labios bajan un poco más y están a un paso de mi clítoris—, tan sabrosa...

En este punto se me acaban las comparaciones. Sus labios han buscado y encontrado la llave maestra, porque con cada azote de su lengua me retuerzo de arriba abajo.

Max protesta o algo así porque lo tengo al pobre atrapado entre mis piernas a modo de tenaza y eso no procede. Toma cartas en el asunto y con las manos me las separa y tira de mí hasta quedar justo en el borde del asiento.

—Vas a acabar conmigo... —jadeo.

—Eso espero —replica con su tono arrogante, el que sabe que me vuelve una pecadora inmisericorde.

Me reclino y me tapo la cara con el brazo. No sé cómo lo hace que siempre parece saber lo que necesito. Su lengua, juguetona y hábil, recorre mi sexo, dejándome sin aliento.

Le revuelvo el pelo, tiro de él a medida que la tensión va creciendo en mi interior. Noto el calor, el sudor por la espalda, se me doblan hasta los dedos de los pies a cada pasada de su boca. Me succiona de una forma calibrada y estudiada para que el orgasmo no sea inmediato, sino que vaya forjándose paso a paso hasta que se desencadene y me deje en la gloria.

Pero no soy capaz de permanecer inactiva, mi cuerpo no sabe quedarse quieto a la espera de mi liberación. Muevo las caderas, restregándome contra su boca, deseando establecer el máximo contacto posible. Que todo mi sexo esté en contacto con sus labios.

—Tranquila... —murmura separándose unos instantes

Frunzo el ceño.

—No puedo —arguyo de mala manera.

Ha decidido jugar a ser yo quien pone las reglas y tú te aguantas, porque ahora, de manera perversa, utiliza los dedos, obviando deliberadamente el interruptor general. Me dan ganas de meter una mano y ocuparme yo misma de mi clítoris.

A medio camino dudo y mi mano se queda sobre mi estómago, indecisa.

Pero, para mi sorpresa, es Max quien la agarra y coloca sobre mi coño, separándome los labios vaginales para que mi dedo índice pueda masajearlo. Presiona sobre mi dedo, instándome a no demorarlo más.

—Me encanta verte disfrutar, observar cómo te corres... —murmura en tono obsceno—; venga, mastúrbate para mí, déjame verte.

Yo esto sólo lo he hecho en privado, en esos momentos de soledad mezclada con deseo que no pueden ser resueltos de otro modo. Ahora bien, delante de un hombre me supone cierto reparo, aunque Max me lo pide, me lo exige, de una forma que mando a mis inhibiciones de paseo.

Me ha calentado, excitado y preparado sabiendo que ahora mi cuerpo ganará la batalla a cualquier prejuicio.

Sigo acariciándome para él, y Max lamiendo cada gota. Sin dejar de penetrarme con los dedos. Los suyos y los míos forman una combinación letal.

Me muerdo el labio, tenso las piernas; mis terminaciones nerviosas mandan mil señales a mi cerebro.

Gimo de forma contenida, no por vergüenza, sino por encontrarnos en el salón; al sentir el primer latigazo, la primera ola antes de relajar mis piernas, dejo de masturbarme y me corro únicamente con los labios de mi amante sobre mi sexo empapado.



Dicen que después de la tempestad viene la calma... Pues va a ser que no. Tras el interludio del salón Max ha decidido, sin contar conmigo, que esta noche no pego ojo.

No contento con regalarme una sesión de sexo oral en el viejo sofá de mi salón, en volandas me ha llevado al dormitorio y allí me ha desnudado a lo depredador sexual en celo. No he podido protestar ni mucho menos negarme. No he encontrado ningún argumento en contra, por lo que Max ha tenido a una maleable y dispuesta Bea.

Pero que muy maleable.

Ha cerrado la puerta con el pie. Sin soltarme. Parecía poseído. Hoy saltaba a la vista que tenía a mi disposición la versión más obscena de Max. Pues no se ha andado con besos suaves ni caricias estimulantes. Su comportamiento ha sido lo más dominante y vulgar posible.

—Quiero follarte... —ha jadeado una y otra vez junto a mi oído.

—Sí —es lo único que he sido capaz de decir.

Me ha estampado, literalmente, contra el tabique. Me ha vuelto a coger en volandas y sin decir ni pío, no hacía falta pues había dejado muy claras sus intenciones, se ha situado entre mis piernas y me ha follado de pie. Mi espalda desnuda apoyada en la pared de mi dormitorio, mis muslos rodeándolo y Max embistiendo a lo loco. Los dos jadeando de forma contenida, yo aferrándome a su cuello, él soportando mi peso.

Mi sexo, aún sensible tras la ronda del sofá, acogiólo en mi interior. Su boca robándome el aliento con cada uno de sus movimientos pélvicos. Yo desnuda, él con los pantalones desabrochados y a medio muslo.

Una puta locura.

Nunca pensé que podría correrme dos veces en tan poco tiempo; eso antes era una leyenda urbana, al menos para mí.

Claro que sus palabras, vulgares, explícitas, calientes, susurradas junto a mi oído han ayudado bastante. Me han puesto como una moto.

Sacadas de contexto pueden sonar fatal, pero un «Me encanta metértela hasta el fondo» dicho en el momento justo te sonroja a la par que te excita, y mucho, no voy a negarlo.

Y si después remata con «Mi polla no puede estar en mejor sitio» ya directamente te pones como una moto y le clavas las uñas para que continúe sus embestidas y te diga alguna que otra guarrada más.

Este trasfondo tan depravado rayando lo ilícito te conduce a un grado de excitación desconocido para mí. A ver, no era virgen antes de conocerlo, pero mis

relaciones anteriores no se parecían en nada a esto.

Ni yo misma me reconozco. Max, no sé cómo, descubre cosas de mí que antes ni me planteaba. Sabe compaginar el lado tierno y tontorrón con el más posesivo y sexual, y de esa forma me tiene completamente abducida.

No recuerdo haberlo hecho de esta postura, sin duda para ello el chico debe estar en buena forma, pues con Max vamos sobrados. Ha aguantado mi peso sin perder el ritmo. Metiéndomela de forma constante, presionando cada punto de mi sensible sexo a la par que recitaba todo el listado de obscenidades y me mordía los labios.

Yo he colaborado a mi modo y alguna que otra perla se me ha escapado. Ni que decir tiene que me he sonrojado como una quinceañera ante su primer piropo y que Max ha disfrutado de mi verborrea erótica.

Decirle a un hombre que su polla me vuelve loca o que nadie folla como él siempre anima a continuar; pese a que sé que mi amante no necesita esos estímulos extra, nunca están de más.

Con todo esto a nuestro alrededor ha sido inevitable alcanzar un orgasmo rápido y sentir a Max corriéndose en mi interior apenas dos segundos más tarde.

Hemos acabado exhaustos pero muy muy satisfechos. Follar así, a lo desesperado, tiene sin duda un componente emocional muy alto.

—Ha sido...

—La hostia.

Fin de la cita.

Después ha regresado a su modo mimosín. Se ha desnudado completamente y por fin, cuando hemos estado en igualdad de condiciones, me ha esperado junto a la cama para darme otro de esos besos que encienden a cualquiera y después acostarnos juntitos. Acurrucarnos y no hacer nada, excepto disfrutar de la mutua compañía.

Sus brazos me rodean y su calor me envuelve.

Van pasando los minutos, no soy capaz de dormir. Hay días en los que son tantas las emociones que no puedes desconectar. Deduzco que a Max le sucede algo similar, por su respiración y el movimiento de su mano sobre mi estómago. Es difícil conciliar el sueño. Ambos nos hemos dejado llevar pero ahora nos queda otro asunto que resolver.

Quizá debería hacer la vista gorda y no estropear este momento, se está muy bien así, en silencio, abrazados. De vez en cuando me toca, una caricia en el hombro, un beso en la espalda... Y yo me dejo querer.

Sí, definitivamente no voy a darle más vueltas a lo que ha pasado hoy en el restaurante. Tengo que confiar en él, en eso se basa todo. Ni por un momento he dudado de su capacidad para resolver estos asuntos, pero tiene que entender que estando mi hijo involucrado no puedo por menos que defenderme.

Si sólo me hubiera atacado a mí el insulto sería el mismo, pero yo puedo defenderme sola; sin embargo me parece ruin y miserable mencionar a un menor sólo por hacer daño. La inquina con la que esa ricachona se ha despachado habla por sí

sola. Espero que esto no sea más que un pequeño bache, que no rompa lo que Max y yo estamos construyendo.

Entre una cosa y otra no hemos hablado de mañana. Entre mi desproporcionada siesta y todo lo que ha venido después no he mencionado la comida de Navidad y me gustaría saber qué tiene pensado o si debe cumplir con algún compromiso. Félix y yo iremos a casa de María. Por supuesto, si Max así lo desea está invitado.

Noto cómo se mueve a mi espalda. En la archifamosa postura de la cucharita soy consciente de todo, al igual que Max.

—Siento mucho lo de tu trabajo —dice en voz baja estrechándome con más fuerza entre sus brazos.

Me encojo de hombros. Ése es un tema espinoso.

—No sé si funciona eso de que si no tiene remedio al menos no le des vueltas. He decidido no pensar en ello hasta después de las fiestas —musito. He hablado de forma sosegada. Desde luego es un buen plan.

—¿Funciona? —pregunta y noto, por su entonación, que a él ese remedio no le hace efecto.

—No lo sé, pero por intentarlo que no quede —respondo suspirando—. Quiero pasar estos días sin agobios. Aprovechar, ahora que voy a tener tiempo libre, para hacer cosas que no puedo durante el resto del año.

Permanece unos instantes en silencio antes de derretirme con otra de sus frases demoledoras.

—¿Me incluirás en esos planes, por favor?

Lo ha vuelto a hacer. Su forma de expresarse, a medio camino entre la súplica y la necesidad, me engancha por completo. En estos momentos es cuando certifico aún más si cabe lo mucho que lo quiero.

Me vuelvo para quedar cara a cara y a pesar de que en la penumbra apenas distinguiré sus rasgos, al menos podré besarlo.

—Por supuesto —afirmo sin ningún género de dudas.

No me muevo, casi no respiro. Siento cómo inspira en profundidad antes de acercarse a mi boca, y con la paciencia y ternura que derrocha me besa. Ahora no tenemos prisa, sólo deseamos disfrutar el momento, que surja lo que tenga que surgir.

Este beso no tiene por qué ser el preludio de un revolcón, al cual, por supuesto, no me niego. Pero ahí radica la gracia, es intenso, alucinante, pero lo más increíble es que no necesita nada más.

—¿Qué es esto? —pregunto juguetona cuando su erección se frota contra mi muslo. Puede parecer accidental pero dudo que lo sea. No me aparto, sino todo lo contrario. Me muevo despacio dejando que me acaricie y de paso incitarlo a dar un paso adelante.

—Un regalo —bromea posando la mano en lo que parece ser su parte favorita de mi cuerpo: mi culo.

—Por favor, qué chiste tan malo —replico sonriendo.

—A caballo regalado... —insinúa Max esperando a que yo acepte su ofrecimiento.

Se pega un poco más a mí, como si no fuera consciente de lo que está pasando.

—Max... ¿crees que tanto sexo... puede ser perjudicial?

Se echa hacia atrás, sin soltarme del todo. Parece que mi pregunta en este momento de precalentamiento ha sido como todo un bofetón. Empieza a reírse por lo bajo, pero la cuestión tiene su lógica. No quiero recurrir a ese tópico de «Se nos rompió el amor de tanto usarlo», aunque da que pensar nuestro comportamiento. Desde que lo conozco parezco estar en constante estado de excitación y por la respuesta de él llego a la conclusión de que anda igual.

—No me estoy quejando, que conste —apostillo.

—Bea... —murmura entre risas—, qué cosas tienes.

Recorro sus labios con el pulgar. Es la primera vez que lo hago. Así, en la oscuridad, aquello resulta más intenso. Él gime y abandona las risas. Separa los labios y atrapa mi dedo entre sus dientes.

¿Cómo algo en apariencia tan sencillo excita tanto?

Estamos cara a cara, acostados de lado. Mirándonos en la penumbra de mi alcoba y hablando en susurros. Tocándonos con más o menos intención pero sin pasar a mayores. Yo he planteado un asunto que nos concierne a partes iguales porque es la primera vez que me encuentro en esta coyuntura. Pero Max, no sé si de forma intencionada, me distrae. Sus manos no paran quietas. Indagan, provocan, pellizcan aquí y allá.

—Max...

—¿Mmmm? —Sigue a lo suyo.

Y yo, aparcando la cuestión, no me quedo quieta. Meto una mano entre nuestros cuerpos y agarro su erección. Inspira en profundidad. Le doy un pequeño tirón y responde atrapando un pezón, que pinza sin piedad y suelta de golpe. Me retuerzo; no sé cómo el dolor inicial se transforma inmediatamente en placer.

—¿No vas a responderme? —exijo entre jadeos cuando Max, así a lo tonto, va tomando posiciones y me deja tumbada con la evidente intención de colocarse encima.

—¿Decías?

Me está tomando el pelo al tiempo que lame mis pechos. Decido privarlo de su entretenimiento cubriéndomelos con las manos.

—Es una cuestión práctica. Si te soy sincera, nunca antes me había pasado una cosa así —admito, eso sí, sin soltar su polla, que es un regalo.

—Mmmm... —Parece reflexivo aunque también puede ser que la sangre no le llegue al cerebro. Me libera de su peso y se acuesta a mi lado, boca arriba. Me interesa muchísimo su respuesta.

—Es que... —farfullo sintiéndome un poco estúpida—. No quiero que pienses que me desagrade tanto sexo —me apresuro a explicar—. Sólo que...

«¿Qué, lumbreras, qué? —me pregunto a mí misma. Parece que tengo dieciocho años y que es mi primera relación seria—. Por Dios, Bea, que este tipo de sexo es de los que sólo algunas afortunadas pueden disfrutar.»

Comportémonos de forma apropiada, acorde con la situación. De acuerdo, esto no me ha pasado antes y aunque tenga mis dudas no desaprovecho la ocasión. Me coloco encima y noto que soy bien recibida. Apoyo las manos en su pecho y me inclino hacia delante.

Quiero besarlo, pero también espero una respuesta.

—¿No vas a responderme?

—Bea, follar, en términos generales, nunca puede ser malo.

—Es muy ambiguo eso que dices. —Continúo tocándolo con las manos. No me canso de hacerlo.

—Y en nuestro caso está plenamente justificado —añade dejándome incluso más desconcertada que antes.

—No te entiendo.

—Acércame uno de tus pechos a la boca y te lo explico con todo lujo de detalles.

De entrada pongo cara de «Eso no te lo crees ni tú», pero en la oscuridad no surte el efecto deseado. De todas formas, esquivando sus manos puedo mantener mi postura hasta obtener una contestación satisfactoria.

—Veamos... —Se pasa una mano por el pelo. Sin duda con una erección palpable no le apetece hablar, pero va a tener que hacer ese esfuerzo, por mí y por su futuro erótico conmigo—. Hasta la fecha tú y yo —enfatisa las palabras deslizándolo desde mi garganta hasta mi ombligo, pasando entre mis senos— creo que nos hemos comportado de forma...

—¿Animal? —sugiero, cualquier cosa con tal de ayudar.

—Intensa —me corrige y percibo en tono de humor—, apasionada...

Mientras expresa en voz alta algo con lo que coincido por completo ceja en su empeño de acercarse a mis pezones y poder lamerlos.

—Estoy de acuerdo, pero sigo sin tener claro que no estemos abusando.

Lo oigo resoplar. No sé si se está descojonando a mi costa o intenta no enfadarse.

—Y me lo dices ahora, que te has encaramado y me estás tentando de una manera... —Su reproche me calienta, me hace disfrutar mucho más—. Pero como espero repetir una de nuestras sesiones «animales», como tú dices, en breve, te responderé: a mí tampoco me ha pasado algo así antes.

Tengo que respirar, tengo que calmarme, tengo que... ¡Tengo que admitirlo y decírselo en voz alta! Mi indecisión es su ventaja; se incorpora y su boca va directa a por uno de mis pezones. Tira de él con los dientes y gruñe:

—Y no lo olvides nunca, no me canso de desearte, de ponerme cachondo al verte, de imaginarte en mil posturas, todas ellas al desnudo o por lo menos a medio vestir; así que venga, abusemos.

Sentada encima de él, frente a frente. Sus piernas dobladas son mi respaldo, sus

manos una constante distracción y su boca... Mmmm, eso no tiene nombre.

—No lo olvidaré —musito junto a sus labios antes de unirla a la mía.

Estoy encima, puedo hacer lo que se me antoje, sin embargo Max es quien domina la situación. Mete una mano entre nuestros cuerpos y yo, obediente, me elevo lo suficiente para que al dejarme caer me penetre. Al mismo tiempo busca mi clítoris, lo fricciona.

Gimo. Me muerdo el labio. Me contengo para no gritar.

Este silencio forzoso nos excita a ambos, somos más conscientes de lo que significa estar unidos. Queremos expresar nuestras sensaciones y al no poder hacerlo de la forma más habitual buscamos otras.

Las palabras susurradas son lo más efectivo.

Oírlo pronunciar mi nombre mientras se clava en mí, mientras su mano recorre mi espalda, pegajosa y tensa por el esfuerzo, me calienta incluso más.

Me aferro a sus hombros, me muevo sobre él, le clavo las uñas en el cuero cabelludo... me he vuelto loca y no me importa. Sus dientes arañan mi cuello, la mano que permanecía en mi espalda ya está en mi trasero, ayudándome en mis balanceos y, de nuevo, siento su dedo en la separación de mis nalgas.

—Max... —jadeo con la garganta seca de tanto hablar en susurros, de respirar con la boca abierta por faltarme el aire...

—Estás a punto, lo noto. Me aprietas, me exprimes, Bea... joder, esto es increíble.

—Lo sé, lo sé.

Me balanceo con más ímpetu, cabalgándole sin tregua y Max empuja hacia arriba. Esto se nos desborda, los muelles chirrían... Sus gruñidos suben de intensidad. Me siento dilatada. Su cuerpo se contorsiona bajo el mío. Mis pezones se rozan con su torso.

Estoy a punto. El dedo que sólo tanteaba entre mis nalgas ahora presiona con fuerza. No me lo creo ni yo, sin embargo la respuesta no se hace esperar.

—Max...

Entierro la cara en su hombro y lo muerdo al sentir mi orgasmo. No puedo gritar, no puedo gemir como quisiera y tengo que buscar una manera de canalizarlo.

—¡Joder, sí! —exclama triunfal y en venganza, o al menos ésa es la impresión que tengo, me da un azote en el culo.

Me embiste por última vez y noto su eyaculación entre mis piernas. La humedad ahora es mayor. Me quedo en esa postura, con él firmemente clavado dentro de mi sexo. Se deja caer hacia atrás, arrastrándose con él.

Encantada, me quedo laxa sobre su cuerpo, rodeada por sus brazos. Una postura muy incómoda para dormir, sin embargo increíblemente satisfactoria tras un intenso clímax.

—Creo que mañana, a primera hora, si te parece, abusaré un poco más de ti —murmura peinándose con los dedos.

—Vale —respondo y lo beso, lamiéndole los labios primero antes de juntar nuestras lenguas.

Max parece más sensato en estos momentos poscoitales y es quien se mueve primero para quedar cobijados bajo las sábanas.

Me recuesto parcialmente sobre él, murmuro un buenas noches y cierro los ojos.

Cuando vuelvo a abrirlos me estiro perezosa en la cama. Me quedé frita en menos de cinco minutos, pero oye, que tenía su lógica. Había abusado, y de lo lindo, por lo que mi cuerpo necesitaba un buen descanso.

Max está despierto, de costado, mirándome y yo frunzo el ceño.

—Buenos días —murmura sonriente mientras me acaricia el labio inferior.

—Sí, eso, buenos días —farfullo.

—Estás un poco gruñona hoy, ¿no?

—Es que no es justo —protesto mirándolo—. Mírate, si estás hasta más guapo con el pelo revuelto.

Max se echa a reír por mi tono ligeramente cascarrabias, pero es cierto. Está para comérselo en el desayuno. Creo que está acostumbrado a este tipo de halagos femeninos pero yo no puedo evitar insistir en ese punto.

—En fin, tendremos que levantarnos, ya sabes...

—De acuerdo —accede sin perder el buen humor—, pero eso no quita que primero bese a mi chica como debe ser.

Se acerca a mí, me sujeta de la nuca y me deja pasmada, clavada en el sitio. Sus palabras unidas a sus gestos no son para menos.

Qué pena no poder remolonear en la cama hasta la hora de comer... me lamento en silencio y entonces me doy cuenta de que con el maratón sexual nocturno se me olvidó preguntarle una cosa.

—¿Max?

—Dime.

Espero a que termine de subirse los pantalones para recrearme antes de continuar.

—Es Navidad y todos los años nos juntamos en casa de María a comer...

—Tranquila...

—Es que no sé si tienes otro compromiso, no hemos hablado y yo he pensado que si... vamos, que si tú quieres, si no te importa aguantar a mi hermana, porque se va a poner pesada, te lo digo yo, pues eso...

Se queda de pie, sin camisa, con las manos en la cintura, mirándome de una forma rara. Y no me extraña: he hablado como una gilipollas, a trompicones, atropelladamente, en vez de decirle las cosas tal y como son. Si al menos llevara la camisa puesta...

—Bea, si me estás invitando a pasar el día de hoy en casa de tu hermana, con tu familia, la respuesta es...

Se detiene y a mí se me para el corazón. No es una invitación cualquiera, es toda una presentación oficial y él, a lo mejor, no quiere dar ese paso.

—Sí. Joder, claro que sí.

Mi alivio es evidente cuando suspiro tranquila. Qué mal rato he pasado y se debe de notar en mi cara ya que Max se sienta a mi lado en la cama y arquea una ceja.

—¿Pensabas que iba a negarme? —inquire burlón.

—Yo no sabía si tú... —Otra vez farfullando. Bea, maldita sea. Bueno, la culpa la tiene él, por no ponerse la camisa.

—Bea, créeme, será un placer pasar el día contigo y con tu familia.

Otro beso de osito mimosín y lo arrastro conmigo.

Por suerte para él se aparta, acaba de vestirse y se va al cuarto de baño silbando.



La semana del amor.

Bueno, siempre he pensado que en las pelis románticas abusan del azúcar, porque todo es tan divino, tan ideal, que resulta cuando menos sospechoso.

Todo es de color rosa chicle, de un rosa que en otro momento me produciría hasta vergüenza ajena, pero da igual. Nunca antes había sido tan feliz. Y no sólo por mí, sino por mi hijo: estar con él y poder dedicarle todo ese tiempo que mientras he estado trabajando le he ido robando es un verdadero privilegio.

Adiós al despertador, a las prisas, a los gritos de mi exjefe...

Y lo mejor de todo, despertarme, no sólo sin el odioso ring, sino al lado de Max. En sus brazos, para ser exacta. Cada mañana, cuando abro los ojos y lo encuentro junto a mí me siento la más afortunada del mundo. Y creo que me quedo corta.

Debo decir que nunca pensé que yo pudiera vivir algo así. Sí, definitivamente ha sido la semana del amor. Muy cursi, lo reconozco, pero real.

El estar oficialmente desempleada, lo que en principio es una desgracia, nos ha permitido pasar todo el tiempo juntos. Hemos paseado cogidos de la mano, redescubierto rincones, acudido al cine, nos hemos besado en plena calle...; en resumidas cuentas, todo lo que hacen los tortolitos.

Y lo mejor de todo es que no he sentido ni pizca de vergüenza. De todas formas, ¿por qué iba a sentirla?

Durante nuestros paseos nos hemos cruzado con otras parejas y la verdad es que desde fuera parece empalagoso, pero cómo cambian las cosas cuando es a ti a quien le sucede.

Max se ha mostrado en todo momento atento, muy atento. Relajado. Y eso que al principio creí que se negaría a que lo vieran conmigo en actitud cariñosa, por si de nuevo nos espiaban, pero ni rastro. Eso nos ha permitido ser nosotros mismos.

Algo que puede sonar ridículo, pero en nuestro caso, en especial en el de Max, supone un gran avance. Para él el simple hecho de acudir a un evento por decisión propia y no por obligación hace que lo disfrute mucho más.

Y se le nota. Parece querer hacer mil cosas, no se cansa y aunque nos pasemos el día de aquí para allá cuando nos metemos en la cama parece no querer dormirse, no al menos si antes no nos hemos dado un revolcón de esos alucinantes, cargados de morbo, palabras obscenas y gemidos en voz baja.

En concreto, hace dos días terminamos follando en su coche. Ahora mismo no sabría muy bien cuál fue el detonante, pero el caso es que habíamos quedado para conocer un nuevo restaurante del que le habían hablado y dado excelentes referencias. A mí me pareció una idea estupenda, ya que de paso podría tantear un poco, porque mi futuro laboral sigue sin resolverse. Como siempre, y en estas fechas

con más razón, nos era imposible aparcar, por lo que Max decidió meter su coche en un parking subterráneo. Ni que decir tiene que todo ocurría con la normalidad propia de un día cualquiera. Pero no. Nada más apagar el motor y desabrocharnos el cinturón yo lo miré con media sonrisa, él me acarició los labios con el pulgar, yo gemí bajito y todo estalló.

Su mano se colocó entre mis piernas; ese día llevaba un vestido de punto y no encontré barrera alguna. Presionó sobre mi ropa interior y yo separé los muslos. Max me ordenó levantar el trasero para bajarme los pantys y me encontró mojada. Insertó un dedo en mi sexo y gruñó. Yo jadeé. Sin pensárselo dos veces se desabrochó el pantalón y yo, como pude, me deshice de mis antiestéticos pantys junto con las bragas y las botas para montarme encima y de esa forma ser penetrada.

A esas horas el parking estaba de bote en bote, constantemente oíamos los chirridos característicos de las ruedas, los faros de otros vehículos nos deslumbraban pero no nos detuvimos. Follamos en el coche, de una manera salvaje. Rápida y satisfactoria.

Cuando ambos nos corrimos empezamos a reírnos como dos chavales ante una travesura. Max me abrazó, me besó y permanecemos unidos un buen rato, hasta que mis piernas protestaron y tuvimos que soltarnos.

Teníamos mesa reservada y llegamos considerablemente tarde. Al maitre ni le importó. Y durante la comida disfrutamos del menú, supongo que ambos nos encontrábamos tan relajados como para no fijarnos con detenimiento en lo que nos servían.

Max también tiene sus momentos tiernos, esos de caricias, besos... nada que ver con el chico malo que me hace jadear, sudar y perder la razón. Momentos suaves, en los que permanecemos en silencio, abrazados, o hablamos de nosotros mismos. Por ejemplo cuando paseamos, cogidos de la mano, y Max acerca mi mano a su boca para depositar un besito de esos que parecen sacados de otra época.

A veces me abruma con tantas atenciones, está constantemente pendiente de mí. Me abre las puertas, me observa de reojo y me hace temblar con la mirada, espera a que yo me siente antes de ocupar su silla, no se queja cuando me entretengo por alguna tontería o miro algún escaparate, aunque esto último me da un poco de miedo pues conozco su peligrosa afición a sacar la tarjeta de crédito. En más de una ocasión termino regañándolo. Sé que lo hace con la mejor intención del mundo pero no puedo permitirselo.

Hemos llegado a un acuerdo tácito y no mencionamos nada relativo a sus citas, pero sí nos contamos anécdotas. A veces tengo la sensación de que hablo sin parar y que terminaré por aburrirlo, pero es que en un restaurante ocurren miles de situaciones que aunque a priori nos sacan de quicio, contadas pasado un tiempo resultan graciosas.

Max me habla de sus escapadas en solitario. Siempre ha preferido viajar solo, para desconectar. Me apena ya que por sus palabras deduzco que no tiene a nadie o al

menos no confía en nadie lo suficiente como para compartir unos días de relax. Estoy tentada de preguntarle si ha mantenido alguna relación formal durante todos estos años, sin embargo creo que de momento me quedaré con la duda. Me confiesa que desde que pudo costearse todos sus gastos siempre ha procurado descubrir nuevos rincones y que le gustaría mostrármelos.

Eso son palabras mayores, hacer planes de ese tipo es dar otro gran paso y en los últimos días estamos recorriendo a una velocidad de vértigo todas las etapas de las relaciones más o menos estandarizadas.

Max parece tan seguro de sí mismo que a mí no me queda más remedio que seguirlo, eso sí, con una sonrisa, tras ejercer sobre mí, literalmente, su poder de convicción. Estoy por hacerme la difícil sólo para que despliegue un poco más de ese poder, por estar segura y todo eso.

El tema de mi futuro laboral también está vetado, a no ser que surja una oportunidad única; como le dije no voy a preocuparme hasta después de las fiestas. Sé que se muerde la lengua y que le gustaría ayudarme, bien de forma directa ocupándose de mis gastos (algo que no toleraría bajo ningún concepto) o bien recurriendo a amistades que puedan echarme una mano. Esta última opción no me parece tan grave, aun así prefiero, tal y como me he propuesto, posponerlo por unos días.

Hoy hemos decidido quedarnos en mi casa. Max se ha empeñado en pedir comida para que yo no mueva un dedo y como siempre la elección recae en Félix. Me parece que le está otorgando demasiado poder a mi hijo.

Pero como toda madre, sonrío al verlo ilusionado.

Ahora, sentados, acurrucados, en el sofá de mi casa, nos limitamos a ver la tele mientras Félix juega sentado en el suelo.

Estas escenas tan domésticas me tienen ensimismada por completo. A esto debe de referirse la gente cuando habla de ser feliz. Todo comienza con la tranquilidad y la seguridad que se siente junto a la persona idónea.

Max no ha protestado, podría haber insistido en que fuéramos Félix y yo quienes nos mudásemos, temporalmente, a su casa, pues es innegable que allí dispondríamos de más espacio y comodidades. Se ha limitado a traer ropa para cambiarse y algunos efectos personales. Ver cada mañana sus cosas en el baño me produce un extraño placer; como siempre las cosas más sencillas parecen ser las más importantes.

Convivir con Max en un piso de dimensiones reducidas no ha resultado tan complicado como esperaba. Él es ordenado, incluso más que yo, y siempre me echa una mano. Y como con Félix parece tener un acuerdo secreto, consigue que todos los días se bañe y se meta en la cama sin excesivas protestas.

No hemos vuelto a hablar del desagradable incidente con esa mujer a la que prefiero no nombrar. Sé que tendremos que hacerlo en algún momento, pues aunque lo obviemos no va a desaparecer.

Resulta complicado sacar el tema y más aún cuando Max me rodea con un brazo

y yo apoyo la cabeza en su hombro. Ésta es una de esas situaciones en las que te encuentras tan a gusto que no quieres mover ni un músculo y menos aún iniciar una conversación que a buen seguro nos llevará a un callejón sin salida y joderá el buen ambiente.

Pasado mañana es Nochevieja y me apetece muchísimo pasarla con Max. No hemos hablado de hacer algo especial aunque para mí el simple hecho de estar junto a él ya lo es.

¿Demasiado sentimental? No lo dudo, pero no puedo, ni quiero, evitarlo.

Mi hermana María nos invitó a cenar a su casa. Por lo que me dijo también ha caído bajo el influjo de Max y por supuesto verme feliz hace que lo considere de la familia.

—Disculpa un momento —murmura al oír el timbre de su móvil

Miro el reloj: las seis y ya hay alguien dispuesto, o dispuesta, a jorobarme la tarde. Me incorporo y para mi asombro Max no se aparta ni esconde el teléfono.

—Dime, Antonio —responde a la llamada y pone cara de circunstancias.

Yo le sonrío. No sé quién es ese tipo, pero por cómo se comporta deduzco que no voy a observar uno de sus extraños cambios de humor.

Max sigue hablando y entiendo que quiere privacidad, por lo que hago amago de levantarme, pero él me agarra de la muñeca y tira de mí para tenerme a su lado.

—De acuerdo, me paso mañana por tu despacho y lo comentamos —continúa y yo no puedo sentirme mejor.

Está demostrando que confía en mí y por lo poco que llego a escuchar saco la conclusión de que ese hombre sólo quiere hablar de asuntos legales. También deduzco que se conocen desde hace tiempo, pues mantienen una conversación distendida.

Max no se tensa, no se encierra en sí mismo y sigue a mi lado. No puedo pedir más.

Cuelga y me mira. Sonríe y sigue mirándome. Voy a empezar a ponerme nerviosa.

—¿Qué? —termino preguntándole y él en vez de responder sólo me regala una caricia en mis labios, rozándome con el pulgar.

«Así no hay quien se relaje», pienso.

—Nada —dice finalmente—. Es que no me canso de mirarte.

—Max... —gimo porque con esas cosas me pongo tontorróna.

—Vale, pues no te lo digo más veces, pero que conste que voy a seguir mirándote. —Me acaricia de nuevo sin perder la sonrisa antes de añadir—: Mañana he quedado a primera hora con Antonio, mi abogado. Tiene unos documentos preparados y quiere que los firme, así que después soy todo tuyo.

Eso último, dicho de una forma tan casual, me llega muy adentro. «Soy todo tuyo» suena tan íntimo, tan personal, que me entran ganas de echarme encima de Max y comerlo a besos. Eso de entrada, porque después lo lamería de arriba abajo. El

chocolate sería opcional, porque es una de mis fantasías: embadurnarlo y limpiarlo con la lengua.

—Estás poniendo una cara...

Trago saliva; si él supiera... De momento tengo que poner bajo cuarentena mis fantasías y para ello nada mejor que alejarme de la tentación. Aún es pronto, pero puedo meterme en la cocina y canalizar mi creatividad entre cacharros.

—¿Podemos jugar ya? —oigo que pregunta mi hijo nada más verme salir del salón.

—Por supuesto —confirma el niño grande y sé que van a estar un buen rato entretenidos con la videoconsola.

Bueno, los dejaré un rato y luego —si hace falta saco el rodillo— los obligaré a apagar la tele.

Al día siguiente Max nos invita a desayunar antes de acudir a su cita. Vamos de nuevo a una cafetería del barrio. Félix no deja de asombrarme, podría hasta llegar a sentirme celosa pues parece que es para él una especie de dios. Que si Max esto, que si Max lo otro, que si Max dice...

Ponerme celosa es una forma de hablar, por supuesto, lo que en realidad importa es que ahora mi hijo tiene una especie de figura paterna. Vale, a lo mejor estoy adelantando acontecimientos, pero sería fantástico.

—Nos vemos a la hora de comer, ¿de acuerdo? —murmura junto a mis labios, que humedezco ansiosa por que me bese, aunque sea debido a una despedida, temporal, pero al fin y al cabo una despedida.

Félix y yo nos vamos al mercado. A mi hijo no le gusta mucho porque dice que me enrolla demasiado, que hablo con todos y que a él le pellizcan los carrillos y le dicen eso de «Mira qué niño tan mono», pero al final accede y pasamos la mañana entre los puestos. Ahora que voy sin prisas me fijo en muchas cosas y disfruto mucho más.

Llegamos a casa y guardo todas las compras.

Si de Max dependiera comeríamos todos los días fuera, pero yo me he puesto firme en ese punto y lo he convencido para hacerlo en casa. Ha protestado, como era de esperar, ya que según él no tengo por qué pasarme horas entre los fogones y ahora que tengo tiempo libre debería dedicármelo a mí misma.

La idea no está mal, pero no estoy acostumbrada a estar ociosa, así que me he salido con la mía y comemos en casa.

Suena el teléfono y sonrío al ver quién me llama.

—Hola guapa, ¿cómo te va la vida?

—Muy bien, ¿y a ti?

Beto resopla ante mi pregunta y responde:

—Esto es un infierno. Joder, Bea, dos veces he estado a punto de pedir la cuenta y largarme.

—Lo siento —murmuro entendiéndolo a la perfección su malestar.

—Estoy hasta los mismísimos. Voy a ponerme a buscar otra cosa y a ese resentido de Ramón que le den. Está intratable y la paga conmigo por apoyarte.

—Es que deberías haber mantenido la boca cerrada.

—Ya, bueno, es lo que tiene ser tu amigo, que no puedo cerrar el pico.

—Tendré que compensarte. ¿Te apetece venir mañana, con tu novio, faltaría más, a cenar con nosotros?

—¿E irrumpir en Villa Amor? —pregunta burlándose.

Termino riéndome porque yo también me he puesto cursi con todo esto.

—No seas bobo. Cenaremos en casa de María. Ella quiere conocer a tu «amorcito, corazón».

—Hmmm. Vale. Allí estaremos.

—Lo pasaremos genial.

—Eso espero, ya que he renunciado a una glamurosa cena con espectáculo.

—No te arrepentirás —afirmo riéndome—, mi hermana es sinónimo de glamour.

Bueno, mis palabras son exageradas, pero no dudo de que nos lo pasaremos en grande.

Tras mi conversación con Beto echo un vistazo a Félix y le pregunto si le apetece ayudarme en la cocina, pero me deja patidifusa al decirme que no. Por lo visto sólo quiere cocinar si es Max quien se lo pide. Ver para creer.

De nuevo suena mi móvil y me lavo con rapidez las manos antes de cogerlo. Sonrío al ver quién es.

—Dime —respondo contenta sin dejar de vigilar el horno.

—Bea, verás... no puedo ir a comer.

—Vaya... —Me trago la desilusión y las dudas.

—Pensé que resolvería mis asuntos en un par de horas pero al final esto va a demorarse —explica y percibo su cautela.

—Bueno, lo entiendo —acepto porque quiero ser positiva.

—Comeré con Antonio, aquí, cerca de su despacho —añade.

—Max, lo entiendo, tienes asuntos que resolver —digo en tono sereno; quiero transmitirle mi confianza.

—En cuanto acabe te llamo. O mejor: ¿paso a recogerte y salimos?

—Hmmm, tendría que hablar con mi hermana para ver si puede cuidar de Félix.

—No, me refiero a los tres. Me gustaría que Félix viniera con nosotros.

—¿Y qué propones? —inquiero algo más animada.

—Nada en concreto. Dar una vuelta, ver el ambiente... No sé, lo que hace la gente con niños pequeños.

Sonrío de oreja a oreja. Es para comérselo a besos y no parar. Se lo ve algo perdido pero muestra interés y ya sólo por eso merece que lo quiera.

—Vale. ¿Sobre qué hora? Para estar preparados.

—Te llamo y te cuento.

—De acuerdo.

—Ah, y... Bea.

—¿Sí?

—Te quiero.

No se me cae el teléfono al suelo de milagro. Trago saliva y sólo acierto a murmurar «Yo también», pero creo que de forma poco clara.

Max se despide y no sé muy bien qué hacer a continuación. ¿Canto *We Are the Champions*?^[8] ¿Me hago una cuenta en Facebook sólo para que lo sepa todo el mundo? ¿O respiro profundamente sin hiperventilar?

Max ha sido el primero en atreverse. Eso da que pensar. Esta noche quiero ser yo la primera en pronunciarlo cara a cara.

Durante el resto del día me comporto como si estuviera en una nube de algodón rosa, o sea, como una cursi de primera magnitud. Pero no puedo evitarlo.

Desde luego si estuviera en el instituto sería la chica que más corazones dibujaría en sus cuadernos.

Mi hijo me mira frunciendo el ceño, pensando sin duda que su madre está mal de la cabeza. Espero que algún día él sienta lo mismo porque es una sensación increíble. No voy dando saltitos por la casa pero casi.

Una vez que termino la comida me meto en mi cuarto dispuesta a buscar algo que ponerme y tenerlo listo para no hacer esperar a Max cuando me llame.

Las horas van pasando... las cinco, las seis... hace ya un rato que ha anochecido y no sé nada de Max. Como una obsesiva compulsiva he revisado mi móvil unas quinientas veces. Por si se hubiera agotado la batería, por si se ha quedado sin señal... Yo misma busco las excusas para no recorrer el espinoso camino de las dudas.

Ya no creo que venga a buscarnos, así que negocio con Félix quince minutos de baño por un bizcocho de chocolate. Justo cuando estoy metida en la faena de bañar a mi hijo oigo el clic de la cerradura.

—¡Ha venido Max! —grita Félix emocionado, tanto que tengo que sujetarlo de cualquier manera para poder aclararle el pelo—. ¡Qué bien!

—Sí, qué bien... —murmuro ni de lejos tan efusiva.

Termino de vestirlo y recojo el aseo. Me los encuentro a los dos en el salón, Félix preparando la consola para una partida y Max esperando a que le pregunte.

—Ahora mismo vuelvo —le dice al niño y me sigue a la cocina.

—No hace falta que me des explicaciones —le digo una vez a solas.

—Pero yo quiero dártelas —replica y observo que está inquieto.

Empiezo a conocerlo y sé cuándo algo le preocupa. Habla en voz baja, intenta utilizar el menor número de palabras posibles y se pasa la mano por el pelo. Su respiración denota cansancio, aburrimiento, incomodidad, como si quisiera dar marcha atrás.

—Max, no las necesito —insisto. Le doy la espalda y aprovecho el desorden de la merienda para tener algo que hacer.

—Como quieras —acepta y salta a la vista su resignación.

Se acerca a mí, me rodea con los brazos y me aprieta fuerte. Siento su respiración junto a mi oreja. Cierro los ojos. Estos altibajos van a acabar conmigo, con los dos.

—Félix te está esperando... —susurro.

—¿Quieres deshacerte de mí? —inquire. Puede que su tono sea ligeramente alegre, pero la pregunta no, tiene un trasfondo importante.

Inspiro profundamente. Me vuelvo en sus brazos y sonrío. No tengo otra manera de enfrentarme a todo esto.

Max está haciendo lo que puede, es sincero, aunque yo no se lo pida. No se esconde ni busca excusas. Dicen que la sinceridad en una relación es lo primero. Yo la odio.

—Anda, ve. Te necesita para ganar a los malos —le indico mientras le acaricio la mejilla.

Max inclina la cabeza apoyándose en mi mano y cierra los ojos. Busca mi contacto.

—Bea, joder... —masculla.

Percibo su tensión, percibo su inquietud. Quiere hablar y creo que sabe que no quiero escucharle.

—Ya hablaremos en otro momento —musito y me acerco para darle un beso rápido en los labios. No es el momento adecuado.

—No, Bea. Quiero hacer las cosas bien, maldita sea. No me obligues a mentirte eludiendo la cuestión. Te había prometido pasar la tarde juntos y no he podido presentarme a la hora convenida.

—De verdad que no importa —miento y lo peor es que me miento a mí misma. No por el hecho en sí de llegar tarde, que sería algo sin importancia en otras circunstancias, sino porque soy incapaz de olvidar a qué se dedica y mi falta de confianza en Max hace que hasta me sienta ridícula.

Ha vuelto, ¿no? Eso es lo que debería importar ahora, sin embargo no es tan sencillo.

—Bea...

—¿Por qué le das tantas vueltas?

—Porque sé que a ti te afecta. Y no mientas.

Ahora es Max quien acaricia mis mejillas. Soy tonta de remate, no puedo evitarlo.

—De acuerdo. ¿Qué te ha pasado? —Sé valiente, me digo, y escucha su explicación.

Max me obsequia con una sonrisa triste.

—Mañana no podré cenar con vosotros.

Trago saliva. Yo esperaba una de esas respuestas que de inmediato te hacen sentir estúpida porque te has montado la película tú sola. Porque has exagerado y luego resulta que no era para tanto. Doy un paso hacia atrás. Era lo último que esperaba.

—Escucha, es una cena. Estaré rodeado de gente por todas partes. Nada íntimo.

Me tapo la cara, suspiro. Niego con la cabeza.

—Déjame sola... —le ruego sin alterarme.

—Mírame, por favor. —Me levanta la barbilla y acaricia mis labios con el pulgar —. Bea, no queda nada... una noche, unas horas, más bien. Estaré contigo antes de que te des cuenta.

Tengo que hacer un esfuerzo enorme por sonreír, pero se nota que finjo. Max se percata de ello y me abraza. Fuerte. No quiere soltarme.

—Está bien, te esperaré despierta —digo y mi voz queda amortiguada por su chaqueta.

Félix acude a mi rescate interrumpiendo una escena que a cada minuto se volvía más incómoda. Se lleva a Max al salón y así puedo quedarme a solas con mi lucha interna. Lo cual no sé si es buena idea porque o me pongo a hacer algo o terminaré comiéndome la cabeza antes de tiempo.

Hay quienes cuando están de mal humor se van de compras, quienes se emborrachan, quienes limpian la casa de arriba abajo; pues bien, hace siglos que no quemamos la tarjeta de crédito, no bebo alcohol y mi casa podría estar más limpia, así que mi única alternativa para no amargarme es cocinar.

Ya veremos qué sale.



En casa de mi hermana se ha montado una buena fiesta.

No podía ser de otro modo. Nadie como ella y Beto para animar el ambiente. Además este año contamos con un ingrediente extra: mi amigo está enamorado y eso hace que se muestre todavía más dicharachero, lo cual provoca no pocas risas. Félix no para de reírse con las ocurrencias de mi amigo. Le ha hecho varias preguntas de lo más incómodas, pues al oír que Beto tenía novio ha fruncido el entrecejo. La «parejita feliz» se lo ha explicado con toda tranquilidad, aunque me temo que el pobre sigue confundido.

Los ha dejado a lo suyo y ha venido corriendo hasta mí para ver si su madre, que tiene un máster en todo, puede aclararle las cosas. Me temo que hasta dentro de unos añitos no lo comprenderá. Todavía estamos rodeados de convencionalismos.

—Mamá, ¿de verdad que son novios? —me ha preguntado tras quince minutos escuchando a los tortolitos, ya que aún le cuesta asimilarlo.

—Sí.

—¿Como tú y Max?

Vaya preguntita... Eso quisiera saber yo. Pues no tengo muy claro qué clase de pareja somos. Nadie de los que están hoy aquí reunidos conocen el motivo exacto por el que mi «novio» se ha ausentado.

—Sí.

—¿Y se besan?

—Sí.

—¿Y se dan la mano?

—Sí.

—Ah —es todo cuanto ha podido decir.

Supongo que poco a poco lo verá con normalidad, sobre todo porque conoce a Beto, o tito Beto, como lo llama desde que nació. De todas formas para estas cosas los niños son mucho más abiertos que los adultos, seguro que según vayan pasando los minutos y los vea juntos (que no revueltos) asimilará todo sin mayor complicación.

No deja de sorprenderme la capacidad de Beto para reponerse tras un fracaso sentimental (y van unos cuantos). Le envidio, sinceramente; mira que el pobre se ha llevado buenos chascos, como él dice «Hay hombres muy malos por ahí». Nada que yo no sepa.

—Alegra esa cara —me dice el optimista número uno del planeta cuando pasa a mi lado y me ve con el ceño fruncido.

Le sonrío en respuesta y así por lo menos me deja un rato tranquila. Aunque como se junte con mi hermana estoy perdida. ¡Cómo les gusta pincharme!

Cuando he llegado no estaba yo muy animada. Es Nochevieja, sí, pero no tengo el ánimo para rumbas, aunque no podía dejar a mi familia y amigos plantados y mucho menos quedarme sola en casa con Félix.

Me he levantado un poco depre. Max ha intentado que mi humor mejorase, para ello me ha dedicado una ración extra de chico malo a primera hora de la mañana. ¡Qué digo a primera hora! ¡Si ni siquiera había amanecido! Aprovechándose con descaro de mi sueño me ha lamido de arriba abajo, deteniéndose en aquellos lugares que según su criterio ha considerado más relevantes. Yo, indefensa ante sus ataques, no he podido hacer otra cosa que permanecer tumbada con los brazos en cruz, los ojos cerrados y disfrutando del sentido del tacto aplicado sobre mi persona. Después, cuando he gozado de uno de esos orgasmos dulces e imprevistos, ha vuelto a aprovecharse y colocándose boca abajo, ha elevado mi trasero a su antojo, me ha mordido en una nalga (hasta que he visto la marca en el espejo tras la ducha no sabía cuál) y me ha penetrado. En esa postura, por lo visto, sólo se pueden hacer las cosas de una manera: a lo salvaje.

Y yo lo he disfrutado como la más depravada de todas. Ya completamente despierta he ahogado mis gemidos con la almohada mientras Max me follaba sin descanso.

Cuando todo ha terminado, Max, como siempre, me ha inundado de besos, en este caso sobre mi espalda, dejándome una sonrisa bobalicona.

Satisfechos y agotados nos hemos vuelto a dormir hasta que mi reloj interno me ha avisado de que ya era hora de levantarse. Compartimos un desayuno en familia pero todo, en menos de medio minuto, ha cambiado cuando Max, una vez vestido para salir, se ha acercado a la puerta de entrada. Al marcharse, sabiendo lo que sé, no podía despedirme de él de forma natural.

—Bésame —me ha pedido antes de salir por la puerta—. Sólo quiero tus besos.

No me he negado, sin embargo no me he sentido cómoda. He vuelto a fingir y me duele. He vuelto a fingir porque no quiero que se marche preocupado o que por estar pensando en mí arruine su cita. Su cita, qué mal suena esa palabra.

Ha sido extraño, doloroso, a pesar de lo que hemos compartido al amanecer. A diferencia de la noche anterior, cuando al acostarnos Max se acercó a mí y comenzó a acariciarme, yo era plenamente consciente. Pensé incluso en rechazarlo. Recurrir al archiconocido recurso de «Me duele la cabeza» o un simple «No me apetece».

Pero no lo hice. Mentía al no decirle abiertamente lo que rondaba en mi cabeza una y otra vez pero no podía engañarlo con las reacciones de mi cuerpo a sus caricias y mucho menos a sus besos. Resultó tan amargo, tan raro... No sé si él se percató de mi silencio. O de mi aparente desgana. Sin embargo no se apartó ni me dejó. Continuó tocándome sin decir una sola frase, sólo con sus gestos.

Sentí su cuerpo sobre el mío, su respiración, su mirada y de nuevo todos mis malos pensamientos se fueron por sí solos. Respondí a su toque. Max, de alguna manera, sabía lo que en ese instante necesitaba.

Nada de palabras que por mucho que se repitan van a funcionar.

Sus atenciones fueron la anestesia que me ayudó a conciliar el sueño. Lástima que su efecto sólo durase unas horas.

—Sea lo que sea que te está pasando por la cabeza, olvídalo —me dice Beto acercándose a mí con una copa de cava en la mano.

Falta poco para que sean las doce y comamos las uvas. Le sonrío y acepto la bebida. La pruebo y vuelvo a sonreír.

—Tienes razón —convengo resuelta—. ¡Fuera malos rollos!

A ver si mi falso entusiasmo termina haciéndose realidad.

—Así me gusta. Quiero ver a mi Bea contenta. ¡Chin, chin!

Choca su copa con la mía.

—Parece que vas en serio —murmuro señalando a su novio, que se ha integrado a la perfección. No puedo evitar seguir dudando de que sea homosexual, aunque por supuesto me fío del criterio de mi amigo.

—Pues sí —confirma y noto su emoción al decirlo. Lo ha calado muy hondo.

—Me alegro muchísimo, de verdad.

—Venga, venga, dejaos de parloteo que ya van a empezar los cuartos y después no cogemos el ritmo ni a tiros.

Me acerco a la mesa y miro a mi hijo, que está preparado con un plato de uvas. Le hemos buscado las más pequeñas. Se lo ve emocionado y muy concentrado.

—No pasa nada si no terminas todas, ¿vale? —le digo en voz baja.

—Vale —responde—. Y Max, ¿cuándo llega? Pensé que vendría.

Tenía la esperanza de que no me lo preguntara, una esperanza absurda, desde luego, pues para mi hijo Max es lo más cercano a un padre que ha tenido. Entre ambos han forjado una amistad increíble y el niño sabe que en estos momentos, en familia, la presencia de Max resultaría lo más normal.

Intercambio una mirada con mi hermana y ésta compone una mueca. No tiene claro, igual que yo, cómo explicárselo y desea restarle importancia sin para ello tener que ahondar en lo que me hace daño.

—No te preocupes, Félix, y concéntrate en las uvas —le dice María sonriente.

«Gracias», le digo articulando la palabra con los labios. A ninguno de los presentes se le escapa mi congoja. Sin embargo no lo mencionan y es de agradecer.

María rellena todas las copas para tenerlas preparadas y poder brindar en cuanto acaben las doce campanadas. No sé si en los demás hogares seguirán toda esta parafernalia o si acabarán como nosotros, muertos de la risa, intentando no atragantarse porque algún gracioso empieza a decir bobadas en mitad de las campanadas.

En nuestro grupo el gracioso oficial es Beto, aunque espero que al estar ensimismado con su ligue nos deje a los demás terminar el ritual sin empezar a toser y a reír.

Soy masoquista, pero miro un instante el móvil en el último segundo para ver si

hay mensajes.

Ninguno.

Claro, queda muy mal en medio de una cena elegante pedir permiso para mandar un mensaje a la novia cuando se está con una señora que ha pagado un dinerito por el placer de su compañía.

Mi decepción me acerca al cinismo y no es bueno. Me trago la desilusión y miro a los que me rodean, ellos sí están conmigo. Eso es lo que ahora me debe importar.

—No vale besuquearse antes —advierte mi hermana a la parejita feliz que está a punto de comerse los morros delante de todos.

Sí, definitivamente Beto está más pendiente de darle las uvas a su rollete que de reírse de nosotros.

María se coloca junto a su marido y Juan sube el volumen de la tele.

Vigilo a Félix, no quiero que por seguir el ritmo se atragante. Mi hijo parece llevarlo bien. Yo he perdido la cuenta pero nadie parece reparar en ello.

O quizá saben que es mejor dejarlo pasar.

—¡Feliz Año Nuevo! —exclama María, la maestra de ceremonias, y todos la seguimos.

Nuestras copas de cava se juntan en el centro de la mesa y yo me doy cuenta de que estoy comportándome como una autómatas. Sigo la corriente pero no participo.

Tengo el teléfono en el bolsillo del pantalón; si vibra lo sabré en el acto. Sin embargo pasan los minutos y nada, sigo sin recibir un mísero mensaje.

Estoy tentada de apagarlo porque de no hacerlo me voy a obsesionar y miraré cada poco, y sabiendo que no tendré nada que ver mi ánimo irá cuesta abajo.

—Trae aquí —interviene María robándome el móvil—. Esta noche vamos a reír, a cantar, a tomarnos el pelo y hasta a ponernos piripis; sólo un poco, que hay niños.

—Vale —acepto y me resigno—. ¿Has dicho piripis?

—Sí, no quiero que mi sobrino aprenda cosas raras —dice riéndose.

Después del ritual de las campanadas conversamos un buen rato. Principalmente sobre temas que no nos llevan a ninguna parte, aunque cuando tocamos el tema de la crisis a todos se nos pone cara mustia.

Félix se ha quedado dormido y no tengo valor para levantarlo y llevármelo a casa, por lo que se queda a pasar la noche en casa de María.

Beto insiste en que me vaya con él y su novio por ahí, que nos lo vamos a pasar de «puta madre», palabras textuales, y que ningún hombre se merece que esté así por él.

Y me lo dice Beto, que ha sufrido lo indecible por los tipos que no tienen corazón, o que juegan con el de las personas.

Al final acepto tomarme sólo una, porque sé que quieren animarme. Y pese a que hoy no soy ni la alegría de la huerta ni la esperanza del hogar, nos metemos en un pub que está hasta la bandera y en el que me voy a tomar la copa por las orejas, ya que no se puede una ni mover.

Beto me trae a saber qué, no pregunto. Llevo el vaso a mi boca y bebo. Está dulce, fresquito y no quiero pensar.

La música debería animarme y para no parecer un adorno del local, hago que me muevo, aunque en realidad estoy haciendo el ridículo, pero como el grado de alcohol en sangre de toda esta gente es elevado nadie se percata.

—¡Anima esa cara, mujer, que pareces una farola! —grita Beto en mi oreja.

Pongo una sonrisa de disculpa y me escaqueo para ir al baño. Ni me molesto en entrar, simplemente en esta zona del local la música no es tan atronadora.

¿Qué pinto yo en este sarao?

A mi derecha hay una pareja enrollándose. Puedo parecer una mirona, pero lo cierto es que se lo están montando delante de medio local y tan frescos. Qué ímpetu y qué bien se lo van a pasar esta noche. Por si mi cara de perplejidad no es la adecuada, compruebo cómo ella se agacha y, de rodillas frente a un tipo con suerte, empieza a hacerle una mamada. Ver para creer...

¿Cómo sigue el ritmo con esta música? ¿Yo también era así hace unos años?

Lo dudo, siempre me he mostrado reservada para estas cosas, aunque la verdad tiene que tener su morbo... Vaya pensamientos que se me pasan por la cabeza. Es para darme de cabezazos, pero, oye, son menos lúgubres que los que traía de casa.

Un par de chicas salen a trompicones del aseo, no me extraña, van subidas sobre andamios, ahora creo que se llaman *stiletto*s, pero siguen siendo una tortura. También me doy cuenta de dónde se lucen esos vestiditos tan cortos que veo en la tiendas, que por más que lo pienso nunca encuentro una ocasión propicia para lucirlos.

Puede que observar a la marea de gente y sus peculiaridades me entretenga un buen rato, pero poco a poco todo deja de interesarme, pues ni siquiera me sorprende que la parejita de turno gima a mi lado o ver el desfile de chicas monísimas retocándose.

Estoy alicaída y poco o nada puede arreglar esta situación.

Como conozco a Beto prefiero enviarle un mensaje diciéndole que me marcho en vez de hacerlo en persona, así no intentará retenerme a base de persuasión. Además no quiero aguarle la fiesta y que esté pendiente de mí. Él sí tiene motivos para disfrutar de lo lindo y yo únicamente sería un tostón con el que cargar a cuestas.

Salgo del pub como bien puedo y tardo más de lo que desearía en pillar un taxi libre.

Cuando por fin abro la puerta de mi casa ni siquiera enciendo las luces. Voy directa a mi dormitorio, me quito la ropa y me pongo un pijama cómodo.

Apenas son las tres de la madrugada, una Nochevieja en la que poco o nada tengo que celebrar. Y que conste que lo he intentado.

Llevo apenas diez minutos en silencio, tumbada, mirando al techo cuando oigo el ruido de la puerta. Inspiro en profundidad.

¿Hay alguna mujer más en esta situación? Y si la hay, ¿cuál es el procedimiento estándar? ¿Preguntarle si todo ha ido bien? ¿Esperar a que se dé una ducha rápida y

eliminar así cualquier olor?

Max entra en la alcoba y permanece en la puerta unos instantes. Me está observando. Quizá intenta averiguar si estoy dormida. Lo oigo respirar al igual que Max me oye a mí.

Esta situación nos va a herir a los dos por igual, lo sé.

Termina moviéndose y se desnuda en silencio. Como quien dice se está desprendiendo de su ropa de trabajo, sólo que en su caso equivale a un elegante y carísimo traje con el que habrá impresionado.

Max aparta las sábanas de su lado. Se acuesta y, aunque no lo veo, percibo su tensión: está esperando. Yo noto mis ojos húmedos y reprimo un sollozo, pero vienen más.

Agradezco que permanezca en silencio. No me toca, teme que lo rechace y hasta yo misma siento ese temor. Resultaría muy desagradable.

Cuando me despierto por la mañana no me hace falta mirarme al espejo para comprobar que mis ojos estarán hinchados. Pero, y he aquí una gran contradicción, ahora mismo me encuentro recostada sobre Max. Él me rodea con un brazo y duerme tranquilo. Su expresión relajada así lo indica.

Soy egoísta, soy masoca, soy tonta. Me lo quedo mirando sin moverme: no quiero que se despierte y me pille en esta situación. Ahora mismo tengo tal cantidad de sentimientos contradictorios en la cabeza que mi reacción puede causar daños irreparables.

No quiero ofenderlo. No quiero seguir con esto. No voy a mentir.

Con cuidado abandono la cama y tras pasar por el aseo me siento en la cocina y preparo café. No parece Año Nuevo, al fin y al cabo si soy pragmática es un día más en el calendario; simplemente se le ha atribuido un significado especial como si por decreto tuviera que ser maravilloso.

Oigo pasos. Max entra en la cocina a medio vestir. Únicamente se ha puesto el pantalón y la camisa por encima, sin abotonar. Pero lo que más me llama la atención es la ausencia de su sonrisa.

No es buen momento para ninguno de los dos. La incomodidad es palpable. Por más que lo intento no encuentro la manera de resolver esto. «Tal vez porque no la hay», me dice la voz fría de la razón.

—¿Quieres que me vaya? —inquire en voz baja.

No utiliza un tono de víctima sino más bien de resignación.

—No lo sé —murmuro y miro para otro lado.

Ser sincera y mirarlo a los ojos son dos cosas de momento incompatibles. Se sienta enfrente y se sirve el café. Como siempre lo remueve tranquilamente. Conserva la calma hasta en los momentos más difíciles. Me limpio los ojos, no quiero rechazarlo, no quiero que se sienta rechazado, pero tiene que entenderlo.

—No puedo... —tengo que hacer una pausa—... seguir, Max.

Inhala, estira el brazo y me coge de la mano.

—Bea...

No la aparto, su contacto es una de las cosas que más echaré de menos.

—Lo he intentado. Creía que mirando para otro lado podría superarlo... —cada vez mi voz suena más ahogada—, pero no es así.

—No queda apenas nada. —Noto cómo se aferra a mi mano pero ya no sirve—. Tengo una cita con mi abogado. Quiero que vengas, y Félix también. Veremos juntos los terrenos, los planos... todo, quiero que forméis parte de este proyecto, que vivamos todo el proceso juntos, paso a paso. Os quiero a mi lado.

Niego con la cabeza.

—Es tu sueño —musito.

—No, te equivocas —replica en voz baja.

Se levanta de su silla y se sitúa frente a mí, se agacha para quedar a mi altura y me obliga a mirarlo a los ojos. Me limpia con el pulgar las lágrimas que intento esconderle.

—Era mi sueño —prosigue— hasta que te conocí. Ahora Félix y tú sois lo más importante. No puedo concebirlo de otro modo. Estáis en mi vida.

—No. Tienes que ser sincero: tu vida es incompatible con nosotros. No quiero mentirme y mucho menos fingir. Ayer por la noche Félix me preguntó por ti y no supe qué contestar.

Agacha la cabeza, sin duda se siente derrotado, superado por todo esto, pero yo no puedo hacer nada.

—Sólo son tres meses, Bea, ¡tres!

Niego con la cabeza. Max sólo ve un punto de vista, el suyo.

—No quiero acabar odiándote —musito.

—El tiempo pasará volando. Reúno el dinero y se acabó. Tienes mi palabra.

Me aparto de él. Que me toque dificulta mi determinación a poner fin a una historia. Ya he pasado por esto, ya he intentado aceptarlo y aquí estamos de nuevo, en el punto de partida.

—No tengo derecho a ser un obstáculo en tus sueños. Te mereces conseguir que todo salga adelante. Pero yo no puedo soportarlo, Max. No puedo.

—Bea, escúchame, por favor.

Me abraza desde atrás. Vamos de nuevo a entrar en un bucle del que ninguno de los dos vamos a saber salir porque cada uno ve un camino distinto.

—¿Quieres que mire hacia otro lado mientras estás con otras mujeres? ¿Quieres que me consuele tu cuenta corriente cuando duermo sola? ¿Quieres que cada vez que me hagas un regalo piense cómo has ganado el dinero?

—Lo llevas a los extremos —se queja negando con la cabeza.

—Soy así, o al menos en ciertos aspectos no puedo pensar de otro modo. Tengo que pensar en mí, Max, y en Félix.

—Ya te he dicho que sois lo más importante, que todo esto sin vosotros no vale una mierda —insiste.

—Para mí hay prioridades. Y sentirme a gusto conmigo misma es la primordial.

—No tienes nada que temer, ellas no son nada. No las toco...

Se muestra frustrado. No deja de pasarse la mano por el pelo pero sigue sin ponerse en mi lugar.

—Yo estoy sin trabajo; ¿aceptarías que me fuera dos noches por semana de acompañante con hombres ricos?

Su cara me responde.

—Mientras yo pueda ganar suficiente...

—Eludes la cuestión. Sólo saldría con ellos, ¿verdad? Cenaría, bailaríamos... Y tú, en casa, esperándome, sin saber a qué hora llegaré. ¿Cuánto tardarías en dudar de mí?

Sé que estoy siendo dura, ponerlo contra las cuerdas me hace casi más daño a mí que a él, pero no queda más opción.

—Joder, es diferente. En mi caso apenas me quedan tres meses, después no tendríamos que preocuparnos de nada, Bea, de nada.

—¿Y qué hago estos tres meses? ¿Me emborracho día sí y día también para no llorar? Dime cómo lo hago, Max, ¡cómo! Cuando poco a poco me siento peor, cuando miro el móvil atontada esperando a ver si me has mandado un mensaje. Imaginándome lo que haces y sintiéndome miserable por darte la espalda cuando regresas.

—Bea...

—¿O prefieres que te espíe, que te siga y observe como una novia celosa y desquiciada si de verdad te comportas como dices?

De nuevo me abraza. Me tiene en sus brazos.

—Lo hago por nosotros —murmura.

—No. Eso no es cierto —replico y me vuelvo para quedar frente a él.

No quiero echarlo de mi casa. No quiero que la última vez que nos veamos me mire con cara de odio.

No debería, sin embargo alzo la mano y le acaricio la mejilla. Inmediatamente me sujeta de la muñeca y besa mis dedos, uno por uno.

—Espero que todos tus sueños se hagan realidad.

Doy un paso atrás. Respiro. Max me mira apenado pero no hay vuelta de hoja: su camino y el mío discurren en paralelo. No pueden cruzarse.

Lo dejo solo en la cocina. No miro atrás. En menos de diez minutos, con un chándal, gafas de sol y la desilusión pintada en la cara salgo de mi casa.

En la calle soy una más y puedo llorar a gusto.



Hoy he recibido una de esas llamadas que en otras circunstancias habría conseguido que saltase, gritase y cantase el *We Are the Champions*^[9] a grito *pelao*, sin embargo mi estado apático, mustio y melancólico se ha cargado cualquier impulso eufórico.

Quizá me estoy haciendo mayor. O ya no me emociono igual que antes y mi madurez me ayuda a comportarme. Aunque no por ello me quedo en casa con cara de acelga. La celebración ha sido discreta, desde luego, pero me ha alegrado el día. No me lo esperaba.

Me esfuerzo día a día en seguir adelante, en no mirar atrás y en que el sentimiento de arrepentimiento no haga acto de presencia. Debo animarme y quedarme con los buenos momentos.

Cuando hice el curso, Juanjo nos comentó la posibilidad de hacer algunas prácticas en restaurantes y así darnos a conocer. Yo no tenía muchas esperanzas, pues no es ningún secreto que todo está muy difícil y hay aspirantes a patadas. Además en ese momento tenía trabajo; un trabajo poco o nada estimulante, de acuerdo, que me sacaba de mis casillas y dejaba mi creatividad a la altura del betún, ya que todo lo que no fuera «normal» se desestimaba sin ni siquiera considerarlo.

Pero nuestro profesor nos insistió para que entregáramos un currículum. Supongo que Juanjo tiene suficientes contactos en este mundillo como para que no acaben en el cubo de la basura y alguien les eche un vistazo.

He curioseado un poco, vale, un mucho, la web del restaurante adonde voy; también he mirado una página sobre recomendaciones de clientes y sólo hay buenos comentarios de él, por lo que eso ya resulta un comienzo prometedor.

Cierto es que, llegado el caso, tendría que aceptar un empleo por debajo de mis expectativas, pues en mi casa tenemos la manía de comer todos los días. Aunque espero que de esta entrevista salga algo muy positivo.

Abro mi ropero y muevo las perchas.

—Tiene que estar por aquí...

Ya casi se me había olvidado que dispongo de ropa tipo «entrevista de trabajo», pues hace siglos que no voy a ninguna.

Tengo que dar una imagen respetable y eso sólo se consigue con un traje, maquillaje discreto, zapatos de salón y un peinado sencillo. También tendré que esforzarme en presentarme con una actitud positiva, así que a falta de maquillaje para el estado de ánimo tendremos que concentrarnos. Por fin localizo el conjunto con el que quiero arreglarme y dudo un instante... ¿Y si no me entra?

Más vale que pueda ponérmelo porque no tengo plan B textil.

Me miro en el espejo. Hacía siglos que no me ponía este traje, por dos motivos. El

primero, y evidente, es que para ir a trabajar a una cocina no procede y el segundo es que hasta ahora no tenía una razón de peso.

—Hoy tengo una entrevista de trabajo —repito a mi reflejo.

Sí, eso que últimamente parece una leyenda urbana.

Ayer, cuando me llamó el dueño del restaurante Centfocs, casi me da un *pumba*. No esperaba en absoluto esa llamada. Poco a poco me he ido mentalizando y he reunido toda la información referente a mi experiencia y formación para ofrecérsela.

Aunque me dio la impresión de que ya me conocían con todo lujo de detalles. Alguien (tengo mis sospechas) ha debido de hablarles, y muy bien, de mí, pues es raro que un establecimiento de esa categoría se ponga en contacto directamente. Podría apostar cualquier cosa a que tienen currículos a porrillo.

Por eso me quedé de piedra, no daba crédito cuando sonó el teléfono y Marcel, el encargado, se puso en contacto conmigo.

El Centfocs se ha ganado el respeto de la crítica y, lo que es mucho más importante, el favor del público. Para mí trabajar allí es un sueño hecho realidad, pues si destaca en algo, a juzgar por las reseñas, es por su creatividad y por innovar, cosa que no se consigue gritando a los chefs en cuanto se salen del guion.

—Olvídate de ya de Ramón y sus gritos —me digo mientras me maquillo. Porque todavía termino pintándome el ojo torcido.

He llevado a Félix al cuidado de María. Mi hermana, como siempre, un amor. Y me ha deseado suerte unas mil veces, aunque está convencida de que no la necesito pues mi experiencia y mis habilidades hablan por sí mismas.

A veces me sorprende que su confianza en mí sea incluso superior a la mía propia. Sólo espero que ese runrún que amenaza en mi estómago no me juegue una mala pasada.

Repaso por enésima vez mi atuendo y compruebo la hora. Nada hablaría peor de mí que llegar tarde, así que cojo mi bolso, las llaves y salgo escopeteada de casa.

Paro un taxi cerca de mi portal y le indico la dirección. No sé si es recomendable advertirle de que tengo prisa, porque se lo puede tomar como una afrenta personal y tardar más. Por suerte el taxista no se despista y llego a tiempo al restaurante. Respiro para calmarme. Me observo en el cristal de un escaparate; cualquiera podría pensar que soy una coqueta incorregible, pero yo necesito comprobar una vez más mi aspecto.

—Bea, tú puedes —me digo guardando las gafas de sol en el bolso y caminando hasta la entrada.

Cuando hablé por teléfono con Marcel me indicó que me recibiría en el día de descanso semanal, por lo que estaría cerrado. Que llamase a la puerta principal, que él me esperaría.

Inspiro. Espiro. Otra vez inspiro. Levanto la mano. Inspiro. Llamo con los nudillos.

—Por fin estás aquí, Bea —me dice Marcel estrechándome la mano con una

educación exquisita.

—Gracias por llamarme —le respondo con una sonrisa.

—Gracias a ti por venir.

La primera impresión ha sido muy satisfactoria. Cómo se dirige a mí, su tono, sus maneras dicen mucho a su favor. Un comienzo prometedor.

Amablemente se aparta a un lado para que pase. Me hace un gesto y lo sigo fijándome en todo. Pasamos al interior, veo de soslayo la parte abierta al público, pero si bien es importante lo que realmente estoy ansiosa por conocer es la cocina.

—Como verás he querido enseñarte esto el día de descanso, así podremos conversar sin interrupciones —prosigue, y me maravillo por su forma de comportarse.

Lo sigo hacia los entresijos del Centfocs. Ahora todo está en silencio. Excepto el zumbido de los fluorescentes al ir encendiéndose.

—La decoración es sencilla, me encanta —comento distraída fijándome en cada detalle cuando avanzamos por el pasillo que conduce a los entresijos del negocio.

Salta a la vista que el buen gusto está presente.

—Nuestra idea es no abrumar a los clientes, que se sientan como en casa —afirma sin perder la sonrisa y empuja las puertas dobles de acceso a la cocina, retirándose para que yo pase primero.

Todo está impecable. Cada cosa en su sitio. La distribución es una maravilla: espacios amplios entre mostrador y cocina, el sueño de todo chef.

Debo de parecer tonta, allí callada, recorriendo con la vista las encimeras, los estantes... Sin embargo, Marcel, cruzado de brazos, no interrumpe.

Entiende que para un chef es básico sentirse cómodo en su lugar de trabajo. No rellena los silencios con comentarios tontos o, lo que es peor, trata de venderme la moto describiéndome cada recoveco. No soy una recién llegada a este mundillo y sabe que valoro lo que veo por mí misma.

—Decir que es el lugar idóneo es quedarme corta —afirmo mirándolo.

Me devuelve la sonrisa. Se acerca a mí, mantiene las distancias y simplemente se apoya en la encimera de acero inoxidable, adopta una postura relajada y me dice:

—Consideramos que nuestros empleados, en especial el chef, deben disponer de todos los medios a su alcance así como de la autonomía necesaria, de tal modo que eso se refleje en nuestra carta. Cocinar no es sólo dar de comer y llenar un plato, para eso ya están los establecimientos de comida rápida.

—Una excelente visión del negocio, desde luego —comento mientras empiezo a creerme que esto es posible. Que puedo trabajar aquí.

—Si el chef no se siente cómodo todo lo demás se va al garete, ¿no crees?

—Por supuesto.

—¿De qué sirve pagar al mejor decorador si el menú no engancha? —pregunta sabiendo que la respuesta es la misma.

—No todo el mundo opina así —le digo recordando al ogro que tenía por jefe

hasta hace bien poco.

—Pues debería —asevera y me hace un gesto para que salgamos de la cocina.

Me conduce hasta la bodega y allí me muestra toda la selección de vinos almacenada.

—Considero, por supuesto, de vital importancia el entendimiento entre el chef y los camareros para que éstos sepan aconsejar debidamente a los clientes qué tipo de caldo va mejor con cada plato.

Observo todas las botellas y me pregunto si tendrán ese vino tan especial que de un tiempo a esta parte se ha convertido en mi favorito. Sé que este conato nostálgico puede empañarme el día, pero quiero ser positiva y, si puedo hacer una aportación, mejor que mejor.

No abandono mi estado perplejo, de forma agradable, por supuesto, ante todo lo que me va detallando. Su filosofía coincide al cien por cien con mi idea de llevar un restaurante. «Esto es lo que llevo buscando toda mi vida», pienso, y ahora sólo quiero empezar cuanto antes a trabajar aquí.

Abandonamos la bodega y continuamos nuestro recorrido hasta detenernos en la sala principal. Marcel es un hombre atractivo, salta a la vista, lo sigo y me perco de ello, sin embargo no activa ni uno solo de mis resortes femeninos.

«Míralo por el lado positivo —me dice mi conciencia—, así te resultará más sencillo trabajar aquí. Siempre y cuando te den el puesto, obviamente.»

—Contratamos a un decorador que aplicó las teorías del *feng shui* —me explica al ver cómo me fijo en la disposición de las mesas—. Se rumorea que los McDonald's también aplican esos principios.

Él sonrío, me lo está poniendo realmente fácil. Me voy relajando a cada paso.

—No lo sabía.

Marcel me señala una de las mesas y nos sentamos. Ahora viene la conversación quizá menos agradable, es decir, fijar las condiciones económicas y hablar del horario laboral.

Para hacer menos tenso este momento me ofrece un café y lo acepto encantada. Me fijo en su manera de moverse y llego a la conclusión de que lleva muchos años en el negocio, por cómo se maneja y la seguridad que demuestra.

No es el típico jefe que por figurar en el contrato de alquiler se cree Dios.

—Gracias —murmuro cuando me sirve—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Depende —dice sin perder la sonrisa.

—¿Cuánto llevas en el negocio?

—¿Por qué?

—No me malinterpretes, simplemente me da la sensación de que conoces todos los entresijos porque has tocado digamos... todos los palos.

—Sí, no voy a negarlo. Comencé muy joven y he trabajado en establecimientos de todo tipo y haciendo de todo. No se me caen los anillos por servir copas o por

echar una mano en la cocina, aunque prefiero que cada uno haga su trabajo.

Su respuesta deja claro que sus conocimientos son fruto de la experiencia pero que al mismo tiempo sabe poner a cada uno en su sitio. Excelente, nadie mejor para mostrarte cómo hacer un trabajo que quien lo ha realizado antes. Algunos dirían que para diseñar un edificio no hace falta que el arquitecto sepa poner ladrillos, pero ayudaría bastante, desde luego.

Me mira, ahora ya sí que llega el momento de la verdad.

—Entonces, por tu expresión, deduzco que te gusta todo esto.

—No voy a mentirte, me encanta.

—Muy bien.

Marcel adopta ahora su postura más empresarial y siento el cosquilleo ante las expectativas. «Cálmate, Bea, que la jodes», me repito en silencio.

—Creo, corrígeme si me equivoco, que encajarías a la perfección con nuestra filosofía. Y nos gustaría que te incorporases a nuestro equipo cuanto antes.

Cierro los ojos, lo ha dicho, me lo ha pedido. «Rápido, di algo, no te quedes como un pasmarote, ¡Bea, reacciona!»

—Gracias. No te haces una idea de la ilusión que me supone trabajar en un sitio como éste.

—Respecto a eso... —Tuerce el gesto y salta mi alarma interna.

—Puedo incorporarme en cuanto lo desees, ahora mismo no tengo ningún compromiso —añado para dejar clara mi total disponibilidad así como mi entusiasmo.

—Verás, en el Centfocs el puesto de chef lo tenemos cubierto y con excelentes resultados. La oferta es para el restaurante que vamos a abrir en breve en Madrid. Queremos contar con el mejor equipo.

—En Madrid...

Vaya, en ningún momento se me había pasado por la cabeza algo así. Mantengo la serenidad. Lo mejor es escuchar hasta el final antes de tomar una decisión.

—Por eso contamos contigo. Éstas serían tus condiciones.

Me entrega un par de folios donde detalla la oferta y a medida que voy desgranando el documento me doy cuenta de que es inmejorable, eso no se puede negar. No se trata sólo de mi remuneración, que dicho sea de paso es un avance significativo, sino de lo que implica comprometerse con Marcel. Me ofrece la autonomía con la que cualquier chef sueña, así como diferentes medios para solventar cualquier imprevisto.

—Piénsalo bien —me dice.

—Tengo un hijo pequeño, yo...

—¿Hay algo que te retenga aquí?

La verdad es que no. No al menos de forma directa. Mi familia, si cambio de ciudad, lo entenderá, y Félix no tiene por qué tener problemas para adaptarse.

—La verdad es que nunca pensé recibir una oferta así...

Marcel me sonríe, comprensivo y educado.

—Pues ya la tienes en tus manos. Todo depende de ti.

Me muerdo el labio, echo otro vistazo a la sala.

— Me das un par de días para reflexionarlo? —inquiero en voz baja, puede que algo avergonzada. Tal y como est an las cosas hoy en día y yo me ando con indecisiones.

—Por supuesto.

Se pone en pie y yo hago lo mismo.

—Gracias —le respondo.

—Espero tu llamada.

Me acompaña hasta la entrada principal y me sujeta la puerta para que salga al exterior. Una vez en la calle me ofrece la mano y yo se la estrecho.

—Gracias por todo —repito.

Me coloco las gafas de sol y pongo un pie delante de otro. El día está fresquito pero no me importa, necesito que me d e el aire. En ese instante me suena el móvil. Miro la pantalla y apago el sonido. No voy a responderle. No puedo hacerlo.

Llego a casa de mi hermana a la hora de comer. He pasado un buen rato deambulando por las calles y aunque he dado mil vueltas a la propuesta no me ha servido de nada. Creo que para estas cosas es mejor tirarte de cabeza a la piscina o no acercarte al borde. Cuanto más tiempo est s junto al agua intentando decidirte, peor, ya que no sacar s nada en claro.

— Qu  tal la entrevista? —inquiere nada más verme entrar por la puerta.

—No podría haber ido mejor.

—Pues por cómo lo cuentas no lo parece —alega María negando con la cabeza.

—No, de verdad, es una oportunidad  nica.

—Pues cuéntame dónde está el truco para que no vayas dando saltos de alegría —me pide arqueando una ceja ante mi desgana.

Me acerco a Félix y éste me sonríe.

— Mam ! Qué bien, ya has llegado. La tita María me ha prometido ir esta tarde a la piscina.  Por qué no le dices a Max que venga?

Inspiro, mantengo el tipo y sonrío.

—Tiene que trabajar. —Recurrir a un t pico es la única alternativa viable.

—Joooo. Me apetecía que viniera, me lo paso muy bien con él.

—Por lo visto no es el único —farfulla María a mis espaldas.

Me doy la vuelta y la fulmino con la mirada.

—Eso no ayuda —siseo antes de volver a prestar atención a mi hijo—. Otro día  vale?

Yo misma estoy complicando las cosas, pues sí de sobra que esa posibilidad no existe, pero  c mo se lo explico?

— Vas a contarme qué te pasa ahora? —pregunta mi hermana cuando me reúno con ella en la cocina.

—Nada, simplemente que las cosas no van bien entre Max y yo.

—Ya veo... —comenta escéptica.

—La oferta de trabajo es en Madrid —suelto a bocajarro esperando que el efecto de la bomba anule su curiosidad por Max.

—Espera, espera. Vamos por partes. ¿Qué os ha pasado ahora?

Mierda, no la despisto de ninguna de las maneras.

—María, ¿has prestado atención a lo que te he dicho?

—Sí, vale, te han ofrecido un trabajo en Madrid —repite como si no fuera relevante—. ¿Y por eso te has enfadado con él?

Sin querer María me ha dado la excusa perfecta para explicarle nuestra ruptura. Aunque debo ir con cuidado, pues Max puede presentarse y aclarar las cosas, lo cual a mi hermana no le haría mucha gracia.

—Más o menos —farfullo intentando no ser todo lo clara que debiera para no comprometerme—. El encargado del Centfocs me ha hecho una oferta para el nuevo establecimiento que abren en Madrid.

—¡Vaya!

—Es una oportunidad única, tendría que trasladarme de inmediato.

—Y Max, ¿no te apoya en esto? —pregunta extrañada. No me sorprende, ha caído bajo su influjo y lo tiene en un pedestal. Que tu amante caiga bien a la familia siempre es de agradecer, pero en estos casos resulta del todo contraproducente.

—Es una decisión mía —apostillo sin hablar abiertamente.

—Pues qué raro, la verdad...

—¿Por qué, si puede saberse? —mascullo algo mosqueada; esa defensa a ultranza no es lo que necesito precisamente en un momento así.

—Porque no es del tipo ordeno y mando, no sé, me da la sensación.

Joder, María y sus sensaciones, estoy perdida.

—Tengo que mirar por mi futuro y por el de Félix.

—Eso lo entiendo, Bea, y sabes que te apoyo en todo. Pero Max es importante para ti y no me vengas con zarandajas, que nos conocemos.

—Lo primero es Félix y no sé si es seguro... —Me callo en el acto al darme cuenta de que sin querer he hablado de más.

—¡No digas bobadas!

—Perdona, estoy un poco tensa. Hay cosas que me superan —me disculpo a mi manera, aunque sé que María no está del todo convencida.

—¿Lo quieres?

—No se trata de eso, hay más cosas a tener en cuenta.

—¿Por ejemplo?

Me estoy metiendo en un jardín lleno de cardos borriqueros, zarzas y otras plantas con espinas. Y no sé cómo voy a apañármelas para salir de él.

—Quizá... bueno, quizá me he dejado llevar un poco. No sé, es que... —Esta indecisión me va a meter en problemas.

—Mira, tú sabes mejor que nadie lo que sientes, lo que quieres y todas esas cosas que se dicen, pero yo puedo ser algo más objetiva que tú, pues no estoy implicada.

—Lo dudo —mascullo.

—Lo que yo veo desde fuera es que has conocido a un hombre que está loco por ti. ¡Vale, no es perfecto! Pero se desvive por ti, por Félix...

—Ya lo sé. —Esto cada vez se pone más cuesta arriba.

—Entonces sólo te queda un camino, Bea. Y por si acaso lo estás pensando, no, no es el de esconderte.

«Como si fuera tan fácil», pienso. Me quedo en silencio porque voy a terminar metiendo la pata.

María parece satisfecha tras haberme dado el sermón, así que nos dedicamos a preparar la comida. No me apetece mucho pero al final me apunto con ellos a una sesión de piscina; al menos mientras nado hago un poco de ejercicio, que tanto reflexionar tumbada en el sofá agarrota los músculos a cualquiera.



No sé qué pinto yo aquí.

No sé cómo me he podido dejar enredar por ese par de liantes. Eso es lo que son. Beto se ha presentado en mi casa al acabar su turno en el restaurante y me ha obligado, literalmente, a acompañarlo.

Por supuesto mi primera reacción ha sido negarme en redondo alegando bajo estado de ánimo, cansancio y un montón de plancha pendiente. ¡Para lo que me ha servido!

No contento con eso se ha encargado personalmente de revisar mi armario, perseguirme por casa hasta que le hiciera caso y amenazarme con hablar más de la cuenta si no accedía a sus pretensiones. Así que he terminado claudicando ante su chantaje. Beto y sus métodos de persuasión pueden con la resistencia de cualquier chica.

Después nos ha venido a recoger su amante para llevarnos a un local que según ellos, y en esto tengo que fiarme porque no tengo ni pajolera idea de lo que ahora se estila, es lo más de lo más. No estoy del todo convencida, pues no me veo yo muy predispuesta al desfase ni mucho menos a una noche loca. Pese a que Beto insista por activa y por pasiva que eso es precisamente lo que necesito: desfase, descontrol, desmelene... ¡Sí, claro, a mi edad!

El plan B era quedarnos en mi apartamento y montar allí una fiestecita a la que mi amigo invitaría a conocidos heteros; recalco bien ese término. Esto resultaba del todo contraproducente, pues me quedaba sin escapatoria en caso de que la noche se pusiera muy cuesta arriba, por no mencionar que el gusto de Beto a la hora de elegir probables candidatos no es lo que se dice muy fiable. Véanse anteriores intentos.

Así, en un lugar neutral, puedo escabullirme llegado el momento.

Cambio de posición en medio de este maremágnum de gente. Estos zapatos estilizarán la pierna, no lo dudo, pero son una aberración biomecánica para mis pies. Con una copa en la mano y sin un asiento disponible en varios metros a la redonda intento pasármelo bien.

El primer paso ha sido fácil: decir que sí aunque ahora ya no lo tengo tan claro.

La actitud en estos casos es determinante, así que me repito unas cuantas veces: «Venga, tú puedes, ánimo, chica, todavía estás de buen ver. Oye, ¿quién te dice que hoy no es tu día de suerte?». Ni por ésas.

No conozco ni una sola de las canciones que están sonando, así que bailar más bien poco. Ya me han tocado el culo unas ocho veces, lo sorprendente es que ha sido por error. Y en dos de esas ocasiones han sido mujeres.

Acabo mi copa. No debería tomar alcohol, que me conozco, sin embargo he de decir que me está animando un poco. Además, tampoco en este aspecto tengo voz y

mucho menos voto: Beto se ha erigido proveedor oficial, no me queda otra que aceptar.

Observo a mi amigo y a su pareja. Parecen estar bien, hablan bien pegados el uno al otro, cosa que no me extraña, el ruido es ensordecedor. Se sonríen, se miran, se tocan... Vamos, que son felices juntos. No dejo de alegrarme por ellos, lo cierto es que hacen buena pareja. Espero que les vaya de vicio.

—¿Te lo estás pasando bien?! —grita Beto y asiento.

No le voy a poner la cabeza como un bombo contándole la verdad. Necesito despejarme un poco y busco la salida fácil.

—¿Dónde están los baños?! —le pregunto gritándole en la oreja. Yo creo que le he debido de romper un tímpano con el bocinazo que he soltado.

Se despega de su novio y me señala una escalera al fondo.

—¡Allí arriba! —me grita a su vez.

—Ahora vuelvo. —No sé si me ha oído, pero doy por hecho que se supone lo que tengo intención de hacer.

Genial, lo que me faltaba, mi inestabilidad y una escalera abarrotada de gente. La combinación perfecta para caerme o para jugar a la ruleta rusa en cada escalón.

A pesar de mis temores iniciales, que eran más que fundados, consigo llegar a la puerta de los lavabos. Aquello parece una romería, entra gente de lo más variopinto. Lo que más me sorprende es que hay tres puertas.

¿Y yo cuál elijo? Donde fueres, haz lo que vieres, se suele recomendar, así que aun a riesgo de jorobar mi vejiga, me fijo en quién entra y quién sale.

Tras dos minutos, nada concluyente. No puedo aguantar más, así que aprovecho que una chica empuja la puerta del centro y me quedo allí parada para colarme dentro en cuanto salga.

Casi avasallo a la pobre chica por meterme dentro pero al fin lo consigo. Me entran las dudas y el pestillo, bastante endeble, no garantiza que mi intimidad no vaya a ser invadida, así que, como en los mejores tiempos, apoyo la mano en la puerta, me doblo, me ocupo de aquella manera de mis cosas y cuando mi ropa interior está bien colocada y la falda en su sitio respiro aliviada.

Cuando abro la puerta tropiezo con un hombre que espera paciente su turno. Me sonrío y agarra el tirador. Lo curioso es que entra sin pensárselo dos veces. Paso de indicarle que se ha confundido; total, ni me va a oír.

Bajo la escalera con cuidado, no vayamos a tener un disgusto. No puedo evitar sentirme un poco fuera de onda. La gente allí se relaciona, a su manera claro está, porque conversación más bien poca. Se divierten, al fin y al cabo.

Me voy abriendo paso entre la marea humada con más o menos educación, y empujo lo justo para que me dejen pasar hasta llegar a donde están mis compañeros de salida nocturna.

Observo a Beto, ahora acaramelado con su chico, y decido darles un poquito de intimidad; entendiendo intimidad de una forma muy particular, pues estamos

rodeados de gente. Paseo por el local y no deja de asombrarme lo descolocada que estoy yo en todo esto de la nocturnidad. Sí, definitivamente debo salir un poco más. Me dirijo a la barra y como no quiero nada raro, aprovecho que estoy sola para elegir lo que me apetezca. De nuevo me toca abrirme camino y a duras penas lo consigo. El personal allí está a lo suyo.

Un tipo bastante atractivo, moreno, vestido con un clásico pantalón negro y camisa blanca, se ha colocado a mi lado en la barra mientras espero a que me sirvan. Lo observo de soslayo. Como diría mi amigo, ese que anda no muy lejos, hay que buscar las oportunidades. ¿Un clavo saca a otro clavo? Pues no lo tengo muy claro, como tampoco sé muy bien cómo funciona esto de interesarse por un extraño. Hace siglos que no practico.

—Hola —me dice el hombre al darse cuenta de que no le quito ojo.

—Hola —respondo y de inmediato me siento un poco ridícula.

«Bea, por favor, que tienes una edad», me digo.

—Hoy esto está a reventar —prosigue.

No tengo muy claro si mi vestido azul de manga francesa con escote modesto — bueno, sin paños calientes, sin escote directamente— lleva cartas para ganarse la atención de un extraño, teniendo en cuenta lo que está circulando a mi alrededor. Bueno, este punto ya no tiene remedio, centrémonos.

«Vale, puedes hacerlo. Él está intentando entablar un tema de conversación y tú sólo tienes que dejar que las cosas vayan sucediendo.»

—Sí, hacía tiempo que no lo veía tan lleno. —Hale, ya te has tirado un farol.

—Pues sí, siempre que vengo de visita me paso por este local.

—Ah.

—¿Qué tomas?

Justo cuando acaba de preguntármelo aparece el camarero con mi copa y él pide una cerveza, saca un billete de cincuenta y paga.

«No debería dejarle», pienso.

—Me llamo Carlos —dice.

—Bea —respondo.

Y sin más me planta dos besos. Bueno, por lo menos huele bien, no parece ir borracho y hasta el momento no se ha pasado de listo. ¿Y si... lo que necesito es que se pase de listo?

Carlos se da cuenta de que no hago mucho esfuerzo por seguirle la corriente, aun así se muestra paciente y permanece a mi lado.

—Y dime, Bea, ¿has venido sola?

No sé si debo ser sincera en este punto...

—Con unos amigos. —Siempre es mejor una verdad a medias.

Lo observo beber directamente de la botella. No parece vulgar, sabe mantener las formas aunque tiene un defecto muy grande: no es Max.

Le sonrío y me doy cuenta de que no se merece aguantar a una mujer un pelín

depre y echar su noche a perder.

—Carlos, verás, has sido muy amable, pero esta noche no soy buena compañía —alego en tono de disculpa.

Él me dedica una sonrisa triste pero acepta con deportividad mi rechazo. Doy un paso atrás con la idea de marcharme y dejar que otra ocupe mi puesto.

—Qué mala suerte —dice sin perder la sonrisa—. La única mujer que parece sensata de todo el local resulta que está de bajón.

Lo ha dicho con un tono tan amable y educado que me hace reír. Sí, así es, a pesar de todo lo ha conseguido.

—Entonces, lo de invitarte a dar una vuelta queda descartado —apostilla en el mismo tono suave.

—Te aburriría con mis problemas y estoy segura de que por aquí anda alguna chica más alegre.

—Lo dudo, a estas horas va a ser difícil encontrar a alguna que no ande medio borracha.

—Entonces ¿para qué vienes a sitios como éste? —le pregunto animada.

—Para conocerte a ti.

—Oh, qué peliculero.

—¿Funciona?

—No —respondo riéndome.

—Una pena, la verdad.

Justo en ese instante se acerca Beto y me mira arqueando una ceja.

—Llevo buscándote un buen rato —suelta mirando a Carlos y esperando a que yo haga algo útil, como presentarlos, por ejemplo.

—Estaba charlando —alego tranquila.

Carlos nos mira a Beto y a mí sin perder el buen humor, nada de alardes de machito; bien, un punto a su favor.

—Me parece bien. Sólo venía a decirte que nos vamos —prosigue Beto.

Lo conozco y sé que se está mordiendo la lengua.

—Ah, de acuerdo.

—Pero si prefieres quedarte con él... —dice en tono provocador.

Lo pienso durante un instante. El tipo ha sido amable, considerado. Es atractivo y seguramente un candidato ideal para pasar la noche.

Pero sé que al día siguiente me sentiría mal. Sigo sin tener claro lo de que un clavo saca a otro clavo. Ha tenido el detalle de invitarme, por lo que hago una seña al camarero, le pido otra cerveza y pago yo.

—Encantada de conocerte. —Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla.

—¿No hay una posibilidad, por pequeña que sea, de que lo nuestro funcione? —inquiere. Definitivamente en un encanto. Sabe recurrir a todo un topicazo sin parecer gilipollas.

—Va a ser que no —le respondo animada.

Sólo por estos breves momentos se merece lo mejor. Le regalo otro beso rápido a modo de despedida.

—¡Suerte! —exclama alzando su botellín de cerveza.

Una vez en el exterior Beto se pone en plan gruñón para echarme la bronca.

—¿Conoces a un tipo que te parece atractivo, no babea, no escupe y no te intenta meter mano a los cinco minutos y lo dejas plantado?

—Beto, por favor —me quejo.

Tiene razón, vaya si la tiene. Pero no quiero escuchar lo que ya me sé de memoria una vez más.

—Hay que joderse... —masculla negando con la cabeza—. En fin... Pero ¿tú la has visto? —pregunta dirigiéndose a su novio.

—Déjala —replica éste.

Agradezco que al menos haya alguien que me apoye.

—Si te vas a poner en ese plan me voy a casa, a deprimirme yo sola y sin ayuda. —Me pongo chula para ver si afloja un poco.

—Está bien. Venga, vamos a tomarnos algo a un sitio más tranquilo.

Nos metemos en uno de esos pubs de estilo irlandés, donde se han explayado con el bote de pintura verde. Al menos la música nos permitirá hablar sin dar voces y estoy segura de que tendrán una cerveza —perdón, una pinta— decente.

—Ahora no necesito que me pongas la cabeza como un bombo —le advierto a Beto cuando se sienta y distribuye nuestras bebidas.

—Vale. Vamos al meollo de la cuestión. Tus inexplicables dudas acerca del puestazo que te han ofrecido por ser la mejor. Ella no se lo cree —esto último lo dice en tono de reproche—, pero yo lo tengo claro.

—Pues yo no, la verdad —mascullo y doy un buen trago a mi pinta.

—Yo me iba sin dudarlo —dice Beto.

Que alguien lo tenga tan claro ya es un avance, sin embargo poco o nada me resuelve a mí las cosas.

—¿De verdad?

—Oye, estas oportunidades no se presentan todos los días. Vale, ésta se lleva la palma de las frases hechas —admite sonriendo de medio lado—, pero, joder, es bien cierta. Tú vales, Bea, y métetelo de una maldita vez en la cabeza.

—Hmmm...

—Déjate de hmms y de chorradas. Vas a ir, vas a triunfar y yo voy a presumir de amiga.

—¡Beto! —me quejo ante su frivolidad.

—Mira, yo tengo puestas muchas esperanzas en ti.

Resoplo.

—Me voy al baño —digo para perderlos de vista durante cinco minutos, que lo necesito.

—Ten cuidado —bromea mi amigo—, que aquí los baños no son unisex.

Le saco la lengua cual niña de guardería ante su comentario. El muy cabroncete lo sabía y no me lo ha advertido. ¡Con el apuro que he pasado en ese local infernal!

No es que de repente me haya vuelto una meona, simplemente quiero alejarme unos instantes para no acabar de mal rollo, dejar que Beto se enfríe y después continuar charlando.

Entro en el lavabo porque ya que estoy aquí aprovecho. Me miro en el espejo y sí, soy yo, maquillada, peinada y perfecta para pasar una noche divertida. Lástima que no vendan maquillaje para el estado de ánimo.

Cuando regreso compruebo que han pedido otra ronda.

—¡Voy a acabar borracha! —exclamo.

—Hija, qué responsable, por favor —me provoca Beto y yo, sabiendo que no debería picar, agarro mi jarra y bebo—. Necesitas soltarte el pelo, te lo digo todos los días.

—Lo sé, ¡pero ya no me acuerdo de cómo se hace!

Los se echan a reír, no conmigo, sino de mí.

—Joder, es la monda —apunta el novio simpático.

—Pues sí, pero mírala, todo el día en casa. Así que luego hay que obligarla para que se desmelene.

Miro disimuladamente la hora. Uff, hace siglos que no ando por ahí tan tarde.

—Chicos, yo...

—Eh, ni se te ocurra mover ese trasero. Acaba tu bebida, que los dos nos encargaremos de llevarte a casa sana y salva. Si quieres, hasta puedes venirte con nosotros.

Yo levanto las cejas...

—¿Cómo?

—Por si quieres mirar... —suelta Beto sonriente.

—¿Bromeas? —farfullo perpleja.

Eso de ver a dos tipos follando podría tener su morbo, de hecho lo tiene, no vamos ahora a rasgarnos las vestiduras; pero es que estamos hablando de mi amigo y su novio. Eso lo cambia todo.

—Pues claro que no, mujer. Pero sólo por ver la cara que has puesto...

—Serás... —Arrugo una servilleta y se la tiro. Una pobre represalia, pero algo es algo.

Con sus payasadas al menos termino relajándome. Puede que también ayude el alcohol. Mis dudas siguen en el mismo punto que esta mañana, pero al menos no estoy sola en casa comiéndome las uñas, sin resolver nada.

—Brindemos —propone Beto y levantamos nuestras jarras de cerveza—. Por tu nueva y prometedor carrera como chef.

—¡Pero si todavía no he aceptado! —arguyo haciendo una mueca.

—Tienes que hacerlo, Bea, de verdad. Hazlo.

—Hazlo —repite su novio.

—¿Tan seguro estás?

—Sí —asevera. No titubea, no pestañea.

—Yo no te conozco tanto, pero por lo que Beto me cuenta eres de las mejores y ya está bien de que sólo haya chefs famosos. ¡Las mujeres lleváis siglos cocinando!

Los miro a los dos. Son un amor. Un apoyo, un incordio cuando se lo proponen, pero están aquí, a mi lado.

Vibra mi móvil en el bolsillo. Me muerdo el labio. No quiero responder pero ¿y si es María? Lo saco del bolso y compruebo que me ha llegado un whatsapp. No quiero mirar pero lo hago. Es una imagen.

Abro la boca, anonadada. Soy yo, o mejor dicho, un dibujo, a carboncillo, de mí.

—¿Qué pasa?

No sé si mostrárselo, pero termino enseñándoles la pantalla. Beto intercambia una mirada conmigo, sabe quién es el remitente, aunque no lo menciona. Inspiro, esto es jugar sucio, muy sucio.

—Bea, es precioso —murmura sin apartar los ojos del móvil.

Es tan triste todo esto... y tan difícil de sobrellevar...

—Es de Max —lo nombro y rompo mi propia determinación.

Sin embargo ese comportamiento, hacer como que alguien no existe es, además de infantil, una tontería. Ni funciona ni hace que lo olvides.

—Ese hombre no parece aceptar un no —dice Beto devolviéndome el móvil—. Salta a la vista que tú tampoco puedes olvidarlo.

—No. —Acepto la verdad—. Sin embargo así ha de ser.

—¿Por qué?

—Acabas de decir que me vaya a Madrid. Max no puede formar parte de ello, su vida está aquí. —Me siento un poco mezquina al no afrontar los hechos tal y como son, sino disfrazándolos.

—¿Segura?

Lo odio, odio cuando Beto se pone en plan psicólogo, haciéndome las preguntas que yo no quiero responder.

—Te lo pregunto porque no puedes empezar una nueva vida si dejas aquí una parte importante. Joder, otra vez me he puesto en plan sensiblero.

—En eso tiene razón, Bea.

No me lo puedo creer...

—Hace unos minutos brindabas por mi brillante futuro y ahora me dices esto. ¡No hay quien te entienda! —protesto y hasta me sale un puchero.

—Porque no me das todos los datos, Bea. Te guardas cosas, no estás siendo sincera. Pero ¿sabes qué? Que a mí puedes mentirme cuanto quieras pero lo peor es engañarse a una misma. Y se acabó este tema, parezco un actor de telenovela soltando frases políticamente correctas de lo más típicas. —Respira tras su alegato y añade—: Haz lo que quieras.

Su novio lo coge de la mano, me mira y dice:

—No obstante, decidas lo que decidas, siempre puedes contar con nosotros. ¿Qué? —inquire mirando a Beto, que ha entrecerrado los ojos—. Yo también tengo derecho a dar mi opinión y a recurrir a frases manidas.

Levantamos de nuevo nuestras jarras, brindando por el futuro. Que pase lo que tenga que pasar.

Y por fin me dejan en casa sana y salva. Nada de voyeurismo gay esta noche.



Llevo un buen rato despierta en la cama, en silencio, lo cual no entiendo pues me acosté tarde. No muy perjudicada por la ingesta de alcohol pero sí con un buen dolor de pies por atreverme a desafiar las leyes de la gravedad con mis tacones.

Supongo que son los famosos daños colaterales.

O la falta de costumbre.

Permanezco recostada en mi sitio y, aunque reconozco que es una estupidez, miro el lado donde Max dormía. Cambié las sábanas hace dos días, no queda rastro, aunque a veces la sensación de *déjà vu* es muy fuerte, al igual que mi memoria, demasiado selectiva en estos casos, porque debería ser fiel a la realidad y en cambio se ocupa de recordar lo que más daño puede hacerme.

Suspiro, me froto los ojos. Ese lado de la cama sigue vacío. Estoy sola. Anoche estuve por ahí hasta las tantas...

Cuando llegué a casa sólo tenía fuerzas para desvestirme, así que seguramente el vestido está tirado en un rincón. Bueno, enseguida me podré en modo madre-responsable y recogeré todo. Sólo unos pocos minutos más de autocompasión y se acabó.

Me paso una mano por la cara. No me desmaquillé, así que a saber qué pintas tengo. Mejor no, prefiero no saberlo. Procuraré ir al baño y meterme de cabeza en la ducha. Así que aparto las sábanas y me doy cuenta de que sería agradable echarlas a un lado y ver a alguien importante junto a una. Suspiro, tengo cosas que hacer. Por ejemplo, darme esa ducha sin detenerme a mirarme en el espejo, no vayamos a tener un disgusto, y de los gordos, a primera hora de la mañana.

Son las diez. Es la hora que refleja el reloj digital del horno.

El remojón ha sentado de maravilla a mi cuerpo físicamente hablando, por lo que con mi ropa de andar por casa me preparo un desayuno. No tiene la misma gracia tomarse la taza de café sola, sin ver a Félix jugar con sus cereales. Miro la silla que Max ha ocupado estos días mientras jugaba con mi niño. Soy cruel conmigo misma. Cierro los ojos. Pienso en la parte positiva. Terminó sonriendo: a no mucho tardar, Félix estará aquí.

A pesar de haberme acostado a las tantas no estoy tan hecha polvo como esperaba. El tema anímico es otro cantar, pero lo voy asimilando, o eso creo. Intento distraerme con cualquier cosa pero a los diez minutos hay algo que me recuerda a Max. Han sido pocos pero muy intensos los momentos vividos con él mi casa y eso no se puede borrar de un plumazo, por mucho que me intente concentrar, que no es el caso.

Echo de menos la locura de la jornada laboral. Pese a que me he quejado en multitud de ocasiones sobre lo difícil que es desarrollar la creatividad en un entorno

tan hostil al menos me mantenía ocupada, y en la situación actual podría ser hasta bueno tener que ocuparme de esquivar a un jefe gruñón; por lo menos no estaría aquí, en casa, dándole vueltas a lo que no puede ser. Esto de no andar con prisas aún me resulta extraño, pero me viene de perlas para hacerme unas tostadas y desayunar con fundamento.

Enciendo la radio, así al menos tendré compañía.

Con las tostadas listas y mi cafelito enciendo mi ordenador. Compruebo el saldo en mi cuenta corriente. Tengo que andar lista y mirar cada euro que gaste hasta que vuelva a trabajar. Tengo una oferta, no me he olvidado de ella, pero como la indecisión parece instalada en mi cabeza decido ponerme las pilas y lo primero que voy a hacer antes de dar una respuesta definitiva es tantear el terreno. Así que me he puesto a mirar apartamentos en Madrid para comprobar cómo anda la cosa. También tendré que buscar un colegio para Félix y eso, a mitad de curso, supone un gran trastorno. María me insinuó que si lo deseaba podía quedarse con ella hasta junio, pero ni hablar. No me voy sin mi hijo.

Le he mandado un mensaje a Marcel para que esté tranquilo y me ha vuelto a sorprender comentándome que si necesito cualquier tipo de ayuda para el traslado él estará encantado de ponerme en contacto con gente de Madrid y así facilitarme todo esto. Entiende perfectamente que no puedo coger la maleta y ¡hale! a la aventura.

Estoy sentada en la cocina, con mi portátil delante y la verdad, no tengo muchas ganas de mirar páginas y páginas de alquileres. Sin embargo he de hacerlo, ¡fuera vagancia!

Oigo la puerta y sé que es María acompañada de Félix.

Dejo mi portátil a un lado y espero a que mi hijo venga corriendo a mis brazos para darle ese achuchón que tan bien nos sienta a los dos y que tanto necesito.

—¡Hola, cariño! —exclamo sonriente. Lo he echado de menos y mucho. Como todas las madres, aun sabiendo lo bien atendido que está siempre quieres tenerlo contigo.

Mi niño corre hacia mí y lo levanto a la par que le abrazo muy fuerte.

—¡Hola, mamá! —chilla.

Me devuelve el abrazo y yo cierro los ojos. Éstas son esas pequeñas cosas de la vida que te alegran el día. Detalles como éste son los que hacen llevaderos cualquier momento, por duro que parezca o por muy cuesta arriba que se pongan las cosas

—Bueno, ¿no tienes nada que contarme? —le pregunto mientras mi hermana se despoja de su ropa de abrigo y bolso, se sienta conmigo en la cocina y mira, sin disimular, lo que aparece en la pantalla del ordenador.

—Acabo de enviar la carta a los Reyes Magos —me cuenta emocionado. Lleva días hablando de ello.

—¿Ah, sí?

—No hemos tardado mucho en escribirla, ¿verdad, Félix? —comenta mi hermana, que se habrá encargado de llevarlo hasta algún buzón para echarla.

—Este año no quiero muchas cosas, como Max me regaló la consola y el juego que quería...

María y yo nos miramos. Poco o nada podemos decir al respecto. Félix nos deja en la cocina y María señala con un gesto mi ordenador. Espera que hable de ello.

—Lleva las cosas a tu cuarto —le pido intentando inculcarle un poco de orden.

—Vaaaaale —acepta regresando a por sus cachivaches y como todo crío que se precie, arrastra los trastos y los pies cumpliendo la orden a regañadientes.

—¿Y esto? —insiste María al no obtener una respuesta al primer intento.

Me encojo de hombros y preparo una nueva cafetera. Esto va para largo. Aprovecho, y para dulcificar un poco el ambiente, le pongo un plato de galletas caseras. Apelo a su lado dulce a ver si con un poco de azúcar se despista.

—Las hice ayer —digo tentándola.

Hace una mueca, las mira, me mira y al final extiende el brazo. Cae en mi trampa. Buen comienzo.

—Esto es un soborno, que conste —farfulla probando la primera—, pero, te lo advierto: no servirá de nada. ¿Qué andas buscando?

—Apartamento en Madrid.

—Ah... Ayer a estas horas no lo tenías tan claro.

—En ese punto algo hemos avanzado —comento.

—¿Entonces?

—Tengo que tomar una decisión. De hoy no pasa —asevero.

Me quedo de pie, apoyada contra la encimera, cruzada de brazos esperando a que termine de hacerse el café para servirlo.

—¿Se lo has dicho a Félix? —inquire.

Niego con la cabeza.

—No, de momento prefiero no comentárselo hasta que sea definitivo.

—¿Cómo crees que se lo va a tomar?

—Pues... espero que bien. Los niños suelen adaptarse mejor que nosotros. —No parezco muy convencida, todo sea dicho.

—¿Y por qué no lo dejas aquí conmigo?

—No —niego tajante.

—Pues deberías —me replica María—, tienes que instalarte, organizarte, adaptarte... ¿cómo vivirá Félix hasta que consigas todo eso?

—No te preocupes. Si acepto —recalco el tono condicional—, Marcel, mi nuevo jefe, entiende mi situación y podré apañármelas.

—No sé yo...

Vale, María no está cien por cien convencida, y lo entiendo. Al no tener hijos vuelca en Félix todo su instinto maternal y yo siempre la estaré eternamente agradecida, pero en este caso ha de comprenderlo.

—¿Y Max? ¿Has hablado con él? —pregunta; sigue al ataque.

—No. Ya no estamos juntos. Es una decisión que sólo me atañe a mí —respondo

aunque mi convicción se tambalea.

—Pareces tenerlo muy claro, entonces —suelta con sarcasmo. Está claro que me conoce demasiado bien. Pero también deja entrever que todo lo que está sucediendo la apena.

—María, es la oportunidad de mi vida. —Repito en voz alta la frase que me he dicho hasta la saciedad.

—Lo sé y te apoyo hasta el final, sólo que...

—Dilo —exijo sirviendo las tazas y sentándome junto a ella.

—No termino de asimilarlo. Me cuesta, tienes que entenderlo. Ha sido todo tan repentino...

—Ya hemos hablado de ello —murmuro.

Nos tomamos el café en silencio. María puede parecer un poco meticona, pero todo cuanto dice o hace no tiene otro objetivo que ayudarme.

Sus dudas no son más que un reflejo de las mías. Aunque yo juego con ventaja pues tengo toda la información.

—Bueno, entonces no le demos más vueltas.

Agarra el ordenador y empieza a ojear la web de alquileres en la que estaba metida. Pone cara de concentración. Creo que piensa lo mismo que yo: va a ser misión imposible encontrar con tan poco tiempo un apartamento apañadito y a precio razonable. Por no mencionar que debo ponerme a empaquetar como una loca todas mis pertenencias.

—Será mejor que no te deprimas —comenta haciendo una mueca—. De todas formas si quieres llamo a una amiga que tengo desde hace tiempo en el Facebook que trabaja en una inmobiliaria. Ella nos puede ayudar.

—¡Eso sería estupendo!

—Le mando un mensaje ahora mismo.

Me quedo callada mientras se pone en contacto con su amiga y aprovecho para recoger las cuatro cosillas de la cocina. Ahora que lo pienso me va a dar pena abandonar esta casa. Me trasladé aquí cuando Félix cumplió un añito porque, a pesar de encontrarme la mar de a gusto en casa de María, quería demostrarme a mí misma que era capaz de salir adelante.

Entre estas cuatro paredes han pasado muchas cosas. Recuerdo la primera noche a solas con mi hijo. No pegué ojo, preocupada por mil y una cosas que poco a poco se fueron disipando a medida que pasaban los días.

Recuerdos como la primera reunión familiar, en la que tuvimos que pedir sillas prestadas a una vecina para poder acomodarnos. Aquel fin de semana que acabé hasta el gorro mientras quitaba aquel horrible empapelado de las habitaciones para después embadurnarnos de pintura mientras dejábamos las paredes mínimamente decentes.

Los primeros pasos de Félix, dejando la marca de sus manos en cada sitio donde se apoyaba antes de caerse de culo. Las noches en vela cuando mi niño estaba malito y tenía que tomarle la temperatura cada hora. Las reuniones de amigos, con Beto a la

cabeza, donde reíamos o terminábamos consolándonos mutuamente ante nuestra desdicha con los hombres.

El último mes... en el que creía estar soñando despierta.

No sé cómo, pero cada vez que hago memoria aparece Max.

Si lo pienso en frío, ¿cuántos días hemos estado juntos? ¡No llegan ni a treinta! Sin embargo la intensidad, la fuerza de todos y cada uno de ellos hacen que sea una tarea complicada decir adiós.

Si es que cuanto más sufrimos por amor, más cuesta olvidarlo. Pero ya es hora de que deje de lamentarme y piense en mi futuro. Puede parecer una tontería, no es más que una casa, pero aquí he pasado cuatro años de mi vida y ahora tengo que dejarla. No soy la primera ni la última del planeta que se traslada de ciudad, eso lo sé, aunque cada uno supongo que lo vive a su manera.

Si lo pienso en frío me doy cuenta de que esta oportunidad, caída del cielo (bueno, mis amigos piensan que es gracias a mi esfuerzo y talento, pero yo sé que hay mucha gente así a quien no se le da ese empuje), es también una vía de escape.

Sigo inquieta ante la posibilidad de que Max no se dé por rendido. Aunque, en el fondo y aun ganándome un buen coscorrón, mi parte más romántica todavía sueña con la posibilidad de que todo pueda arreglarse. Mi lado racional sabe que esa remota posibilidad sólo puede llegar a ser real cambiando radicalmente un estilo de vida, y sé que no es el mío.

Saberlo y aceptarlo son dos cosas distintas.

Como siempre pasa en este tipo de vicisitudes no queda otra que tirar hacia delante esperando que cada día pienses un minuto menos en lo que pasó hasta prácticamente quedar en un recuerdo, a ser posible borroso, y así no revivir lo que al mismo tiempo tanto te hizo vibrar como sufrir.

—Pues ya está —dice mi hermana y me saca de mi divagación melancólica.

—A ver...

—Me ha enviado al correo electrónico tres ofertas. Te las reenvío ahora mismo y tú les echas un ojo. Si te gusta alguna le devuelves la llamada, que me ha pasado su número.

—De acuerdo.

Entro en mi correo electrónico y veo que tengo tres mensajes. El primero de una oferta de vuelos baratos de última hora a distintos destinos europeos. Sí claro, ando yo como para visitar la vieja Europa. Lo borro.

El segundo el de mi hermana y el tercero...

—¿No vas a abrirlo?

Tiene adjunto un archivo...

—No —adviento.

—Es de Max.

Como si no lo supiera...

—En otro momento —balbuceo.

No, está claro que no se rinde.

En esta ocasión ha optado por un acoso más discreto. Nada de grandes ofrendas en forma de ramos de flores. Ahora va directo a los sentimientos, a lo que realmente me conmueve y me hace suspirar. Evocar recuerdos, momentos vividos que con toda probabilidad nunca volveré a experimentar supone una difícil tarea y una constante lucha interna.

—Bea, deja de escurrir el bulto —me dice toda seria.

—Es mejor así, de verdad. —Otra mentira que me repito innumerables veces, a ver si a fuerza de insistir hasta termino por creérmelo.

—Te equivocas —me rebate categóricamente—. ¿No quieres nada con él? Perfecto. Pero no puedes pretender que Max se quede de brazos cruzados.

Frunzo el ceño.

—Es que no lo acepta —replico—, o mejor dicho, no quiere aceptarlo. Supongo que no está acostumbrado a que lo rechacen —añado y sé que esas palabras debería habérmelas ahorrado, son injustas.

Nos quedamos en silencio. De nuevo esa discusión de la que nunca sacaremos nada en claro, aunque nos tiremos horas y horas.

—Es un archivo de audio —interrumpe mi hermana, que continúa delante de mi ordenador.

—¿Lo has abierto? —pregunto temiéndome lo peor.

¿Y si Max habla de su trabajo o hace alguna pequeña mención a esas citas?

—Sí, joder, Bea —insiste y achica los ojos mientras lee el nombre del archivo—.

¿Qué es *Exogenesis: Symphony Part 3 [Redemption]*?^[10]

Parpadeo. No sé qué está diciendo mi hermana.

—¿Cómo dices?

—Es lo que pone aquí —murmura tan despistada como yo señalando con un dedo la pantalla. Intento establecer una conexión y averiguar de qué se trata antes de que esta loca fanática de Max pinche el play y tenga que lanzarme a rescatar mi portátil.

—Ya lo pondré luego —murmuro fingiendo indiferencia, pero al intentar recuperar mi ordenador María niega con la cabeza. Qué insistente es cuando se lo propone.

Ya no queda otra opción que abrir el enlace y ver de qué se trata. Rezo en silencio para que no me tenga que poner colorada de la vergüenza o morada de indignación. No sé cuál de las dos sería peor.

Respiro, miro la pantalla del ordenador, el programa de reproducción abre el archivo y María pulsa el play.

Nada más escuchar las primeras notas reconozco en el acto la música... la reconozco y recuerdo a la perfección dónde la escuché por primera vez.

Al final no le pregunté de quién se trataba. Fue la canción que sonaba de fondo la noche que pasamos en su casa. Cuando terminamos desnudos junto a la puerta de cristal de su terraza, cuando me folló por detrás, con mis manos apoyadas en el frío y

resbaladizo cristal. Cuando... no me hace falta recordar nada más para sentir, en este preciso e inoportuno instante, lo que viví en aquel momento. *Sus manos, sus palabras... Su cuerpo, el mío...*

—Nunca había escuchado algo así, es precioso —comenta María—. En lo que a inglés se refiere voy muy justita, pero algo pillo...

Mis manos vuelven a sentir el frío cristal sobre el que se apoyaban para no perder el equilibrio... mientras Max me embestía sin descanso, de pie, tras de mí. Jadeando, gimiendo. Sintiendo. Enamorándome.

Mi cuerpo, sensible hasta el extremo, aceptándolo sin reservas...

Mis gemidos, mezclándose con los suyos. Mi respiración agitada, sus manos en mis caderas...

El sudor resbalando empapando mi cuerpo. Mi sexo dilatado... Las luces de la ciudad creando claroscuros sobre nuestros cuerpos unidos... Su abrazo al final de aquella locura...

Finaliza la reproducción del archivo de audio y soy incapaz de mirar a María. Todas mis fibras se han sensibilizado sólo con el recuerdo. Cada nota me ha llevado de nuevo a aquella noche y mi sentido común amenaza con dejarme a la deriva.

—Precioso... —dice al cabo de un segundo, en voz baja.

—Lo sé —consigo afirmar a duras penas.

Ni el más caro y ostentoso ramo de flores puede igualar el efecto que causa en mí. Las flores se pueden pagar con dinero, puedes encargárselas por teléfono, pero no significan nada cuando no van asociadas a un momento.

La canción, ya de por sí hermosa, me ha evocado no sólo el placer físico sino las emociones que sólo con Max he logrado vivir.

Mi hermana, no contenta con escucharla una vez, pincha de nuevo. No hay manera. Se da cuenta de lo que puede llegar a significar y lo apaga.

—No tengo muy claro si eres una insensata o una loca; en cualquier caso más vale que te aclares. Te veo mañana.

María coge su bolso y chaquetón, se despide de Félix y nos deja solos.

No quiero caer en la tentación de escuchar esa melodía y terminar mal de la cabeza, así que borro el e-mail. Dicen que muerto el perro, se acabó la rabia. Lo dudo, al menos en este caso, pero ya he dado un paso hacia delante.

El segundo es ver los apartamentos que la amiga de María me ha buscado. Así, centrada en una tarea, disfruto del efecto placebo y me creo que duele menos. De ilusiones también se vive.

Media hora más tarde tengo claro al menos una cosa: de las tres ofertas hay una que me convence. Me pilla cerca del trabajo y podré pagarlo. Por las fotos se ve que con una manita de pintura quedará listo, lo cual me viene de perlas pues no estoy yo ahora como para gastar más de la cuenta.

Metó la dirección en el navegador y compruebo los servicios cercanos: colegios, centros médicos y demás puntos de interés. Tengo que organizarme bien pues no

quiero llegar allí e ir a la aventura. No con un niño de cinco años.

Miro de reojo mi móvil, ha vuelto a entrar un mensaje.

—¿No vas a dejarlo nunca? —pregunto al aparato.

—¿Mamá, con quien hablas?

—Yo sola, cariño —respondo con una sonrisa

—Vale. —Se encoge de hombros.

—Enseguida preparo la comida.

Termino de echar un vistazo mientras Félix coge mi móvil y se entretiene jugando con él. No dejo de sorprenderme la habilidad que demuestra. Lo maneja sin problemas; pienso que hasta mejor que yo.

—Mira, mamá, qué foto tan chuli.

Me muestra la pantalla en la que, a pesar de estar un poco desenfocada, aparezco yo, con Max detrás, los dos intentando no reírnos.

—Sí —murmuro.

—¿Y ésta?

Me acerco y hago rápidamente memoria, no vaya a ser que Max, en uno de esos arrebatos artísticos, me haya sacado una instantánea no apta para menores.

No, creo que con mi móvil no hizo ninguna.

Félix me muestra otra en la que se me ve en la cocina de casa, donde estoy ahora, despeinada, con el delantal y las manos embadurnados. Cara de concentración y un poco de agobio. Debió de hacerla el día del cumpleaños de mi hijo mientras yo me afanaba por terminar la merienda.

—¿Por qué no nos hacemos una juntos y se la mandamos? —propone.

Cielo santo, esto se complica por momentos. ¿Cómo se lo explico sin que me haga mil preguntas sin respuesta? ¿Cómo se le cuenta a un niño que aquel a quien adora ya no va a venir más por casa?

—Después, ¿de acuerdo?

Con esto sólo consigo un mísero aplazamiento pues Félix se ha encariñado de tal manera con Max que le va a costar muchísimo olvidarlo. En esto puedo decir que yo estoy igual.

Tras la comida dejo que juegue un rato a la consola y llamo a la amiga de mi hermana.

Charlamos un rato y quedo con ella. Me dice que lo más acertado sería que fuera yo sola un par de días para dejar los papeles arreglados y después trasladarme. Me parece fantástico, así que tras colgar me pongo a reservar los billetes del AVE.

Con los deberes hechos, propongo a mi hijo marcharnos un rato de paseo. Falta poco para Reyes y aunque las fiestas más importantes ya han pasado todavía queda ambiente navideño para disfrutar.

Al final decidimos meternos en una ludoteca que está cerquita de casa. Yo puedo relajarme, disfrutar de una merienda aceptable y Félix danzar a su aire con otros niños en el parque infantil.

Nada más colocarle la pulsera se quita los zapatos, la chaqueta y va como alma que persigue el diablo hacia el barco pirata, la atracción preferida de los niños.

Yo me siento tranquilamente a una de las mesas y lo observo, sonriente, mientras sube, baja, se tira, se cae, se levanta...; en definitiva, hace lo que más le gusta.

Hoy dormiré como un bendito.



Félix, el pobre, está agotado. Como siempre, no para ni un segundo. Para sacarlo de allí tengo que sobornarlo y en el fondo lo entiendo: está en su salsa y con niños de su edad.

Yo me he pasado toda la tarde marujeando, comentando anécdotas con otras madres, y pese a lo insustancial de la charla me ha permitido desconectar. Puede que sea cierto eso de que cuanto más ignorante eres más feliz puedes ser. Pues eso es precisamente lo que he experimentado durante las casi tres horas que me he pasado en la ludoteca.

Félix y sus «Jo, mamá, que ahora me lo estaba pasando bien» me han obligado a ceder y nos hemos quedado un buen rato más. Se ha hecho muy tarde, pero si lo pienso detenidamente no tiene la mayor importancia, pues nadie nos espera y mañana no es día de escuela. Regresamos dando un paseo a casa. Todavía no le he dicho nada sobre nuestro más que probable traslado. No tengo muy claro cómo enfocarlo. Quizá tenga que hacerlo como si se tratara de un juego, algo que le atraiga para que se implique.

Me pregunto si tengo derecho a sacar a mi hijo del único ambiente que ha conocido. Alejarlo de la familia con la que tanto tiempo pasa y que siempre nos ha apoyado. Me enfrento a una etapa muy difícil pero quiero que Félix esté a mi lado.

La decisión está tomada; aun así, por una absurda e inexplicable razón no parece todo lo definitiva que debiera. He estado dos veces a punto de llamar a Marcel y comunicárselo, pero al final me he echado hacia atrás en el último segundo. Le pedí dos días, y aún me quedan unas horas.

Cuando saco las llaves del bolso para abrir el portal veo un reflejo extraño en la pared del edificio de enfrente aunque no me sorprende, aún queda algún que otro espectáculo de luces debido a las fiestas.

Me meto en casa, que hace frío y Félix está que se cae de cansancio. Espero que no se me quede dormido antes de cenar. Aunque no me extrañaría dado el ritmo con el que ha danzado durante toda la tarde.

Antes de prepararle la cena le dejo puesto el pijama, por si las moscas. Permito que se quede un rato en el salón con Bob Esponja mientras recupero mi atuendo de ama de casa. Con mi chándal, un poco rasposete, todo hay que decirlo, y el pelo recogido de cualquier modo con una pinza me pongo a preparar la cena. Saco los ingredientes del frigorífico y los dispongo sobre la encimera. Hoy toca algo sencillo: tacos de pollo con verduras salteadas. Engañaré de nuevo a Félix diciéndole que es pollo de colores para que se coma todo.

Estoy trocea que te trocea sobre la tabla de madera cuando una luz, procedente del exterior, me llama la atención.

—Pero ¿eso qué es? —murmuro asomándome a la ventana de la cocina.

Me encojo de hombros, yo sigo a lo mío. Pica que te pica verduritas, incluso me encuentro animada y las recorto haciendo formas, estrellas, letras o lo que se me ocurra para que el plato resulte más atractivo.

De nuevo un fogonazo de luz me hace prestar atención. Dejo el cuchillo sobre la encimera, me limpio las manos en un trapo y me acerco a la ventana: voy a enterarme de lo que pasa. Me parece muy extraño que a estas horas haya ese tipo de espectáculos y la verdad, tanta luz resulta hasta molesta; se refleja de una manera que nos va a dejar ciegos a todos los vecinos. No saco nada en claro así que retomo mis faenas culinarias, sonriendo, por lo raro que me resulta hacer sólo comida para dos, acostumbrada al trasiego y locura de una cocina profesional.

Bueno, eso puede acabar en pocos días, me recuerdo.

—Mamá, ahí fuera pasa algo raro —comenta Félix entrando en la cocina.

Tiene cara de sueño pero aguanta como un campeón hasta que esté lista su cena.

—No te preocupes —lo tranquilizo y empiezo a poner la mesa mientras se cocina la comida.

Es un poco pronto para mí, pero así dejo todo recogido y me puedo poner a leer un rato, tengo una novela a medias que me gustaría acabar. Una historia con final feliz para sonreír al menos un poco viendo cómo los demás sí consiguen sus objetivos.

La luz procedente del exterior aumenta y empiezo a mosquearme.

Félix se acerca a mí, lo cojo en brazos y miramos juntos. Nada concluyente, así que decidimos enterarnos de lo que pasa y no esperar a que nos lo cuenten. Como desde esta ventana la perspectiva no es muy buena, nos vamos a la terraza del salón, desde donde podremos averiguar qué sucede en el exterior.

Busco algo de ropa para cubrirnos antes de salir a la terraza y con mi hijo de la mano me asomo y contemplo la luz que se proyecta en la fachada de enfrente.

No entiendo nada.

—A ver si vamos a sufrir una invasión marciana —susurra Félix abriendo los ojos como platos.

Sigo confundida y mosqueada. Miro hacia abajo, hacia derecha e izquierda y llego a la conclusión de que la luz procede de arriba, de la azotea. Que yo recuerde, en el tablón de anuncios de la comunidad no han anunciado nada.

—¡Halaaaaaa! —exclama mi hijo señalando la pared de enfrente.

Miro y me llevo las manos al pecho; aquello no es una simple luz, es una imagen.

Un nudo se me forma al instante en la garganta. Reconozco el escenario, sé la fecha exacta de cuándo se hizo. Yo estaba allí. Esto no está pasando. Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos con la esperanza de que todo se trate de una ilusión óptica. Pues va a ser que no.

—¡Pero si es Max! —prosigue y sonrío como un tonto.

—No es posible... —mascullo a mitad camino entre el enfado y la perplejidad.

¿Hay un loco en la azotea de mi edificio y nadie se ha dado cuenta?

La imagen cambia, ya no tenemos de fondo París. En ésta salgo yo sola, es la que tomó de muestra para el retrato. Trago saliva. Agarro con fuerza la mano de mi hijo que permanece a mi lado, con la boca abierta, sin perderse detalle. Para Félix es como un juego, no tiene la menor noción de las verdaderas intenciones de Max, el loco de la azotea.

Es para matarlo...

—¡Jo, pero qué chuli, si yo también salgo!

Félix no deja de dar saltitos, de reírse y más aún cuando se ve a sí mismo retratado entre nosotros dos. Señala con un dedo las imágenes que se proyectan y su entusiasmo choca con mi nerviosismo.

—No me lo puedo creer... —musito parpadeando.

Esto tiene que ser un sueño. O un final de novela romántica. Estas cosas no suceden en la vida real. Menos mal que María no está aquí, pienso en un momento de lucidez, porque si no el show sería completo. Con lo que le gusta el teatro estoy segura de que añadiría la banda sonora a todas y cada una de las imágenes que van pasando.

—¡Esa luz! —grita un vecino.

Me muero de la vergüenza.

—¡Apaga ese jodido chisme! —exclama otro.

Mañana voy a ser la comidilla del barrio.

—¡Que nos dejas ciegos, joder! —Un tercero se une al coro.

—Félix, entra en casa, por favor —le ruego tirando de él para meterlo dentro, pero me va a costar mucho apartarlo de la atracción.

—¡Esto no es el circo! —chilla otra. Sé quién es, la cursi del primero.

—Mamá, que quiero verlo —protesta, pero le da igual.

Lo empujo hacia el interior y cierro la puerta de la terraza.

—Quédate aquí, ¿entendido?

—¿Puedo mirar a través de los cristales sin salir? —me pregunta poniéndome esa carita de pena que siempre logra conmovirme.

—Vale, pero no se te ocurra abrir la puerta —le ordeno atropelladamente.

Sin pararme a pensar en las consecuencias de mis actos voy atropelladamente hasta la puerta de entrada. No pienso, sólo actúo. Hay que poner fin a esta locura.

Mi corazón va a mil por hora. Salgo escopeteada y no espero al ascensor.

—¿Qué pasa, Bea? —me pregunta mi vecina, que ha salido al descansillo con cara de preocupación. Y no es para menos con todo este despliegue. A ver qué le cuento yo ahora a esta buena mujer para que se quede tranquila.

—No lo sé —miento descaradamente, o no, según se mire, pues aunque que me hago una ligera idea primero debo confirmar los hechos.

—Espero que no sea nada grave.

—Lo mismo digo —le respondo sin ya mirarla.

Comienzo mi frenética ascensión. No recuerdo haber subido nunca con tanta celeridad una escalera. Cuando llego a la puerta de acceso a la azotea resoplo, me doy diez segundos para respirar y entonces exclamo al acordarme de un pequeño detalle:

—¡Seré gilipollas!

Con las prisas no he cogido las llaves pero entonces me doy cuenta de que tiene que estar abierta. A este ritmo una no piensa con claridad. Empujo y no se abre. Los nervios me tienen dominada por completo. Me aferro al tirador como si me fuera la vida en ello y le doy otra sacudida. Nada, no hay manera de desbloquear la maldita puerta.

¿Y si el loco de la azotea se ha atrincherado y tenemos que llamar a un cerrajero? ¡Vaya show! O peor aún, ¿y si los vecinos se ponen nerviosos y acaban apareciendo los bomberos para derribar la puerta?

Empujo, empujo y me desespero. Cuando estoy a punto de desistir...

—¡Joder! Mira que estoy tonta, que abre tirando.

Ya hasta hablo sola y me regaño a mí misma. Como una regadera.

Como si fuera la primera vez que subo y no conociera el camino, por poco no me caigo de bruces, no me acordaba del maldito escalón. Es el último y se encuentra justo en el borde. Me estoy luciendo, la verdad; esto es lo que podríamos denominar una entrada apoteósica.

Veo a Max de espaldas, así que no se ha percatado de mi aparición estelar. Camino hasta él, cojo aire, que necesito para poder hablar.

—Apaga eso, por favor —exijo.

Estoy tan emocionada que me falla la voz. Inhalo, me llevo una mano al pecho para intentar serenarme y espero a que ese insensato diga algo.

Max se vuelve. Me mira fijamente. No sonrío. No parpadea.

—Apágalo —repito y de nuevo no puedo hablar con la contundencia que desearía.

—No —zanja la cuestión.

Y yo allí, con un horripilante conjunto deportivo que tiene más años que la orilla del río, me siento ridícula a la par que emocionada. Él está como siempre, impecable. Abrigo negro, pantalones vaqueros azules, camisa blanca... la combinación perfecta. Un aire desenfadado pero con su toque de elegancia.

Entre el esfuerzo y su aspecto me deja bloqueada.

Max se cruza de brazos, tiene un mando a distancia y aprieta un botón. Aparece la siguiente imagen, una en la que salimos los tres. Soy incapaz de decir nada. Tengo que esforzarme por controlar mis emociones para no acabar llorando a moco tendido. Una no está preparada para este tipo de despliegues. Y no se detiene ahí. Continúa mostrándome, bueno mostrando a todo el barrio y a los alrededores, las fotografías que ha ido haciendo desde que nos conocemos. Por supuesto ha incluido las que sacó Félix en las que yo estoy de andar por casa.

—Por favor —le ruego con un hilo de voz.

Oigo las protestas de los vecinos o los comentarios de algunos transeúntes pero ya no les presto atención, sólo puedo mirarlo a él.

—No —responde de nuevo inflexible.

Ya no puedo contener las lágrimas y me limpio de cualquier modo con la manga de mi jersey. Lo que me faltaba para el duro, vestida para la ocasión y llorona.

Tengo que tomar cartas en el asunto, me acerco hasta él e intento arrebatarme el mando. Esto hay que detenerlo de alguna manera. Pero Max es hábil, se aparta y niega con la cabeza.

—Ni hablar, tienes que esperar a verlas todas.

—No puedo... —farfulto derrotada, y sabiendo que no me queda otra opción permanezco de pie a su lado, viendo una por una las imágenes. Todos los buenos momentos, cada sonrisa, cada sentimiento, están ahí reflejados.

Cada segundo que pasa deja de importarme el qué dirán, sólo tengo ojos para él. Se muestra tan seguro de sí mismo... Su determinación y concentración son absolutas.

Lo mataría por lo que está haciendo, lo mataría a besos.

Retuerzo mis manos nerviosa, ansiosa por tocarlo, rodearle el cuello y atraerlo a mí. Espero que Max desee lo mismo. Vuelvo a limpiarme en la manga de mi sudadera: estoy en plena crisis de llanto y sin un triste pañuelo a mano.

No siento el frío, ni la ligera brisa. Únicamente quiero que esto termine para que Max me hable. Todos los sentimientos que he intentado esconder bajo siete candados se han puesto de acuerdo para aflorar sin mi consentimiento.

Cuando por fin se acaban las instantáneas apaga el proyector. Con gesto sereno se da la vuelta. Me mira. De nuevo sólo las farolas de la calle nos alumbran. Los curiosos habrán vuelto a sus casas al finalizar el espectáculo. A esas horas dudo que haya más gente en otras azoteas. Estamos solos.

Frente a frente.

No hace amago de tocarme, permanece quieto. Apenas corre el aire. Yo tampoco me muevo. Mis sentimientos son contradictorios, creo que ganarán los buenos. Al verlo, mis temores pasan a un segundo plano. No las tengo todas conmigo pero trago saliva y me esfuerzo por pronunciar una sola palabra:

—Max... —murmuro cerrando los ojos un instante.

Vuelvo a enfocar la mirada. Continúa ahí, no es producto de mi imaginación.

—Se acabó —responde.

A mí me da un vuelco el corazón. ¿Se acabó? ¿Ha dicho se acabó?

Respiro agitadamente.

Llevo varios días repitiéndome lo mismo y ahora que es él quien lo dice no me siento como esperaba.

Doy un paso hacia atrás. Ya no tiene sentido permanecer allí.

Dicen que hay que tener cuidado con lo que se desea pues puede hacerse realidad.

Ahora toca asumirlo. «Se acabó», ha dicho.

Lo miro por última vez. Continúa serio, no es para menos, dadas las circunstancias.

Me gustaría pronunciar en voz alta todo lo que deseo para él, empezando por que vea cumplidos sus sueños, se lo merece. Sin embargo soy incapaz de hablar, las palabras se atascan en mi garganta. De todas formas no quiero recitar una serie de bonitas frases, de esas que se repiten tantas veces para quedar bien que al final pierden su sentido original.

Tengo que salir de aquí. Abatida y llorosa pongo un pie delante de otro alejándome de él.

—Bea, joder, ¿adónde vas?

En un movimiento rápido me sujeta de la muñeca, cortándome la retirada. Frunce el ceño, me mira como si estuviera loca.

—A casa, es lo mejor. He dejado a Félix solo —murmuro.

Aparto la mirada. Tengo los ojos inundados de lágrimas. Ya no puedo más. Sé que aún no lo tenía superado, pero al menos iba por buen camino. Su mirada, la que me hace revolotear, ahora es extraña. Está fija en mí y no precisamente por las pintas que llevo.

—Se acabó, Bea —repite y así no hay manera de controlar mi llanto.

Necesito refugiarme, estar sola, llorar a moco tendido hasta quedar dormida. De nuevo me separo un paso más. Al menos pongo algo de distancia, que no la suficiente, entre ambos, pues Max me mantiene sujeta con firmeza.

—Joder... —masculla y se acerca.

Tira de mí, me rodea con los brazos. No quiero ponerle perdida la camisa pero no va a ser posible. Ésta es una de esas despedidas que te dejan rota para siempre. Hace daño, duele, pero sentirlo por última vez supongo que es el castigo por tomar una decisión.

Sus manos me acarician el pelo, un gesto tierno y cruel a partes iguales.

—Lo he dejado —añade junto a mí oído—. He hablado con mi abogado y se acabó. —Lo noto respirar en profundidad antes de añadir—: Estoy fuera de todo eso.

Mi llanto se torna más fuerte. Sollozo contra su pecho sin poder creérmelo. No me caigo de culo porque estoy bien sujeta, pegada a su cuerpo y rodeada por sus brazos. De nuevo tengo que hacer todo un ejercicio de concentración, los nervios me están jugando muy malas pasadas.

Me aparto un poco y otra vez tengo que recurrir a la manga de mi destartada camiseta para limpiarme la cara. Max continúa serio, sin duda esperando una respuesta más acorde con sus palabras, pero yo, en estos momentos, ando más bien escasa de ellas.

—¿Lo... lo has dejado? —balbuceo a falta de una opción mejor.

Me acaricia los labios con el pulgar. Una tímida sonrisa asoma a su rostro antes de hablar.

—Sí —contesta con firmeza.

Éste es uno de esos instantes decisivos que sólo pasan una vez en la vida y por diferentes circunstancias temes no estar a la altura porque dudas de tus propias reacciones, como es el caso.

No sé qué decir, ni qué hacer.

Max no deja de mirarme a los ojos. Debe de pensar qué sé yo, que soy tonta o que sencillamente me he dado un golpe en la cabeza, lo cual casi es cierto.

—¿Bea?

Tengo que moverme, hablar, gritar, lo que sea...

Él sigue callado. Seguro que esperaba otra reacción por mi parte, más entusiasta. Trago saliva. Sigo llorando. Debería reír. Reír y gritar, ¡yo qué sé! Pero una nunca cree que va encontrarse inmersa en una situación de este calado.

—Se me acabó la paciencia —protesta—. A tomar por el culo.

Tira de mí, su mano me sujeta por la nuca e inclina la cabeza.

Me besa sin contemplaciones.

Y es lo más acertado, ya que yo no estoy en este instante para tomar decisiones importantes.

Él mismo se encarga de coger mis manos y hacer que le rodee el cuello con ellas. ¿Cómo he podido pasar tantos días sin esto? Me fundo, me derrito, me quedo sin aliento y todo ello sin separar los labios de los suyos.

Aquello es un reencuentro y lo demás son tonterías. Siento calor por todo el cuerpo, humedad entre las piernas, síntomas inequívocos de mi deseo por Max.

Estamos en una azotea, yo gimiendo, él metiéndome las manos por debajo de mi roñosa sudadera. Mientras nos tambaleamos, vamos acercándonos a una de las paredes. Allí, con un punto de apoyo estable, puedo tocarlo como yo quiero.

—Bea, espera...

—No.

Lo atraigo hacia mí y ahora soy yo quien devora su boca. Quien muerde su oreja y quien mete las manos donde puede. Paso la mano por encima de sus vaqueros y me muerdo el labio. Está empalmado, quiere lo mismo que yo. No hay por qué demorarlo más.

—Bea, por favor —gruñe cuando presiono con la mano su erección.

—Max... Aquí, ahora —exijo.

—Me encantaría complacerte, desnudarte aquí, follarte como un loco hasta que amaneciera, pero...

—¿Quién te lo impide?

—Una comunidad de vecinos.

Me echo a reír ante su respuesta.

—¿Me estás tomando el pelo? —pregunto mordiéndole el labio inferior para lamérselo en el acto.

—Ya me he buscado suficientes problemas montando el numerito del proyector. No quiero que me pillen con el culo al aire.

Tiene razón. Es una pena, pero tiene razón. El polvo de la reconciliación deberá aplazarse. Pero antes bien puedo sentir su boca unos instantes más. Me responde metiéndome la lengua y juntándola con la mía. No voy a quedar satisfecha al cien por cien pero tendrá que servirme. Me restriego contra su cuerpo sin ningún tipo de inhibición.

—Bea... no me tientes, no me tientes —gime contra mi boca en un intento desesperado de que ponga fin a esta locura para no dar a mis vecinos un argumento nuevo para despellejarme en la próxima reunión de la comunidad.

—De acuerdo —consigo decir porque esto se me está yendo de las manos.

—Menos mal —musita con los labios pegados a mi oreja.

Max se encarga de limpiarme las lágrimas y su expresión, ahora más relajada, deja traslucir su buen humor.

—Además, Félix está solo en casa. Quiero verlo —añade con una sonrisa cariñosa.

Éste es el punto definitivo. Lo ayudo a recoger aquel trasto en la medida de lo posible —este hombre todo lo hace a lo grande— y bajamos a mi apartamento.

—¡Has venido! —grita Félix nada más verlo entrar tras de mí y Max lo coge en brazos. Le da un par de vueltas y mi hijo lo abraza encantado.

—Sí, he venido —le dice en voz baja.

—Genial, vamos a cenar, que se hace tarde.

Me río ante las respuestas de mi hijo. No se anda con zarandajas, va a lo práctico.

Había preparado cena para dos, pero poco me importa: donde comen dos comen tres. Así que en menos de quince minutos, con ellos dos como pinches tenemos la mesa puesta, la comida lista y nos sentamos.

Félix parece haber revivido desde que Max nos acompaña. Le pregunta mil cosas y cómo no, sale a colación el maldito videojuego. Da gusto verlos a los dos.

Max sonrío, no se le borra esa sonrisa de la cara y yo tengo que respirar para no echarme a llorar como una tonta.

Cuando acaba la cena Félix se va él solito a la cama con la promesa debajo del brazo de que mañana echarán una partidita juntos y después saldremos los tres por ahí.

—Como sigas mimándolo así no sé qué va a pasar —comento regañándolo.

—Me gusta mimarlo, ¿no puedo? —Su tono, ligeramente desafiante, hace que me plantee seriamente sacar a la madre estricta que vive en mi interior, pero lo pienso y llego a la conclusión de que hoy no hay lugar para las regañinas.

Recogemos la cocina, mano a mano, parece que llevamos toda la vida haciéndolo.

—Desde que me conoces te pasas el día metido en la cocina y limpiando —murmuro al verlo organizar el lavavajillas.

Se encoge de hombros.

—Esta cocina siempre me trae excelentes recuerdos.

El vaso que tengo entre las manos se me escurre y no se rompe de milagro. Si mi

temperatura corporal ya está por encima de la media, con esa clase de comentarios rompo el termómetro. Y para rematar se acerca a mí y me da un beso rápido en la nuca.

—Ya veo —mascullo fingiendo que no me afecta.

Qué mala actriz soy, desde luego, porque mi cara sonrojada evidencia lo contrario.

Terminamos la poco o nada glamurosa tarea doméstica y nos vamos al salón. Max se sienta y me disculpa para escabullirme al menos diez minutos y ponerme algo acorde con la ocasión debajo de este chándal.

—¿Adónde crees que vas? —inquire arqueando una ceja.

Tiemblo ante el tono empleado...

Se cruza de brazos, me mira y yo estoy por romperle la camisa blanca y lamerlo de arriba abajo, pero eso quedaría mejor si llevase unas bragas de encaje. Al menos con ese complemento me sentiría mucho más femenina.

—Al baño, ahora vuelvo.

Creo que se ha quedado con la mosca detrás de la oreja porque, y sería lo más lógico, ahora podríamos estar un ratito juntos en el sofá, pero yo quiero cambiarme de bragas y punto.

Consigo llegar a mi objetivo. Primero entro en mi dormitorio y saco del cajón de la ropa interior unas bragas monísimas y un sujetador a juego.

No creo que haya ocasión más idónea ni propicia que ésta para lucirlo. Lástima que tenga el pelo hecho un desastre.

Me meto en el baño con la intención de ponérmelo todo. Cuando estoy agachada, con el culo en pompa para sacarme los pantalones se abre la puerta y Max, con cara de «Esto no me lo pierdo por nada del mundo», se queda clavado en la jamba, de brazos cruzados, aguantándose la risa.

Así no hay quien resulte glamurosa.



El glamour, en estas circunstancias, se queda en mis pies. Literalmente. Me incorporo, me vuelvo, intento recuperar un mínimo de dignidad y adopto una postura defensiva. Con la frustración pintada en mi cara lo miro y me siento ridícula. Él, como no podía ser de otro modo, va impecable, y yo hecha unos zorros y con el culo al aire.

—Definitivamente, me vuelves loco —dice aguantándose la risa y haciendo amago de acercarse.

Noto mi sonrojo, no sé si es cien por cien debido a la vergüenza por haberme pillado así, porque lo cierto es que estoy cachonda, para qué negarlo.

—Alto ahí —ordeno levantando una mano. Está loco si piensa que voy a dejarme tocar si antes no llevo a cabo mi remodelación estética.

—¿Por qué? —inquire guasón barriéndome con la mirada.

Pero nada de hacerlo de forma discreta, no; un barrido exhaustivo, deteniéndose en mis piernas desnudas. Hasta hace un gesto de aprobación al más puro estilo de superioridad masculina. Maldita sea, si al menos me hubiera pillado con las bragas nuevas...

—Sal, por favor —insisto.

Si continúa mirándome de esa forma no voy a poder contenerme y mi plan de sofisticada seducción se irá al carajo.

—Esto no me lo pierdo por nada del mundo —repite divertido, lo cual hace que me ponga más nerviosa.

No estoy ahora precisamente en una posición ventajosa. Resoplo, ahora se me pone juguetón cuando lo que yo quiero es al Max malote, al que me calienta con la mirada, me excita y me vuelve loca con su cuerpo. Pero para ello digo yo que un conjuntito de lencería provocador ayuda mucho. Quiero sentirme guapa y que ello se refleje en mi actitud. Quiero sorprenderlo, sentirme deseada y tentarlo con mi cuerpo, pero prefiero que vea el resultado final, no todo el proceso de elaboración.

—Max... —gimo porque mis planes se han frustrado.

Él, en vez de acatar mis deseos, entra en el baño, cierra la puerta y coge mis bragas con una mano, las examina y después hace lo propio con el sujetador. En sus manos esas prendas parecen mucho más provocativas. Miedo me da porque Max es capaz de llevarme de compras y elegir junto a mí las creaciones más picantes sin ningún tipo de vergüenza. Hmmm, la idea, aunque me pueda dar un poco de corte, tiene su morbo, sobre todo cuando insista en que antes de comprar debo probármelo para que me dé su aprobación...

Vuelvo al presente. Max ha calibrado la calidad del tejido, la forma, elasticidad, poniéndome de los nervios ante su escrutinio silencioso y se acerca hasta mí. Me

dedica una sonrisa peligrosa, perversa, excitante...

Se da la vuelta y echa el pestillo. Pone cara de depravado a punto de llevar a cabo una de sus maldades. Mi cuarto de baño no es lo que se dice muy amplio, pero tal y como me está mirando ahora creo que ese aspecto no lo tiene en cuenta.

Deja mis prendas sexies a un lado. Se acerca. Estira el brazo. Me acaricia los labios con el pulgar; ese gesto tan suyo que echaba tanto de menos. No dice nada, mantiene su media sonrisa indolente. Tira del bajo de mi vieja sudadera y arquea una ceja. Por su gesto dudo mucho que esté cuestionando mi estilo en el vestir.

—Levanta los brazos. —Parece una sugerencia pero no lo es. Max sabe muy bien controlar los tiempos y yo siento un escalofrío por todo mi cuerpo. Doy por hecho ante su timbre de voz que no admite una negativa.

Acato su mandato y procuro que al hacerlo mis movimientos, algo ralentizados, sean provocativos, ya que el entorno y las prendas que me cubren no lo son en absoluto.

Max se encarga de sacarme la ropa y la tira de cualquier manera por encima de su hombro. No la habrá mandado muy lejos pero la maniobra le ha quedado estupenda.

—Vuélvete —continúa con su tono de voz falsamente amable; salta a la vista que no quiere ser precisamente afectuoso conmigo en los próximos minutos.

Le doy la espalda. Siento un escalofrío y muevo ligeramente los hombros. Noto sus manos sobre mis hombros; un toque leve, casi imperceptible. Después me desabrocha mi funcional sujetador y lo tira al suelo; no me molesto en averiguar adónde ha ido a parar. Ahora sólo llevo unas braguitas sin ápice de glamour y los calcetines gruesos de andar descalza por casa. No parece importarle. Yo siento mis pezones duros, mezcla de la excitación y algo de frío.

Por cómo me observa espero que haga algo más que eso y sus manos me toquen; sin embargo pasan los segundos y nada de nada.

—¿A qué esperas? —inquiero, y me siento un poco tonta, allí, de pie, prácticamente desnuda. Expectante, cachonda, nerviosa...

Max no responde, no al menos con palabras. De nuevo su sonrisa más socarrona me hace temblar. Su silencio me inquieta. No sé lo que se le pasa por la cabeza aunque espero no tardar en averiguarlo.

Vuelve a ponerme cara a cara. Fija la vista en mí y recorre con la yema del dedo índice la separación entre mis pechos, una caricia suave pero insuficiente. Ejerce una pequeña presión sobre mi ombligo. Yo, como no podía ser de otro modo, cojo aire y meto barriga. Para Max ese detalle no parece ser relevante...

—Respira —murmura.

Después se detiene en el elástico de mi ropa interior, mete el dedo, toca mi piel, lo aparta sólo lo suficiente para dibujar el contorno. Necesito aire. No puedo creer que todo esto esté pasando en un minicuarto de baño.

¿Qué pretende Max con esta lenta maniobra de seducción? Aparte de volverme loca, claro. ¿Quiere que acabe de rodillas? ¿Que le suplique? ¿Que salga la fiera que

vive dentro de mí? Pues a este ritmo, con sus caricias desquiciantes, puede que salga antes de lo previsto.

Siento un pequeño tirón en el costado...

Ahora viene cuando me rompe las bragas de un solo movimiento y yo jadeo... Por supuesto deseo que lo haga, pues me importa un carajo el destino de esta prenda de diario.

Pues no; para mi asombro, pone una rodilla en el suelo, con la lentitud exasperante que parece impregnar todos sus movimientos, y tira hacia abajo para dejarme tan sólo con mis calcetines. Respiro, intento controlarme pero no hay manera. Se inclina hacia delante, siento su aliento cerca de mi piel, tenso los músculos y remata su escena de seducción casera besándome justo por encima de mi vello púbico.

Nunca imaginé que estas cosas pudieran hacerse en un entorno tan poco propicio...

Vamos, una fantasía de lo más extraña.

Bajo la vista. Max está a mis pies, de rodillas, vestido, con la boca a la altura de mi sexo y conduciéndome a un estado muy cercano a la desesperación.

Sin levantarse, estira el brazo y coge la ropa nueva, con delicadeza acaricia mi tobillo y me insta a que levante un pie, luego el otro, y va subiéndome las bragas bonitas por las piernas hasta que quedan perfectamente en su sitio. Antes de ponerse en pie me da un beso rápido en el ombligo.

—Date la vuelta —dice casi en un gruñido. Está excitado y por alguna razón que no llego a comprender se contiene, en vez de soltarse el botón de los pantalones y follarme en el baño.

Obedezco. Sé lo que pretende así que me dejo vestir como si fuera una muñeca. También soy consciente de que todo este ritual no es más que una etapa y que en breve, eso espero, me arrancará la ropa. Cierto que el efecto sorpresa con el que pretendía presentarme ante él ya no es posible pero este numerito está resultando efectivo.

—Creo que ya está —murmura con los labios pegados contra la piel de mi hombro.

Sus manos en mi cintura no permiten que me separe ni un milímetro de él. La aspereza de sus vaqueros contra mi trasero casi desnudo me gusta, tanto que lo nuevo.

Me gira un cuarto de vuelta, de tal forma que el espejo de encima del lavabo nos devuelve la imagen de ambos. Yo prácticamente desnuda, él sonriendo.

Mueve las manos, arriba y abajo, por mis costados, hasta detenerse bajo mis pechos y en vez de abarcarlos, me acaricia con un dedo el borde inferior, ese punto donde el aro siempre deja marca.

—Suave... —musita junto a mi oreja.

Su aliento logra que mi excitación suba un escalón más.

Gimo bajito, tengo que contenerme pero me va a costar un triunfo ya que Max, a mi espalda, está tocando todas las teclas para volverme loca.

—Lento... —añade en el mismo tono.

—Max... —Pronuncio su nombre como un lamento, un ruego para que pase a mayores.

—¿Compraste esto pensando en mí? —inquieta mirándome fijamente a través del espejo. Sonríe de medio lado pero no muestra esa expresión de superioridad de quien se sabe atractivo. Para Max parece más importante saberse querido por sí mismo, ya que su aspecto queda a la vista de todos pero su verdadera forma de ser no.

Asiento. Lo cierto es que lo adquirí para poder lucirlo durante aquel fin de semana en París, pero al final no pudo ser. Mando al traste los recuerdos que pueden deslucir este momento y levanto los brazos. Arqueo la espalda para que mi delantera sea mucho más resultona.

Lo atraigo hacia mí y le alboroto el pelo. Cualquier cosa con tal de tocarlo, algo imperativo en estos instantes.

Max me dedica una media sonrisa, socarrona, perversa, ante mi iniciativa.

—Impaciente...

—No lo sabes tú bien —replico mordiéndome el labio. Ahora sus dedos juegan con el borde del encaje hasta que poco a poco se van metiendo debajo para alcanzar mis pezones, duros, necesitados, sensibles...

Parece tomarse en serio mis demandas y me acaricia con precisión. Aprieta, suelta y vuelve a apretar. Unos toques certeros de los cuales soy consciente por dos frentes, pues no sólo lo noto sino que además mis ojos siguen cada movimiento.

Estoy en sus manos.

Abandona mis pechos y marca mi cintura, con los dedos separados toca más puntos sensibles. Presiona un poco al tiempo que sus caderas me empujan desde atrás. Quiere inmovilizarme pero cuando más sujeta me tiene se aparta sólo lo justo para posar una mano sobre mi trasero.

—Un día de éstos también jugaré aquí —murmura recorriendo la separación de mis nalgas—. Lo disfrutarás... follar tu precioso culito será una experiencia inolvidable.

Soy incapaz de hablar ante tal insinuación. Era algo que intuía, pues en más de una ocasión me ha tocado, pero ahora, al escuchar cómo lo dice sin ambages, de forma tan explícita, no puedo pensar en otra cosa que no sea ver cumplidos sus deseos. Max sería el primero y eso hace que aumente mi nerviosismo, aunque sé que con él nada debo temer.

Jadeo, no puedo contenerme y Max sonrío.

—Bea... tienes que controlarte —murmura riéndose bajito.

Abandona mi trasero y pese a que me gustaría que siguiera adelante me consuela saber que tarde o temprano podré sentirlo también ahí, algo que nunca he practicado.

Mis gemidos van en aumento, y a Max no le queda otra opción que tomar cartas

en el asunto. Estira la mano, coge mis bragas de diario, que por una de esas casualidades de la vida han acabado en el lavabo, y me las pone en la boca.

—Calladita —exige.

Abro los ojos como platos. ¡Me amordaza con mi propia ropa interior!

No voy a quedarme quieta. Como puedo me deshago de ellas, necesito respirar y Max reacciona colocándome su propia mano a modo de mordaza.

—Chis —ordena en un tono de lo más sádico.

Separo los labios, saco la lengua y empiezo a lamerle la mano. Con la lengua voy recorriendo cada recoveco y él entrecierra los ojos. No lo esperaba y su reacción me agrada.

Mueve la pelvis, pegada a mi trasero. Se frota, embiste y sólo pienso que si estuviera desnudo todo resultaría mucho más satisfactorio.

—Te quiero piel con piel —exijo en cuanto él libera mi boca.

Me gano un azote en el culo, doy un respingo pero lejos de ofenderme, me encanta.

—Haz lo que quieras.

Oh, no sabe dónde se está metiendo...

Su ofrecimiento abarca tantas posibilidades... Max a mi entera disposición...

Pero mi gozo en un pozo, pues de repente Max, en vez de mostrarse obediente, mete la mano dentro de mis bragas y hunde un dedo en mí. No espera, no indaga, va directo. Mi sexo lo recibe encantado.

—Pero antes dame lo que deseo —apostilla y añade un dedo más—. Mmmm, mojada, ardiente...

Saca la mano y delante de mí se chupa los dedos, antes de volver a metérmelos en la vagina.

Estoy empapada, caliente, excitada al máximo y Max lo sabe. Mi cuerpo está respondiendo a cada uno de sus envites. No me da tregua, los preliminares quedaron atrás.

No voy a preguntarle, porque lo intuyo. Mis caderas se contonean al ritmo de sus dedos. No puedo dejar de observarme en el espejo, jadeante, sonrojada... a punto de correrme.

—Quiero sentir tu orgasmo en mis manos... —Ahora va más rápido—. Observar tu cara en el momento justo en el que alcances el clímax... Follarte es un placer, pero contemplarte... Mmmm, eso es insuperable.

La mezcla de pasión y vulgaridad reaviva mi excitación. Su mano obra maravillas entre mis piernas pero por si esta maniobra no fuera ya lo suficientemente efectiva con la otra me mantiene erguida, tensa. La cabeza ligeramente echada hacia atrás, mi cuello expuesto, mi espalda arqueada, mis pechos fuera de las copas...

Max ha creado la imagen perfecta del morbo pues continúa vestido.

—Vamos, Bea... córrete, dámelo —exige con voz ronca.

No voy a desobedecerle, desde luego que no.

Aumenta el ritmo, no sólo me masturba con dos dedos sino que con el pulgar presiona sobre mi clítoris, arañándome incluso, de tal forma que mis músculos se tensan. Estoy a un solo paso. Me reclino aún más en él y aunque lo intento mis ojos se cierran.

Lo siento, siento cómo crece dentro de mí. Me muerdo el labio inferior, gimo, jadeo, respiro como buenamente puedo...

Cuando vuelvo a abrir los ojos observo a la mujer del espejo y al hombre que la sostiene. Aún tiene la mano dentro de mis bragas pero sus movimientos ahora son pausados. Relajantes...

Nos miramos el uno al otro y Max me sonrío, pícaro y tierno a la vez. Tengo que besarlo. Me deshago de su abrazo y me vuelvo. Acuno su rostro con ambas manos y asalto su boca. No encuentro resistencia. Gime en mi boca, está muy excitado y se aprieta contra mí. Noto el frío del lavabo en mi culo pero no me importa, estoy tan caliente que me da igual.

—Bea...

—No hables, desnúdate.

Ataco sin piedad su cinturón, el botón y la cremallera.

Max me ayuda y en medio minuto tengo a mi alcance su erección. Estira la mano, lo acaricio. No dejo de besarlo. Mientras mi mano sostiene su polla lo mordisqueo en el cuello, la oreja... en cualquier punto donde pueda llegar con los labios.

Así de pie resulta más complicado pero no me importa. Lo suelto un instante para bajarle un poco más los pantalones y desabrocharle la camisa. No rompo los botones de milagro.

Vuelvo a agarrarlo y me humedezco la palma de la mano para poder masturbarlo con mayor facilidad. Ahora mi boca está sobre su pecho, marcándolo con los dientes.

Sus manos me sujetan la cabeza, percibo su tensión. «Pues esto no ha hecho más que empezar», me digo.

Poco a poco me voy deslizando hacia abajo, dejando a mi paso un rastro de humedad hasta llegar a su sexo. Max intenta detenerme, me sujeta de los hombros pero niego con vehemencia.

De rodillas ante él separo los labios y primero dibujo con la lengua todo su glande, cada milímetro. Max me tira del pelo, yo disfruto su agresividad.

—Espera... —gruñe apartando la tela vaquera para facilitarme el acceso.

—No puedo esperar —replico con mi voz más sugerente—. Quiero tenerte entre mis labios, saborearte...

—Bea, joder... Lo dices de una forma que suena...

—Fóllame la boca —remato para que no tenga dudas de lo que busco.

Su reacción no se hace esperar. Me pasa el testigo y humedezco los labios antes de acogerlo entre ellos. Lo succiono con avidez, metiéndomela hasta el fondo y moviendo la lengua para ofrecerle la máxima estimulación.

Mis manos recorren su estómago. Él se levanta la camisa para facilitarme las

cosas. Clavo ligeramente las uñas y aunque quiera controlarse sé que cada segundo le resulta más complicado. Sus caderas embisten, aunque no con la fuerza que desearía, pues teme hacerme daño.

Enreda una mano entre los mechones de mi pelo. Sus tirones van en aumento, el dolor que siento me excita y me anima a aumentar mi agresividad. Quiero que se corra en mi boca, quiero saborearlo y lo quiero ya. No admito medias tintas. Max gruñe, intenta por todos los medios que disminuya el ritmo pero no le sirve de nada. Con una mano agarro sus testículos, los amaso y aprieto sin permitir que su polla abandone mis labios.

Miro un instante hacia arriba. Tiene los ojos entrecerrados, una mano apoyada en el lavabo, por encima de mi cabeza, sujetándose a duras penas. Una imagen que voy a almacenar en mi memoria.

Quiero que llegue hasta el final y deje de frenarse, por lo que llevo una mano a su trasero, lo masajeo, lo palpo y lo atraigo hacia mí. No parece suficiente, él sigue conteniéndose y le doy un azote, instándole a que se deje ir.

—Para... —me ruega de nuevo y yo niego con la cabeza.

Intensifico la presión con los labios y por fin noto su rendición, no aguanta ni un solo segundo más. Sus caderas empiezan a embestirme, descontrolado por completo, y yo sonrío.

Lo quiero así, sin ningún tipo de restricciones.

No cejo en mi empeño y mi boca lo recibe encantada. Cada uno de sus jadeos no son sino un agradable sonido estimulante...

No me importa sentir el frío de las baldosas en mis rodillas, es un pequeño sacrificio al que me someto gustosa. Max se tensa, está cerca. Me tira del pelo, gime, embiste y por fin noto su sabor en mi boca. No me aparto. Dejo que se corra y me lo trago sin pensarlo.

Pero no contenta con eso le ofrezco el remate final. Dejo que su polla abandone mi boca pero le doy una pasada final con la lengua. Levanto la vista, su expresión de satisfacción es la mayor recompensa. Le doy un último beso en la punta antes de volver a ponerle la ropa y abrocharle los pantalones.

Me pongo de pie, su respiración ya está normalizada, y antes de que pueda decir nada me abraza y me levanta, besándome de esa forma que sólo Max es capaz de besar.

—Cariño, me has dejado...

—¿Sin palabras? —insinúo poniéndole morritos.

—Seco —añade haciéndome reír.

—Bueno, se podría decir que son los efectos colaterales...

—Dame quince minutos, en tu cuarto, a media luz...

Remata su promesa, que a buen seguro cumplirá, con un azote en el culo y un guiño de lo más sugerente.

—Te tomo la palabra —murmuro.

No me queda otra opción que recuperar mi horripilante chándal, pero he triunfado con él, así que lo guardaré.

Desbloqueo el pestillo y con cuidado nos dirigimos a mi dormitorio. Nada más cerrar se abalanza hacia mí. Me coge en volandas y me deja caer en la cama para tirarse encima. Me sujeta los brazos por encima de la cabeza y sonrío como un perverso llevando a cabo sus propósitos.

—No han pasado ni cinco minutos —lo provocho retorciéndome bajo su agarre.

Separo las piernas, no todo van a ser dificultades, y Max se acomoda entre ellas. Sólo puedo poner una pega a todo esto: continúa inexplicablemente vestido.

Cierto que la camisa está abierta y los vaqueros también, pero yo necesito piel caliente, suavidad, aspereza... lo necesito a él.

—Te he mentado —dice todo con aire de superioridad.

Baja la cabeza y me besa, bueno, me devora la boca, para ser fiel a la realidad y yo, con el cuerpo prácticamente inmovilizado bajo su peso respondo con el mismo énfasis. Lo deseo, me desea. Eso es todo.

—Ya me he dado cuenta —replico juguetona.

—Esta vez quiero ir más despacio... —Tiemblo ante su tono, no es para menos.

Se pone de rodillas ante mí, yo me quedo con los brazos echados hacia atrás y mantengo los ojos bien abiertos.

—De acuerdo —miento descaradamente, pero se quita la camisa, hace una bola y la tira. Un gesto de lo más típico del catálogo de arrogancia masculina pero que disfruto como una loca. «Ahora vienen los vaqueros», me digo mientras su mirada sigue fija en mí y va desprendiéndose de ellos. Sólo queda su bóxer y yo me humedezco los labios.

—¿No vas a colaborar? —pregunta señalando con un gesto mi ropa.

Niego con la cabeza.

—Me gusta cómo me desnudas.

Media sonrisa, bóxer fuera y lo tengo encima de mí obedeciendo mis deseos. Esta vez deja la parsimonia y la delicadeza fuera del dormitorio. Mi conjuntito de lencería matahombres ha funcionado pero ahora ya no es necesario. Estoy tan desnuda como Max y lo quiero encima. Ya.

Pone las manos en cada una de mis rodillas, las desliza hacia abajo y sujetándose por los tobillos separa mis piernas, las dobla y me deja expuesta para su examen. Hace un gesto de asentimiento. Le gusta lo que ve. Espero que no sólo se conforme con mirar.

Me muestro paciente, aunque por dentro me hierve la sangre.

—Tengo que probarte —gruñe antes de meter la cabeza entre mis piernas.

Su lengua entra en contacto con mi clítoris y doy un respingo. Clavo los talones en la cama y arqueo las caderas. Es bueno, jodidamente bueno, pero lo quiero dentro de mí.

—Max...

No responde, sólo suaves murmullos de satisfacción, pero nada de atender mis demandas. Intento apartarlo, sin embargo me tiene bien sujeta de las caderas mientras su boca continúa haciendo estragos en mi sexo. Esto es una maravilla pero quiero que me penetre, sentir su polla dilatándose, tocando todas las fibras de mi interior como sólo Max sabe.

No me queda otra opción

—Fóllame.

Max levanta la cabeza, desde luego no se esperaba que fuera tan explícita en mis exigencias, pero por su expresión veo que he sido efectiva. Hoy no estoy yo precisamente para sutilezas. Su boca me proporciona un gran placer pero preciso más.

Gatea por mi cuerpo, dándome sonoros besos en el vientre, lame y muerde cada uno de mis doloridos pezones antes de alinearse con mi cuerpo. Me besa en la barbilla... en el cuello... hasta llegar a mi boca.

—Te quiero... —murmura junto a mis labios y no me hace esperar más.

Entra en mí, mi cuerpo le acoge. Gimo, jadeo, respiro con fuerza. Lo abrazo. Lo rodeo con las piernas.

—Te quiero —respondo jadeante.

No hay más que hablar.



Hay días en los que levantarse de la cama debería estar prohibido por ley. No se puede estropear un momento tan íntimo, tan bonito y tan emocionante. Percibo el calor que emana el cuerpo de mi amante a mi espalda y sonrío tontorróna. No sólo quiero su calor... Vuelve la Bea egoísta. Me acurruco junto al cuerpo desnudo de Max, cálido, acogedor y por supuesto adictivo.

Va a terminar llamándome sobona, pero no puedo evitarlo. Disfruto tocándolo, aunque sea de manera leve, no todo tiene por qué ser intencionado. Miento con descaro, aquí casualidad poca. Creo que hasta dormida me froto y refroto a la menor oportunidad. Y no contenta con ello muevo las manos a mi antojo. Tampoco escucho ninguna protesta por su parte, así que yo a lo mío, a recorrer el cuerpo de mi amante.

Claro que él tampoco se queda atrás. Su avasallamiento ha sido intensivo. No terminaba de coger el sueño cuando alguna parte de su cuerpo entraba en contacto conmigo. Ya no recuerdo la cantidad de veces que me ha puesto a tono, especialmente con su boca. ¡Por favor, qué ansia ha demostrado!

Y yo tampoco he jugado limpio. Cuando el pobre parecía caer rendido y me liberaba de sus ataques sexuales era yo, sin pizca de vergüenza, quien lo provocaba y le metía mano.

Ahora, cuando está amaneciendo, parece que no he tenido suficiente. Como si mi cerebro hubiera experimentado una especie de borrado general y necesitara recopilar toda la información posible.

Le acaricio el pecho, subiendo y bajando la mano por esos abdominales de infarto. Cuando llego a la altura de su ombligo reduzco la velocidad, bajo un poquito la mano pero en cuanto mis dedos rozan su vello púbico me vuelvo tímida y me aparto.

Únicamente deseo tentarlo un poco. Ver cuánto tarda en reaccionar, caldear el ambiente... lo justo para hacerlo sufrir un poco y darle a probar su propia medicina. Que cuando Max se lo propone sabe cómo tenerme en ascuas.

—Eres insaciable... —murmura con los ojos cerrados mientras se pone cómodo boca arriba por si yo decido pasar a mayores.

Me lo pienso... No, esperemos un poco más.

—Qué bien me conoces —replico juguetona y me limito a besarle un hombro. Si quiere que dé otro paso, que lo pida, de momento que se conforme con un beso. Luego ya veremos...

Me lo quedo mirando como una tonta y se percató de ello, abre un ojo, sonrío y vuelve a cerrarlo. El condenado sabe lo irresistible que es así, todo desnudote y despeinado por mis manos. Juega con ventaja y se aprovecha de ello. Algo tendré que hacer para igualar el marcador.

—¿Qué planes tenemos hoy? —pregunta estirándose en la cama. No se le borra la sonrisa bobalicona y mueve un poco las caderas indicándome el camino a seguir, como si no lo supiera ya. Me da a mí que tiene el mismo interés que yo en abandonar el calorcito bajo las sábanas: ninguno.

—Nada en el orden del día —contesto con voz ronca.

Y la verdad, sienta estupendamente decirlo. Vale, mi situación laboral es la causante, pero por lo menos, mientras dure, aprovecho las circunstancias.

Parece sopesar mis palabras mientras aprovecho para toquetearlo un poco sin llegar al centro neurálgico, ya tendré tiempo de jugar con su pene, que por cierto apunta maneras.

—¿Y el fin de semana? —inquire y se frota la cara.

Al levantar los brazos flexiona sus impresionantes bíceps y yo me quedo un poco tonta, por lo que tardo en contestar más de la cuenta.

—Ninguno.

—Perfecto.

Su respuesta hace que me replantee muchas cosas. Su tono deja entrever algo más, no sé, me suena raro que Max pretenda que nos quedemos sin hacer nada tantos días.

—¿Y eso? —pregunto con cautela.

Me incorporo a medias y lo miro. Él continúa con los ojos cerrados, con expresión de no haber roto un plato, y me mosquea. Esa media sonrisa no augura nada bueno.

—Tengo planes. —Va y me lo suelta así, sin más, enigmático, y eso me lleva a formular la siguiente pregunta.

—¿Planes? —Parezco un loro repitiendo sus palabras, pero si quiero llegar al fondo de la cuestión no me queda más remedio.

Si cuando dice «planes» se refiere a que tiene cosas que hacer por su cuenta tendré que asumirlo. Anoche me dijo que lo había dejado, pero ¿y si le quedan compromisos pendientes y no puede eludirlos? No, eso no puede ser, seguramente se refiere a algún tipo de compromiso referente a su proyecto. Sí, ha de ser eso.

—Conozco un sitio...

Siento una especie de alivio. Cuando dice planes, ¿se refiere a planes en los que me incluye o no? Mejor esperemos a que se explique.

—Una casa rural en...

—No —lo interrumpo y pongo una mano sobre su boca para impedirle continuar.

Esto me huele a viajecito romántico, lo cual agradezco, pero no en mis circunstancias. Tengo una llamada pendiente y voy a sentir mucho tener que rechazar el ofrecimiento de Marcel, que supone estar de nuevo sin perspectivas laborales a corto plazo y por ende no poder aceptar una escapada, por muy romántica que sea.

Ya sé que Max puede correr con todos los gastos sin que le suponga ningún problema, pero si de verdad queremos que esto funcione tendrá que asumir nuestras

diferencias monetarias. No permitiré que pague todo. Sé que esto puede ser un motivo de discusión y también que Max no pretende presumir, es sencillamente generoso, pero no quiero que esa generosidad se malinterprete.

—Déjame terminar. Veras, tengo unos amigos que regentan una casa rural en la que podemos pasar el fin de semana. El alojamiento es un regalo.

Pongo mala cara y no porque me disguste la idea. Pasar el fin de semana en un entorno tan bucólico nos vendría estupendamente, no lo dudo, sin embargo sigue existiendo un importante tema de debate que si no se trata a tiempo puede causarnos más de un disgusto.

—Max... —protesto. Aparto la mano de su pecho pero me agarra de la muñeca y la vuelve a colocar donde estaba: sobre su corazón. Ahora está relativamente relajado aunque espero que en breve se desboque.

—Escucha, Félix se viene con nosotros. Junto a la casa hay una pequeña granja escuela. Se lo pasará en grande.

Sabe muy bien cómo conquistarme el muy ladino. Me consta que no lo propone sólo por ganarse mi aprobación. Realmente se preocupa y se interesa por Félix; lo ha demostrado desde el primer día y en cada ocasión en la que han estado juntos. No, no lo hace por quedar bien y cumplir el expediente.

Me quedo pensativa... Desde luego con Max parece que viva en una montaña rusa. Digo yo que en algún momento acoplaremos nuestras diferentes formas de vida...

—Bien, mientras te lo piensas... —prosigue y me doy cuenta de que ya está despierto del todo—... veamos qué puedo hacer para pasar el rato.

Max, divertido, termina tumbándome debajo y enseguida noto sus labios en mi cuello. Supongo que cada mordisquito es una razón de peso para aceptar su propuesta. Pero no me decido, así que espero a que siga convenciéndome con sus argumentos.

Me ataca por dos frentes, mi teta izquierda y mi teta derecha: beso, chupetón, beso, mordisquito, y yo sigo sin decidirme. Estiro los brazos hacia atrás y cierro los ojos un instante con sonrisa bobalicona a juego. Dejémoslo que continúe argumentando...

Son razones de peso pero insuficientes.

—Mmmm —ronroneo moviéndome ligeramente bajo sus atentas explicaciones. Ahora su lengua está en mi ombligo, mojándolo y jugando de esa forma tan provocadora que a él tanto parece gustarle y yo tanto disfruto.

—Así da gusto —susurra justo a la altura de mi vello púbico—, ni un solo amago de oposición.

Levanta la mirada y se encuentra con mis ojos entrecerrados. Estoy loca por él, es irresistible. Es mío.

—Pues aprovecha la jornada de piernas abiertas —respondo aguantando la risa. ¿A quién se le ocurre bromear en una situación como ésta? Pues a mí.

Reconozco que antes jamás se me habría pasado por la cabeza asociar sexo y humor pero con Max, por lo visto, sucede de forma espontánea y lo disfruto, le añade a todo el asunto un toque diferente.

—Aprovechemos entonces —dice con voz ronca.

Con los pulgares acaricia mis labios vaginales y me los va separando hasta poder llegar a mi clítoris. Nada más rozarlo me muerdo el labio y arqueo las caderas.

Esto sí que son razones poderosas y lo demás son tonterías. Pero para mi más absoluta desesperación no continúa atendiendo mi sexo. Ahora se desliza hacia abajo, por la cara interna de mis muslos, besándolos alternativamente.

Sí, no puedo negar que resulta agradable, pero es insuficiente.

—No pierdas el tiempo —protesto y me incorporo a medias sobre los codos.

La imagen que veo es alucinante y me quedo corta. Max, de rodillas, desnudo, despeinado ante mí, besando mi piel, rozándome con su pelo y arañándome con su barba. Desnudo, empalmado y, para mi desesperación, perdiendo el tiempo.

De nuevo levanta la mirada y me sonrío. Pícaro, atractivo... tiemblo de anticipación. Continúa su descenso. Nunca pensé que mis rodillas fueran tan sensibles, pero lo son. Max besa cada milímetro de mis piernas hasta llegar a mis pies. Me acaricia el empeine, masajea la planta... ¡Qué gozada!

Cuando considera que ya me tiene lo suficientemente excitada (si me llega a preguntar yo le habría explicado que llevo en ese estado desde que he abierto los ojos) gatea sobre mi cuerpo. Se acerca a mis labios y me obsequia con un beso de éstos lánguidos, en los que su lengua me saborea por completo. Lo pego a mí, separo bien las piernas y meto como puedo una mano entre nuestros cuerpos. Su polla presiona a la entrada de mi vagina pero no pasa de ahí; yo voy a solucionarlo.

Lo agarro y dejo que se impregne con mis fluidos antes de empujar, sin embargo Max se ríe y se aparta.

—Ansiosa —me dice y coloca la mano sobre la mía. Así unidos, comienzo a masturbarlo, pero en vez de limitarnos a mover su erección la frotamos contra mi clítoris.

Gimo, fuerte, tan fuerte que Max tiene que taparme la boca besándome.

Jadeo contra sus labios, él sigue meneándosela entre mis piernas, proporcionándome unas sensaciones tan fuertes como si me estuviera penetrando. Aparto la mano y dejo que haga lo que quiera. Aprovecho para tocarle el trasero, ese firme y apetecible culo que me trae loca.

Los jadeos de Max se tornan cada vez más fuertes y añadidos a los míos dicen a las claras que aquello se va a descontrolar de un momento a otro.

Entonces siento el fuerte envite, gimoteo mezcla del alivio y la dilatación; acaba de metérmela de golpe para sacarla del mismo modo.

—Sí... —murmuro intentando controlar mi voz.

—¿Te gusta así, fuerte? —pregunta frenando un poco.

—Por supuesto —acepto encantada de que me esté follando de forma tan brusca.

No todo van a ser arrumacos, de vez en cuando se agradece un poco de agresividad.

Su pelvis choca contra la mía. Su pulgar frota sin piedad mi clítoris. Vuelve a imponer un ritmo severo, fuerte. Entra y sale de mi sexo con penetraciones rudas, rápidas, y yo me aferro a él. Con la misma pasión con la que él me folla lo abrazo.

La cama empieza a traquetear. Los muelles del colchón aún no chirrían pero poco les falta. Paso las manos por su trasero, no me canso de tocarlo y me muerdo el labio, algo indecisa. Quiero palmear ese culo. No sé de dónde me sale esta vena tan agresiva. Dudo un instante pero al final llevo a cabo mis deseos.

—Joder, Bea... —gruñe.

—¿Decías? —jadeo repitiendo la operación.

—Si quieres echar un polvo a lo bestia no tienes más que pedírmelo.

No es una protesta ni mucho menos. Por su expresión deduzco que le gusta y repito.

Parece volverse más salvaje y yo recibo encantada toda su agresividad en forma de arremetidas bruscas y poderosas.

Vaya forma de follar a primera hora de la mañana.

Supongo que anoche estábamos más sensibles como para dar rienda suelta a todos nuestros instintos más primarios. Sin embargo ahora no hay espacio para las inoportunas consideraciones. Lo estoy disfrutando, eso es lo importante.

—Más fuerte —le exijo y de nuevo acompaño mis palabras con una nalgada.

—Te vas a enterar. —Su amenaza eleva mi excitación de forma considerable—.

Vas a correrte como nunca.

Ni se me ocurre ponerlo en duda. Estoy desatada al completo.

—Max... —Respiro, gimo, respiro. Tengo la garganta seca.

Y me doy cuenta de que sólo Max consigue llevarme a este punto.

—¿Lo sientes, Bea? ¿Sientes lo bueno que es? ¿Lo profundo que mi polla entra en ti?

Esto es definitivo...

Aprieto las piernas, suelto su trasero y echo las manos hacia atrás. Vaya meneo que me está dando, vaya forma de embestir. Siento la presión cada vez más incontrolable en mi interior, tenso todo mi cuerpo a la espera de esa liberación. Será explosiva, no puede ser de otra manera.

Llego al orgasmo entre jadeos en voz baja y palabras inconexas.

—Joder... —masculla embistiéndome por última vez antes de caer desplomado encima de mí. Le acaricio la espalda. Percibo su sudor. No me importa.

Su respiración se va regulando y continúa en mi interior. Aprieto los músculos vaginales y Max ronronea. Culebrea mientras percibo sus risitas junto a mi oreja. Giro el cuello hacia un lado y una mala noticia en forma de hora estropea este precioso momento.

—Siento tener que decir esto, pero...

—Lo sé. —Me da un beso profundo antes de apartarse.

—¿Quieres ducharte primero? —le pregunto sin perderme detalle de cómo va tapando ese cuerpo tan espectacular que hasta hace bien poco jadeaba sobre mí. Ese pensamiento me hace apretar los muslos.

Sí, definitivamente me he vuelto una ansiosa.

—Por cierto, ¿te has pensado ya lo de la casa rural? —me pregunta con tonito de recochineo.

Me mira mientras se abotona la camisa blanca, que ayer lucía immaculada pero ahora parece un trapo de cocina con tantas arrugas. Efectos colaterales del frenesí erótico, me digo.

—¿Bea? ¿Fin de semana? ¿Casa rural? —De nuevo su tono de guasa ante mi silencio.

—Hmmm —musito porque estoy despistadilla. Verlo arreglarse es tan placentero como observarlo cuando se desnuda.

Y tiene razón, pues se me ha olvidado por completo. ¡Max y su forma de exponer los argumentos!

—¿Ya te has decidido? —insiste al abrir la puerta.

Me mira por encima del hombro de esa forma tan particular que hace que yo siga sin poder centrarme, pero sonrío y respondo:

—Deja que primero tome un cafelito, me espabile y te pierda de vista.

Max arquea una ceja; eso último no parece muy normal después de lo que acaba de suceder entre las sábanas, así que para no dejarlo con la intriga añado:

—Es que me distraes.

Se echa a reír y me deja sola.

Por obligación que no por devoción salgo de la cama y busco ropa con la que cubrirme antes de salir del dormitorio. Mientras me visto pienso en su propuesta y me doy cuenta de que para Max este tipo de situaciones son de lo más habitual. Está acostumbrado a vivir bien, a moverse en ambientes que no todos podemos permitirnos y por supuesto tiene un horario flexible.

Me recojo el pelo de cualquier manera, paso por el cuarto de baño y como está ocupado prefiero no caer en la tentación y me voy a la cocina. Me asomo a la habitación de Félix y veo que aún está dormido. No pienso despertarlo, ya tiene bastante el pobre con los madrugones de los días de colegio.

Mientras dejo que la cafetera acabe, marco en mi móvil el número de Marcel. Inspiro hondo, ahora tengo que rechazar su oferta; si Max ha hecho un sacrificio por mí lo menos que puedo hacer yo es corresponderle.

—¿Diga? —Marcel me responde al tercer tono.

—Buenos días, soy Bea. ¿Cómo estás?

—Impaciente por recibir tu llamada —me dice con su habitual tono educado pero sin parecer forzado. Sería una delicia tenerlo como jefe.

—Gracias por tener tanta paciencia conmigo —murmuro.

—No hay de qué.

Inspiro, estamos siendo formales y mareando la perdiz.

Max entra en la cocina, recién duchado y con ropa limpia. ¿De dónde la habrá sacado?

Pero tengo al teléfono a Marcel y debo atenderle.

—Verás, lo primero es agradecerte tu interés por mí. —Max me besa en el cuello cuando se acerca a coger unas tazas que están detrás de mí. Así es complicado mantener una conversación—. Pero, y créeme que lo siento muchísimo, no puedo aceptar tu propuesta.

Max, que no sabe nada, me mira arqueando una ceja. Le hago un gesto con la mano indicándole que luego le pongo al día.

—Lamento oír eso, Bea —dice. Su decepción es evidente.

—Marcel, tengo motivos muy importantes para rechazar tu magnífica oferta. No es una decisión que haya tomado a la ligera.

—Lo comprendo, no te voy a insistir más.

—Gracias —digo en voz baja. Este hombre es una joya. No tanto como la que tengo enfrente pero desde luego anda cerca.

—Pero si en algún momento cambias de opinión llámame, ¿de acuerdo?

—De verdad, no sé cómo agradecerte todo esto.

—Trabaja en mi restaurante —alega y se ríe discretamente.

—Son motivos personales, no puedo —termino emocionada mientras Max permanece sentado, atento, escuchando mis palabras. No quiero terminar llorando, pero todo esto me llega muy adentro.

—De acuerdo, no insisto más. Adiós.

—Adiós. Y gracias —me despido atropelladamente y dejo el teléfono sobre la encimera.

Respiro, sonrío. La decisión está tomada, no voy a mirar atrás ni voy a lamentarme. Mi futuro está sentado esperando y no hay más que hablar.

—Supongo que te preguntas con quién hablaba —murmuro.

Max no dice nada, se queda callado. Entiende que no puede exigir respuestas y al haber sido testigo de la conversación sabe que es algo importante para mí.

—Escucharé lo que quieras contarme —dice dándome un apretón en la mano.

—Era el encargado del Centfocs, supongo que lo conoces.

—Sí, he estado en ese restaurante.

No lo pongo en duda, es de la clase y la categoría que Max acostumbra a frecuentar.

—Me ofrecieron el puesto de chef.

—¿Y lo has rechazado?! —inquire sorprendido.

—Sí.

—Bea, ¿hablas en serio? ¿Lo has rechazado por mí? —Por su tono deduzco que no le gusta nada la idea y se siente molesto, así que tengo que apresurarme y sacarlo de su error.

—No —asevero sin parpadear ni dejar de mirarlo a los ojos.

—Entonces ¿cómo has podido decir que no?

—El puesto era para el restaurante que van a abrir en Madrid —le aclaro para que no siga sufriendo.

Max se queda pensativo. Está considerando, lógico por otra parte, todos los significados. Hasta hace apenas veinticuatro horas ninguno de los dos sabíamos qué rumbo iba a adquirir nuestra relación y por lo tanto yo podría haber escogido el traslado.

—Bea... joder... me dejas sin palabras.

Le sonrío, sé que es duro para él porque me conoce y es consciente de cuáles son mis metas profesionales.

Se pone en pie, se acerca, tira de mí para incorporarme y me abraza. Con fuerza, dejándome sin respiración. Acuna mi rostro entre sus manos y me mira; en ese instante sé que he tomado una decisión y que no puedo arrepentirme.

—¿Te he dicho ya que te quiero? —pregunta en voz baja.

Vuelve el osito mimosín a mi vida y yo le respondo, muy bajito, junto al oído:

—Sí, pero no me importa que me lo vuelvas a decir.

Eso parece complacerle y me toca los labios con el pulgar, los delinea con precisión y me regala un beso rápido antes de separarse de mí.

Salta a la vista que de ser posible ya me habría tumbado sobre la mesa, o subido a la encimera o a saber qué otra perversidad puesto en práctica. Sobra decir que yo no opondría resistencia.

Recobramos la compostura y nos sentamos a la mesa. Entonces caigo en la cuenta de que con tanta emoción he pasado un detalle por alto.

—¿Y eso? —pregunto señalando su aspecto imaculado—. Que yo recuerde no tenías ropa de recambio aquí.

—Vine preparado —responde arqueando una ceja mientras adopta una actitud chulesca que me encanta.

—¿Ah, sí?

—Pues sí —responde todo ufano.

Vaya, vaya, tenemos al señor gallito...

—¿Tan seguro estabas de poder salirte con la tuya?

Remuevo mi café aguantando la risa a la espera de su respuesta, que a buen seguro será otro alarde de arrogancia.

—A las pruebas me remito.

Me echo a reír, desde luego está que se sale.

En ese instante aparece Félix con su pijama de *Cars*, y al ver que Max ocupa su sitio lo mira. Pero, para mi completo asombro, da un rodeo y se sienta en la silla libre.

—Buenos días, Max. —Después me mira y ya me deja patidifusa del todo—. Mamá, ¿hoy no has hecho tortitas para él?

Max disimula la sonrisa, no muy bien la verdad, y para mi desesperación va y le

dice eso tan típico de «Choca los cinco, colega». Y mi hijo le sigue el juego, ni corto ni perezoso.

Max me guiña un ojo y yo resoplo.

¡Hombres! Ver para creer.



Max está realizando las gestiones precisas para irnos este fin de semana de turismo rural. Como yo intuía, a Félix le ha encantado la idea; qué digo encantado: ¡emocionado! Se ha comido sus cereales a toda prisa con tal de poder irse a su cuarto y así preparar la maleta.

Da gusto verlo así.

Cierto es que toda esta situación es nueva para él y que tarde o temprano tendré que hacerle entender que no todo es diversión y caprichos, pero dejémoslo que disfrute unos días más antes de regresar al cole y a la normalidad.

Hablaré de este asunto con Max, así como de muchos otros. Nos hemos reconciliado, sí, pero ahora toca ajustar nuestras vidas.

—Dos días, sí, es lo que tengo pensado —dice Max a su interlocutor.

Yo me lo quedo mirando, esa faceta suya no la conocía. Pero no me sorprende, habla con el mismo aplomo con el que siempre se mueve; desde el primer día que intercambié una mirada con él tuve esa sensación y no me equivoqué. Sus movimientos son relajados mientras se pasea por la cocina. Mira a través de la ventana, me mira a mí...

—Podríamos llegar a la hora de comer —prosigue él y yo no le quito ojo.

Puede parecer una estupidez e incluso una actitud pueril pero me excita verlo así, firme, tomando decisiones aunque sean sencillas.

Lo cierto es que tiene toda la planta de un ejecutivo; aunque esté en una cocina de dimensiones reducidas, su presencia impone... Muy mal ando yo esta mañana como para mirarlo con estas intenciones poco o nada honestas.

Max se da cuenta de mi escrutinio y me sonrío. Si supiera con exactitud lo que estoy pensando dudo mucho que se mostrara tan tranquilo mientras reserva una casa rural.

—¡Eso es estupendo! Allí estaremos —concluye y corta la llamada.

Deja el teléfono sobre la mesa de forma indolente y se cruza de brazos. Mi cara debe de ser un poema de lo más explícito, pues su expresión, divertida, dice a las claras que no le importaría lo más mínimo que compartiera mis pensamientos con él.

—Todo arreglado —comenta iniciando la conversación, aunque sé que espera que mi respuesta no se limite a alabar sus cualidades a la hora de hacer una reserva.

—Me parece muy bien —respondo tranquilamente.

—¿No vas a compartir tus pensamientos conmigo? —me provoca acercándose a mí, sujetándome por la cintura y mordiéndome en el cuello.

«Esto es un no parar», pienso mientras le facilito el acceso girando la cabeza.

—Esta noche, ¿aguantarás? —lo provocho regalándole una pasadita rápida por la bragueta de sus pantalones antes de separarme.

En ese instante suena su teléfono; Max hace una mueca de disculpa.

—Es mi abogado —comenta.

—Te dejo entonces.

—Sí, dime, ¿qué ocurre?

Tengo muchas cosas que hacer y para demostrarle que no voy a ser una curiosa-celosa-obsesiva que escucha sus conversaciones lo dejo solo en la cocina y me paso por la habitación de Félix para comprobar qué está haciendo.

Me le encuentro a medio vestir, delante de su armario.

—¿Qué ocurre, cariño? —Entro y me acerco a él con una sonrisa.

—Mamá, en el campo ese adonde vamos, ¿hay más niños? —me pregunta arrugando la nariz.

—Creo que sí.

—Vale, lo pregunto para llevar más juguetes.

—Félix, sólo van a ser dos días, no puedes llevar muchas cosas —le explico sonriendo.

—Voy a preguntárselo a Max por si acaso.

¡La madre que lo parió!

Me deja allí plantada con cara de tonta y se va sin más. No me quiero perder por nada del mundo la conversación que van a tener esos dos sobre el contenido del equipaje. Por supuesto seré mala y no diré nada, a ver cómo se las apaña Max cuando Félix empiece a detallarle todo lo que quiere meter en su deportivo. Porque el coche será una pasada pero no es un monovolumen familiar.

Max continúa hablando por el móvil, no se lo ve muy a gusto y mi hijo espera paciente junto a él.

Me emociono. Todavía no llego a comprender la clase de conexión que se ha establecido entre ambos. Cierto es que Max tiene ese no sé qué que conquista a todo el mundo, pero los niños siempre son los más difíciles de convencer. Da igual, dejémonos de consideraciones.

—Está bien, está bien... —Max prosigue su conversación.

Se pasa la mano por el pelo, hace gestos de resignación. Me mira de reojo.

—Félix, vamos a jugar un rato al salón —propongo a mi hijo y así lo dejo a solas.

—¿Le hiciste la oferta? —Hace una pausa para escuchar la respuesta—. ¿Y tiene que ser hoy?

No sigo oyendo pues cierro la puerta del salón. No voy a obsesionarme ni a desconfiar, me repito. Además, está hablando con su abogado, nada de que preocuparme.

Max entra en la sala a los cinco minutos y Félix no le da tiempo ni a sentarse.

—¿Cuántos juguetes caben en el maletero de tu coche? —dispara a bocajarro y me hace reír.

Max le revuelve el pelo.

—¿Por qué?

—Porque quiero llevar muchas cosas. Como habrá más niños así tengo juguetes para todos.

Lo observo, a ver cómo sale de ésta.

—Félix, lleva los juguetes que quieras... pero sólo son dos días, así que piensa bien cuántos vas a necesitar.

Mi hijo parece razonar su propuesta y se marcha a su cuarto. Veremos qué poder de convicción tiene Max y qué poder de contención muestra Félix.

—¿Todo bien? —le pregunto cuando se sienta a mi lado en el sofá. Ya no parece tan alegre como a primera hora.

—Más o menos —responde con una mueca.

¿Ahora qué hago? ¿Sigo preguntándole o espero a que él me lo cuente?

Si le pregunto lo puedo poner en un compromiso, pues tal vez no quiera hablar de ello. Y si me quedo callada y necesita contármelo pensará que no me interesan sus problemas.

Maldita sea, ¿dónde está el manual de relaciones? Me vendría bien leer el capítulo uno: Primeros pasos.

Max me acaricia el rostro. Yo mantengo la sonrisa.

—Era Antonio, mi abogado —murmura. Se pasa de nuevo la mano por el pelo—. Me ha llamado porque... —Su silencio no augura nada bueno—. Para darme una noticia que esperaba desde hace unos días.

Pues debe de ser de las malas por la cara que pone... «Tranquila, Bea», me digo.

—Verás... vamos a tener que aplazar nuestro fin de semana.

Pongo cara de circunstancias.

—No pasa nada —le digo para tranquilizarlo.

—Es algo relacionado con los terrenos donde voy a construir el *resort* —añade.

Pues no entiendo el motivo de su disgusto.

—De acuerdo. De verdad, está bien. Hablo con Félix, ya verás como lo entiende.

—Joder, me apetecía llevaros fuera, pasar estos días juntos... —se queja.

Me acerco a él y lo acaricio. Necesita unos mimitos y yo estoy dispuesta a dárselos. No todo lo efusivos que quisiera debido a las circunstancias pero sí lo suficientemente efectivos como para tranquilizarlo.

—¿Quieres venir conmigo, mancharte de barro y ver el solar? —inquiere algo más relajado al ver que no me pongo de morros.

De todas formas, ¿por qué no iba a hacerlo? Se han torcido los planes, pero no pasa nada.

—Vaya, ¿quién puede negarse a una propuesta tan romántica?

—Mañana a media mañana. Llamo a Antonio y que fije la cita. Hoy ya es tarde.

Tras hablar con su abogado lo hace con mi hijo y éste parece tomarse bien el aplazamiento, en especial cuando Max le propone una salida, palabras textuales, sólo de chicos; como no podía ser de otro modo usa un tono cómplice, por lo que Félix se anima de inmediato. Para él es algo nuevo, y se muestra encantado con irse por ahí

con Max; por lo visto hay cosas que no se pueden hacer con una madre. Ya me enteraré luego de cuáles, no le doy más vueltas. Así que tras la comida los dos se van a saber adónde y yo me quedo en casa, más sola que la una.

No me quejo, lo cierto es que si lo pienso detenidamente es un regalo.

Tiempo, ese tiempo del que no siempre dispongo. Aprovecho para ponerme guapa. Es decir, exfoliación general, que ya va siendo hora de estrenar esa caja de jabones aromáticos que anda por ahí perdida. No se hable más, a exfoliarse y a poner musiquita ambiente.

Voy a la sala y miro mi colección de CD, me apetece algo sugerente. Reviso el estante hasta que encuentro mi disco de baladas, ese que todas tenemos para momentos tontorrones. Pues bien, ha llegado el momento de hacer gasto y usarlo.

—Perfecto —murmuro sacándolo de su estuche y colocándolo en el reproductor.

Me meto en el baño y con música de fondo lamento no tener una de esas bañeras para tumbarme a la bartola, sin embargo las notas de *She*^[11] logran que me olvide de las limitaciones logísticas y disfrute de mi chapuzón.

El gel de vainilla huele divinamente. Mis manos pasan y repasan mi cuerpo. Sobra decir lo sensibilizada que estoy. Me imagino que no son las mías, sino las de Max, las que extienden el jabón, las que frotan hasta hacer espuma. Las que recorren mi pecho, mis muslos...

Con los ojos cerrados, apoyada en la pared de azulejos, me recreo una y otra vez hasta que las sensaciones vividas la noche anterior regresan a mí.

Me he excitado, y mucho. Una de mis manos se detiene justo encima de mi sexo. Me acaricio, primero con suavidad, sin embargo noto que no puedo detenerme. Separo más las piernas, dudo, me muerdo el labio, pero al final me toco, busco mi clítoris y presiono.

El gemido es instantáneo.

Ahora suena *Your Song*^[12], otra de mis baladas favoritas. Mis movimientos van cogiendo velocidad. Mis gemidos son más intensos. Mi imaginación más desbocada. Pienso en la cara que se le quedaría a Max si de repente llegara y me encontrara masturbándome en el baño.

¿Qué haría? ¿Me dejaría terminar sin perderse un detalle? ¿Se uniría a mí? ¿Compartiríamos una sesión de autosatisfacción? ¿Un «Mira cómo me toco»?

No puedo creer a qué punto estoy llegando con la ayuda de mi ingenio.

—Mmmm —ronroneo.

Si pudiera elegir... preferiría que no me tocara, que se quedara quieto, observando cómo me masturbo para él, cómo con el recuerdo de sus manos llego al orgasmo aunque sean las mías las que realizan cada movimiento. Hasta podría provocarlo aún más diciéndole que son sus pensamientos los que me guían. Sí, definitivamente esto tenemos que hacerlo en alguna ocasión.

Estoy cerca. Presiono con fuerza. Busco un pezón y me pellizco hasta sentir ese ramalazo de dolor que da paso al placer. Me muerdo el labio, muevo las caderas y

llega... me corro con un gemido ahogado por el ruido del agua cayendo sobre mi cuerpo.

No sé cuánto tiempo he permanecido bajo el chorro de la ducha, pero me encuentro estupenda. Sonrío como una tonta. Una tonta enamorada, que conste.

Una vez fuera de la ducha me seco el pelo con la toalla sin cubrir mi cuerpo. Me observo en el espejo del lavabo medio empañado. Mi rubor me delata, pero no voy a avergonzarme por nada.

Lo he disfrutado y espero que algún día se cumpla mi fantasía y Max sea testigo.

Sólo de pensarlo me enciendo de nuevo.

No me han dicho a qué hora van a regresar de sus «cosas de chicos», así que sigo con mi periplo de cuidados. Quiero que cuando Max se acerque y me huela se le abra el apetito.

Busco dentro de la cesta la crema con extracto de naranja, destapo el frasco y sonrío: es perfecta. Bajo la tapa del retrete y me siento para extenderme la crema y entonces tengo una especie de revelación divina. Mi piel va a quedar extra suave y bien puedo darle una sorpresa adicional. No me lo pienso dos veces. Abro el armario del baño y rebusco hasta que encuentro una maquinilla desechable.

Nunca me he atrevido, y aunque sé que muchas se rasuran el pubis a mí siempre me ha dado un no sé qué ahí abajo. Sin embargo estoy decidida a seguir adelante. Con mucho cuidado, no vayamos a tener un disgusto, recorto el vello púbico antes de enjabonarme y pasar la cuchilla. Poco a poco voy descubriendo mi piel, esa parte que hasta ahora había permanecido oculta. No pasaba jamás de la línea del biquini, hasta me daba «cosa». No obstante ahora me siento diferente, atrevida... mala.

Hidrato mi piel y en especial esa zona y me planto delante del espejo para mirarme. ¿Cómo algo tan tonto puede resultar tan curioso?

Sonrío. Ya está hecho.

Empiezo a vestirme y nada más ponerme las bragas noto la diferencia. La piel, ahora desnuda, percibe cualquier roce. Ya estoy imaginando cómo se amplificarán las sensaciones en cuanto Max me toque... una vez recuperado de la sorpresa, claro está.

Termino de vestirme y aunque mi apariencia exterior sea la de siempre, chándal cómodo —el mejor que tengo, eso sí—, por dentro me siento diferente.

Bueno, en realidad me siento diferente por muchas cosas. Mis chicos andan por ahí pasándose la pipa y yo quiero que cuando regresen disfruten de una cena de primera.

Así que decidida, animada y con ganas de pasar un buen rato en la cocina, me pongo a ello. Canturreo al tiempo que me meto en faena.

Suena el teléfono, veo que es María. Supongo que sigue preocupada y yo, presa de la euforia posreconciliación, ni me he acordado de llamarla.

Qué mala persona soy.

—Dime —respondo animada sujetándome el teléfono de mala manera entre cuello y oreja, cosa que no se debe hacer por el bien de las cervicales, pero que no

puedo evitar si tengo las manos metidas en harina.

—Te veo muy alegre, ¿qué ha pasado en estas últimas veinticuatro horas? — pregunta y percibo su suspicacia, la cual, por otra parte, tiene toda la lógica del mundo. Ayer era una acelga mustia y hoy parezco la alegría de la huerta.

—Max vino anoche...

El grito que pega hace que casi se me caiga el móvil.

—¡Lo sabía! —chilla. Parece que hasta está dando palmas.

—Si lo sé te mando un mensaje, me has dejado sorda —protesto aunque nada empaña mi estado de ánimo.

—¿Y qué hizo? ¿Qué te dijo? ¿Cómo fue? ¿A qué hora llegó? ¿Ha pasado la noche en tu casa? ¿Habéis dormido juntos? ¿Es definitivo?

Pongo los ojos en blanco ante la batería de preguntas de María.

—Coge aire, anda, que te vas a ahogar.

—Deja de andarte por las ramas. ¿Cómo fue? —inquire toda emocionada.

—Cualquiera diría que eres tú la afortunada.

—Pues casi. Si lo piensas detenidamente verte depre no me gusta; no me conviene.

«En eso tiene toda la razón», pienso con una sonrisa.

—Y cuanto estás de bajón te da por cocinar cosas riquísimas que van directamente a mi trasero. Así que tu reconciliación con Max sólo tiene ventajas para mí.

Me echo a reír; María y sus procesos mentales.

—Vaya, gracias —murmuro algo picada—, no volveré a hacer cosas riquísimas —la amenazo utilizando sus propias palabras.

—Bah, no seas boba, era una forma de chincharte. Bueno, ¿y...?

—María, ¿no pretenderás que te dé todos los detalles?

—Pues sí, hija, soy mayor de edad, puedo ver una peli para adultos —bromea sin piedad.

—Sólo te diré una palabra... —Hago una pausa para dar más emoción al asunto —: Mmmm.

—No sabes cómo te envidio —dice riéndose.

—Oye, pues coge a tu maridito por banda y ya sabes...

—¿Sabes qué? Que tienes razón, voy a ver si esta noche lo pillo animado y nos damos uno de esos homenajes, como de novios.

Pienso en mi cuñado, no creo que tenga que esforzarse mucho para convencerlo.

—No me lo recuerdes —comento entre risas—, todavía me acuerdo del día que os pillé en tu habitación dale que te pego.

—Éramos tan jóvenes —dice soñadora—. Sí, definitivamente esta noche hay folleteo en mi casa.

—Pero luego no hace falta que me lo cuentes —le advierto por si acaso entre risas.

—No seas tonta...

En ese instante oigo la puerta de casa, mis chicos ya están aquí y yo dándole a la sin hueso con María. La cena a medio preparar y ellos seguro traen un hambre leonina.

—Te dejo, Max y Félix han llegado.

—Mañana te cuento.

—No, mañana no me cuentas nada. Adiós —me despido de forma un tanto brusca aunque sé que mi hermana no me lo tendrá en cuenta.

Max entra en la cocina, aún con su abrigo puesto, se acerca, mira por encima del hombro lo que me traigo entre manos y murmura:

—Delicioso...

Más que murmurar ronronea, pero no le mencionaré que me gusta ese tono.

—¿Qué tal os lo habéis pasado? —pregunto a los hombres de mi vida.

—¡Genial! Hemos ido al cine, a ver una de esas que te dan gafas.

—Una en 3-D —apostilla mi hombre.

—Sí, eso. Después nos hemos ido a... —De repente se calla y me vuelvo. Por su cara deduzco que eso no tenía que contármelo.

—A comprar chuches —interviene Max en un burdo intento de salvar la situación.

—Chuches, ¿no? —pregunto dando a entender que a mí, la madre-vigilante, no se me puede engañar.

—Sí, eso, muchas chuches —añade Félix mirando a Max.

—¿Y dónde están?

—Vale, tu madre nos ha pillado —admite el otro adulto presente en mi cocina—. Hemos estado en el centro comercial, de compras.

Quiero ponerme seria. Le dejé bien claro a Max que nada de regalos caros ni caprichos tontos. Pasar la tarde juntos no significa complacer cada uno de los antojos de Félix. Mi hijo, como cualquier crío, pide lo que ve sin ser consciente del valor de las cosas y no quiero que se acostumbre a que antes de abrir la boca ya tenga a su alcance cualquier cosa.

Lo dejo pasar porque delante de Félix no lo voy a regañar, pero, cuando estemos a solas, primero le cantaré las cuarenta y luego lo sorprenderé.

Que lo cortés no quita lo valiente.



Nunca pensé, cuando me vine a vivir a este apartamento, que algún día se desarrollaría una de esas escenas tan típicamente domésticas que ya había descartado. Decidí afrontar la maternidad en solitario y no me he arrepentido nunca de esa decisión. Hubo momentos duros, momentos de no saber ni por dónde me daba el aire y momentos en los que dudaba de si alguna vez podría encontrar a esa persona con la que compartir no sólo sábanas sino también momentos como éste. Encontrar a un hombre que acepte a mi hijo y con el que además, como ha sido el caso, ha conectado de forma tan espontánea. No negaré que sentía cierto temor por volver a confiar en un tipo, en enamorarme de nuevo, porque aprendí, a base de disgustos y palos, que no todo son palabras bonitas e instantes románticos. Salí escaldada de una relación en la que prefiero no ahondar. Quizá me ha mantenido anestesiada y Max, no sé cómo, ha conseguido despertarme y que regrese a la vida. Soy una mujer que hasta no hace mucho tenía adormecida una parte de mi vida. Por miedo, por costumbre o por lo que sea. Lo importante es que ahora él está aquí, con nosotros.

Los miro allí juntos y tengo que respirar profundamente ante las emociones que amenazan mi control. No quiero parece una llorona pero no es para menos. Sigo sin entender cómo soy tan afortunada. Tengo miedo, no lo niego, pese a que a Max no se lo menciono, a que esto no sea más que un espejismo. El miedo me juega malas pasadas. Creo que de un momento a otro todo esto puede explotar e irse a la mierda.

No sé, quizá estoy siendo paranoica...

Tras cenar y que mis chicos me ayuden a dejarlo todo recogido, nos hemos dirigido al salón con la idea de ver un rato la tele, aunque, como ya me lo barruntaba, han terminado encendiendo la videoconsola.

No ha salido la madre-regañona que a todo dice no porque Félix mañana no tiene colegio y le permito acostarse algo más tarde de su hora habitual. También he de reconocer que a cada minuto que pasan juntos se van estrechando los lazos entre ambos y eso para ellos significa mucho.

A veces pienso que Max, a través de mi hijo, vive una segunda infancia, esa que por las trágicas circunstancias que me contó no pudo disfrutar. Si a eso le sumamos que mi niño tiene a su lado a alguien que actúa como un padre, pues miel sobre hojuelas.

De vez en cuando Max desvía la mirada y me sonrío. O me guiña el ojo, o me provoca para que eche una partidita. Sí, claro, y así me dejan en evidencia. Me niego en rotundo y me entretengo con uno de mis muchos libros de cocina. Nunca está de más repasar cosillas. Aunque me concentro poco o nada y me doy cuenta de que me quedo mirándolos embobada con una sonrisilla en la cara. Supongo que son estos momentos sencillos y caseros los que hacen sentirse bien.

Compruebo la hora y me doy cuenta de que se me ha ido el santo al cielo. Tan absorta en mis cosas estaba que ni me he enterado.

—Venga, chicos, que ya lleváis un buen rato. —Interrumpo su mundo virtual porque ya es hora de que el peque se vaya a la cama.

—¡Mamá, un poco más! —protesta, como era de esperar.

Max mira para otro lado. Vaya, vaya, tenemos motín a bordo.

—No, que se ha hecho muy tarde.

—Max, díselo tú —insiste Félix—, ahora no podemos dejar la partida.

Max se ríe, el muy traidor, complicándome la tarea. Si ya lo sabía yo, ahora va a resultar que tengo dos niños: el de cinco y el de treinta y cinco.

—Venga, que te pongo el pijama y a la cama. —Me mantengo firme porque si no termino cediendo y mi autoridad queda en entredicho. Me encantaría dejarlo hasta que se aburriera del juego, pero tiene que aprender a acatar las órdenes de su madre. Por muy regañona que ésta sea.

—¿A Max también le vas a poner el pijama? —me replica con puchero incluido.

El sonrojo acude ipso facto a mi rostro. Los niños y su ingenuidad, mala combinación.

—Yo lo que diga tu madre —añade el niño grande.

Es para darle con la mano abierta, así no hay manera...

—Vale, pero que Max me lea un cuento.

Los dos se ponen en pie, apagan la videoconsola antimadres y se marchan al dormitorio.

Hoy, a petición de Félix, Max se va a encargar de acostarlo. Sé que mi hijo va a aprovechar la ocasión para que le lea más de un cuento, pero no voy a intervenir.

Me lavo los dientes y me ocupo de mis cosillas, entre las que se incluyen: revisión de ropa interior, que con la exfoliación y depilación hay que cuidar los detalles aunque hoy he optado por algo no muy evidente; buscar vela aromática de esas que siempre te regalan por compromiso y mira por dónde hoy vamos a hacer gasto; morderme las uñas de forma absurda por la espera; sonreír como una niña traviesa ante lo que Max va a encontrarse... Y por fin llego a mi alcoba.

Con la puerta entornada de mi dormitorio los oigo. Los dos hablan y hablan en voz baja, comentando sus cosillas, y yo no puedo hacer otra cosa que sentirme afortunada.

Mientras espero sentada en la cama con un libro en las manos que soy incapaz de leer —pues por absurdo que parezca estoy algo nerviosa— intento respirar. No hay motivos para el nerviosismo. Cierto que quedan mil cosas en el aire pero no debería preocuparme por adelantado. Sin embargo, es complicado no darle vueltas a la cabeza. Ahora estoy sin trabajo, Félix de vacaciones y Max también sin ocupación (mejor no recordar eso) hasta que se meta de lleno en su *resort*, eso sí, con medios para vivir, cosa que yo, en breve, no podré decir.

Ha pasado sólo un día, no hemos hablado de cómo vamos a organizarnos. Puede

que sigamos inmersos en la euforia de la reconciliación pero tarde o temprano habrá que hablar de nuestra relación.

Oigo pasos y el suave clic del pestillo. Félix ya ha caído y Max ha entrado en el aseo. De nuevo ese escalofrío, ese hormigueo de anticipación.

«Dejemos los problemas para el día, disfrutemos de la noche», me digo en silencio.

Recoloco las sábanas, no sé muy bien cómo esperarlo en la cama. ¿Pose modosita o descarada?

Sólo me he dejado puesta una camiseta y un tanga, nada provocativo, un atuendo de lo más habitual para irse a dormir.

Max entra en el dormitorio y empuja la puerta con tranquilidad. Me doy cuenta de que debería ir pensando en colocar un pestillo, por lo que pueda pasar.

Se queda parado frente a la cama y me mira durante unos segundos antes de sacarse los zapatos de un puntapié.

Dejo la novela a un lado y me dispongo a disfrutar de su desnudo, que a buen seguro será integral. Pero no por ello abandono la idea de regañarlo.

—¿No tienes nada que contarme? —le pregunto y observo cómo intenta buscar una salida honrosa. Sabe perfectamente por dónde van los tiros.

Para despistarme se quita los pantalones. Casi casi lo consigue.

—Depende —me replica todo chulo.

Ahora la camisa ya es historia, y dentro de poco lo será su bóxer.

—Max, espero que no te moleste, pero si esta tarde con Félix has tenido un arrebato consumista...

—Tranquila —murmura, pero sigo con la mosca detrás de la oreja—. No he tenido ningún arrebato de esos que tú dices —me mira de forma sugerente—, aunque si es posible me gustaría tener algún que otro arrebato en este momento.

—¿De qué tipo? —pregunto con rapidez y me doy cuenta de que he caído en su trampa—. Da igual. —Sé que lo voy a averiguar en breve—. De verdad, Max, entiéndelo, tienes que frenar un poco, no quiero que Félix se haga una idea equivocada.

—Lo sé —alega apartando las sábanas de su lado de la cama—. No tienes que preocuparte por nada, ¿de acuerdo?

Me lo dice con su tono de conquistador convincente que no me deja otra opción: le sonrío y le acaricio la mejilla.

Éstos son esos instantes que, pasada la euforia, tienes que aprender a encajar. No sé si va a ser fácil ajustar nuestras respectivas vidas. De momento es la segunda noche que pasa en casa, pero ¿hasta cuándo?

Max no ha mencionado el asunto. Cierto es que parecemos acoplarnos sin problemas. Él asume mis limitaciones logísticas y parece amoldarse a ellas. Por ejemplo ahora estamos los dos como si nada. Como si lleváramos años viviendo juntos y hubiera llegado la hora de acostarnos. Una rutina sin complicaciones.

Lo siento a mi lado y aún más cuando se estira y coge la novela que tengo empezada desde hace siglos. La abre justo por donde he dejado el marcapáginas y le echa un vistazo.

—Interesante... —murmura asintiendo.

Pues menos mal que no está en los capítulos más calientes, que si no... tendría que prestarle un abanico.

Cierra el libro y me lo devuelve con una sonrisa.

—¿Y bien? —inquire cruzándose de brazos.

Max no hace ningún movimiento y yo menos aún. Parecemos dos tontos del culo, apoyados en el cabezal, de brazos cruzados.

Aquí el problema que yo veo es la falta de experiencia. Yo no soy un ejemplo de relaciones conyugales felices e intuyo que Max se encuentra tan perdido como yo. Levanta una mano y me acaricia el brazo. Bien, eso es un acercamiento. Me vuelvo y lo miro.

—Te va a parecer una estupidez, pero ¿es así como funcionan estas cosas? —pregunto y Max me devuelve la sonrisa.

—Si te refieres a una relación seria pues ando muy pez, la verdad. —Que acompañe sus palabras con una sonrisa traviesa no lo va a salvar de mantener una especie de conversación seria.

—Pues vamos listos —comento poniendo los ojos en blanco.

—Tendremos que aprender sobre la marcha —sugiere.

Percibo su tono de guasa. Se lo debe de estar pasando en grande a costa de mi apuro pero quiero sentar una especie de bases. Aunque me da a mí que un ciego no puede guiar a otro ciego.

—Está bien. Empieza tú. —Le paso la pelota divertida.

—Como deseas... —Peligro, su tono me inquieta—. ¿Con luz o sin luz?

Su pregunta es una encerrona en toda regla pero sé que tengo un as en la manga y que o bien con el sentido del tacto, o bien con el de la vista voy a sorprenderlo.

—Como tú prefieras —respondo intentando que mi voz suene lo más sensual posible, que eso siempre da pistas de qué camino tomar.

Lo cierto es que cambian por completo las cosas. Cuando mantienes una relación en la que sólo dispones de unos ratos para estar juntos lo primero que te apetece es lanzarte a los brazos de tu amante, pero ahora que compartimos cama y no tenemos la hora pegada al culo no tengo muy claro cómo se inician los acercamientos.

Mientras me devano los sesos estableciendo una especie de pautas a seguir en esto de las relaciones estables, Max se levanta de la cama y me muestra su firme trasero, pero aparte de eso su reacción no hace presagiar nada bueno. Abre mi armario y busca sólo él sabe qué hasta que se vuelve con un pañuelo en la mano y una sonrisa deslumbrante en el rostro.

—Yo no me refería a... —Me callo cuando agita un trozo de tela delante de mis narices. No quiero ni pensar en el propósito.

Es uno de esos pañuelos que te regalan con una revista, de un verde horroroso. Lo tenía ahí sin atreverme a tirarlo, de esas cosas que te guardas sin saber por qué.

—Perfecto —dice acercándose a mí.

Si él lo dice...

Me estremezco y no es para menos. Deduzco que quiere vendarme los ojos y yo no muestro ningún signo de estar en contra. Se acerca, se queda frente a mí, me rodea con mi pañuelo y quedo a su merced.

Él tiene intactos todos los sentidos y yo me veo privada de uno fundamental.

A pesar de estar en inferioridad de condiciones me excito por el simple hecho de quedar expuesta ante Max. Es al único al que le he permitido tal idea.

Me levanta los brazos en silencio. Sólo nuestras respiraciones se oyen en la alcoba. Desnuda de cintura para arriba no puedo saber cuál será su próximo movimiento, pero cuando las yemas de sus dedos rozan la cara interna de mis brazos se me ponen todos los pelos de punta.

Me mantiene con las manos en alto, aunque desconozco el motivo. Me besa cerca de la axila, un punto a priori poco o nada frecuentado en estas cosas de los preliminares pero, y yo no tenía constancia de ello, muy estimulante. Mi primer gemido lo confirma.

—Recuerda, no puedes gritar ni hacer excesivo ruido.

Como si no lo supiera...

Aparta las sábanas, sólo llevo encima el escueto tanga negro. Me ayuda a recostarme. Yo sé que está desnudo y al no verlo utilizo mi memoria para recrearme. Quiero tocarlo y muevo a ciegas una mano. Max me la coge, deposita un beso y me aparta de su cuerpo.

—Todavía no.

—¿Por qué? —protesto.

—Porque no.

«Sí señor, ésa es una razón de peso», pienso con ironía. Sin embargo, cuando sus manos se detienen justo por encima de la fina tira del tanga mando a paseo cualquier razón. Lo que siento ahora, lo que siento por Max, es lo que debe importarme.

Recorre con el dedo el borde que marca mis caderas, de izquierda a derecha, y de repente siento algo húmedo en esa misma zona.

—¡Max! —exclamo revolviéndome ante el toque de su lengua.

Lo oigo reír por lo bajo.

—No sé si rompértelas de un tirón o quitártelas a mordiscos... —reflexiona sin separarse apenas. Sentir su aliento a la altura del estómago y no gritar es toda una proeza.

—Haz lo que consideres oportuno. —Mi voz contiene un deje de desafío. No me extraña, siento la humedad en mi sexo, los nervios en el estómago y la respiración agitada.

Mete un dedo por debajo de la tira y dejando a un lado alardes de rompebragas —

que levante la mano el tipo que no haya deseado hacerlo— empieza a deslizar el tanga hacia abajo...

—Joder —gruñe al tener una visión completa de lo que yo, con tanto mimo, he preparado.

Yo permanezco quieta, con los brazos extendidos en cruz. Que se recupere de la impresión.

Termina de deshacerse de mi ridícula ropa interior. Pasa una mano por mi pubis rasurado, despacio, como queriendo memorizar la textura. Yo arqueo, involuntariamente o no, las caderas. Su toque es bueno pero insuficiente.

Continúa tocándome de forma casi reverente, como si no se lo creyera. Es una pena no poder ver su expresión. Aunque me la imagino.

—¿No dices nada? —musito moviendo la cabeza de un lado a otro y agudizando el oído ante cualquier cambio que se produzca.

—Me has dejado sin palabras, cariño.

Sonrío, no puedo evitarlo.

—Espero que al menos te quede iniciativa —replico y de nuevo mi voz delata mi estado de excitación.

Su mano prosigue ese sutil recorrido por esa parte de mí que ha permanecido oculta durante tantos años. Separo un poco las piernas, ya que le gusta observar que no encuentre obstáculos. No le parece suficiente y Max, con un gesto impaciente, me agarra de las rodillas para ponerme a su gusto.

Me limito a inspirar profundamente.

Una, dos veces. Con un dedo recorre mis pliegues; mi humedad es palpable. Vuelvo a coger aire. Oigo cómo se mueve. Su respiración lo delata. Siento su aliento cerca de mi sexo. Me muerdo el labio. Me retuerzo expectante...

Está cerca, lo siento; su boca deposita un suave beso donde antes se hallaba mi vello púbico. Saca la lengua, lame toda la zona y su dedo entra en mi vagina. Lo curva para presionar en mi interior.

—Mmmm... Delicioso —ronronea y se mueve un poco más abajo. Lo justo para atrapar mi clítoris entre sus labios.

Ahora soy yo quien se ha quedado sin palabras. Doblo las rodillas, continúo con los brazos extendidos, sin verlo pero sintiéndolo... Así, privada de un sentido, se agudiza el resto.

Va a resultar extremadamente complicado permanecer quieta mientras su boca me devora, me conduce al borde, me hace jadear cada vez con más intensidad.

—No voy a detenerme hasta que te corras.

Y cumple a rajatabla su promesa.

Su lengua parece no saciarse de mí. Recorre cada recoveco, unas veces de forma suave y otras presionando con tal maestría que dudo poder aguantar mucho más. Presiona, lame, succiona... todo cuanto hace me vuelve loca y me acerca al orgasmo. Me arqueo inquieta, necesitada y ansiosa. Max sabe muy bien cómo mantenerme en

la cuerda floja. Me acerca, me aleja... logra mantenerme expectante, que no decaiga mi excitación.

—Lamerte es un placer... —prosigue separándose lo imprescindible para decírmelo—. Tan suave...

—Mmmm —mis gemidos y/o ronroneos aumentan de intensidad.

No es para menos. Lo siento, lo percibo, ya es incontrolable. El orgasmo me atrapa y aprieto los muslos al notar la primera oleada. Mis piernas se quedan tensas dos segundos antes de relajarse y poder estirarlas.

Max no me abandona a mi suerte. Continúa lamiéndome mientras poco a poco se van diluyendo los efectos del clímax.

—No soy capaz de mover ni un dedo —digo en voz baja.

Lo oigo reírse.

—No te preocupes...

No sé cuáles son sus movimientos con exactitud pero mi piel es un excelente chivato y me informa estupendamente de cómo se va colocando sobre mi cuerpo hasta tenerlo frente a frente.

—Bésame —exijo cuando sé que su boca está delante de la mía.

—Faltaría más —musita y primero me recorre los labios con el pulgar. Los tengo resecos de tanto respirar de manera entrecortada

No importa, los suyos se encargan de humedecerlos. Me besa como tanto me gusta, para que pueda saborearme a mí misma y gemir en su boca, la misma que me regala momentos de placer indescriptibles.

Aún estoy sensible por mi reciente orgasmo pero cada vez que noto el roce de su polla entre mis muslos lo disfruto como si llevara siglos sin hacerlo. Me muevo, intento que siga el camino natural pero por alguna razón que no llego a comprender Max se aparta.

—¿No quieres? —lo provoco frotándome con un descaro poco frecuente en mí, aunque si soy sincera desde que lo conozco mis inhibiciones están perdidas.

—Sabes perfectamente que metértela es una de las mejores cosas que pueden pasarme en esta vida, pero... —vuelve a besarme, a devorar mi boca—... quiero esperar un poco más.

No contento con ello ahora ataca mi cuello.

«Esto no puede quedar así», me digo.

No veo pero el resto de mis sentidos funcionan a la perfección. Hago palanca con mis piernas y mis brazos. Aprovecho el factor sorpresa y me coloco encima.

Dejo caer mis pechos sobre su boca. He acertado a la primera pues atrapa entre los dientes un pezón, que mordisquea con fruición. A tientas meto una mano entre nuestros cuerpos y agarro su erección, no necesito ver para colocarme justo en posición y dejarme caer para empalarme por completo. Mi sentido de la orientación es excelente.

—Bea... —gruñe y su reacción no se hace esperar: empuja las caderas hacia

arriba insertándose con mayor profundidad.

Inhalo, gimo y me retuerzo sobre su polla, sintiendo cómo en esa posición se estimula mi clítoris.

Comienzo con un balanceo más o menos controlado. Max no se cansa de chupar mis pechos al tiempo que con una mano me sujeta del culo, guiándome y marcando el ritmo junto a mí.

Mis balanceos se van tornando más agresivos, más desesperados. Sus gemidos, mezclados con los míos, son un condimento perfecto. Su mano, ay esa mano, de nuevo me toca entre las nalgas. Siempre prudente, no pasa más allá de un roce pero me intriga, me hace saltar, me hace desear dar el siguiente paso.

Me coloco erguida, sigo sin ver nada. Así, a horcajadas y con la espalda recta, puedo moverme mejor. Max dobla las rodillas; a la vez que toma impulso para clavármela me ofrece el respaldo perfecto.

Echo la cabeza y los brazos hacia atrás. Me agarro a sus tobillos, aprieto mis músculos internos. Y su pulgar se coloca justo encima de mi clítoris. Traza círculos rápidos, absolutamente certeros.

Mis caderas se mueven con frenesí. Me impulso con toda la fuerza de la que soy capaz. Quiero sentirlo tan profundamente como sea posible. Una de sus manos se clava en mi cadera, la otra continúa entre mis piernas.

—Max... —jadeo entregada por completo.

De nuevo arremete. Toca cada nervio de mi interior con la polla. No sé cuánto voy a poder aguantar. Quiero que se corra primero, sentir su orgasmo antes de caer sobre su pecho y acurrucarme entre sus brazos.

—Mírame —ordena arrancándome con furia la venda.

Me quedo un instante desconcertada. Parpadeo y obedezco.

Su mirada, intensa, me roba el poco aliento que me queda. Reacciono, subo y bajo sobre su erección, está cerca. Su mano va a dejarme marcas en la cadera. No me importa. Quiero darle todo. Quiero que sea él quien disfrute, quien caiga exhausto.

Max se estremece bajo mi cuerpo, sigue con la fija vista en mí. Me esfuerzo por no cerrar los ojos. Alcanzo el orgasmo y él, con rapidez, tira de mí hasta poder besarme, haciéndolo de forma salvaje mientras me corro entre sus gemidos y los míos.

No me tumbo de forma inmediata. Su pecho sube y baja debido al esfuerzo. Espero a que se relaje y paso las manos con toda la suavidad del mundo.

Ha cerrado los ojos, aún estamos unidos. No quiero separarme, lo siento dentro de mí.

Cuando vuelve a abrirlos tiene esa expresión picarona y tierna a partes iguales que logra derretirme.

—Ven aquí, tengo que abrazarte.

¿Quién es la valiente capaz de desobedecer a este hombre? Como no podía ser de otro modo me tumbo y en el acto me veo rodeada, mimada, querida.

Lo que está ocurriendo —y no me refiero únicamente a lo acontecido durante la última media hora— entre ambos es demasiado intenso, fuerte, peligroso, adictivo. Pero inevitable.

Ninguno de los dos es capaz de expresarlo con palabras. Ahora, tras la marea alta, tocan los arrumacos, las caricias ligeras y los gestos de cariño, mucho más significativos.

Su mano en mi espalda empapada de sudor recorre de forma distraída toda la superficie. Me muevo y lamento la pérdida de contacto, hasta quedar recostada parcialmente sobre su pecho. Max nos tapa con la sábana. Cierro los ojos y me limito a posar la mano en su pecho, a la altura del corazón, hasta caer profundamente dormida.



Me paso una mano por el pelo. Lo llevo recogido en una coleta descuidada. Apenas queda media hora para que el tren llegue a Madrid. Félix, recostado a mi lado, parece entretenerse con un libro para colorear aviones. No ha hablado mucho durante el viaje, lo cual no es bueno. Está triste, lo sé, y su forma de aceptarlo es mirándome y callando.

He disfrazado la verdad para que no sufra. Aun así, quiero ir explicándole poco a poco que nuestro traslado no son unas vacaciones, no volveremos al cabo de unos días a nuestro pequeño apartamento.

Es definitivo. He tenido que tomar una decisión precipitada, dolorosa, inevitable.

A medida que pasen los días y que nos vayamos instalando en nuestro nuevo hogar Félix se irá acostumbrando. La capacidad de adaptación de los niños es mucho mayor que la de adultos. Sé que todo esto va a ser un cambio radical pero es lo mejor.

Le he hablado de su nuevo colegio y de los nuevos amigos que va a hacer. También de que voy a trabajar en un sitio estupendo y que podrá venir a verme algunos días.

Creo haber metido en la maleta lo más necesario, las prisas no son buenas consejeras, pero una vez que hice la llamada, esa que nunca creí que llegaría a efectuar, no quise perder más tiempo. Marcel se alegró cuando acepté su oferta de trabajo y por eso estoy aquí.

A pesar de mi precipitada partida he tenido suerte, pues unas amistades del que será mi nuevo jefe se han encargado de buscarnos un apartamento. No me apetecía molestar a la amiga de María después de hacerlo una primera vez para nada. Según me dijo, sólo debemos darle una manita de pintura en caso de que no nos guste el color y meter nuestras cosas.

También se ocupó de los billetes y del colegio de Félix.

Yo únicamente tuve que firmar el contrato, y guardarme las lágrimas y la desilusión al comprobar que lo que yo creía sólido no era más que un espejismo.

Y todo se ha ido a la mierda en apenas veinticuatro horas...

Me levanté eufórica, dispuesta a comerme el mundo, a disfrutar de un día aparentemente sin mayores complicaciones. Max y yo habíamos quedado en acercarnos al solar donde su *resort* iba a tomar forma. Un plan sencillo, puede que aburrido, ya que pasarme la mañana en una obra rodeada de planos y manchándome de barro no era desde luego un planazo. Pero Max se mostraba tan ilusionado, tan deseoso de enseñármelo y de compartir cada detalle conmigo, que no pude negarme. Al fin y al cabo en una relación no todo va a ser diversión, pasión y revolcones, también toca «aburrirse».

Desayunamos como siempre, los tres en la pequeña cocina, sonrientes. Les hice

unas crepes que mis dos chicos se entretuvieron en rellenar cual pinches obedientes, con menor o mayor acierto, pero los «accidentes» nos provocaron no pocas risas. Después nos preparamos para salir con ganas de pasar un día estupendo. Nada iba a ir mal.

Fuimos a casa de mi hermana para dejar a Félix y nos pusimos en carretera.

—Te va a encantar el lugar, ya lo verás —me dijo entusiasmado. A sus palabras le añadió esa sonrisa suya, la que me conquistaba en menos de medio segundo.

—Lo sé.

En ese momento no podía borrar la sonrisa de mi cara y menos aún cuando mi chico me agarraba la mano y me daba algún que otro apretón mientras conducía. Fui escuchando todos los pormenores, saltaba a la vista que Max se estaba implicando al cien por cien y que no quería dejar nada sin supervisar. Hizo que me sintiera orgullosa, y por su forma de dirigirse a mí saltaba a la vista que quería mi implicación, que fuera partícipe.

Cuando llegamos al solar me presentó ante su abogado como su novia; yo me sentí especial y no era para menos, pues Max no me soltaba la mano. El otro hombre no manifestó su sorpresa, por lo que deduje que ya le había hablado con anterioridad de mí.

Escuchaba a Antonio, pero no me dejaba de lado. Incluso compartía algún comentario conmigo, mostrándose cómplice en todo momento, integrándome en la conversación. Un detalle a tener en cuenta.

Como me había prometido, terminamos manchados de barro y polvo. No me importó, pues disfruté paseando a su lado por lo que ahora tan sólo es campo y en un futuro próximo se convertirá en realidad. Charlamos animadamente sobre el emplazamiento, la proyección de la zona, los servicios adyacentes... a cada palabra que escuchaba mi orgullo por las dotes empresariales de Max iba subiendo enteros. Saltaba a la vista que había hecho sus deberes estudiando con detenimiento cada detalle.

Estuvimos conversando un buen rato. No vi nada extraño en que Antonio, su abogado y al parecer amigo por la forma de tratarse, le entregara un sinfín de documentos. Nunca he montado un negocio pero soy consciente de que existen infinidad de trámites burocráticos, permisos y demás historias antes de mover una sola piedra.

—En cuanto obtengamos la licencia del ayuntamiento empezaremos a explicar —dijo Antonio, que parecía muy involucrado en el proyecto—. El arquitecto ya tiene a punto las últimas modificaciones que le sugeriste, así que no hay razón para demorar todo esto. Va a ser algo grande, Max.

Mi chico se volvió para mirarme.

—¿Tú qué opinas? —me preguntó emocionado.

—Será increíble —respondí con absoluta seguridad.

Puede que no tuviera mucha idea de todo aquello, pero con tan sólo verlo intuía

que su sueño sería algo magnífico. Recibí otro apretón de manos y tuve que contenerme para no recostarme sobre él allí mismo.

La mañana fue avanzando y lo cierto es que pasear por un descampado no era mi ideal, pero aguanté el tipo por Max hasta que se hizo casi la hora de comer.

—Bueno, os dejo. Todo cuanto me pediste está solucionado —comentó Antonio señalando los papeles que Max sostenía—. Para cualquier cosa, avísame.

—Así lo haré —murmuró.

Vi cómo ambos se estrechaban la mano y después se dirigió a mí.

—Encantado de conocerte, Bea.

—Lo mismo digo.

Nos dejó a solas y Max me miró con cara de niño ilusionado antes de abrazarme y darme un beso casi de película.

—¿Sabes? Deberíamos regresar porque tú y el campo sois una combinación muy peligrosa para mi paz mental... —aseveró sonriente recordándome aquella primera vez entre las viñas.

El solo recuerdo de aquello logró que me excitara al instante.

—Mmmm... —Me hice la interesante sólo por ver hasta dónde era capaz de llegar—. Ya que estamos aquí...

—No me tientes, no me tientes...

Me acerqué a él y le acuné el rostro. Sin pensármelo dos veces acerqué mis labios a los suyos y tras morderlo a modo de provocación lo besé con todo el entusiasmo y cariño de que fui capaz. Me sentía pletórica, enamorada, valiente...

Max respondió y no sé cuánto estuvimos allí, solos, abrazados, besándonos como adolescentes cachondos en su primera cita. Hasta que tuvimos que poner fin a aquel momento. Nos miramos y reímos como dos chavalillos traviesos.

De la mano regresamos hasta donde había dejado su coche. Puede parecer una cursilada, pero si en ese momento hubieran sonado violines no me habría sorprendido.

—Estoy muy muy cachonda —musite junto a su oído antes de darle un pequeño mordisquito en el lóbulo.

—¿Tienes una venda a mano?

Abrí los ojos desmesuradamente. Había mostrado un trapo rojo delante del toro y no sabía si podía lidiarlo. Negué con la cabeza. Inquieta, nerviosa por si llevaba a cabo su propuesta.

—A saber qué estás pensando... —se guaseó arqueando una ceja. Mi cara debía de ser un poema, pero ¿qué quería que pensara ante tan inusual petición?

En ese instante me besó de nuevo; no fue un beso estrictamente sexual, no el prólogo de algo más. No, lo sentí como una muestra de cariño sin otra consecuencia.

—Antes de que sigas pensándolo, no. Mi idea es vendarte los ojos... —murmuró al tiempo que me acariciaba los labios con el pulgar... para darte una sorpresa.

Respiré sintiéndome un poco tonta y negué con la cabeza.

—¿Te sirve mi bufanda?

—Sí. Vamos.

Tiró de mí impaciente y me abrazó junto a su coche. Me abrió la puerta. Max siempre destacaba por aquellos detalles.

Nos montamos en su deportivo y antes de arrancar me vendó los ojos. Fue una sensación muy extraña cuando el coche empezó a rodar y yo no podía ver. Me sujetó la mano y se la llevó a la boca para darme un beso reconfortante mientras íbamos a saber adónde. Me mordí el labio en repetidas ocasiones para no ser pesada y preguntarle mil veces adónde me llevaba.

Era una sorpresa, había dicho, así que tocaba aguantarse la incertidumbre.

Apenas fueron veinte minutos pero la verdad es que se me hicieron eternos, supongo que es la sensación normal de alguien que prescinde del sentido de la vista.

Max me ayudó a salir del coche. Me noté un poco torpe pues no sabía si donde ponía el pie era un punto estable, pero él me condujo todo el tiempo.

—Ahora vienen dos escalones y listo. Dame la mano.

Subí como si tuviera ochenta años, despacito, y cuando Max me soltó un instante me sentí perdida. Oí el ruido de una cerradura y esperé impaciente, muy impaciente, a que me quitara la bufanda y ver lo que se traía entre manos.

Me cogió del brazo y fui caminando a tuestas, guiada por él.

—¿Max? —pregunté vacilante.

Mis pasos sonaban raros, debía de estar pisando una superficie extraña.

—Espera un segundo.

Me dejó ahí sola en medio de no sé dónde hasta que apenas medio minuto después lo noté tras de mí. Abrazándome desde atrás. Me dio un beso en la mejilla antes de preguntarme:

—¿Preparada?

—Sí —respondí ansiosa.

Max me bajó la bufanda y mis ojos se acostumbraron a los fluorescentes.

Estábamos en medio de un amplio salón. Dudé un instante pero cuando vi un montón de sillas y mesas apiladas en un rincón supe de qué se trataba.

Todavía se percibía el olor a recién pintado. En el suelo aún permanecían los plásticos protectores.

—Quedan cuatro retoques, pero en menos de un mes todo estará rematado —dijo junto a mi oreja.

Percibí su impaciencia por escuchar mi opinión.

No pude hablar. Me aparté de él no porque me incomodara, sino porque quería recorrer todo el local. Con la boca abierta fui poniendo un pie delante de otro.

Todo había sido reformado. Y con muy buen gusto, sencillo pero acogedor. Una iluminación indirecta que daba al lugar un aspecto íntimo pero no apagado. Conociendo a Max seguro que se había gastado una fortuna en todo aquello.

Cuando lo miré él esperó con una media sonrisa expectante. Sujetaba en la mano

unos papeles que me ofreció.

—¿Qué es? —le pregunté en voz baja mirando los papeles sin entender nada.

—El contrato. A tu nombre —respondió en voz baja.

—No, Max, pero ¿cómo...?

—Es tuyo —añadió.

Miré por encima aquellos documentos y sí, efectivamente figuraban mis datos. Entendí que su abogado habría negociado en mi nombre y que Max, ocultándomelo, se había encargado de financiar todo aquello.

Algo no estaba bien...

—Podemos hacer las modificaciones que quieras —apostilló al ver que seguía silenciosa.

—¿Por qué? —murmuré.

Quizá Max esperaba una reacción entusiasta, llena gritos y abrazos. Pero no pude.

—Es mi regalo de Reyes, Bea —alegó y noté su tono de preocupación.

—Es una locura, Max, de verdad ¡esto debe de costar un riñón! ¿Cómo has...?

En aquel instante Max desvió la mirada, su incomodidad fue patente. Y la mía aún mayor. No estábamos hablando de una chuchería de joyería, ni de una prenda de boutique de lujo ni de una habitación de hotel de cinco estrellas.

Aquello era una inversión muy costosa.

Entonces tuve un mal presentimiento.

—Bea, no le des más vueltas. Es tu sueño. Aquí podrás ser tú misma. Crear lo que desees. Sin presiones externas, sin jefes que te atosiguen... ¿no te das cuenta?

—Pero... —balbuceé sin poder evitarlo.

El énfasis de sus palabras no conseguía contagiarme. Las dudas me hacían titubear. Aquello era precioso, sí, pero aceptarlo no podía estar bien.

Lo sentí acercarse, abrazarme, besarme.

—Escucha, te mereces esto y mucho más. Yo sólo te he dado el primer empujón —susurró peinándome con los dedos sin soltarme—; ahora tienes en tus manos la posibilidad de hacer algo grande. Quiero estar a tu lado, por supuesto, pero eso no significa que vaya a atosigarte ni a controlarte. Todo el poder de decisión lo tienes tú.

Sus palabras lograron arrancarme una media sonrisa. Creía en mí, en mis posibilidades y en definitiva, en nosotros.

—Pero esto te habrá costado una fortuna... —insistí, ya que sus palabras no hacían otra cosa que disfrazar la verdadera cuestión.

—Olvida eso —dijo poniéndome un dedo sobre los labios—, tú piensa únicamente en el día de la gran apertura.

Quería cerrar los ojos y hacerle caso. No pensar en nada, firmar en la línea de puntos y sin mirar atrás empezar un proyecto a todas luces maravilloso. Sin embargo, mi inoportuna prudencia continuaba causándome esa extraña sensación.

Algo seguía sin cuadrar.

—Max, ya sé que no es la conversación que esperabas pero tengo que preguntártelo... ¿has tocado tus ahorros para pagar esto?

No sé si una relación, cuando aún está en los inicios, puede tambalearse por cuestiones de dinero, pero no iba a quedarme callada.

—¿Qué más da? —respondió esquivando la cuestión.

—Por favor, necesito saber la verdad —le exigí.

De ninguna manera iba a aceptar un regalo de este tipo sabiendo que su inversión en aquel restaurante suponía una merma importante en su capital y que por ende podría suponerle graves perjuicios ahora que empezaban las obras de su *resort*.

—No he tocado ni un céntimo, te lo juro —aseveró.

—Pero entonces... —murmuré y eché un vistazo a los documentos.

Según constaba en los papeles las entregas se habían efectuado al contado. No existía ni una sola mención a un préstamo.

—Bea, lo importante es que ya está todo solucionado —adujo y vi su incomodidad.

Ecurría el bulto, se mostraba acorralado.

—No. Tienes que entenderme, no estamos hablando de algo insignificante. Si voy a emprender una aventura como ésta quiero hacerlo sobre bases sólidas, nada de medias verdades.

Max me dio la espalda en aquel instante. Caminó hasta las grandes cristaleras desde las que se veía el paseo marítimo y se detuvo allí. Observé cómo se pasaba la mano por el pelo un par de veces. Estaba nervioso.

Esperé en silencio a que me explicara las cosas pero oí un chasquido y me volví. Alguien estaba entrando en el local y me pareció extraño, aunque pensé que quizá Max, sin comentármelo, habría quedado con alguien relacionado con la obra, pero, a juzgar por su reacción al abrirse la puerta, tampoco esperaba a nadie.

Una mujer elegante y a la que por desgracia reconocí hizo acto de presencia.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Max visiblemente cabreado. En dos zancadas se situó junto a la inesperada visitante. No la tocó pero por su cara deduje que le habría gustado sacarla a rastras de local.

Yo no tenía palabras para expresar mi rabia y mi decepción.

Ella, sin responder, se paseó por el establecimiento, juzgándolo con altanería hasta que, con una sonrisa cínica, dijo sin mirarme:

—Ver cómo desperdicias el dinero que te pago.

Ésa fue la primera puñalada, directa no al corazón, sino más profundo. Sus palabras no eran una simple ofensa, quería menospreciarme y para ello nada mejor que obviarme; hacer como si fuera un elemento más de la decoración.

—Victoria, no deberías estar aquí. No eres bienvenida.

De nuevo ella, con su altivez de serie, se encogió de hombros y miró a Max, al hombre que yo quería, como si fuera de su propiedad.

—No entiendo cómo puedes caer tan bajo.

—No tienes derecho... —masculló él.

—Mírala, es vulgar, mediocre y de clase baja —lo interrumpió Victoria.

—No tengo por qué oír esto —dije, dispuesta a salir de allí y regresar a mi casa a la mayor brevedad posible.

—Ni hablar. La que se va es ella —gruñó Max señalándole la puerta.

Pero como era de esperar, su clienta no iba a acatar su para nada amigable sugerencia; se acercó hasta la barra y pasó un dedo. Un gesto de lo más indolente.

—¡Hicimos un trato, joder! —exclamó Max empezando a perder los nervios.

—Y yo aboné la cantidad estipulada —replicó ella como si se tratara de un simple acuerdo mercantil.

—Prometiste no volver a llamarme ni a ponerte en contacto conmigo.

—Y no lo haré, descuida. Tu caché ha bajado bastante.

No hizo falta que dijera que a mí me responsabilizaba de tal circunstancia.

—Fuera. No te lo voy a repetir —la amenazó Max abriéndole la puerta.

—Tenías tantas posibilidades, Max. ¡Tantas! La cena de Nochevieja fue especial, no sólo por la suma extra que te pagué.

—Lárgate —insistió él.

—Ella no vale nada, recuérdalo. Nada.

Victoria se marchó diciendo la última palabra. Fiel a su estilo.

Su veneno dosificado y letal empezó a hacer efecto.

Estaba a punto de llorar pero hice un gran esfuerzo para contenerme.

Glenn Close en *Las amistades peligrosas* dice una frase que ahora entiendo a la perfección: «Cuando una mujer asesta una puñalada en el corazón de otra, rara vez yerra y la herida es siempre mortal».

—Déjame que te lo explique, por favor —me rogó tras un silencio de lo más incómodo al quedarnos de nuevo a solas.

Intentó abrazarme pero lo rechacé. Me aferró de la muñeca, impidiéndome salir de allí escopeteada.

—No quiero escuchar nada más.

—Sí, acepté una última cita. Pero no supe que era ella hasta la misma noche. Tienes que creerme. Engañó a Antonio, fingió ser otra mujer.

—Quiero salir de aquí.

—No le hagas caso. Está rabiosa. Sólo quiere herirte.

—Y tú aceptaste su dinero —murmuré con cierto desprecio.

—¿No te das cuenta de la ironía? Ella, con sus engaños, sus mentiras, sólo pretende separarnos. Pero no voy a abandonarte, Bea. Te quiero. Y aquí... —señaló con un gesto todo el local— es donde mejor podía invertir ese dinero. Todo para ti, para la mujer que quiero con locura.

Di un tirón y liberé mi mano. Me limpié las lágrimas con el dorso de mi chaqueta y le encaré:

—¡Para ti todo se reduce a dinero! ¡Todo! No te importa nada más, sólo te fijas

una meta y te importa un carajo lo que está bien o lo que está mal.

—Eso no es justo. ¿Qué querías que hiciese? ¿Rechazar la oferta? ¡No lo supe hasta que apareció, maldita sea! Eso ya no tiene vuelta de hoja. Lo hecho, hecho está. Ya no puedo dar marcha atrás.

—Sí —afirmé sin dudar—. Sí, Max. Resulta mucho mejor no tener nada de esto si a cambio has tenido que rebajarte. ¿Me entiendes? —le espeté dolida y al ver su expresión de desconcierto añadí—: ¿Cómo podré sacarlo adelante si cuando recuerde el origen de todo esto pensaré en que mi novio tuvo que someterse a los caprichos de una ricachona? ¿Cuántas veces tendré que tragarme la bilis porque Victoria u otra nos dejan a la altura del betún recordándote qué hacías para cobrar ese succulento cheque?

—¿Y eso qué importa ahora? Se acabó, lo he dejado. A partir de ahora no habrá más citas —adujo enfadado por cómo se iban torciendo las cosas.

—Así no, Max. —Mi voz denotaba la derrota.

—Bea, por Dios. Empecemos desde cero. Olvidemos lo que sólo puede causarnos daño.

—No lo entiendes, ¿verdad?

—Sólo tengo clara una cosa. Te quiero, a ti, a Félix. Junto a mí. Lo demás que se vaya a la mierda.

—No puede ser...

No le di tiempo a réplica. Salí como alma que lleva el diablo al exterior. El día se había vuelto gris y terminaría lloviendo. Di unos pasos por la calle hasta divisar un taxi. Me subí a él y no miré atrás.

Hice acopio de voluntad y me esforcé por no llorar mientras buscaba en mi agenda el número de teléfono de Marcel. Él se percató de mi agitación y mi nerviosismo. Pero no flaqueé, me tragué las lágrimas, la decepción y le pregunté si su oferta seguía en pie.

No ganaba nada fingiendo normalidad y él respondió de un modo inmejorable. Hasta me ofreció su piso por si necesitaba un sitio donde refugiarme.

Estuve tentada de aceptar, pues Max me buscaría en mi casa o en la de mi hermana, sin embargo decliné la oferta. Eso ya era abusar demasiado.

Volví a mi apartamento, hice las maletas apresuradamente. Con total seguridad cuando me instale en el nuevo piso me daré cuenta de las cosas que me faltan, pero en cuanto organice un poco todo esto pediré a María que me envíe el resto.

—Vamos, Félix. Ya hemos llegado —murmuro a mi hijo y me levanto del asiento.

Marcel me comentó que en la estación nos esperaría un amigo suyo, de toda confianza, para llevarnos a casa. Creo que el primer mes deberé trabajar gratis para poderle agradecer todo cuanto está haciendo por mí.

Tres cuartos de hora después cierro con llave la puerta de nuestro nuevo hogar. Con las maletas en el pasillo, Félix y yo curioseamos y comprobamos cada detalle.

El apartamento está en buenas condiciones y cerca del restaurante. Ahora sólo falta elegir el color de las paredes.

—¿De qué color vamos a pintar tu cuarto, Félix?



Nací en Burgos, donde resido. Me aficioné a la lectura en cuanto acabé el instituto y dejaron de obligarme a leer. Empecé con el género histórico. Uno de esos días tontos, me dejaron una novela romántica y, casi por casualidad, terminé enganchada. ¡Y de qué manera! Vivía en mi mundo particular hasta que internet y diversos foros literarios obraron el milagro de dejarme hablar de lo que me gusta y compartir mis opiniones con los demás.

Mi primera novela, *Divorcio*, vio la luz en junio de 2011 y, desde ese momento, no he dejado de escribir. Mi segunda novela, *No me mires así*, se editó en formato digital en marzo de 2012, año en el que también salieron *A ciegas* y *Treinta noches con Olivia*, mi primera novela en papel. En 2013 publiqué *A contracorriente* (ganadora del VII Premio Terciopelo de Novela), *En tus brazos* y *Dime cuándo, cómo y dónde*. En 2014 reedité *Divorcio*, y publiqué *Tal vez igual que ayer*, *Abrázame* y *Desátame*. En 2015, *A media luz* y *Tal y como soy*.

Encontrarás más información sobre mí y mis proyectos en:

<www.noemidebu.blogspot.com.es>.

Notas

[1] *Hung Up*, Warner Bros. Records Inc. for the U. S. and WEA International Inc. for the world outside the U. S., interpretada por Madonna. (N. de la E.) <<

[2] *La vie en rose*, Musical Concepts, interpretada por Edith Piaf. (N. de la E.) <<

[3] *Me cuesta tanto olvidarte*, BMG Rights Administration (Spain), interpretada por Mecano. (N. de la E.) <<

[4] *Que seas feliz*, WM International, interpretada por Luis Miguel. (N. de la E.) <<

[5] *Esperaré*, Open Records, interpretada por Moncho. (N. de la E.) <<

[6] *Cómo hablar*, Parlophone Music Spain SL, interpretada por Amaral. (N. de la E.)

<<

[7] *En mis besos*, Warner Music Spain, S.A., interpretada por Café Quijano. (N. de la E.) <<

[8] *We Are the Champions*, Hollywood Records, Inc., interpretada por Queen. (N. de la E.) <<

[9] Véase la nota anterior. <<

[10] *Exogenesis: Symphony Part 3 [Redemption]*, A&E Records Ltd., interpretada por Muse. (N. de la E.) <<

[11] *She*, EMI Music BV Holland, interpretada por Charles Aznavour. (N. de la E.) <<

[12] *Your song*, Universal Records, a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Elton John. (N. de la E.) <<